

RAFAEL MANDRESSI
VANIA MARKARIAN
editores

POLÍTICAS DE LA CIENCIA

HISTORIA, ACTORES, ESPACIOS
E INSTITUCIONES DE LA EDAD MODERNA
AL MUNDO CONTEMPORÁNEO

*biblioteca
abierta*

RAFAEL MANDRESSI
VANIA MARKARIAN
editores

POLÍTICAS DE LA CIENCIA

HISTORIA, ACTORES, ESPACIOS
E INSTITUCIONES DE LA EDAD MODERNA
AL MUNDO CONTEMPORÁNEO

Producción editorial del equipo de Ediciones Universitarias:

Analía Gutiérrez Porley (diagramación, diseño de interior y tapa)

Nairí Aharonián Paraskevaídis (revisión de textos)

Imagen de contratapa y solapa: Fotografía: AIH-I-CLAP-02-1-I.1-4-VI.1-3.IV.3-D004

Biopsia de superficie. Carcinoma precoz escamos. S.f. Subfondo subordinado

Centro Latinoamericano de Perinatología/ Archivo General de la Universidad de la República.

© Universidad de la República, 2022

Ediciones Universitarias,

Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR)

18 de Julio 1824 (Facultad de Derecho, subsuelo Eduardo Acevedo)

Montevideo, CP 11200, Uruguay

Tels.: (+598) 2408 5714 - (+598) 2408 2906

Telefax: (+598) 2409 7720

Correo electrónico: <ucur@udelar.edu.uy>

<<https://udelar.edu.uy/portal/institucional/comunicacion/ediciones-universitarias/>>

ISBN: 978-9974-0-1972-0

e-ISBN: 978-9974-0-1977-5

CONTENIDO

Prólogo	5
Políticas de la ciencia: perspectivas desde el viejo mundo, <i>Antonella Romano</i>	9
SECCIÓN 1. POLÍTICAS DE LA PESTE	
Presente y pasado en la historia de las epidemias, <i>Diego Armus</i>	25
Del <i>totomonaliztli</i> al <i>cocoliztli</i> : voces de epidemia en el origen de Nueva España (1519-1576), <i>José Pardo-Tomás</i>	35
El inicio de la <i>peste rosa</i> y la primera ola del movimiento homosexual uruguayo (1984-1996), <i>Diego Sempol</i>	47
SECCIÓN 2. ACTORES Y MEDIACIONES	
Imprimir la naturaleza para el rey: Francisco Valles (1524-1592) y los libros en la corte de Felipe II, <i>Elisa Andretta</i>	59
Diagnósticos diabólicos: médicos y posesión demoníaca en la Francia del siglo XVII, <i>Rafael Mandressi</i>	69
La mediación de los medios en la construcción de una crisis socioambiental: el caso de las cianobacterias en Uruguay, <i>Mariana Achugar, Gelsi Ausserbauer, Judy Cutiérrez</i>	83

SECCIÓN 3. INSTITUCIONES

Ciencias de gobierno y gobierno científico: el liberalismo conservador y la institución académica de las ciencias morales y políticas en España (1857-1868), *Elodie Richard* 99

La frontera científica y el entierro de un perro: ciencia, expediciones y política en la Argentina de la década de 1880, *Irina Podgorny* 113

Prácticas evaluativas en las universidades públicas argentinas, *Fabiana Bekerman* 121

Dos ensayos de nueva institucionalidad científica en la segunda mitad del siglo XX en Uruguay (1961-1986), *Lucas D'Avenia, María Eugenia Jung* 131

SECCIÓN 4. LA ESCALA GLOBAL

St. Louis 1904, un congreso por la «unidad del conocimiento humano»: ¿obra universal, proyecto estadounidense o imperialismo alemán?, *Wolf Feuerhahn* 147

Destinos alternativos y solidaridades de la salud y la medicina en los albores de la Guerra Fría latinoamericana, *Anne-Emanuelle Birn* 161

Nombrar y traducir: redes y organizaciones mundiales de la matemática en el siglo XX, *Michael J. Barany* 175

EPÍLOGO

Entre ciencia y política: esbozo de una insatisfacción documentada, *Rafael Mandressi, Vania Markarian* 189

Bibliografía 203

PRÓLOGO

Este libro tiene su origen en un presente que, a la hora de escribir estas líneas, ya es pasado. Así ocurre siempre, pero cuando se trata de historia, la danza de los tiempos adquiere una textura particular: si bien es cierto que los asuntos y las interrogantes de nuestro tiempo pesan, a veces de manera determinante, a la hora de ordenar las agendas de investigación, lo que consideramos «nuestro tiempo» puede remitir a duraciones disímiles. En ocasiones, se trata de la estricta coyuntura, un momento cuya medida puede ser semanas, tal vez un puñado de meses. Tal es el caso. El presente, ese tiempo nuestro en el que este libro comenzó a gestarse fue el del primer *annus pestiferis* global del siglo *xxi*, esto es, un largo 2020, estirado por la pandemia de COVID-19 hasta acabar tragándose todo el año 2021, y más allá. Ese tiempo de crisis sanitaria (oficialmente, en Uruguay, veintiséis meses) puso en evidencia de forma singular los vínculos entre ciencias y política o, quizá con mayor propiedad, entre conocimiento científico y poder decisional. Tanto en Uruguay como en muchas otras latitudes, esas relaciones adquirieron, en efecto, una visibilidad social desacostumbrada, y llegaron a ocupar un lugar inusualmente central en el debate público.

He ahí el objeto «presente» que disparó, en los albores de la primavera montevideana de 2020, la iniciativa de examinarlo desde una perspectiva histórica. Más allá de la revista *Claves*, que en junio de 2020 había dedicado su sección «Foro» a «Historiografía y crisis epidemiológicas», la historia estaba relativamente ausente en el paisaje de voces que se hacían oír en el contexto pandémico. Ocasionalmente, cierto espacio existía para la evocación de episodios epidémicos del pasado (la gripe española de 1918, la muerte negra del siglo *xiv*), pero apenas como curiosidades pretéritas, destinadas, en general, a sazonar otros discursos, no historiográficos ni necesariamente interesados en los vínculos entre saber y política. Si bien va de suyo que los historiadores profesionales no poseen el patrimonio exclusivo del pasado ni les cabe arrogarse la prerrogativa de proporcionar las únicas narraciones legítimas al respecto, tampoco es razonable ignorar que el oficio de historiador produce —permítase

el alegato *pro domo*— otro tipo de inteligibilidad, capaz, en este caso, de capturar de manera a la vez más concreta y más compleja la trama donde se anudan la esfera política y el conocimiento científico. En otras palabras, la investigación histórica ofrece bastante más que un mero espejo retrovisor donde ciertamente se ve la ruta, pero no cómo se la llegó a trazar ni las condiciones en las que se la asfaltó. Desde esa perspectiva, que en el Archivo General de la Universidad de la República ha sido siempre el sustento de una serie de incursiones en la historia intelectual uruguaya (incluyendo de modo privilegiado los avatares de la que fue entre 1849 y 1984 la única institución de educación superior del país), nuestra inquietud encontró el albergue propicio para materializarse en una iniciativa académica.

Lo hizo a conciencia de que nuestra preocupación por hacer la historia de las «políticas de la ciencia» en esta coyuntura nacía, se dijo antes, en medio de insatisfacciones y, hasta cierto punto, a raíz de ellas. También nació en medio de limitaciones, impuestas por la drástica limitación de la presencialidad. Digamos todo, sin embargo: esa limitación favoreció —o, mejor dicho, simplificó— el carácter internacional de la empresa, permitiéndonos reunir a distancia, valga el oxímoron, historiadores de América Latina (Uruguay, Argentina, Chile, Brasil), Europa (Francia, España, Escocia, Italia, Alemania) y América del Norte (Estados Unidos, Canadá). De ahí que el programa de actividades cuajara finalmente en una serie de seminarios (mal llamados) virtuales, a razón de uno por mes, entre abril y setiembre de 2021. Esos seminarios estuvieron a su vez precedidos por una conferencia inaugural, el 8 de abril de ese año, a cargo de quien es, hoy, una ineludible referencia en historia de las ciencias, Antonella Romano, directora de estudios en la Escuela de estudios superiores en ciencias sociales de París (EHESS).

Así se sucedieron cinco encuentros, respectivamente dedicados a los actores (expertos, técnicos, administradores y políticos), las instituciones (universidades, academias, centros de investigación, museos, agencias de financiación), las mediaciones del conocimiento científico (circulaciones, publicaciones, evaluación), la escala global (organizaciones internacionales, redes transnacionales, asimetrías geopolíticas) y, por último, *la peste* (epidemias, higienismo, políticas sanitarias).¹ Cada uno de estos seminarios contó, además de las contribuciones de los y las ponentes, con las de colegas que aceptaron comentarlas e interrogarlas, y a quienes agradecemos su generosidad: José Rilla, María Inés Moraes, María Laura Martínez, Isabella Cosse y Aldo Marchesi. Vaya

1 La conferencia inaugural y los cinco seminarios están disponibles en el canal Youtube de la Universidad de la República: https://www.youtube.com/playlist?list=PL9XSpWlq3tooPuWvD_iZO8xrTm3OwNlgT.

también nuestro agradecimiento al rector de la Universidad de la República, Rodrigo Arim, cuyo apoyo para la realización de este programa obtuvimos de inmediato, así como a la vicepresidenta para las relaciones internacionales de la EHESS de París, Sabina Loriga, con cuyo aval pudimos contar a la hora de obtener el auspicio de una institución ligada, por lo demás, a la Universidad de la República por relaciones de cooperación formalmente selladas en un acuerdo de 2018.

El agradecimiento principal, no obstante, se dirige a los y las colegas que, en cada uno de los seminarios, se avinieron a presentar, en un tiempo necesariamente acotado, ponencias surgidas de sus trabajos de investigación respectivos. A eso se añadió, luego, el trabajo de transformar esas ponencias en los capítulos que conforman este libro.² Esos capítulos son catorce, divididos en cuatro secciones: «Políticas de la peste», «Actores y mediaciones», «Instituciones» y la «Escala global»; a ellos se suma, como apertura, la conferencia inaugural de Antonella Romano, transcripta, revisada y corregida por la propia autora, y un epílogo a cargo de los abajo firmantes, responsables de haber lanzado el programa y coordinado este libro.

Queda subrayar, por si fuese necesario, que la vastedad de los asuntos que nos importaba (e importa) analizar impide acariciar la ambición de abarcar todas sus dimensiones. Eso vale, incluso, en términos cronológicos: Antonella Romano, así como Elisa Andretta, José Pardo Tomás y Rafael Mandressi son historiadores modernistas, es decir, especialistas de la «Edad moderna», gruesamente definida como los tres siglos que van de 1500 a 1800. En cuanto a la «época contemporánea», Elodie Richard e Irina Podgorny trabajan fundamentalmente sobre el siglo XIX (en España, en Argentina) y Wolf Feuerhahn encabalga los siglos XIX y XX, así como otros capítulos se sitúan en una «contemporaneidad» más próxima, ya sea en un siglo XX que no cesa de alejarse (Anne-Emanuelle Birn, Michael Barany, Diego Sempol, Lucas d'Avenia y María Eugenia Jung), o en una historia aún más reciente, casi por entero perteneciente al siglo XXI (Fabiana Bekerman, Mariana Achugar, Gelsi Ausserbauer y Judy Gutiérrez). Diego Armus combina enérgicamente, por su parte, la mirada sobre el presente y la profundidad histórica a la hora de extraer «lecciones» que la pandemia ha dejado, o debería dejar, para los historiadores.

Podríamos haber ido más atrás, podríamos haber ampliado el repertorio de los tiempos. No faltan historiadores medievalistas o del mundo antiguo

2 Ello no fue posible en todos los casos: Manuel Gárate, Teresa Huhle, Rodrigo Patto Sá Motta, Florencia Arancibia, Adrián Márquez y Nicolás Duffau enriquecieron con su saber los seminarios, pero, por razones diversas, sus contribuciones no llegaron a formar parte de esta publicación.

capaces de nutrir el cuestionario sobre saberes y política. Podríamos también haber ensanchado la geografía: China, India, las diversas Áfricas. Sabemos que el espacio euroatlántico no agota, ni mucho menos, el espacio de nuestras preguntas. También sabemos, empero, que quien mucho abarca poco aprieta. Nuestro propósito principal nunca fue abrazar la cartografía completa de temas y problemas referidos al poder y al saber, sino trazar, dentro de ella, recorridos de investigación capaces de contribuir tanto a la producción de conocimiento original como al enriquecimiento de la discusión pública en la materia. Nuestra esperanza es que lo que sigue satisfaga, al menos en parte, ese objetivo.

Rafael Mandressi y Vania Markarian

POLÍTICAS DE LA CIENCIA: PERSPECTIVAS DESDE EL VIEJO MUNDO¹

ANTONELLA ROMANO

EHES, Centre Alexandre Koyré

¿Cómo abrir un ciclo de debates transatlánticos entre Europa y América? La pregunta no es una pregunta retórica. Los temas que se quieren discutir en este ciclo son verdaderamente importantes, y remito al respecto a la presentación del programa, de la que quiero subrayar algunos puntos fundamentales: «los problemas y las preguntas de nuestro tiempo pesan a la hora de ordenar las agendas de investigación»; «la pandemia ha puesto singularmente en evidencia los vínculos entre ciencias y política, entre conocimiento científico y poder decisonal»; la «vocación principalmente historiográfica» del programa; la interdisciplinariedad; el propósito de «examinar los circuitos de coproducción de conocimiento y de decisión». De esta lectura del programa, así como de los temas que van a ser tratados en los encuentros venideros (actores, instituciones, mediaciones, escala global y, al final, la «peste»), me pareció posible proponer una reflexión historiográfica desde el viejo mundo, lo cual significa tanto desde otro tiempo como desde otros espacios.

El tiempo en cuestión es, más o menos exactamente, el del período en que se construyó el espacio transatlántico, es decir los siglos xv, xvi y xvii. Esos son los siglos desde los cuales hablo como historiadora: son mis siglos de trabajo, que corresponden al momento de lo que fue caracterizado como el «descubri-

1 Quiero agradecer a los dos organizadores principales del ciclo de conferencias y mesas redondas inaugurado con esta reflexión, Vania Markarian y Rafael Mandressi, con el que tengo el placer y el honor de trabajar en París desde casi veinte años y con quien tengo una deuda particular porque fue mi transcriptor para este texto.

miento de América». ² Mi intervención historiográfica desde el viejo mundo se vincula, por lo tanto, con un momento que puede ser considerado como punto de partida, como momento inicial, inaugural, del diálogo que estamos teniendo hoy. Eso es para mí el viejo mundo: una temporalidad.

También es un espacio: Europa, porque fue allí donde se planteó, precisamente en ese momento de los siglos xv, xvi y xvii, la problemática de lo viejo, de lo antiguo, frente a lo que se llamó lo moderno. Una Europa que, al igual que América, no se puede considerar como una, y que siempre necesitamos, como para América, definir, desagregar o desplegar, ya que la categoría de civilización no nos ayuda en el trabajo historiográfico, en particular cuando se trata de confrontar «Europa» y «América».

Al definir desde dónde hablo —una vez más: el viejo mundo— me interesa pues indicar, de manera reflexiva, cómo el espacio europeo es a la vez mi espacio de trabajo y el espacio sobre el que trabajo: ambas cosas —que, sin embargo, no coinciden ni geográfica ni intelectualmente, por el tiempo que las separa—. De modo que no se trata de definir un lugar preciso en relación con mi subjetividad, sino de indicar una situación doble, a saber, histórica e historiográfica. En el campo de la historia de las ciencias, tal situación, por lo menos la historiográfica, ha tenido un nombre, la *revolución científica*. Con esa denominación se designó un período que también ha sido considerado como un punto de partida, como un momento inicial, inaugural —otro momento inicial, otro momento inaugural—. ³

2 Sobre esta expresión, véanse entre otros Marcel Bataillon, «L'idée de découverte de l'Amérique chez les Espagnols du xvi^e siècle (d'après un livre récent)», *Bulletin hispanique*, t. lv, 1953, p. 23-55; Manuel Ballesteros-Gaibrois, Marcel Bataillon, R. P. Canedo, et al., *La Découverte de l'Amérique, esquisse d'une synthèse, conditions historiques et conséquences culturelles*, París, J. Vrin, 1968. Para sus comentarios críticos, hay una abundante historiografía en la cual es necesario destacar Edmundo O'Gorman, *La Invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1958; Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975; José Rabasa, *De la invención de América. La historiografía española y la formación del eurocentrismo*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, 1993. La visión triunfalista donde descubrimiento no está conectado con conquista: Felipe Fernández-Armestro, *1492: the year our world began*, Blumsbury, 2009. Sobre las celebraciones y los usos de los centenarios: Salvador Bernabéu Albert, *1892, el iv Centenario del Descubrimiento de América en España: coyuntura y conmemoraciones*, Madrid, CSIC, 1987.

3 Sobre el tema de la revolución científica, hay una muy abundante historiografía entre la cual podemos señalar Alfred Rupert Hall, *The Scientific Revolution, 1500-1800. The Formation of the Modern Scientific Attitude*, Londres, Longmans, Green & Co., 1954; Alexandre Koyré, *From the Closed World to the Infinite Universe*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1957; Thomas S. Kuhn, *The Copernican Revolution. Planetary Astronomy in the Development of Western Thought*, Cambridge, Harvard University Press, 1957. Desde los años 1990, entre las perspectivas más

Planteado ese marco, quisiera proponer en lo que sigue una reflexión, a título experimental, en cierto modo, que consiste en utilizar a la Edad moderna como laboratorio para considerar ambas categorías historiográficas en conjunto —*descubrimiento de América y revolución científica*—, e intentar comprender cómo fueron construidas con la idea de una relación muy lejana entre ciencia y política, entre saber y poder, para luego adentrarme en lo que ha permitido articular América y Europa, esto es, pensar sus conexiones, desde una perspectiva de producción de saberes que fuese también una perspectiva política.

Para decirlo de otra manera: tomo como punto de partida para este ejercicio dos elefantes historiográficos, con el propósito de reflexionar sobre las lógicas de producción de estas categorías, mostrar de qué manera en ambas se rechazó la idea de la existencia de una dimensión política en los procesos que designan, y trazar a continuación los lineamientos de otra manera de pensar, no ya esas categorías, sino el espacio-tiempo del siglo xvi en tanto espacio y tiempo en el cual política y ciencia no pueden no ser pensadas en conjunto. En síntesis, el planteo es: 1) que no hemos esperado ni las pandemias ni la sociología de la ciencia para trabajar sobre ciencia y política; 2) que la articulación entre ciencia y política es un fenómeno que podemos encontrar en cualquier momento y en cualquier lugar con sus configuraciones históricas —o sea, políticas y epistemológicas específicas—, y que, en este sentido, 3) el siglo xvi es un momento particularmente interesante para la investigación sobre la dimensión política de la producción científica, no solo de Europa sobre América, sino también del propio mundo del siglo xvi.

DESCUBRIMIENTO Y REVOLUCIÓN

Voy a referirme, en primer lugar, a la categoría historiográfica «descubrimiento de América». Lo haré muy brevemente, ya que no solo no es mi tema fundamental de investigación, sino que el trabajo crítico al respecto ha sido desarrollado desde hace ya varias décadas, en particular por americanos y americanas a cuya lectura no puedo más que remitir, mencionando, entre muchos otros, el libro fundamental de Edmundo O’Gorman, *La invención de América*.⁴

críticas, véase David C. Lindberg y Robert S. Westman (eds.), *Reappraisals of the Scientific Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990; Steven Shapin, *The Scientific Revolution*, Chicago, University of Chicago Press, 1996; Margaret J. Osler (ed.), *Rethinking the Scientific Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000; Peter Dear, *Revolutionizing the Sciences: European Knowledge and its Ambitions, 1500-1700*, Princeton, Princeton University Press, 2001.

4 Véase *supra*, nota 2.

Subrayo, no obstante, que sería muy interesante volver a examinar la construcción de la categoría «descubrimiento de América» a la luz del rechazo de que tal cosa tuviera algo que ver con la historia de la ciencia. Si el concepto de descubrimiento es ya de por sí muy problemático,⁵ el «descubrimiento de América» es una idea en la que no hay espacio para algo que no sea una relación con un mundo salvaje (todos tenemos en mente las imágenes que acompañaron las primeras ediciones del relato de Hans Staden sobre Brasil,⁶ o el grabado de Jan van der Straet para la *Americæ decima pars* (1619) de Johann Theodor De Bry, abundantemente comentado, entre otros, por Michel de Certeau.⁷ Desde el momento mismo en que se elabora esta noción, uno de sus rasgos es pues que rehúsa la posibilidad de que dicho descubrimiento presente algún vínculo con la ciencia, y, si hay saberes, son *saberes etnográficos*, apelación con la que se dice muy poco de lo que se trata en este tipo de «encuentros», también catalogados como *etnográficos*.⁸

Hay allí, a mi juicio, un asunto que ofrece elementos muy interesantes para la discusión, la reflexión, y, sobre todo, la investigación: cómo la categoría de «descubrimiento de América», tal como fue desarrollada por parte de los españoles en España dio lugar a trabajos que se focalizaron, por ejemplo, en el tema de las navegaciones, o de la circulación, sin que esto haya sido conectado con la historia de la ciencia, y tan solo de manera muy débil con la historia de la tecnología. El desarrollo de la historia de los imperios ha abierto al respecto reflexiones más críticas, pero la atención al mundo iberoamericano ha tenido en ellas un papel casi marginal hasta un período muy reciente.⁹

5 Nicolás Kwiatkowski, *Historia, progreso y ciencia. Textos e imágenes en Inglaterra, 1580-1640*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2009; Romain Descendre, «La 'Découverte': histoire d'une invention sémantique (premiers éléments)», en *Langages, politique, histoire : avec Jean-Claude Zancarini*, R. Descendre y J.-L. Fournel eds., Lyon, ENS Éditions, 2015, pp. 399-412; Romain Bertrand (ed.), *L'Exploration du monde. Une autre histoire des Grandes Découvertes*, París, Seuil, 2019.

6 Warhaftig *Historia und beschreibung eyner Landtschafft der Wilden, Nacketen, Grimmigen Menschfresser Leuthen, in der Newen welt America gelegen*, Marburg, Kolb, 1557; Rafael Mandressi, <https://enperspectiva.uy/en-perspectiva-radio/desnudos-feroces-y-antropofagos/>.

7 La imagen está presente en la primera edición de *L'écriture de l'histoire* (París, Gallimard, 1975), aunque el comentario de Certeau aparece a partir de la edición italiana, *La scrittura della storia*, publicada en 1977 (Roma, Il pensiero scientifico); traducción española: *La escritura de la historia*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, 1999.

8 Anthony Pagden, *The Fall of Natural Man. The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology* (1982), Cambridge, Cambridge University Press, 1986; Id., *European Encounters with the New World. From Renaissance to Romanticism*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1993.

9 Sobre la categoría problemática de «ciencia ibérica», véase Jorge Cañizares-Esguerra, «Iberian Science in the Renaissance: Ignored How Much Longer?», *Perspectives on Science*, 12/1, 2004,

En cuanto a la «revolución científica», mis consideraciones serán, naturalmente, más detalladas. En esta materia, es indispensable evocar a Alexandre Koyré (1892-1964), sin duda uno de los mayores historiadores de las ciencias entre quienes efectuaron un trabajo de definición del momento histórico del siglo XVI como un momento de «revolución» científica.¹⁰ En el prefacio de uno de sus grandes libros, *From the closed world to the infinite universe*, cuya primera edición, en inglés, data de 1957, Koyré escribe lo siguiente:

Al estudiar la historia del pensamiento científico y filosófico de los siglos XVI y XVII [...], me he visto una y otra vez forzado a reconocer, como tantos otros antes que yo, que durante este período el pensamiento humano, o al menos el europeo, sufrió una profunda revolución que transformó el marco y los patrones de nuestro pensamiento, de la que la ciencia y filosofía modernas constituyen a la vez la raíz y el fruto. Esta revolución o, como también se la ha llamado, esta «crisis de la consciencia europea» se ha descrito y explicado de muy distintos modos.¹¹

p. 86-124; Id., *Puritan Conquistadors: Iberianizing the Atlantic, 1550-1700*, Stanford, Stanford University Press, 2006; Id., *Nature, Empire, and Nation: Explorations of the History of Science in the Iberian World*, Stanford, Stanford University Press, 2006. Desde ese momento, se abrió un espacio de debate: «Iberian Science: Reflections and Studies», *History of Science*, 55/2, 2017, coordinado por María Portuondo, y en particular Juan Pimentel y José Pardo-Tomás, «And yet, we were modern. The paradoxes of Iberian science after the Grand Narratives», *History of Science*, 55/2, 2017, p. 133-147. En la última década, obras escritas por parte de colegas trabajando en América latina han contribuido a replantear estos asuntos para el siglo XVI: Mauricio Nieto Olarte, *Las máquinas del imperio y el reino de Dios. Reflexiones sobre ciencia, tecnología y religión en el mundo atlántico del siglo XVI*, Bogotá, 2013; John Slater, María-Luz López-Terrada y José Pardo-Tomás, *Medical Cultures in the Early Modern Spanish Empire*, Farnham, Ashgate, 2014; Rosa Angélica Morales Sarabia, José Pardo Tomás, Mauricio Sánchez Menchero (eds.), *De la circulación del conocimiento a la inducción de la ignorancia. Culturas médicas trasatlánticas, siglos XVI y XVII*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2017.

- 10 De y sobre Koyré, véase *De la mystique à la science. Cours, conférences et documents, 1922-1962*, nouvelle édition revue et augmentée par Pietro Redondi, París, Éditions de l'EHESS, 2016 (1.ª ed. 1986); Pietro Redondi (ed.), número especial «Science: The Renaissance of a History», *History and Technology: An International Journal*, 4-1, 1987; Jean-François Stoffel, *Bibliographie d'Alexandre Koyré*, Florencia, Olschki, 2000; Paola Zambelli, *Alexandre Koyré in Incognito*, Florencia, Olschki, 2016.
- 11 Alexandre Koyré, *Del mundo cerrado al universo infinito*, Ciudad de México, Siglo Veintiuno Editores, 1979, p. 1. «Time and again, when studying the history of scientific and philosophical thought in the sixteenth and the seventeenth centuries [...] I have been forced to recognize, as many others have before me, that during this period human, or at least European, minds underwent a deep revolution which changed the very framework and patterns of our thinking and of which modern science and modern philosophy are, at the same time, the root and the fruit. This revolution or, as it has been called, this 'crisis of European consciousness',

En este texto de poco más de tres páginas, Koyré menciona «el desarrollo de la nueva cosmología, que [...] desempeñó una función suprema en este proceso», así como alude a «algunos historiadores principalmente interesados en las implicaciones sociales de los cambios espirituales [que] han subrayado la supuesta conversión del espíritu humano de la teoría a la *praxis*, de la *scientia contemplativa* a la *scientia activa et operativa*».¹²

Y añade:

Como es obvio, el cambio espiritual que estoy describiendo no se produjo mediante una mutación repentina. [No obstante], escasamente cien años separan el *De revolutionibus orbium cœlestium* de Copérnico (1543) de los *Principia philosophiæ* de Descartes (1644); apenas cuarenta años separan esos *Principia de los Philosophia naturalis principia mathematica* (1687). [...] Así pues, son la ciencia, la filosofía y la teología las que, representadas muy a menudo por las mismas personas (Kepler y Newton, Descartes y Leibniz), confluyen y toman parte en el gran debate que comienza con Bruno y Kepler para terminar [...] con Newton y Leibniz.¹³

He aquí un texto, traducido a muchas lenguas y leído en todo el mundo, en el que, por un lado, la noción misma de «revolución científica» parece estar vinculada con un paradigma político, el de la revolución —de hecho, Koyré vivió revoluciones, por lo pronto la revolución rusa de comienzos del siglo xx—. Sin embargo, el término «revolución» no aparece empleado para proponer una visión que contenga una dimensión política. En efecto, la definición que Koyré proporciona de esta «revolución científica» tiene que ver con ciencia (ya definida), filosofía (ya definida) y teología, desde una perspectiva solo conceptual. Esta construcción de la problemática de la «revolución científica»

has been described and explained in many different ways» (Alexandre Koyré, *From the closed world to the infinite universe*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1957, p. vii).

- 12 *Ibid.* «[The] development of the new cosmology, which [...] played a paramount role in this process»; «some historians, interested chiefly in the social implications of spiritual changes have stressed the alleged conversion of the human mind from *theoria* to *praxis*, from the *scientia contemplativa* to the *scientia activa et operativa*».
- 13 *Ibid.*, pp. 2-3. «The spiritual change that I describe did not occur, of course, in a sudden mutation. [No obstante], barely a hundred years separate the *De revolutionibus orbium cœlestium* of Copernicus (1543) from the *Principia philosophiæ* of Descartes (1644); barely forty years these *Principiæ* from the *Philosophia naturalis principia mathematica* (1687). [...] Thus it is science, philosophy, and theology, represented as often as not by the very same men – Kepler and Newton, Descartes and Leibniz – that join and take part in the great debate that starts with Bruno and Kepler and ends [...] with Newton and Leibniz» (*From the closed world to the infinite universe*, cit., pp. viii-ix).

a un nivel puramente conceptual descarta la dimensión política, aunque de todos modos está presente en el propio hecho de definir el lugar donde dicha «revolución científica» se produjo. Koyré insiste en ello: «durante este período el pensamiento humano, o al menos el europeo, sufrió una profunda revolución que transformó el marco y los patrones de nuestro pensamiento».¹⁴ Al designar un lugar, Europa, para un fenómeno de carácter conceptual, Koyré ancla su análisis en determinadas sociedades, pero sin ingresar en la consideración de las características de esas sociedades, en las cuales, por ejemplo, la dimensión teológica cumple, en ese período, un papel fundamental.

Tanto en este texto muy breve como, de manera más desarrollada, en el conjunto de su obra, Koyré construye, a su vez, un esquema narrativo para la «revolución científica». Ese esquema se basa en grandes figuras, en una visión jerarquizada de los saberes —teología, filosofía, ciencia— que por lo tanto descarta otros, y, como tercer elemento de esa estructuración narrativa, en textos, directamente vinculados con las grandes figuras, esos grandes nombres que produjeron una obra. Como se sabe, Koyré dedicó casi toda su vida a trabajar sobre esas obras —las de Galileo Galilei y Blaise Pascal, en particular—.

Koyré propone pues una lectura histórica sin historia, acerca de una época en la cual, pese a estar ofreciendo reflexionar sobre la «apertura» del mundo antiguo, no puede dar ningún espacio a un acontecimiento que tuvo lugar al mismo tiempo que lo que él define como la «revolución científica»: otro evento de ruptura, otro evento fundamental, a saber, el «descubrimiento de América».

Lo que resulta muy interesante al examinar ambas categorías en conjunto, es, en suma, cómo ambas fueron construidas aproximadamente en la misma época, rechazándose entre sí. En un momento historiográfico como el de mediados del siglo xx, hasta la década de 1970, no existe la posibilidad de algo que pueda conectarlas. Puede comprenderse así por qué la idea misma de revolución científica y su desarrollo historiográfico tal como se construyó dentro de una tradición de tipo koyreana, permaneció encerrada en el mundo europeo, así como en una definición preexistente de la categoría ciencia. Este comentario no apunta, por cierto, a instruir ningún proceso respecto de colegas anteriores, sino a subrayar los marcos analíticos con los cuales se construyen las categorías historiográficas en un momento determinado y en circunstancias sociales, institucionales y políticas determinadas, lo cual ha sido abundantemente estudiado en relación con Alexandre Koyré —Wolf

14 *Ibid.* «... during this period human, or at least European, minds underwent a deep revolution which changed the very framework and patterns of our thinking».

Feuerhahn, por ejemplo, ha trabajado mucho este tema—. ¹⁵ Lo que me interesa destacar, en definitiva, es que América, en un momento que podemos llamar koyreano de la historiografía, no está en la historia de las ciencias.

OTRA HISTORIA

A la luz de lo anterior, la pregunta a plantear a continuación sería cuáles fueron, así como dónde y cómo se produjeron, los cambios historiográficos que condujeron a que hoy en día, al hablar de los siglos *xvi* y *xvii*, podamos tener una perspectiva en la no hay ni una ausencia total de lo que no es Europa, ni una visión que se limite a considerar un centro europeo y periferias. ¿Cuáles fueron las condiciones para escribir otra historia, y cuáles serían las condiciones para poder seguir haciéndolo, quizás con otro tipo de modelo analítico, en resonancia con nuestro tiempo? Hay un futuro en esto: esta historia todavía tenemos que hacerla, y estoy convencida de que este seminario que comienza hoy va a contribuir no solo al análisis del pasado, sino también a la construcción del futuro.

¿Cuáles han sido, pues, esos cambios historiográficos? Estriban en lo que los dos colegas organizadores del seminario han subrayado, eligiendo los temas que se van a discutir en los próximos meses: actores, instituciones, transacciones y mediaciones, escala global. En lo que sigue, quisiera comentar por qué me parece particularmente importante insistir en estos cuatro temas, ya que son los que permitieron abrir el mundo cerrado koyreano.

Comencemos por los actores. Como mencioné rápidamente antes, el de Alexandre Koyré es un mundo de figuras reconocidas. Uno de los problemas para nosotros, historiadores, es cómo se construyen los criterios de la identidad del actor *principal*. Para Koyré, como ya dije, lo que permitía definir una jerarquía era un corpus de obras. En los últimos cuarenta años, alimentada por varias propuestas historiográficas no solo dentro del campo de la historia de las ciencias, sino de las ciencias sociales en general y de la historia en particular, se abrió paso la idea de que los actores no se pueden limitar a los *autores* de las grandes obras. Más allá de la crisis de la noción de autor según Michel Foucault, si enfocamos el tema en una perspectiva que proviene de la historia material del libro, podemos apreciar de manera muy interesante cómo se ha ido complejizando la noción misma de autor, en relación con el proceso

15 Wolf Feuerhahn, «Le chercheur et le discours de ses objets», *Questions de communication*, 37, 2020, pp. 217-234.

de desarrollo de otra *revolución* historiográfica, la «revolución de la imprenta», para citar el título del libro de Elizabeth Eisenstein.¹⁶

Hemos llegado a saber muy bien, gracias a los trabajos de los colegas especialistas de la historia del libro o de la cartografía, entre otros, que el autor es muy difícil de definir, sencillamente porque un lugar fundamental de producción es el propio taller de imprenta, donde se puede encontrar, por ejemplo, a un individuo llamado Galileo Galilei, o Martín Lutero, actuando junto con otros actores como impresores, dibujantes, etc., cuyo papel en la producción misma de lo que será considerado como *la obra* es fundamental.¹⁷ Así se diluye la jerarquía de los *maiores* y de los *minores* con la categoría de *obra*.

La renovación de la historiografía galileana, por poner un caso, ha mostrado de manera muy convincente la complejidad de las interacciones, de las transacciones dentro de las cuales se desarrolló el proceso de producción de lo que Koyré, como muchos otros, llamaba la obra de Galileo. Al respecto, cabe recordar la importancia que tuvo en la vida de Galileo —en su vida material, concreta, cotidiana— el puerto de Venecia, ciudad en la que pasó veinte años de su existencia; allí sus interlocutores eran los trabajadores del vidrio, no para discutir acerca de las teorías de las lentes o de la dióptrica, que todavía no existía, sino sobre una manera práctica para construir el célebre *cannocchiale*. Este aspecto de la vida de Galileo es uno entre muchísimos otros que muestran el interés de seguir a una figura así a través de su trayectoria, para proceder como los sociólogos, y encontrarnos con segmentos de trayectoria, con tramos de su vida en los cuales interactúa con diversos componentes de sociedades complejas, como las de antiguo régimen. Galileo me interesa especialmente por esa razón, porque moviéndose entre Florencia y Venecia, tuvo que interactuar en contextos sociales, culturales y religiosos muy distintos, que van desde el Papa y las cortes cardenalcias o la corte del Gran Duque de Toscana, hasta el mundo de los artesanos, con quienes, insisto, trabó relaciones a la hora de construir un

16 *The Printing Revolution in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; traducción española: *La revolución de la imprenta en la edad moderna europea*, Madrid, Akal, 1994.

17 Tras la revisión reciente de las propuestas de E. Eisenstein, varios historiadores de los saberes del siglo *xvi* han trabajado la dimensión material de su construcción: Rafael Mandressi, «Les savants chez l'imprimeur: les médecins et l'entreprise éditoriale de Christophe Plantin à Anvers au *xvi*^e siècle», *Histoire, médecine et santé*, 11, 2017, pp. 131-152; Elisa Andretta y Maria Antonietta Visceglia, «I linguaggi del mondo. Religione, lingue e storia naturale: i cantieri della Biblioteca Vaticana (*xv-xvi* secolo)», *Rivista storica italiana*, 132/1, 2020, pp. 112-157; Elisa Andretta y José Pardo Tomás, «Books, plants, herbaria: Diego Hurtado de Mendoza and his circle in Italy (1539-1554)», *History of Science*, 58/1, 2020, pp. 3-27; Elisa Andretta y José Pardo Tomás, «Il mondo secondo Andrés Laguna (1511?-1559): Il Dioscoride spagnolo tra storia naturale e politica», *Rivista storica italiana*, 129/2, 2017, pp. 417-456.

instrumento que se transformó, para utilizar una expresión de Mario Biagioli, en un «instrumento de crédito», ya que Galileo edificó su crédito sobre la base de estos instrumentos, de estas tecnologías.¹⁸

Los ejemplos de este tipo podrían multiplicarse, de manera de mostrar cómo, en los últimos cuarenta años, la apertura del universo de actores a tener en cuenta cuando indagamos acerca de lo que llamamos ciencia, su expansión más allá de los protagonistas canónicos, nos ha ofrecido una manera de salir de la categoría de *revolución científica*.

En cuanto a las instituciones, al igual que los actores, se ampliaron. Con Koyré, se trataba de las instituciones a través de cuya propia apelación podemos hablar de ciencia —la Academia real de ciencias en Francia, fundada en 1666, por ejemplo—. Después de ese momento historiográfico, muchos trabajos han mostrado, de manera muy convincente, que es oportuno no limitarse a las instituciones expresamente científicas, sino considerar lo que Christian Jacob ha llamado «lugares de saber» (*lieux de savoir*).¹⁹ Con esta noción se incorporan al análisis lugares que no necesariamente son institucionales, espacios como el puerto de Venecia, en el caso de Galileo, o los salones, por ejemplo, o aún, si se pone el acento en la medicina y los médicos, los mercados, donde se comercializan, entre otras cosas, plantas medicinales. Cuanto más se buscan lugares no institucionales, más se encuentran, y con ello se enriquece, de forma complementaria, el repertorio de actores. También existen, a su vez, lugares institucionales que no se definen como lugares de ciencia.

Tomemos un ejemplo: la Casa de Contratación de Sevilla, que no es un lugar de ciencia, sí es un lugar de saber, que nos invita a volver a la pregunta de si lugares como estos pueden integrarse a la reflexión de los historiadores de las ciencias.²⁰ Quizá en este punto tengamos una opción para abrir una ventana hacia las Américas, por ejemplo, y, al mismo tiempo, hacia la política, a través de otro tipo de lugar, quizá no institucional, quizá no de ciencia, como las cortes:

18 Mario Biagioli, *Galileo Courtier: The Practice of Science in the Culture of Absolutism*, Chicago, The University of Chicago Press, 1993; traducción Española: *Galileo cortesano. La práctica de la ciencia en la cultura del absolutismo*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008. Véase también Pietro Redondi, *Galileo eretico*, Turín, Einaudi, 1983; traducción española: *Galileo herético*, Madrid, Alianza, 1990.

19 Christian Jacob (ed.), *Lieux de savoir: t. 1, Espaces et communautés, t. 2, Les mains de l'intellect*, París, Albin Michel, 2007 y 2011.

20 Maria M. Portuondo, *Secret Science: Spanish Cosmography and the New World*, Chicago, The University of Chicago Press, 2009; traducción española: *Ciencia secreta: la cosmografía española y el Nuevo Mundo*, Madrid-Fráncfort, Iberoamericana-Vervuert, 2013; Leonardo Carrió Cataldi, *Temps, science et empire Conceptions du temps au xvi^e siècle dans les monarchies ibériques*, Turnhout, Brepols, en curso de publicación.

las cortes principescas, la corte del rey de España, la del Gran duque de Toscana o la corte pontificia, por mencionar solo algunas. Se trata de lugares donde hay, por cierto, individuos que cumplen funciones políticas, pero donde además existen sociabilidades que abren a mundos distintos. En la corte pontificia, por ejemplo, puede contabilizarse hasta un millar de personas (lo mismo vale para la corte del rey de España), es decir un número considerable de individuos que ocupan posiciones institucionales o no, de poder o no, de saber o no, y, en este último caso, de saberes muy distintos, lo cual convierte a la corte en un lugar por demás interesante para entender de qué hablamos cuando nos referimos a la producción de saber en las sociedades de Antiguo Régimen.²¹

Las mediaciones y las transacciones son pues, también desde este ángulo, un tema central dentro de los varios programas para investigar sobre los saberes y su producción en la Alta Edad Moderna, la primera Modernidad, el *Early modern period*, o como se le quiera llamar. Llegamos así al cuarto de los puntos en torno a los cuales se estructura este programa sobre «políticas de la ciencia», esto es, las escalas de análisis.²²

Los lugares institucionales o no institucionales, los actores y las transacciones describen, configuran, o, para decirlo de manera quizá más problematizada, invitan a pensar escalas analíticas dentro de las cuales podemos ver cómo ciencia y política se construyen recíprocamente. Se trata, en otras palabras, de incluir la dimensión escalar en el estudio del funcionamiento de las relaciones entre saber y poder, entre ciencia y política: desde la escala de la interacción entre dos individuos hasta la que sitúa la observación a nivel de una ciudad, un imperio o el mundo, existe un amplio abanico de posibilidades para seguir la variedad de arreglos según los cuales se anudan las relaciones entre política y ciencia. Este aspecto es, a mi juicio, absolutamente fundamental, incluso para pensar cómo funcionan hoy esas relaciones. No soy, con certeza, una especialista en pandemias, pero no es indispensable serlo para percibir de qué manera las diversas escalas juegan a la hora de ayudarnos a comprender lo que ha estado ocurriendo en estos ya largos meses en la gestión de esta crisis sanitaria a nivel local, nacional, europeo, latinoamericano y global.

21 Sobre la producción de saberes como objetivo político, véase Elisa Andretta, Romain Descendre, Antonella Romano (eds.), *Un mondo di Relazioni. Giovanni Botero e i saperi nella Roma del Cinquecento*, Roma, Viella, 2021.

22 Sobre la categoría de escala, Jacques Revel (ed.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard-Le Seuil, 1996; *Annales HSS*, 2020/3-4, *Autoportrait d'une revue*, «Les échelles du monde. Pluraliser, croiser, généraliser», pp. 465-492.

CIENCIAS Y SABERES

Para terminar, regreso al mundo del siglo *xvi* y a la propuesta de repensar ese mundo desde una perspectiva diferente, liberada tanto del *descubrimiento de América* como de la *revolución científica*. No se trata de una propuesta radical, pero sí muy clara, de abandonar la idea de ingresar en él con la palabra *ciencia*, adoptando en cambio la óptica, más fecunda y enriquecedora, de reflexionar en términos de *saberes*. De esta manera se vuelve posible, entre otras cosas, la operación que comenté al inicio, es decir reconectar Europa y América, América y Europa, no en el marco de una historia supuestamente simétrica, à *parts égales*, sino de una historia que permita pensar las interacciones y asumir, más allá de cualquier *politically correctness*, las complejidades de una reflexión sobre el mundo dentro de esas coordenadas.

Esto implica tomar la novedad que el surgimiento de un nuevo continente representó en la producción de los saberes europeos de los siglos *xvi* y *xvii*, integrando, por ejemplo, el hecho de que no hubo una revolución astronómica, por un lado, y la producción de discursos «etnográficos», por otro. Ambas cosas se cruzan: los navegantes que cruzaron el Atlántico forman parte de una historia de la astronomía tal como la definió Alexandre Koyré, así como, al mismo tiempo, todo lo que se aprendió de los viajes y de los saberes vulgares producidos en las naves fue fundamental para los astrónomos que hicieron estallar el «mundo cerrado» antiguo. Lo mismo ocurre a la hora de reconectar la historia natural con la filosofía natural.

El asunto no consiste, por lo tanto, en limitarse a decir que los saberes vulgares o mundanos (las palabras cambian en función de las lenguas) han sido fundamentales para los saberes altos; el tema, antes bien, es dejar atrás una oposición entre las categorías de saberes, e intentar redefinir el mapa de los saberes del siglo *xvi* de modo tal que no sea un mapa único, sino una acumulación de varios mapas, con sus interacciones, que correspondan a los diversos actores en sus propias posiciones. Se podrá considerar así que la cosmología que los europeos *descubren* en su *encuentro* con los *nativos* es el producto de una relación de poder que se construyó dentro de Europa como entre los europeos y los nativos, y que tuvo sus consecuencias también en la producción de una relación de poder con tales *nativos*, y mucho más a medida que se complicaron también los grupos sociales a ambos lados del océano, con la llegada, forzada o no, de africanos y asiáticos.

Si bien no puedo abogar en favor de una historia simétrica porque no creo que se pueda realizar sin negar la dimensión política de las relaciones sociales, sí me parece que para quien trabaja sobre ese momento de la producción europea de saberes, los siglos *xvi* y *xvii*, hay una historia que reescribir en

términos de interacciones, poniendo el foco en el análisis de las interacciones y de sus escalas, a partir de una pregunta con la que quisiera concluir: ¿qué fuentes? ¿Con qué fuentes queremos escribir cuál historia? Si no volvemos a interrogarnos sobre las fuentes y sobre cómo se construyeron, sobre cuáles son los valores con los que las hemos definido, conservado y nombrado, no estaremos en condiciones de efectuar este trabajo de comprensión y de historización de las políticas de los saberes en el período que se extiende desde que existe América, es decir, para nosotros, en el Viejo Mundo, muy poco tiempo: solo cinco o seis siglos.

SECCIÓN 1

POLÍTICAS DE LA PESTE

PRESENTE Y PASADO EN LA HISTORIA DE LAS EPIDEMIAS

DIEGO ARMUS
Swarthmore College

Cuando recién se había desatado la pandemia de COVID-19 el entonces presidente estadounidense Donald Trump se preguntó: «¿Quién podría haberlo sabido?». La transparente brutalidad e ignorancia de Trump, lo sabemos, es de él. Pero la sorpresa, lamentablemente, ha sido y sigue siendo de muchos.

A finales de la década del setenta circulaba entre los epidemiólogos un comentario irónico y anticipador: al siglo XIX lo siguió el siglo XX y al final del siglo XX y comienzos del XXI, lo sigue el siglo XIX. Un modo de decir que las epidemias habían regresado de la mano de nuevos agentes patógenos o cepas renovadas de algunos ya conocidos.

En verdad, las epidemias nunca se habían ido del todo. Una desmedida confianza en la ciencia dominó el tercer cuarto del siglo XX, pero la llegada del SIDA, con todas las incertidumbres que trajo consigo —todavía sin vacuna y devenida en una pandemia de cerca de cuarenta años— se ocupó de anunciar décadas en que los brotes epidémicos no harían más que repetirse. Así llegaron las epidemias de SARS, H1N1, MERS y Ébola. A ellas se ha sumado la COVID-19, que sin ser la primera pandemia en tiempos de acelerada circulación de personas, productos, información e ideas, sí parece haber traído consigo una crisis planetaria y multidimensional, percibida en Occidente como única e incomparable.

Por lo menos desde 1997, con el brote del virus aviar, funcionarios de salud pública, virólogos y epidemiólogos de muchos países han estado advirtiendo que en un futuro no muy lejano íbamos a experimentar los rigores de una gran pandemia probablemente asociada a virus pulmonares. No precisaban cuándo y qué tipo de virus. Pero no dudaban en que eso ocurriría puesto que

ya habían asumido que estábamos viviendo —tal como había ocurrido en el pasado— en una *era de pandemias*. En efecto, más de cinco nuevas enfermedades infecciosas que afectan a los humanos surgen cada año, cualquiera de las cuales puede terminar por provocar una pandemia. Las razones que explican estos procesos patológicos son muy complejas. Sin duda el cambio climático, la agricultura intensiva, el uso indebido de la tierra y los hábitos de producción y consumo que alteran precarios equilibrios ecológicos. Pero hay más, mucho más que eso.

Con este punto de partida me gustaría comentar un par de asuntos, a caballo de la actual coyuntura de la COVID-19 y, por decirlo de algún modo, el trabajo de los historiadores frente al desafío de narrar la historia de las epidemias.

Comienzo con las narrativas motivadas por la irrupción del tsunami que es la pandemia de COVID-19. Las incertidumbres que marcan la experiencia individual y colectiva de vivir una pandemia alentaron una tremenda proliferación de reacciones y discursos. A todo lo largo de 2020 abundaron los vaticinios, algunos sinceros y legítimos, otros apocalípticos y esperanzados, muchos improvisados y apenas informados, casi todos convencidos que ya nada seguiría siendo tal como lo conocimos.

En esta proliferación de discursos hubo de todo. Los filósofos que hablaban sin dudar que se trataba de una «gripecita». Los periodistas todo terreno y opinadores seriales que acababan de descubrir la epidemiología y pontificaban como expertos. Algunos tópicos de esas intervenciones fueron memorables. Entre ellos los que lo explicaban todo por el neoliberalismo, desde una posible zoonosis producto del salto de un virus de una especie a otra a la falta de agua potable. Otros articulaban explicaciones más culturalistas y anunciaban la emergencia de una vida cotidiana sin besos porque las mascarillas habían llegado para quedarse para siempre. Lo hacían no hablando desde la experiencia personal, existencial, sino vaticinando un futuro inevitable. Estos comentarios —en verdad, pulsiones— parecían subrayar que estábamos viviendo unos tiempos de pandemia únicos y sin precedentes. Y al referirse a las epidemias del pasado, lo hacían de modo anacrónico porque tendían a hablar de epidemias en plural, no de cierta epidemia, en un tiempo y lugar específicos y relacionada con una cierta enfermedad.

No faltaron, por supuesto, los discursos de los políticos. Ellos suelen llevarse muy mal con el carácter disruptivo de una epidemia, más aun cuando se trata de una nueva epidemia. El desafío es inmenso y muy pocos logran manejar discretamente bien la difícil ecuación —política, en última instancia— de las

razones de la salud pública y las de la economía. Usar bien el modesto y limitado arsenal de recursos para mitigar el contagio y, del mejor modo posible, navegar las incertidumbres traídas por la pandemia no es una tarea fácil. El problema, muy serio, es que las incertidumbres no solo tienen mala prensa, sino también una relación muy complicada con la política, en particular con la política de los políticos. Por muchísimas razones una pandemia pone en aprietos a la política, nacional e internacional. De la impotencia que se quiere ocultar a la tentación exitista alimentada por una promisoría estadística que a la semana siguiente se desvanece. De la inevitable tarea diaria de comunicar a la población los implacables números de contagiados y muertos al también inevitable y loable esfuerzo por ofrecer alguna perspectiva de futuro. De la brutal exposición de desigualdades sociales preexistentes y ahora exacerbadas por la pandemia a la gestión de una coyuntura sanitaria, social y económica que solo en raras ocasiones permite aumentar el capital político de quienes deben gobernar la crisis. De los privilegios —económicos o políticos— que alimentan el diferencial acceso a tratamientos y vacunas a las dificultades por articular una estrategia global donde todos los países pueden acceder a los recursos disponibles para mitigar el contagio y terminar con el azote epidémico. En cualquier caso, hay sociedades, países, políticos, gobiernos y oposiciones que logran navegar mejor que otros los desafíos de la pandemia, que han gobernado la crisis con transparencia, honestidad y la mayor eficacia posible, asumiendo que la pandemia no se combate con promesas o deseos, o con una bala mágica, por caso la vacuna, sino con múltiples intervenciones que resultan de convergencias básicas. Convergencias básicas, muy básicas, puesto que en algunos países los consensos, aun frente a la profunda crisis desatada por la pandemia, son algo muy difícil de conseguir.

En 2021, ya en el segundo año de pandemia, fueron tomado una nueva dimensión las lecturas realistas y despojadas de ampulosidad. Se hablaba de los pocos recursos relativamente eficaces para mitigar el contagio. Por supuesto de la infraestructura sanitaria y de atención, la disponible y la necesaria. También, y con recurrencia, del uso de la mascarilla, el distanciamiento físico, el riesgo de los contactos sociales en lugares cerrados, las cuarentenas bien localizadas y acotadas en el tiempo, el frecuente lavado de manos, el testeo de la población y el seguimiento y aislamiento de los enfermos. Y de la cuestión de la accesibilidad a las vacunas en el marco de un lamentable nacionalismo sanitario que ignoraba aquello, muy obvio y bien sabido, que los virus viajan sin pasaporte e ignoran los controles migratorios. Todas medidas de salud colectiva e individual, sin duda modestas, pero las únicas disponibles mientras se navegan las incertidumbres de la pandemia.

En el segundo año de la pandemia se fueron opacando los audaces vaticinios que anunciaban la crisis final del capitalismo o difundían viejas recetas socialmente irresponsables e insensibles, los extremos de un arco de predicciones apresuradas con muchos matices intermedios. Las narrativas improvisadas del primer año perdieron la fuerza y voluntarista imaginación que tenían. Quienes habían opinado sin filtro o bien se impusieron un saludable esfuerzo de mesura interpretativa o bien sus interpretaciones ya no lograban hacerse un lugar en los medios. La fatiga y el hartazgo frente a una pandemia que no anunciaba su terminación también parecen haber apaciguado el frenesí que alimentó algo que bien puede calificarse como una prolífica imaginación pandémica, una galería de discursos que nunca faltaron en las epidemias del pasado, pero que Internet había exacerbado de modo notable.

Con el telón de fondo de la pandemia de COVID-19 me gustaría reflexionar ahora sobre el trabajo de los historiadores frente al desafío de narrar la historia de las epidemias. Por eso el título elegido para estas notas, invirtiendo un orden, en caso no sea obvio, que propone encontrar en el presente algunas claves para mirar el pasado.

A mucha gente —en puestos de gobierno y gestión, o dedicada a opinar e intervenir sobre las coyunturas del presente— la pandemia invitó a bucear, a las apuradas, en la historia y los avatares de la salud pública, la biomedicina y la epidemiología retrospectiva. Por lo general sus disquisiciones comenzaban con el mantra de «aprender del pasado», de las epidemias del pasado en plural, sin prestar suficiente atención a que cada epidemia es única. En ese grupo, bien diverso, no faltaron algunos historiadores para quienes las enfermedades no habían sido un objeto de estudio relevante (porque no les interesaba, no lo juzgaban destacado o porque se dedicaban a otros temas en estos tiempos de profunda fragmentación en el estudio e interpretación del pasado).

El caso es que, con una intensidad poco frecuente, quienes se han dedicado a la historia de las enfermedades y la biomedicina fueron interpelados con la pregunta de «qué dice la historia», una pregunta que parece sugerir que la historia funciona como una suerte de GPS frente al presente. Eso de la historia como escuela de la vida.

Soy de los que piensan que la historia no es escuela del presente, no da lecciones, y no puede definir una detallada hoja de ruta para evitar equivocaciones. Solo puede ofrecer lineamientos generales, esbozar un sentido de complejidad de la experiencia social e individual en el pasado, apenas iluminar algunos asuntos que son difíciles de vislumbrar en la vorágine y urgencias del presente. Por eso,

cuando me preguntan qué enseña la historia de las epidemias mientras vivimos la de COVID-19 suelo responder de modo lacónico, subrayando la necesidad de lidiar con el evento y proceso de una epidemia en un tiempo y espacio determinado, y de ese modo evitar respuestas fáciles y probablemente anacrónicas. En otras palabras, la necesidad de análisis situados y localizados.

Entonces, más que la pregunta «se aprende del pasado» para entender el presente me gustaría reflexionar sobre cómo el presente puede enseñarnos algo a los historiadores o, de modo más acotado y si se quiere personal, lo que yo aprendí en estos largos meses de pandemia.

Tal vez la primera lección puede condensarse en una línea: escribir y pensar una epidemia es mucho más fácil que vivirla. La pandemia ha sido y sigue siendo una maratón plagada de incertidumbres y presumir que de la mano de las supuestas lecciones del pasado se puede navegar la neblina del presente es, me parece, un despropósito. Dicho de otro modo: tomar nota y hacerse cargo, explícitamente, de la infinidad de asuntos —muchos saturados de complejas ambigüedades— que no podemos ni siquiera problematizar en la historia de las epidemias. Y reconocer que es larga la lista de lo que no hemos podido discutir, interpretar o conjeturar por la escasez de evidencias.

La densidad de asuntos que descubre esta epidemia debe educarnos en la humildad. Tal vez podemos dejar claro que para algunos asuntos hemos encontrado algo así como una respuesta o articulado una conjetura más o menos convincente. Pero para muchos otros, solo nos quedan las preguntas. Parece una obviedad. Pero si recorremos la historiografía de las epidemias y las enfermedades no es difícil concluir en la necesidad de recordar este balance inevitablemente punteado por lagunas y simplificaciones. La metáfora que el historiador del arte Ernst Gombrich¹ esbozó hace tiempo, eso de la historia como un queso suizo con agujeros, parece pertinente. Es mucho lo que no sabemos sobre las epidemias del pasado. Frente a esas lagunas podemos usar nuestra intuición y cierta sensibilidad, pero siempre constreñidos a la regla dura de la evidencia para poder conjeturar lo que pasó. Y como ocurre con muchos asuntos, las evidencias no siempre están disponibles. Entonces se trata de articular bien la pregunta, aun sin responderla. Es un modo de reconocer que los agujeros son parte del queso.

La segunda lección resulta del riesgo de mirar el pasado como si fuera un anticipo del presente. La COVID-19 nos ha revelado una batería de temas y cuestiones en las multifacéticas respuestas —colectivas e individuales— desplegadas frente a las urgencias de esta pandemia. Tenerlas presente es una

1 Ernest GOMBRICH, «Ernest Gombrich discusses the concept of cultural history with Peter Burke». *The Listener*, 90, 27th december, 1973, p. 883.

cosa, trasladarlas de forma mecánica, sin situarlas en un tiempo y espacio específicos, puede llevar a lecturas totalmente anacrónicas del pasado. Por ejemplo, enfatizar en todo lo que el Estado no ha hecho frente a una epidemia de fiebre amarilla a finales del siglo XIX cuando, en verdad, eran tiempos en que en América latina el Estado estaba recién desarrollando su agenda de salud pública o se sabía muy poco sobre esta enfermedad. O a la inversa, concluir en que quince inspectores sanitarios logran disciplinar la vida y la muerte de los habitantes de una ciudad de tres millones de personas. Son apenas dos ejemplos. Pero sobran lecturas anacrónicas, con frecuencia modeladas al calor de algún marco teórico de moda.

La tercera lección subraya la necesidad de identificar lo que las epidemias tienen en común y lo que no tienen en común, las similitudes y las especificidades. Sabemos que hay una dramaturgia más o menos compartida por casi todas las epidemias. Su primer acto consiste en la irrupción del brote epidémico en un lugar, un espacio delimitado. Luego aparecen los empeños por ignorarlo u ocultarlo. Cuando esto se ha revelado infructuoso, cuando el brote ya ha sido reconocido y aceptado, la epidemia se carga de significados y tensiones de todo tipo, tanto de carácter individual como colectivo. Finalmente, y después de hacer más o menos estragos, el brote epidémico se desvanece y el olvido lo transforma en una huidiza referencia del pasado. Pero repitiendo solo esta dramaturgia en nuestras narrativas del pasado perdemos la singularidad de cada una de las epidemias. Como dije, no se me escapa que hay narrativas históricas que olvidan que cada enfermedad es peculiar y única y terminan hablando de epidemias en plural, estandarizándolas, ignorando lo que, se supone, los historiadores tratan de hacer mejor —hablar, escribir y conjeturar tomando en cuenta un lugar y un tiempo específicos—. Esto es, localizando la epidemia y evitando miradas trans-históricas. En otras palabras: se trata de una cierta epidemia de cólera, de influenza, de VIH-SIDA, de dengue, de sarampión, de COVID-19. No de las epidemias, en plural.

La política en la coyuntura más o menos larga de la pandemia y las reacciones de la gente frente a la falta de respuestas eficaces de la ciencia en materia de tratamientos son dos asuntos muy densos y complejos. La cuarta lección que me está dejando vivir esta pandemia es evitar explicaciones tremendamente simplistas sobre la política en tiempos de epidemia. ¿Cómo reaccionan el Estado y la sociedad civil? En la coyuntura epidémica el Estado habla muchos libretos al mismo tiempo —algo que a veces tiende a simplificarse en las narrativas del pasado—. ¿Cuánta legitimidad logran los sistemas políticos en su intento de mitigar el contagio y de controlar la epidemia? La urgencia motiva consensos y convergencias. ¿Se logran tales acuerdos básicos? ¿Se trata de consensos y convergencias que producen intervenciones y respuestas exitosas

en el esfuerzo por mitigar el contagio y controlar la epidemia? Y vale la pena recordar que son muchas las epidemias que en el pasado se apagaron solas, más allá de lo que el Estado, la salud pública, la medicina y la ciencia pudieron haber hecho. ¿Y las reacciones de la sociedad civil y de las personas frente a la falta de respuestas eficaces? Allí está, es innecesario decirlo, el complejísimo mundo de las experiencias vividas, de los miedos al contagio y la muerte, a los tratamientos improvisados y alternativos. Y se está viendo cuán densa es la trama biomédica, política, social y económica resultante de los intereses vinculados con la producción, distribución y eficacia de las vacunas.

La quinta lección se articula bien en una pregunta: ¿Cuándo termina una epidemia? Y la respuesta puede ser arbitraria o producto de una decisión política. A comienzos de la década de 1970 Michel Foucault publicó una extensa crítica a cualquier empresa que pretendiera alcanzar la verdad histórica descubriendo sus inicios elementales. Citando a Nietzsche, decía que la historia enseña a reírse de las solemnidades del origen. El noble origen no es más que «una extensión metafísica que surge de la creencia de que las cosas son más preciosas y esenciales en el momento del nacimiento». Enfatizaba en que los orígenes históricos reales no fueron ni hermosos ni, en última instancia, muy significativos. Argumentaba contra la idea de un punto de partida glorioso o determinista:

La historia es el cuerpo concreto de un desarrollo, con sus momentos de intensidad, sus lapsos, sus prolongados períodos de agitación febril, sus desmayos; y solo un metafísico buscaría su alma en la lejana idealidad del origen. Cualquiera que sea el cumpleaños que elija conmemorar, la historia obsesionada con los orígenes se enfrenta a un problema intelectual debilitante: el evento puede llevar a ignorar el proceso, que es, lo sabemos, lo más rico de la historia.²

Foucault nos advierte sobre el peligro de celebrar el evento inicial, olvidando el proceso. Y si esta advertencia parece pertinente para los momentos de iniciación, también lo es para los momentos de cierre, de finalización. Quiero decir, la estadística epidemiológica puede permitir aventurar el fin de un ciclo epidémico, pero hay mucho más que ese de algún modo arbitrario umbral numérico. Una epidemia es un episodio más o menos largo que afecta todas las dimensiones de la vida social e individual. Su comienzo y final son asuntos que acarrearán una compleja temporalidad. Enfermedad, endemia,

2 Michel Foucault, «Nietzsche, Genealogy, History», en: *Language, Counter-memory, Practice. Selected Essays and Interviews*, Ithaca, NY: Cornell University Press, 1977, p. 143. Traducción de Diego Armus. Edición original: «Nietzsche, la généalogie, l'histoire», en: *Hommage à Jean Hyppolite*, París, Presses Universitaires de France, 1971, pp. 145-172.

epidemia, pandemia son etiquetas relativas y también son etiquetas políticas. La definición de pandemia o epidemia asociada a la irrupción sin aviso, por un tiempo corto y mucha muerte, es muy insatisfactoria. Y también lo son los momentos del comienzo y del cierre. Estamos viviendo hace cuarenta años con la pandemia de Sida. Con la tuberculosis los ciclos fueron aún más largos y hubo tiempos en que se la etiquetó de epidemia y otros de endemia. En los últimos años la enfermedad de Chagas se ha discutido como pandemia —por décadas etiquetada como endemia en zonas pobres y alejadas de los centros de poder y ahora presente en zonas del así llamado Norte Global—. ¿Cuánto se habla de la pandemia de malaria en el siglo XXI?

Y la última lección. Las enfermedades y las epidemias son parte de la experiencia humana. Algunas terminarán controladas, deviniendo en enfermedades con las que se aprende a convivir. Otras desaparecerán como resultado de exitosos esfuerzos de erradicación. Cada epidemia de enfermedades infecto-contagiosas es única, resultante de un microorganismo y del modo en que una sociedad la confronta, reacciona e interpreta. Han sido, siempre, parte de la historia de la humanidad. Y lo seguirán siendo. Es cierto que algunas enfermedades son evitables y es particularmente irritante cuando no se hace lo que se debe para evitarlas. Pero no todas las enfermedades son evitables. Desde siempre las relaciones entre sociedad y medio ambiente han sido inestables. Muchas epidemias emergieron como resultado de un desequilibrio donde factores no humanos —como las mutaciones genéticas— o intervenciones humanas —como las alteraciones en el entorno medioambiental— se enhebraban con contextos sociales, políticos y culturales particulares. No me interesa subrayar ahora las necesidades y horrores hechos por los hombres, sobre lo que hay abundante literatura. En cambio, quiero remarcar la existencia de procesos que no son resultado directo de las acciones del hombre. Y frente a los cuales la salud pública y la ciencia solo logra manejarse del mejor modo posible en la neblina de las incertidumbres. Baruch Spinoza, en el apéndice a la Parte 1 de su *Ética*, dice somos tan soberbios de creer que el mundo fue hecho, fabricado y organizado para nuestra satisfacción. No tener esto presente lleva a pensar que nos portamos mal con la madre naturaleza y que por eso debemos pagar las consecuencias. Es darle a la naturaleza, como en la antigüedad clásica, el carácter de una deidad con intención. Sin duda la lista de cosas que se han hecho mal en los últimos siglos es larga. Pero esa economía de premios y castigos para entender el azote epidémico no parece ser adecuada. En otras palabras, las mutaciones genéticas no pueden explicarse única y exclusivamente de la mano de, digamos, la tala de árboles o el calentamiento global. Si así fuera, no hay modo de explicar muchas de las epidemias del pasado. Al final de cuentas, las epidemias son tan viejas como la humanidad. Espero que se entienda

lo que quiero decir: las enfermedades y epidemias son fenómenos sociales, culturales, biológicos, económicos. Pero su origen es algo más complejo que no se explica solo de la mano de la economía, la ecología o la cultura. Y esto es relevante en la historia de la ciencia y también en las evaluaciones que se hacen de la performance de la salud pública y las políticas de salud.

Al empezar me referí a la sorpresa de Trump frente a la pandemia. También expresé mis reservas con los discursos de los filósofos, la audacia interpretativa de los periodistas todo terreno y la incapacidad de los políticos. Ahora cabe señalar que la discreción y la modestia es un bien escaso entre algunos historiadores. Cierro con el para mí irritante comentario de uno de ellos que cree tener una respuesta para todo lo que estamos viviendo. Dice:

Hoy, a más de un año de haberse declarado oficialmente que la enfermedad de la COVID-19 era una verdadera pandemia [...] está cada día más claro que el causante principal de esta terrible pandemia, que azota actualmente a la humanidad entera, no es otra que el sistema mundial capitalista todavía vigente en escala planetaria. Ya que lejos de las tramposas pseudo-explicaciones naturalistas o biologicistas, que querrían presentar a la COVID-19 como una azarosa e infortunada mutación «natural» de un virus animal que migra, también de modo desafortunado y casual, hacia los seres humanos, se impone cada día más claramente la evidente realidad de que es más bien el capitalismo, con su profunda e ineludible lógica depredadora y destructora de la naturaleza y de la ecología, el que termina por provocar estas mutaciones y migraciones de las enfermedades animales hacia la cada vez más frágil y precaria especie humana [...] Al desencadenar una eliminación brutal, súbita y descontrolada de las fronteras naturales y trans-históricas entre el reino animal y el reino humano, el capitalismo ha ido creando, durante varios siglos, la indefensión y la debilidad de los cuerpos humanos frente a esas nuevas e inéditas enfermedades provenientes de los animales.³

El siglo XIX produjo grandes síntesis históricas que ofrecieron futuros deseados. Marx lo inventó a su modo, también Saint-Simon y Auguste Comte, incluso Tocqueville. Pero después la historia hizo lo suyo, como resultado de las acciones humanas, grupales e individuales y también, a veces, como

3 Carlos Antonio Aguirre Rojas, «Lecciones de un año de pandemia», *América Latina en movimiento* [en línea: <https://www.alainet.org/es/articulo/211839>], publicado el 15 de abril de 2021.

resultado de factores extrahumanos, como un virus. Esto último, me parece, es una dimensión clave de la que no podemos olvidarnos cuando intentamos entender qué pasó con las epidemias y enfermedades en el pasado.

DEL TOTOMONALIZTLI AL COCOLIZTLI: VOCES DE EPIDEMIA EN EL ORIGEN DE NUEVA ESPAÑA (1519-1576)

JOSÉ PARDO-TOMÁS

Institució Milà i Fontanals-csic

La violencia del choque biológico que produjo la llegada de los europeos — humanos, animales, cultivos— a tierras americanas causó, entre otras consecuencias, una catástrofe epidémica de proporciones inéditas en la historia de la especie humana, al menos desde que empezó a generar testimonios dibujados o escritos. La raíz política de ese violento choque y, muy especialmente, de la gestión de sus consecuencias es indiscutible, por mucho que cierta historiografía lo haya utilizado para naturalizar el hecho colonial y presentar sus violencias como inevitables, incluso involuntarias. Lo bien cierto es que, en Mesoamérica, en poco más de medio siglo, tres grandes epidemias y una decena de ataques menores, diezmaron la población existente. Los cálculos más optimistas fijan la pérdida demográfica en tres cuartas partes, los más pesimistas sostienen que el balance supuso la pérdida del noventa por ciento de los habitantes de la región.¹

Son muchas las reflexiones suscitadas al plantear los vínculos entre ciencia y política aplicados a aquella gran hecatombe provocada por el inseparable

1 Véase Rodolfo Acuña-Soto *et al.* «Megadrought and Megadeath in 16th Century Mexico», *Revista Biomédica*, 13, 2002; Elsa Malvido, «La epidemiología, una propuesta para explicar la despoblación americana», *Revista de Indias*, 63, 2003; Angélica Mandujano Sánchez, Luis Camarillo Solache y Mario A. Mandujano, «Historia de las epidemias en el México antiguo. Algunos aspectos biológicos y sociales», *Casa del Tiempo*, 5, 2003; Sherry L. Fields, *Pestilence and headcolds: encountering illness in colonial Mexico*, Nueva York, Columbia University Press, 2008.

binomio colonialidad/modernidad,² pero por razones de espacio voy a tratar de plantear solamente tres: la búsqueda de un extraño a quien culpar; los usos político-religiosos de la crisis demográfica; y la obsesión del poder político colonial por las causas más que por los remedios. Espero que la selección —aunque extrema— ayude a ilustrar la complejidad de los vínculos entre la política, la salud de la población y las teorías y remedios implementados para hacer frente a las epidemias. Y también a eludir las fáciles trasposiciones entre pasado y presente, a menudo basadas en analogías superficiales, pero olvidando con demasiada frecuencia las enormes diferencias de las situaciones históricas comparadas.

LA INVENCION DEL CASO CERO O EL CULPABLE ES EL OTRO

Entrado en esta Nueva España el capitán y gobernador Don Fernando Cortés con su gente [...] en uno de sus navíos vino un negro herido de viruelas, la cual enfermedad nunca en esta tierra se había visto, y a esta sazón estaba toda esta Nueva España en extremo muy llena de gente, y como las viruelas se comenzasen a pegar a los indios, fue entre ellos tan grande enfermedad y pestilencia mortal en toda la tierra.³

La invención del *caso* o de la *primera ola* epidémica —por decirlo en el vocabulario que se nos ha hecho familiar, impuesto por los medios durante la pandemia de COVID-19— fue acuñada por los primeros soldados que se lanzaron a la conquista del imperio mexica a partir de 1519, pero fueron los franciscanos que se embarcaron en la llamada «conquista espiritual de México» (es decir la conversión masiva y forzosa de los mesoamericanos que la conquista militar subyugaba en uno y otro bando de la contienda) quienes le dieron cumplida difusión a lo largo de las décadas que siguieron al inicio de la terrible mortandad causada por la viruela entre la población indígena mesoamericana. Expandieron también la invención cronistas como Bernal Díaz del Castillo, soldado español de la primera hornada que, a la vejez, rememoraba —reinventaba, como toda rememoración— los hechos, repitiendo el relato que entre todos habían construido y creído:

2 Walter D. Mignolo, *Historias locales/diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, Akal, 2003.

3 Toribio de Benavente (OFM), *Historia de los indios de la Nueva España*, Madrid, Dastin, 2001.

Un negro que traía lleno de viruelas, que harto negro fue en la Nueva España, fue causa que se pegase e hinchiese toda la tierra dellas, de lo cual hubo gran mortandad; que según decían los indios, jamás tal enfermedad tuvieron [...] y cundió de tal suerte esta pestilencia, que no dejó rincón sano en la Nueva España.⁴

Los franciscanos acuñaron, además, la idea de que tanto morir se debía a que todavía no habían llegado suficientes evangelizadores, ya que ellos estaban llamados a ser los «médicos así corporales como espirituales» de los «indios» en esa coyuntura trágica. Los supervivientes, por su parte, llamaron *hueyzáhuatl* (gran lepra) a lo que los españoles llamaban viruela. Pronto no tardó en llegar el azote de otra enfermedad, también desconocida para ellos, a la que llamaron *záhuatltepilon* (lepra chica), que era el sarampión de los españoles. Y en medio del colapso de su mundo anterior, trataron de poner también sus medios para hacer frente al desastre, incluyendo en ocasiones el «regreso a los antiguos dioses», como veremos.

LOS USOS POLÍTICO-RELIGIOSOS DE LA CRISIS SANITARIA: DOS VERSIONES

A la segunda gran epidemia, sin embargo, los españoles no supieron darle nombre y los *titici* [sanadores nahua hablantes] la denominaron simplemente *cocoliztli*: enfermedad que causa gran mal. Por vez primera en 1545 y por segunda vez en 1576, el *cocoliztli* dejó una terrible huella, que se puede rastrear tanto en los códices de los *tlacuiloque* [pintores-escritores] como en las crónicas de los frailes.⁵

El código *Telleriano-Remensis*, por ejemplo, dibuja un atado de numerosos cadáveres envueltos en sudarios, el *tlatoani* [mandatario] muerto en su *icpalli* [sitio de piedra] el árbol quebrado, los años en glifos y cifras arábigas y el escrito alfabético «año de 1544 y de 1545 hubo una gran mortandad entre los yndios». Una escritura visual que se complementa con esta, recitada originalmente en náhuatl:

Se difundió entre nosotros una gran peste, una enfermedad general sobre nosotros se extendió: gran destructora de gente. Algunos bien los tapó por todas

4 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Ciudad de México, Porrúa, 2007.

5 Sandra Guevara, *La construcción sociocultural del cocoliztli en la epidemia de 1545 a 1548 en la Nueva España*, Tesis doctoral, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017.

partes se extendió, en la cara, en la cabeza, en el pecho [...] Muchos murieron de ella, pero muchos de mera hambre murieron [...] Ya nadie tenía cuidado de nadie, nadie de otros se preocupaba. [...] a muchos se les echó a perder la cara [...] otros quedaron ciegos, perdieron la vista.⁶

Es difícil, dada la ausencia de fuentes explícitas, saber cómo combatieron esta situación los indígenas, tanto los enemigos de los invasores como sus aliados. Más fácil es saber qué ocurrió del lado de los frailes ya que sus textos han sobrevivido mejor, por obvias razones. Así, por ejemplo, el franciscano Sahagún, testigo de las dos oleadas de *cocoliztli* en el colegio que su orden tenía en Tlatelolco, escribió:

El año de 1545 hubo una pestilencia grandísima y universal donde en toda esta Nueva España murió la mayor parte de la gente que en ella había, yo [...] enterré más de diez mil cuerpos, y al cabo de la pestilencia diome a mí la enfermedad y estuve muy al cabo [...] la pestilencia que hubo agora ha treinta y un años, dio gran bacque al colegio y no le ha dado menor esta pestilencia deste año [...] que casi no está ya nadie en el colegio.⁷

Lo cierto es que en 1545 solo había dos médicos españoles acreditados en la capital mexicana,⁸ así es que los recursos movilizados del lado de los colonizadores fueron esencialmente los frailes y su particular «medicina de la conversión»:⁹ una estrategia que permitía utilizar el conocimiento indígena y apropiarse de algunos de sus recursos curativos, pero en el marco de esa medicina de cuerpos y almas en la que consistía para ellos su esfuerzo en la conversión de los indígenas, aprovechando la extrema debilidad y precariedad en que quedaron sus estructuras comunitarias. Juan de Grijalva, cronista oficial de los agustinos, que habían llegado unos años antes de 1545 a México, lo explicaba así:

6 Bernardino de Sahagún (OFM), *Primeros memoriales*, en *Códices matritenses de la Historia general de las cosas de la nueva España*, 2 vol., Madrid, José Porrúa Turanzas, 1964.

7 Bernardino de Sahagún (OFM), *Historia general de las cosas de Nueva España. Introducción, paleografía, glosario y notas de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana*. 2 vol., Ciudad de México, Banamex, 1982.

8 Gerardo Martínez Hernández, *La medicina en la Nueva España, siglos XVI y XVII. Consolidación de los modelos institucionales y académicos*, Ciudad de México, UNAM, 2014.

9 José Pardo-Tomás, «Conversion medicine: communication and circulation of knowledge in the Franciscan convent and college of Tlatelolco, 1527-1577», *Quaderni Storici*, 48, 2013, pp. 1-21.

Estas señales se terminaron en una peste general que llamaron cocoliztli, de que de seis partes de indios murieron las cinco, y como la enfermedad era tan aguda y tan pestilente, que en una familia entera no quedava una sola persona que pudiese curar de los enfermos, era necesario que acudiesen a esto los pocos españoles que avía. Los que entonces se exercitavan, eran los Religiosos, ya dándoles de comer, ya curándoles de aquella grave enfermedad, y ya administrándoles los santos Sacramentos [...] a todo acudían los Religiosos con tanta caridad, que los que quedaron vivos les deven a ellos la vida, y el alma.¹⁰

Ahondando en la apología del papel salvador de los colonizadores, el dominico Dávila Padilla narraba de modo espeluznante el *cocoliztli* de 1576:

Este año de 1576, desde los principios del verano, hasta los fines del año siguiente, hubo una pestilencia general en esta tierra, que entre las muchas grandes que ha tenido fue la mayor. Fue misericordia de Dios que no le pegase la pestilencia a los españoles porque pudiesen curar y sepultar a los indios [...] no había pueblo donde no muriesen cada día de ochenta a ciento, y en pueblos grandes más. Cavavan hoyas grandes en los patios de las yglesias, y allí los arrojaban con toda presteza, morían algunos de enfermedad y otros de hambre [...] hallavan a unos agonizando sobre las pobres esteras, que son sus camas en salvo y enfermedad; a otros los hallavan muertos, y a otros con las ansias de la muerte se avían levantado de sus camas y se caían muertos en los patios y en las puertas de sus casas [...] Fue general el destrozo en todas las naciones de la Nueva España: en los mexicanos, otomítes, chochones, guatenicamanes, con las demás lenguas y naciones de toda la provincia de Yucatán y su comarca; y llegó la enfermedad hasta los indios chichimecas y llevó muchos de ellos. Mostrose muy bien la cristiandad de los españoles, y en particular el amor de padres con que los religiosos curaban y regalaban a los indios.¹¹

LA OBSESIÓN POR LAS CAUSAS MÁS QUE POR LOS REMEDIOS

La convocatoria de los encuentros que originan este texto proponía «examinar los circuitos de coproducción de conocimiento y de decisión, sus mediaciones institucionales, los espacios y usos políticos del saber, las figuras

10 Juan de Grijalva (OSA), *Crónica de la Orden de N. P. S. Agustín en las provincias de la nueva España*, Ciudad de México, imprenta de Juan Ruiz, 1624.

11 Agustín Dávila Padilla (OP), *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México*, Madrid, Pedro Madrigal, 1596.

de la asesoría y la circulación de la palabra experta en la esfera pública». La aplicación de esta propuesta a la situación histórica que trato de analizar aquí es todo menos automática; y la necesidad de ser breve me obliga a centrarme en uno de los episodios más significativos de esta coproducción de conocimiento y decisión.

Ante la catástrofe epidémica, el poder colonial —la corona española y sus servidores— tomó cartas en el asunto. La extinción de los pueblos originarios en el Caribe disparó la ansiedad de que ocurriera lo mismo con los de Mesoamérica, de modo que ambos factores fueron el acicate para el comercio transatlántico con personas esclavizadas. Junto a esta medida, de una trascendencia política y humana de primera magnitud, la compleja maquinaria burocrática de la monarquía se empecinó en refinar un mecanismo de recogida de información —el cuestionario— que acabó desembocando en el de 1577: cincuenta preguntas que debían ser respondidas en cada uno de los partidos y corregimientos de las Indias Occidentales, tanto por las autoridades coloniales españolas (corregidores, alcaldes, frailes, párrocos) como indígenas (gobernadores y «ancianos del lugar»). Entre otras cosas, se preguntaba si en el partido había «muchos o pocos indios y si ha tenido más o menos en otro tiempo que ahora y las causas que de ello se supieren», cuáles eran «los mantenimientos de que usaban y ahora usan y si han vivido más o menos sanos antiguamente que ahora y la causa de que de ello se entendiere», «si es tierra o puesto sano o enfermo y si enfermo por qué causa», «y las enfermedades que comúnmente suceden y los remedios que se suelen hacer para ellas».¹²

Las respuestas a estas preguntas originaron las llamadas *Relaciones Geográficas de Indias*,¹³ que son de crucial importancia para tratar de delinear rasgos significativos de las culturas médicas novohispanas, surgidas de discursos bifrontes condenados a hibridarse —aunque fuera en muchas ocasiones malinterpretándose— para construir (coproducir, si se prefiere, aunque el término me suscita reticencias) un saber médico y unas prácticas terapéuticas con las que combatir la enfermedad. La experiencia de la hecatombe demográfica estuvo, como es natural, muy presente en la mente de las personas involucradas en la elaboración de las respuestas al cuestionario. La mayoría de las veces, son el resultado de un complejo juego de negociación entre diferentes actores, ya que en realidad son el registro escrito de un acto público, en el que se procedía a leer en voz alta las preguntas, que eran contestadas también de

12 *Instrucción y memoria de las relaciones que se han de hacer para la descripción de las Indias*, Madrid, Consejo de Indias, 1577.

13 René Acuña (ed.), *Relaciones Geográficas del siglo XVI*, 10 vols., Ciudad de México, UNAM, 1982-1988.

forma oral. Y quienes respondieron no fueron, por lo general, ni el escribano, ni el corregidor, aunque fueran la instancia sancionadora de cara a la metrópoli. Aunque las *Relaciones* se someten a lo preguntado por el poder colonial, el resultado final se elaboró en la colonia y la interpretación fue discrecional, plural, en ocasiones arbitraria y contradictoria. Por un lado, podemos encontrar una respuesta como la del corregidor del partido de Chiconauhtlan: «En esta jurisdicción yo no he visto ni sabido que haya yerbas con que se curen los naturales, sino que se dejan morir como bestias, sin hacerse remedio. Y no sé otra cosa desta jurisdicción».

Por otro lado, puede sorprender el contraste con la del corregidor y el cura de Citlaltepec que comenzaron por dar voz a los indígenas, aunque mediaticada por el intérprete:

Quieren estos naturales decir que la causa porque en su gentilidad vivían más sanos, era por estar habituados a las corrupciones de los aires y tiempos [...] que casi se ha convertido su complexión en la que nosotros tenemos, por haberse dado al comer carne de vaca y puerco y carnero, y beber vino, y dormir debajo de techado [...] Amén de otros vicios y carnalidades, en que todavía están, de que, naturalmente, la vida que tienen se les acorta y caen en muchas enfermedades contagiosas, de que mueren.¹⁴

Como se ve, acaban basando la causa de la mortandad epidémica en el concepto galénico de complexión, que en los indios habría cambiado tras la conquista, debido al régimen de vida (alimentación, habitación, reposo) y la persistencia de «vicios y carnalidades».

Así es que cada documento debe ser sometido a un cuidadoso análisis para determinar el sujeto de la enunciación de un texto complejo, resultado de muchas voces que intervienen, aunque situadas en diversas posiciones de la relación de poder en la que se desarrolla el acto. Ese contexto de escenificación del poder colonial, sin embargo, no puede ocultar completamente la polifonía que se esconde detrás de la construcción de las explicaciones causales de la catástrofe epidémica.

Acabamos de ver que la posición de las autoridades españolas no es en absoluto monolítica: tampoco la de la comunidad indígena. Las voces de los

14 Esta cita y las que siguen las tomo de la edición de René Acuña, citada en la nota anterior; las referencias precisas se ofrecen en José Pardo-Tomás, «Antiguamente vivían más sanos que ahora». Explanations of the native mortality in the *Relaciones Geográficas de Indias*, in: John Slater, M.^a Luz López-Terrada, José Pardo-Tomás, eds. *Medical Cultures in the Early Modern Spanish Empire*, Farnham, Ashgate, 2014, pp. 41-66.

pipiltin [señores] y los maceguals [trabajadores] no es la misma, ni son las mismas las causas a las que atribuyen la enfermedad y la muerte masivas. Ambas coinciden en señalar el violento derrumbe del orden antiguo causado por la llegada de los españoles como la causa principal, pero a la hora de describir las causas derivadas de esta, la diferencia aflora por entre las quiebras del discurso del poder encarnado en el escribano cuando recoge lo que el intérprete dice. Un ejemplo:

Según dicen los viejos antiguos que hay ahora y tienen por pinturas que les dejaron sus pasados [...] los caciques y señores no consentían que sus súbditos viviesen con ociosidad, sino que a la continua los traían ejercitados en cosas de la guerra. Ni menos les consentían beber vino de la tierra, si no era al capitán u otra persona que hubiese hecho alguna cosa señalada.

La tensión que aflora entre la visión de los que han conseguido mantener su posición prominente en la comunidad y la de los maceguals a los que se les culpa de provocar la enfermedad y la muerte es en ocasiones muy evidente. Los «viejos antiguos», en la voz de sus intérpretes, insisten machaconamente en que *antes* había un orden, una austeridad y una división social rígida entre *pipiltin* y maceguals, pero que *ahora* ya no la hay. Como explicaban los del partido de Ichcateupan:

Vivían antiguamente mucho tiempo, y esto muy sanos, porque comían poco y trabajaban mucho, y no conocían mujer hasta ser de treinta años [...] porque los indios comunes no podían comer carne ni gallina ni beber vino, lo cual ahora hacen en gran demasía [...] y que los principales tenían libertad de emborracharse y, como fuese macehual no la tenía, si se emborrachaba, tenía pena de azotes.

La relación es casi siempre el resultado de un forcejeo entre lo que fue dicho por unos, lo que entendieron otros y lo que finalmente se trasladó al papel. En las respuestas que nos interesan, nos encontramos con una polifonía de discursos profanos que tratan de los gravísimos problemas demográficos atravesados por la población mexicana durante el primer medio siglo posterior a la conquista. En este sentido, es conveniente subrayar aquí el carácter profano de esos discursos, dada la preponderancia concedida en la historiografía a los discursos de los expertos sobre estos mismos temas.

De hecho, solo dos médicos aparecen a lo largo de las *Relaciones*. Uno es mencionado solo de paso, porque los indígenas de Ahuatlan se quejaron de que el ganado vacuno del *doctor Toro* les había «inficionado» el agua y obligado a trasladar su asentamiento. El otro es el licenciado Alonso Hernández Diosdado,

autor de la *Relación* de Veracruz; su texto no es especialmente original y resulta más breve de lo esperado para una población de la importancia de Veracruz, puerto de entrada atlántica a Nueva España. La condición de médico de su autor apenas se deja traslucir, ni en el uso de conceptos o términos propios de su profesión, ni en un esfuerzo especial por dar explicaciones médicas a las preguntas sobre la salud de la población y las causas de las epidemias:

Ha sido muy notable la quiebra y falta que en los indios desta comarca ha habido después que los españoles señorearon la tierra y cada día se van deshaciendo las poblaciones [...] de manera que no se puede esperar sino una total ruina y acabamiento de los que quedan. Porque, sin ocasión particular se entienda mas de la mala templanza general e inclemencia desta tierra y de la miserable plaga de los mosquitos que hay en ella.

Las voces de los indígenas también son, casi siempre, de los profanos, entre otras razones porque sus expertos habían sido en buena medida exterminados. En Tonameca, lamentaban explícitamente haberlos perdido:

Dicen que antiguamente solían tener quien los curaba y, después que vinieron los españoles, no han tenido quien los cure [...] y declaran que antiguamente [...] se curaban con zumo de yerbas que los médicos que tenían les daban y que ahora no hay quien conozca ni sepa de yerbas.

Ahora sabemos que el antiguo saber de los médicos indígenas revivió en mayor medida de lo que de este testimonio se deduciría. Pero lo cierto es que, en 1576, cuando el *cocoliztli* culminó el desastre demográfico, una parte del arsenal terapéutico que había servido para mantener la salud y combatir la enfermedad en los tiempos prehispánicos estaba ya también en manos de frailes y sanadores europeos: entre 1570 y 1577 el médico de Felipe II Francisco Hernández había recopilado información sobre usos curativos de más de dos mil plantas, centenares de animales y varias decenas de minerales.

De las estrategias terapéuticas principales del galenismo —la purga y la sangría— que los médicos europeos practicaban, la primera era fácilmente asimilable por la población indígena, pero la flebotomía no lo fue en ningún modo. En Guatulco, por ejemplo, decían que:

... antiguamente jamás se sangraban, ni sabían este remedio, sino solamente los remedios de las yerbas y plantas [...] que los médicos que solía haber entre ellos las conocían y aplicaban [...] Y dicen que antiguamente solían tener quien

los curaba y, después que vinieron los españoles, no han tenido quien los cure, mas de quien los sangre.

La oposición indígena a las sangrías pasará a formar parte del discurso experto de los médicos novohispanos universitarios. En sentido inverso, la práctica terapéutica del baño, tan importante en la cultura médica indígena, provocaba escepticismo —cuando no escándalo— en los frailes, cirujanos, médicos y boticarios llegados del otro lado del Atlántico, que los denunciaron, incluso, como una de las causas de la mortandad masiva indígena. La relación de Tehuantepec es clara a la hora de echarle la culpa al baño: «se bañan en los ríos de ordinario, aunque estén con alguna enfermedad; y, ansí, suelen morir muchos en este tiempo que reinan los nortes».

Por el contrario, en Tepoztlán, como en otros casos, la voz indígena defendiendo el baño resulta elocuente:

... ahora viven muy poco y se mueren muchos y [...] entiende ser la causa que entonces andaban desnudos y dormían en el suelo y se bañaban cada día dos veces y vivían sanos; y que ahora andan vestidos [...] y duermen en camas y con ropa y que, en dándoles el aire, caen malos y se mueren.

Sobre los baños, como con las sangrías, se produjo un prolongado debate. En las *Relaciones* hay indicios suficientes para intuir la fuerza y la extensión que las controversias en torno a la sangría y a los baños alcanzaron entre españoles, criollos, mestizos y, sin duda también, entre los indígenas supervivientes. La atribución de un temperamento flemático a los indios, claramente inspirada en la tipología galénica, conocerá una elaboración más sofisticada por parte de algunos tratadistas expertos, en especial a partir de la obra del médico Juan de Cárdenas, ya en la década de 1590.

Las *Relaciones*, que no dejan de ser resultado de la imposición de un poder político sobre un tejido social que apenas está empezando a coserse sobre una trama tremendamente desigual, muestran cómo los gobernantes de las comunidades de indios y españoles lograron un precario consenso acerca de las causas que provocaron la mortandad. Por un lado, la culpa era de los españoles que expulsaron a los indios de los montes y los obligaron a mudar su forma de vivir; por el otro, la culpa era de los maceguals, que aprovecharon el fin de los antiguos dioses para abandonar sus hábitos sanos y austeros en pos de una vida depravada, que solo la nueva religión de los conquistadores era ya capaz de mitigar.

Por las costuras de ese consenso, sin embargo, afloran también nítidamente las tensiones. Traslucen, por ejemplo, en lo ocurrido en Ocelotepec: «Habrá tres meses que su beneficiado, Esteban Ramos, averiguó que, en una enfermedad muy grande que hubo en el dicho pueblo habrá tres años [...] volvieron los principales a sacrificar al dicho Petela [para] que aplacase la enfermedad».

La traumática experiencia de la muerte masiva y de la más que evidente impotencia ante ella, llevaba a recurrir a los viejos dioses. La comunidad indígena del Puerto de Guatulco no escondía la dura queja hacia las condiciones de vida impuestas por los evangelizadores y conquistadores:

Oyeron decir a sus antepasados que antes que los españoles viniesen solían vivir sanos y recios y mucho más tiempo, y que después que vinieron los españoles, comenzaron a morirse todos; y que la causa dello había sido porque los apartaron de sus dioses, que les decían lo que habían de hacer para sanar cuando caían enfermos.

Hay muchas *Relaciones* en las que la mirada indígena se dirigió hacia un pasado idílico que se llenaba de ventajas frente al durísimo presente. Tal reivindicación del pasado implicó, aunque fuera de manera implícita las más de las veces, una dura crítica al presente y a sus responsables: los nuevos dominadores. Pero, al mismo tiempo, tal reivindicación dejaba a la comunidad indígena recluida en el discurso de sus antiguos señores, cuya nostalgia por el poder perdido es quizá la más notable de las voces indígenas de las *Relaciones*.

EL INICIO DE LA *PESTE ROSA*¹ Y LA PRIMERA OLA DEL MOVIMIENTO HOMOSEXUAL URUGUAYO (1984-1996)

DIEGO SEMPOL

Facultad de Ciencias Sociales,
Universidad de la República, ANII

Los primeros casos positivos de VIH-SIDA fueron detectados en Uruguay en 1983. Durante el inicio de la pandemia, la prensa de la época presentó el tema como una *peste rosa*, promoviendo así que al estigma de la homosexualidad se sumara ahora el de una enfermedad que durante estos años era mortal. En este breve texto me propongo analizar las reacciones iniciales de las organizaciones homosexuales uruguayas ante la llegada de la pandemia de VIH-SIDA, reconstruyendo el proceso histórico por el que finalmente resolvieron trabajar en la lucha contra la epidemia y la forma en que lo hicieron, un camino zigzagueante y contingente que ha sido olvidado con frecuencia. El recorrido busca capturar la complejidad del momento histórico de los años ochenta y principios de los noventa, así como problematizar la reflexión académica que ha trabajado el impacto de la pandemia de VIH-SIDA como un factor propiciatorio del desarrollo de la visibilidad de los homosexuales.²

1 Así tituló *La Semana* del 11 de abril de 1985 la nota central de esa edición sobre el VIH-SIDA. Lejos de ser un caso aislado, la expresión se utilizó en varios medios de la época en la región.

2 Richard Parker, *A construção da solidariedade*, Río de Janeiro, Relume Dumará, 1994; Mario Pecheny, *La Construction de l'avortement et du sida en tant que questions politiques: le cas de l'Argentine*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2001; Horacio Sívori, *Ativistas e peritos no movimento GLTTB-AIDS argentino. Ciência e política da identidade sexual*, Tesis doctoral, UFRJ, 2007.

LA NUEVA DEMOCRACIA Y LA LLEGADA DE LA EPIDEMIA

En las elecciones de 1984 (con personas y partidos proscriptos), triunfó el candidato del Partido Colorado, Julio María Sanguinetti, con el 41 % de los votos, bajo la consigna «Cambio en paz». Con el nuevo gobierno se produjo la reinstalación del sistema «partidocrático»,³ y se reeditó el desarrollo de formas institucionalizadas de hacer política que implicaron desafíos particulares para las organizaciones homosexuales.⁴ Durante ese período se abordaron temas como la amnistía para los presos políticos, la restitución o la compensación de los funcionarios públicos destituidos y la regularización del aparato estatal. Además, la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado (que eximía a los responsables de violaciones de los derechos humanos durante el período autoritario), aprobada a finales de 1986, intentó ser impugnada a través de un referéndum derogatorio de iniciativa ciudadana, proceso que tuvo un primer cierre en 1989 con la derrota del voto verde (42,42 %) y la ratificación de la ley con el triunfo del voto amarillo (55,44 %) —llamados así por el color de las papeletas que los identificaban—.⁵ De esta forma, en Uruguay el tema de los derechos humanos no fue marco fundacional de la nueva democracia y no hubo durante la siguiente década ningún tipo de investigación judicial sobre la violación de los derechos humanos durante la dictadura civil-militar.

El reencuentro de la sociedad uruguaya con la heterogeneidad cultural y social una vez terminada la dictadura, convivió con un discurso social y político restauracionista, moralmente conservador, y estigmatizante de cualquier crítica sobre la nueva democracia y sus alcances.⁶ La llamada democracia *tutelada* fue un período de apertura relativa y de acción represiva policial (represión de marchas y protestas, y más tarde en forma de *razzias*), en que la precariedad

3 Gerardo Caetano, José Rilla y Romeo Pérez, «La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos en Partidos Políticos y sociedad», *Cuadernos del CLAEH: revista uruguaya de ciencias sociales*, 44, 1987.

4 En Uruguay los partidos políticos ocupan un lugar central en el campo político y cumplen funciones extrapartidarias gracias a su intermediación entre la sociedad y el estado.

5 Debido a estas características, la historiografía uruguaya caracterizó a este período con dos momentos consecutivos: uno denominado «dictadura transicional» (1980-1984) y otro llamado «transición democrática» (1985-1989). Véase Gerardo Caetano y José Rilla, *Breve historia de la dictadura*, Montevideo, CLAEH-Ediciones de la Banda Oriental, 1987; G. Caetano, «Introducción general: marco histórico y cambio político en dos décadas de democracia. De la transición democrática al gobierno de la izquierda (1985-2005)», en Gerardo Caetano ed., *20 años de democracia: Uruguay 1985-2005. Miradas Múltiples*, Montevideo, Taurus, 2005.

6 Diego Sempol, «De censuras y desacatos: Las disputas sobre los límites de la democracia, la crítica y lo obsceno durante la transición uruguaya (1980-1989)», *Revista del CESLA: International Latin American Studies Review*, 28, 2021, pp. 245-260.

de la democracia alcanzada, la consagración de una *cultura de la impunidad* y el intento de restauración cultural a partir de 1985 fueron aspectos centrales para comprender las restricciones que debió enfrentar la acción colectiva homosexual y lésbica. Si bien la apertura democrática y el fin de la censura generaron mayores libertades, en Montevideo casi no se tematizó el tema de la homosexualidad en la prensa ni surgieron medios propios o separatas orientadas al público homosexual.⁷ Sí se fundaron dos locales orientados exclusivamente a esta población. Es evidente que todos estos cambios generaron transformaciones en la estructura de oportunidad para homosexuales y lesbianas, pero no existió una apertura relativa a nivel cultural y mediático para debatir públicamente aspectos relacionados con la (homo)sexualidad y la discriminación.

Fue en este escenario complejo que se produjo la llegada de la pandemia. La prensa uruguaya y las publicaciones de humor aplicaron en general abordajes significativamente discriminatorios, muy similares a los usados a nivel global, donde predominaban moteles como «Peste Rosa», «Demonio del Sida», «Azote de Dios», «Travesti con Sida asaltó a anciana»⁸ que reforzaron el estigma de los disidentes sexuales y la asociación entre lo «abyecto» y lo enfermo. El VIH-SIDA primero fue visto por los medios como un fenómeno externo,⁹ que era traído al país por homosexuales y personas «promiscuas», y recién en 1987, cuando se asume como un problema de salud nacional comienzan las primeras campañas durante el gobierno del Dr. Julio M. Sanguinetti, centradas en las consecuencias («Sida o vida») en una forma alarmista y no en las formas de transmisión. Durante estos años la equivalencia entre homosexualidad y VIH-SIDA se retroalimentaron y se pasó a considerar a esta orientación sexual como socialmente peligrosa, en la medida que se la responsabilizaba de traer una enfermedad mortal al país.

El gobierno de Sanguinetti utilizó diferentes dispositivos de control que mezclaban políticas sanitarias y formas de vigilancia policial. El comunicador Gustavo Escanlar, desde las páginas de la revista *Relaciones*, denunció por ejemplo *razzias* semanales a travestis, a efectos de detectar la existencia de enfermedades venéreas y prevenir la transmisión del VIH-SIDA.

7 D. Sempol, *De los baños a la calle. Historia del movimiento Lésbico Gay Trans uruguayo 1983-2013*, Montevideo, Debate Random House, 2013.

8 Carina Gobbi e Isabel Villar, «El Sida en los medios de comunicación» en *Todos contra uno. La batalla anti-Sida en Uruguay*. Tomo 2, Montevideo, La República, IDES, 1991, pp. 127-128.

9 José P. Claridget, «ASEPO: una opción de lucha solidaria con las personas que viven con VIH-Sida», en *Todos contra uno. La batalla anti-Sida en Uruguay*, Tomo 1, Montevideo, La República, IDES, 1991, p. 41.

Ese médico-policía de un estado sanitario dictatorialmente pautado; ese médico que tan normal considera la existencia de una *razzia* que hasta la pauta con los guardianes del orden público, los guardianes de la salud social; ese médico, pregunto, ¿dónde tiene puesta la salud? [...] La violencia que el estado implica se une a la violencia que la relación médico-paciente instaura (ni hablar de la violencia, más palpable, de las *razzias*), ellos todo lo sabrán de ti: hasta si puedes coger. «Toda *razzia* es ilegal» decían algunos que lo creyeron y otros que lo aprovecharon, mientras tanto, las *razzias* continúan, no solo a los jóvenes, también a los trolos.¹⁰ Pero claro, son dos situaciones distintas, la salud de la población hay que cuidarla, ¿no doña? (*Relaciones*, 55, diciembre de 1988).

Al entrar en la última década del siglo xx, y tomando el VIH-SIDA como eje, se puede visualizar una reformulación de la relación entre el Estado y los disidentes sexuales. Si desde la dictadura civil-militar (1973-1984) hasta finales de los años ochenta el estado uruguayo desarrolló diferentes formas de control social y represión sobre los «cuerpos abyectos», en los años noventa el Estado no puso en acción ningún mecanismo de persecución directa, pero tampoco construyó ninguna alternativa que permitiera a estos cuerpos disidentes estar a salvo de los avatares y brutalidades de la discriminación. Años de persecución estatal no hicieron más que reificar y difundir las visiones discriminatorias sobre la población que desafiaba la heteronormatividad, que el nuevo silencio institucional no contribuía en nada a desmontar. La situación en los años noventa pasó así a ser muy próxima a lo que Michel Foucault definió como «rechazar hacia la muerte»,¹¹ cuando las regulaciones se centran en producir y garantizar la existencia a las personas que le interesan, y abandonar al resto a su suerte, acercándolos y exponiéndolos así a la muerte.¹² El liberalismo en el terreno económico y el cese de la represión policial a principios de los años noventa no implicaron el despliegue desde el Estado de un discurso que legitimara los cuerpos no heteronormativos, pero el relacionamiento entre Estado y homosexuales y lesbianas dejó de ser un problema policial o de moral pública, para pasar a ser exclusivamente un problema de «contención» en el terreno de

10 Término rioplatense despectivo para aludir a una persona homosexual.

11 Michel Foucault, *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*, Ciudad de México, Siglo Veintiuno Editores, p. 83.

12 De todas formas, un matiz importante debe ser subrayado en lo que respecta a la población travesti: este grupo siguió sufriendo al igual que en los años ochenta controles policiales por la situación de ilegalidad del comercio sexual en la calle. Pero siguiendo la tendencia general del período, la persecución policial disminuyó en los años noventa, según los informantes calificados, tanto en su frecuencia como en función de las horas de detención (se pasó de 24 a 12 horas).

la salud pública de los heterosexuales. Si bien la construcción de los disidentes sexuales como «grupos de riesgo» en el marco de la pandemia de VIH-SIDA comenzó a mediados de los años ochenta, esta visión subsistió durante la siguiente década, volviéndose a partir de ese momento la única forma discursiva estatal que los aludía. De esta forma, pese a una progresiva prevalencia de heterosexuales conviviendo con el VIH (sobre todo mujeres en situación de vulnerabilidad social),¹³ durante esos años se seguía prohibiendo a los homosexuales donar sangre,¹⁴ un resguardo y contención sanitaria que convivía paradójicamente con una absoluta ausencia de campañas focalizadas en la población homosexual y travesti o en el combate de los estigmas y la discriminación que sufrían los afectados directos y sus grupos familiares.

El Ministerio de Salud Pública (MSP) durante el gobierno de Luis Alberto Lacalle (1990-1994) realizó sus primeros spots televisivos desarrollando mensajes en exceso elípticos, hasta que finalmente en 1991 se diseñó una campaña que mostraba por primera vez el aro enrollado de un condón. Sin embargo, los tres spots financiados por la Organización Mundial de la Salud fueron prohibidos por el ministro de salud Carlos Delpiazzo en julio de 1991, por considerar que no se adaptaban a nuestra «idiosincrasia». La pertenencia al Opus Dei del ministro Delpiazzo, que estaba en la raíz de su objeción, fue difundida en el semanario *Brecha* (12/7/91, p. 32) y la censura provocó la renuncia del director Nacional de Salud, Eduardo Lasalvia y de la subdirectora Laura Albertini, así como una interpelación parlamentaria en la que se cuestionó duramente al ministro.

De esta forma, el discurso sanitario estatal durante el gobierno de Lacalle fue muy cercano a los preceptos morales de la Iglesia Católica. Las campañas en torno al VIH-SIDA fueron por ello escasas, crípticas, centradas en el miedo y la monogamia y focalizadas en la población heterosexual, grupo que era el único que aparentemente merecía ser preservado. La pandemia fue utilizada durante esta etapa, según Rafael Bayce, como una de las formas perversas de

13 Según Meré y Buquet, los estudios centinela confirman desde 1996 una disminución de la velocidad del crecimiento de la epidemia, así como un incremento significativo de mujeres conviviendo con el virus. La razón hombre/ mujer en 1989 era de 8,5 hombres infectados por cada mujer (8,5/1), en 1992 era de 6,5/1 y en 2002 llegó a ser de 2/1 (J. Meré y A. Buquet, *Un enfoque cultural de la prevención y la atención del VIH/SIDA. Sistematización de las acciones y estrategias en VIH/SIDA en el Uruguay desde un enfoque cultural. Informe Final*. Programa de Investigación Unesco/Onusida Estudios e Informes Serie especial, N.º 17, División de Políticas Culturales y de Diálogo Intercultural Unesco, 2003).

14 El Banco de Sangre, por su Reg. Preliminar 6.1.2, impedía donar sangre a las personas que se autoidentificaran como homosexuales, y esta limitación volvió a ser incluida en el Decreto 81/999 «Reglamento de Medicina transfusional». Esta limitación de donar a hombres «que hayan tenido relaciones sexuales con hombres» recién fue derogada el 15 de diciembre de 2020 por resolución del presidente Luis Lacalle Pou.

relegitimación estatal, lo que generó que el miedo social y el estigma se reforzaran de manera significativa.¹⁵ De todos modos, esta tendencia estigmatizante trasciende el gobierno de Lacalle, ya que aún en la segunda mitad de los años noventa es posible encontrar discursos sanitarios estatales que asimilaban homosexualidad y VIH-SIDA. Por ejemplo, en 1997, las organizaciones LGTTB (lésbicas, gay, travestis, transexuales y bisexuales) criticaron con dureza las declaraciones de Margarita Serra, directora del Programa Nacional de Sida, durante un programa televisivo en el que afirmó que «el VIH-SIDA es una característica de ese grupo [las personas homosexuales], que evidentemente de la homosexualidad pasa a los bisexuales y de los bisexuales a los heterosexuales, y de los heterosexuales a la mujer».¹⁶ La cadena propuesta, además de ser muy problemática por esquemática y simplista, reforzaba la idea de la «peste rosa» y culpabilizaba a los disidentes de su difusión a nivel social. Las campañas masivas de prevención en VIH-SIDA, si bien cambiaron a partir de 1995 en la medida que se apeló a imágenes y contenidos más adecuados, siguieron centrándose exclusivamente en las personas heterosexuales.

CRÍTICAS A LAS POLÍTICAS SANITARIAS Y AL PARADIGMA DE LOS «GRUPOS DE RIESGO»

La llegada de la pandemia de VIH-SIDA a Uruguay encontró a un movimiento homosexual lésbico incipiente que surgió para enfrentar los problemas de discriminación y la persecución policial en los centros de reunión y sociabilidad de homosexuales.¹⁷ Esta lucha tuvo dificultades para lidiar con un tema que era usado con insistencia para incrementar los estigmas tradicionalmente asociados a la homosexualidad. De ahí que, al principio, las organizaciones evitaran jerarquizar el tema del VIH-SIDA en sus agendas de trabajo. El grupo Escorpio, fundado en 1984, si bien publicó en su boletín algunas notas sobre la problemática de VIH-SIDA, no trabajó en forma sostenida este asunto ni brindó servicios de ningún tipo a los afectados.

Por su parte, Homosexuales Unidos (HU), creado en 1988, resolvió abordar la problemática del VIH-SIDA a efectos de generar un fuerte debate político e ideológico sobre las políticas sanitarias promovidas desde el Estado, evitando

15 Rafael Bayce, *Microformas perversas de construcción de macrolegitimidad sociopolítica: el caso de los videjuegos, flippers, sus locales y usuarios*, Tesis de Doctorado, Instituto Universitario de Pesquisas do Rio de Janeiro, 1997, p. 121.

16 Matutino *La República*, 18/4/1997.

17 D. Sempol, *De los baños a la calle*, op. cit.

deliberadamente ubicarse como un intermediario o polea de comunicación entre la población homosexual y las políticas sanitarias estatales. Su perspectiva criticó el discurso medicalizado, cuestionando los abordajes de la epidemia que la reducían a una cuestión de salud (al margen de lo político y cultural), intentando reubicar la toma de decisiones en el terreno de la política. A su vez, la organización resistió la caracterización de los homosexuales y travestis como «grupos de riesgo» y señaló en su lugar que el VIH-SIDA era un desafío para todas las «opciones sexuales», denunciando la homofobia implícita en los mensajes institucionales, que hacía responsables a los disidentes sexuales de su esparcimiento a nivel social. La prohibición a homosexuales de donar sangre también fue impugnada y se señalaba la artificialidad de un filtro de este tipo que no incluía la espera del «período ventana» para la población heterosexual, así como se subrayaba cómo las pruebas Elisa y Western Blot daban, en ocasiones, falsos positivos o negativos. Asimismo, se criticaba la escasa infraestructura del Instituto de Higiene de la Universidad de la República para atender a los portadores, los problemas de acceso de la población del interior del país, y la baja calidad del servicio. También HU señaló la confusión frecuente en los medios de comunicación entre VIH y SIDA, y como la discriminación social a los portadores se había vuelto un «cofactor» para que estos muchas veces desarrollaran el Sida. La construcción mediática en torno al VIH-SIDA fue problematizada, y se subrayó que se había generado una alarma social en torno a un problema de salud que, según HU en 1996, solo implicaba al 0,5 % de la población.

Asimismo, este colectivo resistió en forma pública la administración del AZT¹⁸ en las personas viviendo con VIH-SIDA, por sus «niveles de toxicidad», que equivalían a «cazar conejos con la bomba atómica. Ud. mata el conejo, pero el bosque ya no será el mismo».¹⁹ La organización adhería a los planteos de Peter Duesberg²⁰ y John Yiamouyiannis²¹ que buscaban problematizar

18 El AZT fue el primer tratamiento retroviral aprobado por el gobierno de Estados Unidos para los pacientes conviviendo con el virus.

19 *Información II*, 1996, HU.

20 Duesberg es un biólogo molecular estadounidense, profesor de bioquímica y biología molecular de la Universidad de California, Berkeley, quien propuso una explicación alternativa al desarrollo de la inmunodepresión que genera el Sida. Su hipótesis, conocida como la «hipótesis química» hace hincapié no en el virus VIH, sino en el consumo prolongado en Europa y Estados Unidos de drogas, antibióticos y el AZT y de la desnutrición en África. Sus artículos fueron publicados en numerosas revistas científicas como *Science*, *Nature*, *Genetica*, *Journal of AIDS*, y el *New England Journal of Medicine*.

21 Yiamouyiannis publicó con Duesberg en 1995 el controvertido libro *AIDS: The Good News Is HIV Doesn't Cause It* (Delaware, Health Action Press), donde se difundía nuevamente esta visión

la visión médica oficial que establecía una línea directa y excluyente entre el virus y el desarrollo de la inmunodepresión. Frente a la visión del MSP, HU intentó difundir los trabajos de estos especialistas y señaló que existían interpretaciones alternativas, según las cuales se consideraba que la razón por la que algunos portadores desarrollaban la enfermedad y otros no radicaba en factores sociales, económicos, culturales y en el medio ambiente. También se difundió la hipótesis de Duesberg, según la cual el consumo de drogas y antibióticos, la desnutrición, el estrés y la AZT eran las verdaderas causas de la inmunodepresión. La invisibilización de estas teorías por las autoridades sanitarias fue denunciada como una violación de los derechos humanos (derecho a la información, a la vida y a la libertad), y como una forma de fomentar los mecanismos de control social. Si bien HU integró la Mesa Coordinadora de ONG sobre Sida en Uruguay,²² su discurso crítico y técnico tuvo dificultades para resonar con la población homosexual y travesti, así como con las ONG que trabajaban el tema, lo que terminó por generarle un relativo aislamiento social y político.

A su vez, tanto este posicionamiento ideológico como su estrategia de construir y desarrollar una subcultura que se opusiera a las lógicas de la nueva democracia y de los medios de comunicación masiva,²³ sumado al fuerte estigma que existía —y aún se mantiene— respecto a las personas conviviendo con el virus, terminaron por generar desafíos insalvables para generar una política exitosa de visibilidad en torno al tema. Por esto, durante este período en Uruguay —a diferencia de lo que sucedió en otros países del Cono Sur y centrales²⁴— la pandemia del VIH-SIDA no contribuyó a facilitar la salida del armario de los homosexuales, a través de la visibilización de redes sociales solidarias que denunciaran el abandono estatal y las limitaciones de sus políticas sanitarias. En los medios de comunicación uruguayos, personas autoidentificadas como homosexuales que convivían con el virus, pocas veces expusieron su rostro contando su historia en primera persona. Incluso organizaciones como la Asociación de Ayuda al Seropositivo (ASEPO), que ofrecieron servicios comunitarios destinados en su mayoría a la población homosexual, practicaron un riguroso respeto de la intimidad de sus asociados, se concentraron

alternativa sobre la pandemia.

22 La Mesa Coordinadora de ONG estuvo integrada por la Asociación de Ayuda al Seropositivo (ASEPO) creada en mayo de 1990, la Asociación de Meretrices Profesionales del Uruguay (AMEPU), el Instituto de Investigación y Desarrollo (IDES), Cruz Roja Juvenil y Fransida.

23 D. Sempol, *De los baños a la calle*, op. cit.

24 M. Pecheny, *La Construction de l'avortement et du sida en tant que questions politiques*, op. cit.; Richard Parker, *A construção da solidariedade*, op. cit.

en su trabajo de contención de los y las afectadas, y expusieron sus reclamos y denuncias al espacio público exclusivamente a través de comunicados, o utilizando voceros que no clarificaban nunca su situación seropositiva ni su orientación sexual. La organización no consideraba pertinente esta estrategia de visibilidad y no alentaba tampoco a sus asociados a aplicarla.

El único grupo que incrementó su visibilidad mediática en el marco de la pandemia en Uruguay fue la población travesti. De hecho, debido al impacto de la problemática del VIH-SIDA en este grupo, dedicado mayoritariamente al trabajo sexual, se creó en 1990 la Mesa Coordinadora de Travestis (MCT), que a partir de 1992 pasó a llamarse Asociación de Travestis del Uruguay (ATRU). Estas organizaciones obtuvieron financiamiento de redes transnacionales para trabajar la temática del VIH-SIDA, y se volvieron intermediarias entre el Estado y las personas trans, repartiendo por ejemplo condones en forma gratuita.

En los medios masivos, aparecieron a partir de 1990 en varias ocasiones algunas travestis hablando en primera persona sobre lo que implicaba convivir con el VIH-SIDA. Estas travestis no tenían tantos problemas en visibilizarse debido a los niveles de exclusión que sufrían, y además porque su identidad de género implicaba necesariamente una dimensión pública, que las volvía personas muy estigmatizadas.²⁵

REFLEXIONES FINALES

Durante los primeros años de la epidemia de VIH-SIDA las organizaciones homosexuales uruguayas centraron su trabajo en resistir la persecución policial y no en el VIH-SIDA y plantearon sus reclamos públicos haciendo eje mayoritariamente en este primer problema. A su vez, la discriminación y la violencia policial fueron lo que generó la fundación de las organizaciones homosexuales en los años ochenta y la construcción de una política de visibilidad que lidió con poco éxito con las restricciones culturales y políticas que impusieron los dos primeros gobiernos postdictadura.

La pandemia contribuyó a dar visibilidad mediática a la población trans-travesti en Uruguay y la aparición de sus organizaciones propias estuvo ligada tanto al impacto de la pandemia como a la continuidad de la persecución policial, que para la población homosexual había cesado a finales de los ochenta. Los homosexuales y lesbianas en Uruguay salieron del armario de la mano de los discursos de los derechos y los reclamos por la igualdad. El cambio en las

25 Una nota emblemática sobre este tipo de acercamientos es «Gigi tiene Sida» de Ernesto González Bermejo en el semanario *Brecha* (6/12/1991).

regulaciones estatales sobre los disidentes sexuales, que a partir de los años noventa pasó a abandonarlos a su suerte al mismo tiempo que los controlaba solo y en tanto «grupos de riesgo» mediante algunas prohibiciones sanitarias, ayuda a comprender el cambio de estrategia que se produjo en los años noventa dentro del movimiento, que abandonó la semiclandestinidad para pasar a la lucha por la visibilidad. Este cambio estratégico cuajó por completo cuando la mayoría del movimiento cesó de reivindicar la diferencia y abandonó la estrategia de construir polos sociales de resistencia que promovieran una transformación social y cultural radical, para pasar a exigir la igualdad. Fue precisamente allí, y ligado a esta reivindicación, que nació el discurso de los derechos positivos dentro del movimiento.

La visibilidad tuvo resultados inmediatos, generando la construcción de una agenda política que en forma lenta pero persistente fue consiguiendo operadores políticos partidarios que la motorizaran dentro del sistema político. Este camino, y su éxito ulterior durante la llamada «era progresista» (los gobiernos de la coalición de izquierda, que tuvieron lugar entre 2005-2019) ha promovido el olvido de este primer momento del movimiento homosexual-lésbico-travesti uruguayo, que lo vio alineado con posiciones que reivindicaban la diferencia y fuertemente antisistémicas. La llegada de una nueva epidemia, la de COVID-19, y los desafíos que en ese marco les presentó a las políticas sanitarias gran parte del movimiento de la diversidad sexual actual, constituyen un excelente contexto para rescatarlas del olvido y volver a analizarlas en los primeros pasos del movimiento uruguayo en su lucha contra el VIH-SIDA.

SECCIÓN 2

ACTORES Y MEDIACIONES

IMPRIMIR LA NATURALEZA PARA EL REY:
FRANCISCO VALLES (1524-1592)
Y LOS LIBROS EN LA CORTE DE FELIPE II

ELISA ANDRETTA

CNRS, Laboratoire de Recherches

Historiques Rhône-Alpes

Para contribuir a la reflexión colectiva que desarrolla este volumen vinculando estrechamente pasado y presente, me centraré en el médico personal del rey Felipe II Francisco Valles (1524-1592), en su concepción específica de la relación entre conocimiento y poder y en su papel en la elaboración de las políticas culturales de la corona española en las últimas décadas del siglo XVI, en particular en el ámbito del libro y de la edición.

Francisco Valles se formó en Alcalá de Henares, una de las universidades más famosas de la península ibérica, un centro fundamental del humanismo médico español. Allí enseñó activamente medicina durante quince años. Valles es tanto un producto como un pilar de esta universidad: fino conocedor del griego y del latín, agudo editor-filólogo, pero también muy hábil médico práctico.¹ La compenetración entre erudición y experiencia será una constante a lo largo de su trayectoria intelectual y profesional. Debido a estas diferentes cualidades, en 1572 fue llamado a la corte por Felipe II que lo quería como médico. En 1584, obtuvo también la función, tan prestigiosa como pesada, de Protomédico General de todos los Reinos y Señoríos de Castilla (1584-1592),

¹ Ana Isabel Martín Ferreira, *El humanismo médico en la universidad de Alcalá*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones Universidad de Alcalá, 1995, en particular, pp. 58-64.

la figura encargada de la regulación del ejercicio de la medicina y de todas las actividades sanitarias.²

Valles fue también autor de quince obras que fueron objeto de más de setenta reediciones en los principales centros editoriales europeos. En su mayoría, según la práctica de la época, eran ediciones, traducciones, comentarios de textos grecorromanos, pero no faltaron producciones «originales», como las *Controversias*, retocadas y ampliadas por el propio Valles a lo largo de su vida, que trataban en detalle ciertos puntos espinosos de la antigua doctrina filosófica y médica,³ y el *De sacra philosophia*, un tratado en el que el médico comentaba ciertos pasajes de la Biblia a la luz de sus conocimientos de medicina y filosofía natural.⁴ Lo significativo no es solo la abundancia de su producción, sino el hecho de que, a lo largo de su vida, Valles mantuvo una práctica de escritura permanente, tuvo siempre proyectos editoriales en marcha, y controló maniáticamente su producción, reajustándola y corrigiéndola de una edición a otra.

Valles nos interesa aquí sobre todo como médico de la corte y por sus estrechos vínculos con el poder real. En el contexto de una renovación que ha caracterizado en las últimas tres décadas los estudios sobre la medicina en la edad moderna se ha arrojado nueva luz sobre las figuras de los médicos de corte, durante años considerados como figurantes anecdóticos en la escena curial.⁵ Sin entrar en detalles, han surgido así tres características de estas figuras sociales y culturales: la complejidad de su perfil intelectual y el espectro

- 2 Ignacio Oliver de Brichfeus, *Francisco Valles de Covarrubias, apellidado «el Divino»*, Madrid, A. Gómez de Fuentenebro, 1866; Eusebio Ortega, Benjamín Marcos Gonzáles, *Francisco de Valles (el Divino): Biografía, datos bibliográficos, sus doctrinas filosóficas y método*, Madrid, Imprenta clásica española, 1914.
- 3 La primera edición se publicó en 1556: Francisco Valles, *Controversiarum medicarum & philosophicarum libri decem*, Alcalá de Henares, ex officina Ioannis Brocari, 1556. Cf. José-María López-Piñero, «Las Controversiæ medicæ et philosophicæ (1556) de Francisco Valles y el galenismo del siglo XVI», en José María López Piñero, Francisco Calero, *Los temas polémicos de la medicina renacentista: las Controversias (1556) de Francisco Valles*, Madrid, CSIC, 1988, pp. 3-67 e Id., «Las ediciones de Controversiarum medicarum et philosophicarum libri decem, de Francisco Valles», en *Historia y Medicina en España. Homenaje al Profesor Luis S. Granjel*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1994, pp. 77-89.
- 4 Francisco Valles, *De iis, quæ scripta sunt physice in libris sacris, sive de sacra philosophia, liber singularis*, Turín, Nicola Bevilacqua, 1587. Cf. G. Zanier, «Il 'De Sacra Philosophia' (1587) di Francisco Valles», en *Medicina e filosofia tra '500 e '600*, Milán, Franco Angeli, 1983, p. 20-38; Concetta Pennuto, «Francisco Valles' De Sacra Philosophia: a Medical Reading of the Bible», en *Lay Readings of the Bible in Early Modern Europe*, Leiden, Brill, 2019, pp. 235-259.
- 5 *Medicine at the courts of Europe 1500-1837*, ed. Vivian Nutton, Londres, Routledge, 1990; *Être médecin à la cour, Italie, France, Espagne (XIII^e-XVIII^e siècles)*, ed. Elisa Andretta y Marilyn Nicoud, Florencia, Sismel, 2013.

de actividades que desarrollaban; la densidad de las redes de relaciones en las que se insertaban; la multiplicidad de sus vínculos con el poder político, que no puede limitarse solo a la esfera terapéutica, y la dimensión verdaderamente política de su actividad.⁶

Los médicos de las distintas cortes de Europa entre los siglos *xvi* y *xviii* emergen hoy como figuras intelectuales complejas, con perfiles diferentes, protagonistas de la elaboración de reformas de los sistemas sanitarios, pero también como parte de las principales figuras culturales y políticas a las que el poder encomendaba tareas sensibles, precisamente en virtud de una confianza ganada a la cabecera de sus ilustres pacientes: los soberanos. Valles entra a la perfección en este tipo de figuras.

Este médico, del que al parecer Felipe II nunca se separaba, actuó en la corte española en un momento fundamental en la construcción de la política imperial del rey, en la que los saberes desempeñaron un papel nada irrelevante.

En la actualidad, varios estudios han esclarecido el interés de Felipe II por el conocimiento científico, dando diferentes explicaciones, desde la conciencia económica de los beneficios que podían reportar algunas empresas científicas, pasando por la importancia concedida al conocimiento en el gobierno de los vastos territorios de la Monarquía, hasta un interés personal.⁷ Todos estos elementos probablemente jugaron un papel y tuvieron varias consecuencias, en especial el hecho de que encontramos muchos hombres de ciencia en el entorno del rey y entre sus consejeros cercanos, y que se llevaron a cabo durante su reinado varias empresas que podríamos considerar de diferentes maneras como científicas, como, por ejemplo, la expedición de Francisco Hernández a México entre 1570 y 1577,⁸ o el establecimiento de una biblioteca

6 *Tramiti. Figure e strumenti della mediazione culturale nella prima età moderna*, ed. Elisa Andretta, Elena Valeri, Paola Volpini, Maria Antonietta Visceglia, Roma, Viella, 2015, pp. 15-134; Rafael Mandressi, *Faire corps: médecine, médecins et pouvoirs à Paris au temps de Jean Riolan fils (1600-1670)*, dossier de Habilitation à diriger des recherches, inédito, vol. 3, EHES, diciembre de 2018.

7 David C. Goodman, *Power and penury: Government, technology, and science in Philip II's Spain*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988; *Felipe II, la ciencia y la técnica*, ed. Enrique Martínez Ruiz, Madrid, Actas editorial, 1999; Francisco Javier Puerto Sarmiento, *La leyenda verde: naturaleza, sanidad y ciencia en la corte de Felipe II (1527-1598)*, Valladolid, Consejería de Educación y Cultura, 2003.

8 José María López Piñero, José Pardo-Tomás, *La influencia de Francisco Hernández (1515-1587) en la constitución de la botánica y la materia médica modernas*, Valencia, Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, Universitat de València, csic, 1996; José Pardo-Tomás, «Médecine et histoire naturelle. Francisco Hernández au Mexique ou le médecin voyageur comme historien de la nature du Nouveau Monde, 1570-1577», *Histoire, Médecine et Santé*, 11, 2017, pp. 77-97.

para recoger el conocimiento universal en un nuevo sitio real querido por el rey: el monasterio-mausoleo-palacio de El Escorial.⁹

En este marco general, lo que resulta muy interesante en Francisco Valles para el tema que nos ocupa y lo que distingue a este médico de sus contemporáneos que ocuparon las mismas funciones en la corte de Felipe II es una concepción muy precisa de la relación entre el saber y el poder dentro de un programa de renovación del conocimiento del mundo en el que el libro asume un papel determinante. Esta concepción tiene una fuerte dimensión programática. Valles la teoriza y explica en diferentes momentos de su vida. Pero no se queda en un nivel teórico: se concreta en su participación directa en algunos de los proyectos científico-culturales contemporáneos más importantes.

Cruzando estas dos dimensiones, la pragmática y la programática, me propongo considerar brevemente dos aspectos de la actividad de Francisco Valles en relación con las políticas culturales de la corona. El primero es la formulación de un programa de renovación de los estudios dirigido al rey en 1562; el segundo es su papel en la creación de la Biblioteca de El Escorial y en la definición de su identidad como un espacio de acumulación y producción de conocimiento.

PODERES Y SABERES EN UNA MONARQUÍA UNIVERSAL: UN PROGRAMA PRAGMÁTICO-HUMANISTA

En 1562, Valles dedicó a Felipe II la traducción anotada de los ocho libros de la *Physica* de Aristóteles, una de las piedras angulares de la filosofía natural antigua.¹⁰ En esta dedicatoria, define un verdadero programa pedagógico e intelectual. Este programa, que podríamos llamar pragmático-humanista, situaba la medicina y el estudio del cuerpo humano y de la naturaleza realizado por los médicos en el centro del sistema de conocimiento y define una relación particular con el libro —como fuente de autoridad, pero también como vehículo de transmisión de nuevos conocimientos que eran tanto el fruto de estudios teóricos como de investigaciones empíricas sobre el cuerpo y la naturaleza—.

9 José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, «Felipe II y el desarrollo de la Biblioteca Humanística de El Escorial», en *Studia Borromæica: Saggi e documenti di storia religiosa e civile della prima età moderna*, 19, 2005, pp. 139-190.

10 Francisco Valles, *Octo librorum Aristotelis de physica doctrina versio recens [et] commentaria*, Alcalá de Henares, Officina Andreæ ab Angulo, 1562.

Aquí también describe con gran precisión su visión de la relación entre el conocimiento y el poder y el papel que a su juicio debería haber desempeñado la autoridad política en la promoción de los estudios. Lo hace destacando también las especificidades de la configuración de su tiempo, que considera, y con razón, inédita. Al hacerlo, recupera varios lugares comunes de los Antiguos sobre la relación entre los eruditos y los gobernantes, al tiempo que los adapta a un mundo actual ahora extendido a escala global:

En este siglo, afortunadísimo por sus reyes, el Estado español ha alcanzado tal poder, se ha extendido tanto el reino, que, ampliados los confines de la tierra, la otra parte del mundo se somete ya a tu dictado (cosa que no consiguieron los asirios ni los macedonios ni los romanos).¹¹

En este texto, Valles también insiste mucho en la dimensión colectiva y acumulativa de la producción de conocimiento. Su obra se presenta como una especie de trabajo en curso, que constituye al mismo tiempo el resultado de los esfuerzos hechos antes que él y una propuesta para que los contemporáneos y la posteridad la corrijan y enmienden. Este trabajo colectivo y acumulativo, que implica una corrección perpetua, solo se puede desarrollar, a su juicio, en una biblioteca bien dotada. Pero la realización de un lugar así solo podía alcanzarse gracias a una enorme inversión de recursos humanos y financieros que únicamente el poder real podía garantizar.

De hecho, Valles defiende la distribución de competencias: no es el soberano el que debe someterse a los esfuerzos del trabajo intelectual, y menos aún en un contexto como el del imperio español en el que el alcance de su poder es universal. El papel preciso del rey es promover los estudios y apoyar a los estudiosos, proporcionándoles también los medios para llevarlos a cabo.¹²

Diez años después de escribir esta dedicatoria, Valles está en la corte. Gracias a sus múltiples talentos —médico práctico muy hábil, buen humanista y filólogo, y conocedor del mundo de los libros, incluidos sus aspectos más materiales— Valles había despertado el interés del rey en más de un sentido y en 1572 había obtenido el prestigioso cargo de médico de la Casa Real de S. M.¹³

11 *Ibid.*, Dedicatoria. Utilizo la traducción de este pasaje de Ana Isabel Martín Ferreira, que se encuentra en «Humanistas, médicos y catedráticos de la Universidad de Alcalá», en *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa renacentista*, eds. J. L. García Hourcade y J. M. Moreno Yuste, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2001, pp. 271-280 y 278-279.

12 *Ibid.*

13 José-María Jiménez-Muñoz, *Médicos y cirujanos en «Quitaciones de Corte» (1435-1715)*, Valladolid, 1977, p. 102.

Durante los veinte años que pasó en la corte, Valles estuvo siempre presente a la cabecera del rey, pero también fue consultado repetidamente sobre asuntos relacionados con la política cultural de la corona. Su compromiso en este sentido está simbolizado por las relaciones privilegiadas que mantuvo con la Real Librería situada en el corazón de El Escorial, que el rey estaba haciendo construir y que estaba destinado a convertirse en uno de los principales lugares de poder y de saber de la monarquía hispánica.¹⁴ En la Real Librería se recogían y ordenaban preciosísimos ejemplares de manuscritos y libros impresos que los agentes de la Corona adquirirían individualmente o que llegaban a través de la incorporación de suntuosas colecciones privadas de grandes humanistas. Junto a copistas, encuadernadores, monjes, funcionarios de la Corona y eruditos del entorno real, Francisco Valles participó de diversas maneras en el establecimiento de este lugar del saber, tanto a nivel práctico como simbólico.

En primer lugar, se recurrió a los conocimientos concretos que había adquirido en la fabricación de libros durante su estadía en Alcalá, donde había frecuentado con asiduidad los talleres de los principales impresores de la ciudad.¹⁵ En distintos momentos, Valles aporta su experiencia sobre el valor de los libros o sobre la calidad del trabajo de los copistas o encuadernadores.¹⁶ Pero sobre todo define, y una vez más públicamente mediante una dedicatoria, el sentido, la finalidad y las características que iba a tener este lugar.

La biblioteca se menciona en la dedicatoria que abre una de sus principales obras, la traducción anotada de las *Epidemias* de Hipócrates, publicada en 1577, que Valles vuelve a dirigir al rey.¹⁷ Esta dedicatoria debe leerse como el lugar de inscripción concreta y simbólica de su producción pasada, presente y futura en la política cultural de la Corona, encarnada también por El Escorial y su biblioteca. En el texto, el médico insiste en el hecho de que todas sus obras publicadas hasta ese momento habían sido depositadas por decisión real en la nueva Librería, y ruega al rey que dé el mismo tratamiento a las *Epidemias* y, proyectándose hacia el futuro, a toda su producción ulterior:

14 Fernando Bouza, *Imagen y propaganda. Capítulos de la historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid, Akal, 1998, en particular, cap. VII.

15 Julián Martín Abad, *La imprenta en Alcalá de Henares: 1502-1600*, vol. 3, Madrid, CSIC, 1991.

16 Gregorio de Andrés, *El cretense Nicolás de la Torre copista griego de Felipe II: biografía, documentos, copias, facsímiles*, Madrid, Artes Gráficas Benzali, 1969, pp. 40-41.

17 Francisco Valles, *In libros Hippocratis de morbis popolaribus, commentaria magnam*, Madrid, Francisco Sánchez, 1577, Dedicatoria.

Te pido que recibas este pequeño homenaje con la indulgencia habitual y que lo consideres digno de ser depositado en la amplísima biblioteca que estás creando en el monasterio de San Lorenzo, que ahora estás construyendo y que será famosa en el futuro en todas las tierras y a lo largo de los siglos. Es aquí donde, según tu decisión, se guardan todas las obras que he publicado hasta ahora [...]. Pido ahora a Vuestra Majestad que coloque junto a ellos los comentarios de los siete libros de las Epidemias, mientras que, confiando en el favor que me habéis concedido, me encargo de imprimir los que aún quedan en los estuches.¹⁸

En este texto, Valles no se limita empero a construir un «arca» de sus propios libros para situarlos dentro del «arca universal de los libros» que era la biblioteca. También atribuye a la Real Librería un significado que va más allá de su propia producción. Se dirige a los eruditos de su tiempo, invitándoles a colocar allí sus propias obras, junto al creciente número de tesoros antiguos que empezaban a reunirse. Según el médico, esta era la forma de asegurar que la Real Librería reflejara el estado del conocimiento durante el reinado de Felipe II y se convirtiera en un verdadero lugar de trabajo donde los eruditos pudieran encontrar las herramientas necesarias para el estudio de todas las disciplinas. Para Valles, la Real Librería no podía considerarse el verdadero depósito del saber universal si no incluía las obras producidas en el imperio español de su tiempo, en todos los ámbitos.¹⁹

UNA BIBLIOTECA PARA GOBERNAR

Exactamente en el momento en que el médico del rey expresaba este deseo, comenzaron a circular en el entorno real algunos de los frutos de una empresa de conocimiento de carácter excepcional por su magnitud y por los esfuerzos hechos. La empresa en cuestión fue la exploración de los mundos naturales de la Nueva España llevada a cabo por el protomédico de las Indias Francisco Hernández entre 1570 y 1577, que dio lugar a una compleja operación de descripción en palabras e imágenes de la flora y la fauna mexicanas, así como al traslado a España de varios tipos de *naturalia*, testimonios vivientes de estas tierras lejanas. Esta coincidencia cronológica es especialmente notable, ya

18 Julián Martín Abad, *op. cit.*

19 Francisco Valles, *op. cit.*

que, sobre todo, Francisco Valles intervino en la decisión de depositar estos tesoros mexicanos en El Escorial.²⁰

En 1578 Valles fue llamado por el rey para que diera su opinión sobre las decisiones que el Consejo de Indias había tomado respecto a los materiales de Hernández, que llegaron a España en gran parte inacabados. Formuló una serie de propuestas que se referían tanto a su formato como a su conservación. Según él, el material de Hernández no podía publicarse tal cual, sino que debía hacerse una copia manuscrita de todos los textos y dibujos, lo «más cumplida», «curiosa», y «bien hecha» posible. Este manuscrito debía depositarse en la Biblioteca de El Escorial.²¹

De este ejemplar, Valles deseaba que «se sacaran en volúmenes pequeños y manuales las materias sumariamente». Este tipo de intervención habría tenido una doble ventaja. Los costos de publicación habrían sido menores y estos «pequeños volúmenes y manuales» habrían despertado un interés constante entre el público lector. Así, «se consigue el fin de la utilidad pública a menos costa de su Magestad», por decirlo en términos de Valles. Al mismo tiempo, estos métodos de publicación podrían haber respondido a la preocupación del rey por controlar la circulación de estos materiales, ya que tal operación de revisión, síntesis y reorganización podría haber permitido también seleccionar los temas tratados en función de la oportunidad de su difusión.²²

No se siguieron todas las sugerencias de Valles. Los materiales de Hernández fueron confiados a un médico italiano, Nardo Antonio Recchi, que elaboró una síntesis que también estaba destinada a permanecer inédita. Sin embargo, en un punto fundamental, el rey hizo caso a su médico: todos los textos y dibujos de Hernández fueron depositados en El Escorial.²³

Esta entrega, que tuvo lugar en 1582, fue el acto final de un tortuoso itinerario por diferentes instituciones de la corona, marcado por una serie de opiniones divergentes y una importante concomitancia entre los intentos de mantener estos materiales en secreto y de difundirlos mediante su transformación y readaptación. Constituye un paso fundamental en el proceso que llevó a la Librería a convertirse en una verdadera arca del conocimiento sobre la naturaleza del mundo en su variedad: la inclusión de América.

20 Cf. *supra* nota 8.

21 Madrid, Archivo Zabálburu, Altamira, 174, D. 33/1.

22 Algunas reflexiones sobre una posible «censura» de los materiales de Hernández, que pudo tener una base tanto espiritual como geopolítica, pueden encontrarse en Samir Boumediene, *La colonisation du savoir. Une histoire des plantes médicinales du «Nouveau Monde» (1492-1750)*, Vaulx-en-Velin, Éditions des mondes à faire, 2016, pp. 119-122.

23 Sevilla, Archivo General de Indias, IG 740, n. 92.

Con la entrega de los libros de Hernández, la Real Librería quedó definitivamente establecida como el lugar donde debían reunirse las «cosas raras y singulares» de los distintos territorios bajo la influencia directa o indirecta de la corona. Fue el lugar clave de un proceso de acumulación y centralización del conocimiento tanto de la antigüedad como del mundo contemporáneo, que incluía ambas Indias, las occidentales y las orientales, y que hizo del conocimiento, de la «entera noticia» sobre la naturaleza del mundo, un instrumento clave en el arte de gobernar.

A partir de este caso rápidamente perfilado, he tratado de poner de relieve algunas de las dinámicas de la construcción de las políticas culturales y de los procesos de producción de conocimiento en la sociedad del Antiguo Régimen, con especial atención al tipo de relación entre los sabios y el poder político en el que se apoyaban, a sus espacios, y a sus modalidades.

A lo largo de su trayectoria intelectual y profesional, Francisco Valles desarrolló una particular relación con los libros y la escritura en la que una sólida cultura filológico-humanística se nutría y confrontaba continuamente con experiencias concretas, tanto a la cabecera del paciente como en los lugares de decisión política. Sus vínculos con la corona son muy estrechos, se basan en una relación personal y cotidiana con Felipe —paciente y soberano— que ofrece a Valles un amplio margen de actuación también en otros campos, en particular en la definición de orientaciones culturales y en la fabricación de nuevos espacios de producción de conocimiento. Si Valles era un *criado* de su majestad y en este sentido una emanación directa de él, no fue un ejecutor pasivo de los planes reales, sino que encontró en la corte el lugar, los instrumentos y las posibilidades para intentar poner en práctica un programa de conocimiento del mundo basado en el libro como terreno de comparación entre los saberes antiguos y modernos, procedentes de mundos cercanos y lejanos, tanto en el tiempo como en el espacio. Si hay que considerar sus esfuerzos en este sentido dentro de una dinámica compleja en la que intervienen otros actores y se ponen en juego otras necesidades, sus propuestas e intervenciones en algunos momentos cruciales contribuyeron a configurar la relación de la corona con el saber en una época en la que el conocimiento del mundo se consideraba cada vez más una herramienta fundamental para el ejercicio del poder.

DIAGNÓSTICOS DIABÓLICOS: MÉDICOS Y POSESIÓN DEMONÍACA EN LA FRANCIA DEL SIGLO XVII

RAFAEL MANDRESSI

CNRS, Centre Alexandre-Koyré

«Aquí tiene que haber una maldad endiablada, o algo del Diablo», escribe en 1634 el doctor Seguin, médico de la ciudad francesa de Tours, en una carta dirigida a un corresponsal parisino llamado Quentin. Seguin redacta su carta después de haber visitado Loudun, donde una crisis demoníaca de considerables proporciones, que había estallado en octubre de 1632, seguía entonces en curso. Las víctimas de la posesión eran monjas ursulinas, empezando por la propia abadesa del convento, Jeanne de Belcier (Juana de los Ángeles, según su nombre en religión). Cuando Seguin escribe su carta, Urbain Grandier, párroco de Saint Pierre du Marché y canónigo de la iglesia colegial de la Sainte Croix de Loudun, ya había sido declarado culpable de haber desencadenado la posesión. Los demonios lo habían designado tal por boca de las monjas durante los exorcismos. Juzgado y condenado por brujería, Grandier fue quemado vivo el 18 de agosto de 1634. La muerte del desafortunado cura, sin embargo, no había resuelto gran cosa, ya que «las monjas», escribe Seguin, «siguieron poseídas como antes». En ese contexto, Seguin da su sentir sobre la posesión, sopesando las razones «a favor y en contra», y subraya, en última instancia, aquellas que terminaron convenciéndolo de «creer más que de descreer» en la presencia del diablo. He ahí la opinión que confía a su corresponsal, pidiéndole que la comparta «solo con nuestros amigos», pese a lo cual el texto acabó publicado en el periódico *Le mercure françois*.¹

¹ *Le vingtiesme tome du Mercure françois : ou Suite de l'Histoire de nostre temps,... année 1634*, París, Estienne Richer, 1637, pp. 772-780 (las citas corresponden a las pp. 776, 779 y 772).

El doctor Seguin no es un médico aislado. Es, por el contrario, uno de los muchos médicos que se hacen presentes en casi todos los casos de posesión demoníaca en Francia a partir del tercer tercio del siglo xvi. Si Seguin fue a Loudun probablemente por iniciativa propia, otros médicos comparecieron en esos episodios convocados por las autoridades eclesiásticas o judiciales; los hubo también que fueron enviados con fines informativos: el arzobispo de Burdeos, Henri de Sourdis, despachó a su médico a Loudun en diciembre de 1632 «para ver a dichas monjas»,² y la reina regente Ana de Austria hizo lo propio con el doctor parisino Pierre Yvelin, autorizándolo a viajar a la ciudad normanda de Louviers en 1643, donde los demonios habían vuelto a aparecer medio siglo después de su primera incursión, en 1591, para «informarla a su regreso de manera detallada».³ En Auxonne, en noviembre de 1661, el médico Jean Morel fue encargado por el obispo de Chalon, Jean de Maupeou, de examinar a las posesas, sobre las que el doctor Rapin, médico ordinario del príncipe de Condé, ya había elaborado un informe unos meses antes.⁴

Los médicos fueron, de hecho, actores clave en los dramas diabólicos a los que se asistió en el reino de Francia entre 1560 y 1680. Su intervención no solo fue sistemática, sino a menudo masiva: en 1634, el fraile capuchino Tranquille de Saint-Rémi habla de «más de cincuenta médicos» reunidos en ese momento en Loudun.⁵ Puede que el religioso exagerase, pero el hecho es que en las *diableries* de los siglos xvi y xvii el saber médico actúa y se expresa de manera intensiva. Al igual que los eclesiásticos y los jueces, los médicos ocuparon un lugar importante en la gestión de lo demoníaco. Su papel consistía ante todo en dar respuestas sobre el carácter natural o sobrenatural de fenómenos en los que podía sospecharse la presencia satánica. Se esperaba de ellos que aportaran pruebas, argumentos, y, al cabo, conclusiones, sobre la realidad de la posesión. La función que debían desempeñar o que decidían asumir no buscaba pues satisfacer un objetivo terapéutico, sino de elucidación. Esto es precisamente lo que el doctor Seguin intenta proporcionar en su carta: una opinión médica autorizada sobre la presencia demoníaca en el más resonante caso de posesión en la Francia del siglo xvii.

2 *Factum, pour Maître Urbain Grandier, Prestre Curé de l'Église S. Pierre du Marché de Loudun et l'un des Chanoines en l'Église Sainte Croix dudit lieu*, s.l., n. d. (1634), p. 3.

3 Pierre Yvelin, *Examen de la possession des religieuses de Louviers, tiré d'une lettre écrite par une personne de croyance à un sien ami*, Pais, s.n., 1643, p. 3.

4 Benoît Garnot, *Une affaire de possession au XVII^e siècle. Les religieuses d'Auxonne (1658-1663)*, Paris, Imago, 2018, pp. 158-165.

5 Tranquille de Saint-Rémi, *Véritable relation des justes procédures observées au fait de la possession des Ursulines de Loudun et au procez d'Urbain Grandier, avec les thèses générales touchant les diables exorcisez*, La Flèche, Georges Griveau, 1634, p. 19.

LA BIBLIOTECA DIABÓLICA

La posesión de Loudun no fue ciertamente excepcional. La serie de crisis diabólicas de los siglos XVI y XVII incluye, en el contexto francés, más de una docena de episodios significativos de diversa entidad. Se trata, en un primer momento, de casos individuales, aunque a veces por demás elocuentes en el plano político-teológico, como la posesión de Nicole Obry en Laon en 1565-1566, ampliamente instrumentalizada como tema de propaganda católica y anticalvinista, unos meses antes del estallido, en Francia, de la «segunda guerra de religión» (1567-1568). Le siguen los casos de Périnette Perinay en Lyon en 1582, Jeanne Féry en Mons en 1584, Françoise Fontaine en Louviers en 1591 y Marthe Brossier en París en 1599. La posesión de las ursulinas Madeleine de Demandolx y Louise Capeau en Aix-en-Provence en 1610-1611, junto con el juicio por brujería del párroco marsellés Louis Gaufridy, acusado de ser responsable de la posesión de marras, condenado por ello y quemado vivo en la plaza pública, constituye un punto de inflexión. Con él se marca el «traslado» de los asuntos demoníacos «de la escena religiosa a la escena judicial», inaugurando así «la liturgia paralela del tribunal y de la capilla».⁶ Esa configuración habría de replicarse más tarde, en la época de las grandes posesiones conventuales a partir de la década de 1630. Fue entonces que se produjeron, en efecto, después de los episodios relativamente acotados de algunas monjas brigidinas de Lille en 1612-1614 y de Elisabeth de Ranfaing en Nancy (1618-1625), las tres irrupciones diabólicas de mayor envergadura: las de las ursulinas de Loudun en 1632-1638 —con su ramificación en la vecina ciudad de Chinon en 1634 y luego en 1640—, de las monjas hospitalarias de Louviers (1642-1647)⁷ y de las ursulinas, de nuevo, de la ciudad borgoñona de Auxonne (1658-1663). Este último fue el canto del cisne de los sucesos demoníacos a gran escala durante este período,⁸ en el que luego solo se asistió a algunos casos residuales rápidamente resueltos, como en Tolosa en diciembre de 1681 y enero de 1682.⁹

6 Jean-Raymond Fanlo, *L'Evangile du démon. La possession diabolique d'Aix-en-Provence (1610-1611)*, Ceyzérieu, Champ Vallon, 2017, pp. 14-15.

7 Sobre Louviers, se dispone, además de un artículo ya más que octogenario de Ernest Hildesheimer («Les possédées de Louviers», *Revue d'histoire de l'Église de France*, 24/105, 1938, pp. 422-457), de una edición —magra, en lo sustancial— de algunos de los documentos del caso: Stéphane Vautier (ed.), *Confession d'une sorcière. L'affaire de Louviers, 1642-1647*, Cahors, La Louve, 2015.

8 Benoît Garnot, *Une affaire de possession au XVII^e siècle*, cit., p. 8.

9 François Bayle y Henri Grangeron, *Relation de l'état de quelques personnes prétendues possédées, faite d'autorité du parlement de Toulouse*, Toulouse, Viuda Fouchac y Bély, 1682.

La posteridad de estas posesiones ha sido muy desigual. El caso de Loudun devino emblemático, ocupando un lugar destacado en la esfera literaria y cultural.¹⁰ Desde el punto de vista historiográfico, la referencia fundamental al respecto, a más de medio siglo de su primera edición, sigue siendo *La posesión de Loudun* de Michel de Certeau, que caracteriza este momento como la expresión de «graves rupturas en una civilización religiosa».¹¹ También quincuagenaria es la imponente tesis de Robert Mandrou sobre «jueces y brujos» en la Francia del siglo XVII,¹² que abarca, más ampliamente, todo un ciclo de ocho o nueve décadas, a lo largo del cual una «revolución mental» en la «conciencia judicial» habría conducido al cese de los procesos por delitos de brujería.

A pesar de sus divergencias notorias, tanto la interpretación de Mandrou como la de Certeau remiten a cambios culturales macizos, que la historiografía posterior ha cuestionado, en ocasiones para sustituirlas por otras narraciones igualmente unitarias del «siglo del diablo».¹³ Merece la pena insistir en este punto: lo demoníaco y su gestión social, religiosa, política y científica en la Francia moderna no se dejan atrapar en esquemas unívocos. Los historiadores, en efecto, suelen acreditar «con demasiada frecuencia la idea de un consenso, de una evidencia cultural, incluso de una “mentalidad” brujeril, cuando en realidad se está ante percepciones y evaluaciones divergentes y conflictivas».¹⁴ En el triángulo conformado por el saber, las creencias y las prácticas, se libran «batallas intelectuales, religiosas y culturales [...] sobre el modo correcto de interpretar estos hechos extraordinarios», poniendo en

10 Cabe mencionar *Los demonios de Loudun*, del escritor británico Aldous Huxley (1952), y las sucesivas adaptaciones de este texto para el teatro en 1960 (John Whiting), para la ópera en 1969 (Krystof Penderecki) y para el cine en 1971 (Ken Russell). La película polaca *Matka Joanna od Aniołów* («Madre Juana de los Ángeles»), basada en la novela homónima de Jaroslaw Iwaszkiewicz, fue galardonada en el Festival de Cannes en 1961.

11 El libro de Certeau, cuya primera publicación data de 1970 en la colección «Archives» de las editoriales parisinas Julliard y Gallimard, fue traducido al español y publicado en 2012 por la Universidad Iberoamericana de México.

12 Robert Mandrou, *Magistrats et sorciers en France au XVII^e siècle. Une analyse de psychologie historique*, París, Plon, 1968.

13 Así lo designa Paolo Lombardi: *Il secolo del diavolo. Esorcismi, magia e lotta sociale in Francia (1565-1662)*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2005. Véanse también Jonathan L. Pearl, *The Crime of Crimes: demonology and politics in France, 1560-1620*, Waterloo, Wilfred Laurier University Press, 1999; Sarah Ferber, *Demonic Possession and Exorcism in Early Modern France*, Londres, Routledge, 2004; Brian Levack, *The Devil Within. Possession & Exorcism in the Christian West*, New Haven, Yale University Press, 2013. Para el conjunto de la historiografía del último cuarto de siglo, una referencia ineludible es Stuart Clark, *Thinking with demons: The idea of witchcraft in early modern Europe*, Oxford, Clarendon Press, 1997.

14 Jean-Pierre Cavaillé, «Possession et sorcellerie en France au XVII^e siècle: d'Aix-en Provence à Auxonne», *Archives des sciences sociales des religions*, 188, 2019, pp. 141-159.

juego «diversos modelos epistemológicos que se enfrentan con el objetivo de crear un orden legítimo».¹⁵

BATALLAS DE LA INTERPRETACIÓN

Los médicos que intervinieron en esas «batallas» no lo hicieron en ancas de una racionalidad unívoca y sin fisuras llamada a disolver lo demoníaco y a la domesticación de lo sobrenatural, como supuestamente lo habría requerido el tumultuoso alumbramiento europeo de su propia modernidad. Antes bien, los debates sobre la realidad de la posesión difractaron el campo médico, enfrentando entre sí a partidarios y adversarios de dar por buena la presencia diabólica.

¿Demonios o enfermedad? Las convulsiones, vómitos, gritos, blasfemias, agitaciones y risas compulsivas, las «extorsiones y muecas», las «extravagancias y la furia» de las posesas,¹⁶ ¿provenían de trastornos naturales —patológicos— o de la acción de poderes sobrenaturales habiendo tomado el control de los cuerpos y las mentes de un puñado de desgraciadas? En la elaboración de las respuestas a estas preguntas, los médicos casi nunca produjeron conclusiones unánimes. Todos ellos compartían, no obstante, un criterio general para delimitar el territorio de los demonios, sintéticamente enunciado por el médico parisino Michel Marescot en ocasión de la posesión de Marthe Brossier en 1599: «no hay que atribuir al diablo nada que no tenga algo extraordinario por encima de las leyes de la naturaleza».¹⁷ He ahí la línea divisoria: solo podía admitirse lo demoníaco cuando ninguna explicación que remitiera a causas naturales fuese satisfactoria. No es pues el criterio de demarcación entre los espacios respectivos de lo natural y lo sobrenatural lo que separa a los médicos «posesionistas» de los «antiposesionistas»;¹⁸ unos y otros discrepan sobre a qué lado de esa frontera debían situarse los fenómenos observados, cuyo inventario, por lo demás, tampoco difiere. Se trata, en resumidas cuentas, de interpretar tales fenómenos, asignando su manifestación al curso regular

15 Ismael Del Olmo, *Legio: posesión diabólica y exorcismo en la Europa de los siglos XVI y XVII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2018, p. 27.

16 *Factum, pour Maistre Urbain Grandier*, s.l., n.d. [1634], p. 9; *Attestation de messieurs les commissaires envoyés par Sa Majesté pour prendre connoissance... de l'état des religieuses qui paraissent agitées au monastère de Saint-Louys-et-Sainte-Elisabeth de Louviers*, s.l., s.d. [1643], p. 2.

17 Michel Marescot, *Discours veritable sur le fait de Marthe Brossier de Romorantin, pretendue demoniaque*, París, M. Patisson, 1599, pp. 14-15.

18 Utilizo aquí los términos acuñados por Michel de Certeau en *La posesión de Loudun*, cit.

de la naturaleza o remitiéndola, por el contrario, a la intrusión de fuerzas y entidades exteriores a ese orden natural.

La «batalla», en ese sentido, es hermenéutica: munidos de competencias teóricas y técnicas también ampliamente comunes, de raíz aristotélico-galénica en lo fundamental,¹⁹ los médicos ponen en juego las herramientas de una larga tradición semiológica.²⁰ La exigencia es grande, ya que la escena de la posesión es muy prolífica en materia de signos y obliga, por ende, a extremar los esfuerzos por enumerarlos, ordenarlos, descifrarlos y, al fin, atribuirles un valor demostrativo. No se trata, en estos casos, de un ejercicio puramente intelectual, sino de una suerte de hermenéutica en acción, inmersa en las exigencias y urgencias de situaciones anómalas. Enfrentado a la realidad inestable de la erupción demoníaca, el saber médico ve desafiados sus recursos interpretativos y se empeña, con dificultad, en capturar una inteligibilidad escurridiza, esto es, en detectar un orden donde parece reinar el desorden.

CUERPOS Y PERICIAS

El intento de discernir la eventual presencia del diablo se dirime en un único lugar, los cuerpos de las posesas. Los médicos los «visitan»: auscultan, purgan, practican sangrías, inspeccionan la orina y los excrementos, toman el pulso, examinan el sudor. Emplean, en suma, el conjunto de instrumentos de diagnóstico de que disponen, en pericias que parten de lo observable y se completan, como fue dicho, mediante la interpretación. En general, lo observable aflora por sí solo, se ofrece en la superficie de esos cuerpos «violentamente atormentados», aunque en ocasiones la intervención médica se encarga de hacerlos hablar —a través de la administración de drogas, por ejemplo, de modo de comprobar si producen los efectos esperados—. En cualquier caso, obtener la prueba de la posesión o de la enfermedad no es una operación que pueda resolverse de manera sencilla, con la mera aplicación de una grilla de correspondencias preestablecidas entre un conjunto de síntomas y un repertorio de categorías nosológicas. La incertidumbre puede volverse irreductible, ya que siempre hay lugar para hipótesis *ad hoc*, e incluso para cierta circularidad

19 Rafael Mandressi, «Dire la nature. La médecine et les frontières du surnaturel (xvi^e-xviii^e siècles)», *Corpus. Revue de philosophie*, 54, 2008, pp. 141-182.

20 Los trabajos sobre la semiología médica en la primera modernidad europea son sorprendentemente escasos y se han centrado en el estudio de los textos teóricos. Véase, al respecto, Ian Maclean, *Logic, signs and nature in the Renaissance: the case of learned medicine*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001; Id., *Le Monde et les hommes selon les médecins de la Renaissance*, París, CNRS Editions, 2006.

en el razonamiento, como lo muestra la reflexión de un testigo de la posesión de Loudun acerca, precisamente, de la eficacia demostrativa del uso de drogas: según este testigo anónimo, los «remedios administrados [a las posesas] y repetidos en dosis dobles sin que se produjera ningún cambio», condujo a los médicos a concluir que la enfermedad no bastaba para explicar los hechos y que «había que buscar otras causas», presumiblemente sobrenaturales. Sin embargo, según advierte de inmediato el cronista, esto «no elimina del todo la sospecha, ya que [los médicos] podrían no haber utilizado los remedios adecuados por no haber reconocido la enfermedad».²¹

Por lo demás, una vez establecido el repertorio de signos y esbozada una interpretación para cada uno de ellos, resta definir su peso relativo. ¿Cuál es la fuerza probatoria de cada constatación discreta? ¿Cuánto y cómo contribuye al dictamen? Así, se observa por ejemplo que las drogas no producen efectos notables, se interpreta esta anomalía en un sentido determinado, y se le asigna un valor en la demostración general. Del mismo modo, se palpa el pulso de una posesa después de haber estado violentamente «agitada», se comprueba que no se halla alterado y se postula a su vez una causa para esta nueva anomalía, tras lo cual se la clasifica entre los signos relevados según el alcance demostrativo que se haya estimado pertinente atribuirle. La acción de los médicos no se limita, por tanto, a recoger o, llegado el caso, provocar acontecimientos significativos destinados a probar por acumulación. También consiste en ponderar su calidad, distribuirlos según una escala de fiabilidad, articularlos entre sí y componer, por último, una narración en la que los hechos de la experiencia toman la forma de argumentos al servicio de una tesis, redondamente afirmada o con matices conjeturales. En todo ello, los puntos de referencia los proporciona, por cierto, la doctrina médica, pero no solo ella, ya que los signos que las pericias deben considerar provienen también de la tradición demonológica.²²

En efecto, si bien el saber médico aporta su cuota de elementos potencialmente reveladores a observar, también desempeña un papel de relieve en la apreciación de los signos codificados por la demonología. Tal es el caso de las

21 *Lettre de N. à ses amis, sur ce qui s'est passé à Loudun* (25 août), s.l., n.d. (1634), p. 4.

22 Para una historia intelectual del surgimiento de esta tradición en la Europa tardomedieval, véase Alain Boureau, *Satan hérétique. Naissance de la démonologie dans l'Occident médiéval, 1280-1330*, París, Odile Jacob, 2004. Véase también el dossier de la revista *Médiévales* (n.º 44, 2003) dirigido por Martine Ostorero y Etienne Anheim (*Le diable en procès: démonologie et sorcellerie à la fin du Moyen Âge*), así como Martine Ostorero, *Le diable au sabbat: Littérature démonologique et sorcellerie (1440-1460)*, Florencia, SISMEL-Edizioni del Galluzzo, 2011, y Martine Ostorero y Julien Véronèse (eds.), *Penser avec les démons. Démonologues et démonologies (XIII^e-XVII^e siècles)*, Florencia, SISMEL-Edizioni del Galluzzo, 2015.

marcas corporales que delatan la obediencia satánica: el diablo las imprime al «besar» o «morder» ciertas partes del cuerpo, y se caracterizan por la insensibilidad al dolor.²³ Podían encontrarse bajo un párpado, entre las nalgas, bajo la lengua, en el hombro derecho y, en el caso de las mujeres, en un muslo, bajo las axilas, «o bien en las partes pudendas».²⁴ La forma de detectarlas era sondear estas zonas utilizando agujas o alfileres. Así se procedió con los brujos presuntos Louis Gaufridy en Aix, Urbain Grandier en Loudun y Thomas Boullé en Louviers.²⁵ En cuanto a las posesas, en 1599 se sometió a este tipo de prueba a Marthe Brossier, que sufrió «sin ninguna sensación de dolor» la aguja «insertada» entre el pulgar y el índice por el doctor parisino Louis Duret. El experimento se repitió al día siguiente «en el cuello y las manos de Marthe», nuevamente sin manifestación de dolor «y sin que saliera una gota de sangre».²⁶ En Auxonne, décadas después, el doctor Jean Morel clavó «hasta su cabeza» un alfiler en un dedo de la sospechosa Denise Lamy, en la zona que el médico indicó como la más sensible, es decir donde el dedo «se une a la parte superior de la uña».²⁷

OBJETOS DEMONOLÓGICOS, PRERROGATIVAS MÉDICAS

La naturaleza aplicada de estas intervenciones no impidió los debates teóricos. Michel Marescot, firme opositor a la idea de que Marthe Brossier estuviese realmente poseída, dedicó un escrito a desmontar, entre otras, las pruebas de la insensibilidad y la ausencia de hemorragias esgrimidas por algunos de sus colegas de la Facultad de París para defender la opinión contraria. Hay que saber, dice Marescot, «que un alfiler introducido directamente en una parte carnosa, en la que no hay ninguna vena evidente, hace un agujero

23 Así lo sostiene, por ejemplo, el teólogo y jurista calvinista Lambert Daneau († 1595) en su diálogo titulado *Les Sorciers*, publicado en Ginebra por Jacques Bourgeois en 1574.

24 Jean Bodin, *De la démonomanie des sorciers*, París, Jacques du Puys, 1580, f^{os} 79v-80r; Henry Boguet, *Discours exécration des sorciers, ensemble leur procez, faits depuis deux ans en ça, en divers endroits de la France*, París, D. Binet, 1603, pp. 106-108.

25 Boullé, por ejemplo, fue «visitado» el 24 de enero de 1645 por el médico Jacques Breant y los cirujanos Thomas Geroult (padre), Pierre Gautier y Thomas Geroult (hijo), quienes dieron fe de que el sacerdote «estaba marcado» (*Arrest de la Cour de Parlement de Rouën contre Mathurin Picard et Thomas Boullé deurement attains et convaincus des crimes de magie, sortilege, sacrileges...*, Rouen, David Du Petit Val et Jean Viret, 1647, p. 6).

26 *Histoire de Marthe Brossier pretendue possedee*, Rouen, J. Herault, 1652, pp. 3-4, 5.

27 *Jugement de Nosseigneurs les Commissaires nommes par le Roy, au fait des personnes Religieuses, & autres possédées du malin esprit, à Aussonne*, París, A. Soubbron, 1662, pp. 20-21.

muy anguloso, del que no sale sangre, especialmente si la sangre es terrosa y melancólica».²⁸ Unos años más tarde, en ocasión del juicio de Louis Gaufridy en Aix-en-Provence, el doctor Jacques Fontaine publicó un *Discurso sobre las marcas de los brujos*, donde pretende dar una base científica al relevamiento de esas marcas, precisando los atributos físicos que deben tener para ser identificadas de manera inequívoca.²⁹

El texto de Fontaine busca pues arrojar luz sobre un aspecto demonológico específico desde un punto de vista médico. Su argumentación es especialmente interesante en tanto Jacques Fontaine es un *posesionista*. El punto merece ser subrayado: el tratamiento cada vez más frecuente y extendido de estos asuntos en términos médicos no es el resultado del ascenso de una actitud incrédula o escéptica. Sí expresa, de manera más significativa, una dilatación de los alcances del discurso médico, que aun negando querer inmiscuirse en territorio ajeno, no se priva de pronunciarse sobre la cuestión fundamental de las marcas de posesión tal como el *Ritual romano*, publicado en 1614 bajo el pontificado de Pablo V, estipulaba que debían verificarse.³⁰ Entre ellas se cuentan la capacidad de las «criaturas posesas» de ejecutar acciones «contra el curso ordinario de la naturaleza», quedar «suspendidas en el aire», revelar «cosas ocultas» y comprender lenguas desconocidas e incluso expresarse en ellas —la xenoglosia—.³¹

Esta sucinta enumeración admite no obstante una gama más amplia de signos, que puede obtenerse desplegando, en particular, el abanico de «cosas contra el curso ordinario de la naturaleza». Un médico identificado como P. M. (probablemente Pierre Maignart, de Ruán) ofrece al respecto una exposición muy metódica en un tratado publicado en 1644, con motivo de la posesión de Louviers.³² El autor distingue dos categorías de signos de

28 M. Marescot, *Discours veritable sur le fait de Marthe Brossier...*, op. cit., p. 25.

29 *Discours des marques des sorciers et de la réelle possession que le diable prend sur le corps des hommes, sur le subject du procez de... Louys Gaufridy*, París, D. Langlois, 1611.

30 Véase *Rituale Romanum. Editio princeps*, 1614, Manlio Sodi y Juan Javier Flores Arcais eds., Città del Vaticano, Libreria Editrice Vaticana, 2004, «Monumenta liturgica Concilii Tridentini» 5, reproducción anastática de la edición de Roma, Ex typographia Reverendæ Cameræ Apostolicæ, 1614.

31 Las expresiones entrecomilladas corresponden a *La démonomanie de Loudun. Qui montre la véritable possession des religieuses ursulines et autres séculières. Avec la liste des religieuses et séculières possédées – Seconde édition augmentée de plusieurs preuves. La mort de Grandier, auteur de leur possession*, La Flèche, Griveau, 1634, p. 13.

32 *Traicté des marques des possédez et la preuve de la veritable possession des religieuses de Louviers*, Ruán, Charles Osmont, 1644. Para un análisis de los argumentos vertidos en este libro, véase Rafael Mandressi, « Les médecins et le diable: expertises médicales dans les cas de possession démoniaque au XVII^e siècle en France », *Chrétiens et Sociétés*, 13, 2006, pp. 35-70.

posesión, «los que solo dan una confianza sin aseveración», y los «unívocos y seguros de una verdadera posesión». Así ordenados, los revisa uno por uno, y concluye que en los sucesos de Louviers hay necesariamente «algo de Dios o del diablo».³³ Una vez más, la toma de partido por la causa «posesionista» no contradice el protagonismo de la opinión médica en la tramitación de estos asuntos, que Maignart reivindica de modo expreso al insistir en que el conocimiento de los «movimientos depravados» pertenece «solo a los médicos» y que, en consecuencia, «es totalmente necesario que se les llame para ver las agitaciones y las diferentes posturas de los que se pretende que estén poseídos».³⁴ Jacques Fontaine, igualmente «posesionista», hace también hincapié en la preeminencia de los conocimientos médicos. Las marcas, escribe, son «accidentes del cuerpo humano», cuya «contemplación» pertenece «más propiamente a los médicos» que a demonólogos tan señalados como Lambert Daneau, Jean Bodin o el jesuita flamenco Martín Del Río, que en materia de marcas del diablo, dice Fontaine, «muestran claramente que no son buenos médicos».³⁵

A diferencia de Maignart y Fontaine, Marc Duncan, médico escocés establecido en la ciudad francesa de Saumur, es, como lo había sido Michel Marescot, un «antiposesionista». En un texto de 1634 destinado a refutar la posesión de las ursulinas de Loudun, Duncan delimita ámbitos de competencia y defiende la primacía de la medicina a la hora de «juzgar acerca de la potencia y el alcance de las causas naturales», así como, por el contrario, cuando «aparecen de modo evidente efectos sobrenaturales en alguien, no corresponde ya a los médicos ocuparse de ellos, sino a los teólogos y los jurisconsultos».³⁶ Lo que Duncan no menciona es a quién compete definir lo que debe considerarse natural o sobrenatural, es decir, quién está en condiciones de establecer cuáles son los límites de la «naturaleza». He ahí el campo en disputa. Separar las esferas de acción respectivas de lo médico y lo religioso es un asunto político, que distribuye el poder de actuar e incidir: donde comienza lo sobrenatural, termina la intervención del médico; esta región es el reducto del exorcista, del teólogo. Solo que, a los ojos de Duncan, pero también de «posesionistas» como Maignart, Fontaine, y tantos otros, el responsable de establecer la demarcación no es otro que el médico. En otras palabras, la religión se expresa y actúa en un espacio que ya no controla por entero.

33 *Traicté des marques des possedez*, op. cit., pp. 26-27.

34 *Ibid.*, p. 24.

35 Jacques Fontaine, *Discours des marques des sorciers...*, op. cit., pp. 5, 13.

36 Marc Duncan, *Discours de la possession des Religieuses Ursulines de Lodun* [sic], s.l., n.d., 1634, p. 6.

FRACTURAS EXPUESTAS

La división de los médicos entre partidarios y detractores de la realidad de las posesiones es clara: los primeros sitúan los hechos demoníacos en una región fuera del alcance de la razón, en tanto los segundos afirman la posibilidad de establecer una causalidad natural, postulada incluso allí donde permanezca opaca. Esa división tiene por cierto un tinte confesional: el escepticismo prevalece entre los médicos calvinistas, si bien no está del todo ausente entre sus colegas católicos. El clivaje es también geográfico e institucional: los médicos locales, «médicos de pueblo», según los llaman despectivamente los defensores de Urbain Grandier en el episodio de Loudun,³⁷ suelen ser «posesionistas», mientras que el «antiposesionismo» predomina entre los «más doctos», formados en las principales facultades de Francia. Así, Michel Marescot, Nicolas Ellain, Jean Hautin y Jean Riolan (padre), a los que se unieron más tarde Pierre Laffilé, Albert Le Febvre, Guillaume Lusson, Simon Pietre, Jacques Cousinot, Jacques d'Amboise, Pierre le Paulmier y François Marcés, todos doctores de la Facultad de París, fueron unánimes, en 1599, al dar «fe por escrito» de que no reconocían nada «que no fuese natural» en el caso de Marthe Brossier, cuya supuesta posesión no era pues, sino un fraude.³⁸ Lo mismo puede decirse de Pierre Yvelin, discípulo de Marescot en París y médico ordinario de la reina, cuya refutación de la posesión de las soras hospitalarias de Louviers en 1643 lo envolvió en una agria polémica con sus colegas ruaneses Pierre Maignart y Jean de Lempérière: Maignart es «ignorante y venal», Lempérière es un «anciano incapaz y rutinario», Yvelin es un «calumniador» e «impostor», y así.³⁹

Estas disensiones, condimentadas en ocasiones con acusaciones e invectivas, permiten ver que en muchos casos se defiende menos una corporación que un saber: Yvelin no aboga en favor de los médicos en general, sino de una racionalidad y de aquellos que, como él mismo, la encarnan debidamente. Se trata de una racionalidad instituida en términos jerárquicos y, en el caso de Yvelin, políticamente refrendada, ya que en sus altercaciones con los ruaneses este médico de corte no se priva de alegar que fue «enviado por su Majestad»,

37 Uno de ellos es de Fontevrault, otros de Thouars, de Chinon o de Mirebeau, e incluso los de Loudun, como Daniel Rogier, Gaspard Joubert, Mathieu Fanton o Charles Augier. Habría sido necesario, «en un caso de tanta importancia, llamar a médicos y apoticarios más doctos, famosos y experimentados de las buenas ciudades vecinas como Tours, Poitiers, Angers o Saumur» (*Factum, pour Maistre Urbain Grandier...*, cit., p. 5).

38 *Histoire de Marthe Brossier pretendue possedee...*, cit., p. 9.

39 Sobre esa controversia, véase Rafael Mandressi, «Les médecins et le diable», cit. pp. 56-59, e Id., *Médecine, démonologie et politique au XVII^e siècle : textes et controverses sur la possession de Louviers (1642-1647)*, Grenoble, Editions Jérôme Millon (en prensa).

la regenta Ana de Austria. Por otra parte, el mismo Yvelin abre en simultáneo otro frente, este sí de tipo más corporativo, al emprenderla contra los eclesiásticos: los médicos «saben», y el saber confiere prerrogativas; quienes no lo posean deberían pues renunciar a querer arrogarse un privilegio que no les corresponde.⁴⁰ La «ciencia» de los médicos, en otras palabras, es superior a la de curas y exorcistas en estos menesteres, y es por lo tanto su opinión la que debe prevalecer.⁴¹

Las querellas médicas, en las que juegan factores socio-territoriales, institucionales e incluso confesionales que merecen un análisis fino, versan sobre la capacidad de unos y otros a la hora de conducir las pericias y de emitir conclusiones. Son empero secundarias, en última instancia, ante el peso colectivo que los médicos adquieren en la arena de lo demoníaco. Las propias controversias entre ellos prueban su protagonismo. Importa menos, en ese sentido, el dictamen al que lleguen para cada episodio que la autoridad creciente que asumen al respecto. Más aún, enunciar lo diabólico en el lenguaje de un saber dedicado al conocimiento de lo natural no puede sino contribuir a *naturalizarlo*: la interrogante sobre el origen de lo anómalo bien puede remitir a la enfermedad o a los demonios, pero las respuestas reposan cada vez más sobre herramientas intelectuales empleadas para expresar lo fisiológico, empujando así al Maligno al borde de la expulsión del territorio de la interpretación admisible.

A término pues, el campo de las explicaciones naturalistas se expande, con la extensión correlativa del control médico sobre los fenómenos sedicentemente diabólicos. Compárense dos episodios separados por casi un siglo: el 31 de agosto de 1591, «el médico Roussel» y «el cirujano Baugeoys Gautier» fueron llamados a Louviers para examinar a una «joven posesa», Françoise Fontaine. Roussel estableció sin mucho trámite que la citada Françoise estaba poseída por un espíritu maligno y que no estaba en sus manos «ordenar» el asunto.⁴² Noventa años después, el 31 de diciembre de 1682, los médicos François Bayle y Henri Grangeron acudieron a la Casa de la Infancia y después al hospital

40 Pierre Yvelin, *Apologie pour l'auteur de l'Examen de la possession des religieuses de Louviers*, Rouen, s.n., 1643, p. 17.

41 Yvelin no solo polemiza pues con sus colegas Maignart y Lempérière, sino también con el cura Jean Le Breton, autor de una «censura» del *Examen de la possession des religieuses de Louviers*, (1643), y de *La Défense de la vérité touchant la possession des religieuses de Louviers* (Evreux, Imprimerie épiscopale de Nicolas Hamilton, 1643).

42 *Procès verbal fait pour délivrer une fille possédée par le malin esprit à Louviers*, publié d'après le manuscrit original et inédit de la Bibliothèque Nationale par Armand Bénét, précédé d'une introduction par B. de Moray, Paris, Aux bureaux du Progrès Médical, A. Delahaye et Lecrosnier, 1883, p. 9.

Saint-Joseph de la Grave de Tolosa, para hacer una «visita y examen» de cuatro jóvenes «supuestamente posesas» para determinar, como todos sus predecesores, si los «accidentes» de que sufrían estas jóvenes «provenían de la brujería o de una causa natural». No cabe duda «de que el Diablo puede entrar en los cuerpos», advierten Bayle y Grangeron, pero no es, sino una precaución oratoria: en modo alguno, afirman, tal cosa podía advertirse en ese caso.⁴³ Estos dos episodios menores, uno anterior al período de las grandes posesiones conventuales, el otro tardío, ilustran de manera elocuente los cambios producidos en el intervalo cronológico. En 1591, el doctor Roussel se apersona casi al tiempo que se retira, declinando su competencia. En 1682, Bayle y Grangeron llegan al lugar de la posesión presunta con la convicción de que solo habrían de vérselas con mujeres enfermas. Roussel había sido poco más que una sombra en el paisaje de la posesión, deseoso de dejar el asunto en manos de la Iglesia y la justicia. Bayle y Grangeron conducen inequívocamente la situación: los médicos de Tolosa no tienen ya que librar una batalla como Duncan o Yvelin. No hace falta que defiendan sus prerrogativas: pueden contentarse con despreciar a quienes «intentan hacer pasar por milagros [...] todo lo que no pueden deducir de sus falsas hipótesis»: sorprenderse «por un movimiento extraordinario» o «tomar como un accidente sobrenatural la agitación de un epiléptico» no es, sino un «efecto de la ignorancia»,⁴⁴ caldo de cultivo del satanismo, que remite, según Bayle y Grangeron, a una clara geografía social: «vemos un mayor número de brujas, o de personas que pretenden serlo, en los lugares donde la gente carece de educación».⁴⁵

POLÍTICAS DEL DIABLO

En la Francia del último tercio del siglo xvii, todo indica, pues, que los «anti-posesionistas» han ganado la partida. Sus tesis y actitudes parecen haberse impuesto, y con ellas un claro reflujo del diablo en la esfera letrada y, si así cabe llamársele, científica. Limitarse a esa constatación como conclusión principal sobre las trayectorias médicas en el ciclo de la posesión sería, no obstante, reductor. Más allá de vencedores y vencidos, ese ciclo muestra ante

43 François Bayle y Henri Grangeron, *Relation de l'état de quelques personnes pretendues possédées, faite d'autorité du parlement de Toulouse... Ou ces Docteurs expliquent clairement par les veritables principes de la Phisique, des étets que l'on regarde ordinairement, comme prodigieux, & surnaturels*, Toulouse, Viuda de Fouchac y Bély, 1682.

44 *Ibid*, pp. 57-58.

45 *Ibid*, p. 55.

todo un ascenso de los médicos como grupo profesional crecientemente capaz de hacer jugar un saber en términos de poder, en el que la afirmación del primero implica asentar el segundo. Cualesquiera sean las ideas de unos y otros respecto de la posesión, los desafíos de la pericia, los desacuerdos que autoriza y las disputas que propicia, colocan a los médicos en condiciones de apropiarse la discusión sobre lo satánico. Ello no hace sino modificar el propio estatuto de los asuntos en debate: lo que puede decirse sobre ellos cambia junto con el desplazamiento del saber que los toma a su cargo. Lo sobrenatural, incluso en quienes remiten a él a la hora de pronunciarse sobre los fenómenos, se enuncia en el lenguaje de un saber dedicado al conocimiento de lo natural. Las referencias al estado de los órganos, a los signos corporales legibles en términos de trastornos fisiológicos se multiplican, con independencia de la causa última a la que se atribuyeran los trastornos, enfermedad o demonios. A la larga, esto inclina la balanza hacia el lado del *antiposesionismo*, pero más ampliamente aun hacia el de la autoridad médica, en un reordenamiento de las esferas de acción e influencia en el que esa autoridad gana terreno en detrimento de lo religioso.

La posesión demoníaca es así un espléndido observatorio de la medicina y de los médicos de la primera modernidad: de sus formas de manejar su saber, de sus distribuciones sociales y espaciales, de su gestión de las relaciones de fuerza internas y externas, así como del papel que les tocó jugar en el terreno a menudo incierto y resbaladizo de regulación de lo sobrenatural, en el que la naturalización de las andanzas del demonio, entre la demonología y la justicia de Antiguo régimen, es un gesto endiabladamente político.

LA MEDIACIÓN DE LOS MEDIOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CRISIS SOCIOAMBIENTAL: EL CASO DE LAS CIANOBACTERIAS EN URUGUAY¹

MARIANA ACHUGAR

GELSI AUSSERBAUER

JUDY GUTIÉRREZ

Facultad de Información y Comunicación,
Universidad de la República

La interacción entre la ciencia, la política y los circuitos de coproducción de conocimiento y de decisión, como son las instituciones del Estado, se efectúa en parte a través de los medios de prensa. Los discursos sociales que se construyen en los medios sirven para legitimar agendas políticas usando el saber científico. Las mediaciones de la prensa en la circulación de la palabra experta en la esfera pública evidencian el papel de la ciencia como actor en la construcción de representaciones de la realidad. Las representaciones del discurso científico que ofrecen los medios permiten darle sentido a nuestra experiencia, más en el caso de acontecimientos inéditos o inusuales para los que no existen marcos interpretativos establecidos. Los medios ofrecen un espacio donde se negocian los discursos científicos, las políticas y la opinión pública sobre asuntos ambientales.²

1 Este trabajo presenta parte de una investigación mayor cuyo objetivo es explorar el papel de los medios de prensa uruguayos en la construcción del discurso ambiental a nivel local, mediante el análisis de las representaciones y encuadres de recientes conflictos socioambientales y su recepción a nivel público.

2 Max Boykoff, «The cultural politics of climate change discourse in UK tabloids», *Political Geography*, 27, 2008, pp. 549-569.

Durante el verano de 2019, los uruguayes experimentaron el fenómeno del aumento y expansión de las cianobacterias³ en las costas del país desde Colonia hasta Rocha. Por su escala y duración, el fenómeno se convirtió en un acontecimiento mediático. Los medios de prensa más reconocidos del país cubrieron, desde mediados de enero y hasta principios de marzo este fenómeno de crisis ambiental. Esta cobertura refleja un cambio a nivel histórico, ya que tradicionalmente «el espacio que cubre la temática de medio ambiente en los medios de comunicación es bajo».⁴ En la opinión pública, hay interés en este fenómeno, como revelan las manifestaciones de colectivos ambientalistas, instituciones como la Junta Departamental de Montevideo (JDM) y la Universidad de la República (Udelar), entre otros.⁵ Este caso ofrece una oportunidad para explorar el papel de los medios de prensa en la mediación del discurso científico en contextos donde existen diferencias de poder e ideologías variadas sobre el ambiente.

- 3 Las cianobacterias son organismos microscópicos que hacen fotosíntesis. Se encuentran generalmente en lagos y embalses, pero también pueden aparecer en ríos. Las floraciones de cianobacterias ocurren cuando hay más nutrientes (nitrógeno y fósforo) en el agua, temperaturas altas, luz y baja renovación del agua. Estas floraciones pueden ser tóxicas, con riesgos para la salud e impactos en la potabilización del agua (Sylvia Bonilla y Luis Aubriot, «Las cianobacterias invaden las playas de nuestro país: ¿qué son estos organismos, de dónde vienen y qué podemos hacer?», Texto de divulgación. Sección Limnología, Facultad de Ciencias, Universidad de la República, 2019. Disponible en <https://www.fcien.edu.uy/noticias/813-las-cianobacterias-invaden-las-playas-de-nuestro-pais-que-son-estos-organismos-de-donde-vienen-y-que-podemos-hacer>).
- 4 W. Klein, «Los uruguayos y el medio ambiente. Una visión crítica desde ‘afuera’», en *Medio Ambiente en Uruguay. Estrategias y Recursos*, Montevideo, ICD-Fesur, 1993, pp. 49-55. A nivel internacional, los estudios sobre el papel de los medios de comunicación y el ambiente muestran que tienen un papel central en la discusión pública y en la formación de opinión sobre cuestiones ambientales (e.g. Boykoff, «The cultural politics of climate change discourse in UK tabloids», *op. cit.*; Anders Hansen, «Communication, media, and environment: Towards reconnecting research on the production, content and social implications of environmental communication», *The International Communication Gazette*, 73/1-2, 2011, pp. 7-25). Sin embargo, la cobertura en la prensa de temas ambientales es menor en comparación con la de otros a excepción de los casos de desastres naturales o eventos internacionales (Suzannah Evans Comfort, Edson Tandoc y Mike Gruszczynski, «Who is Heard in climate change journalism? Sourcing patterns in climate change news in China, India, Singapore and Thailand», *Climatic Change*, 158/3-4, 2020, pp. 327-343). Asimismo, se observa que la cobertura de estos fenómenos ha aumentado en los medios de prensa a nivel global en los últimos años (Max Boykoff, Rogelio Fernández-Reyes, Jennifer Katzung, Ami Nacu-Schmidt y Olivia Pearman, «The latest in a string of alarm bells about our changing climate», *MECCO Monthly Summaries*, 60, 2021).
- 5 Por falta de espacio no incluimos el análisis del discurso de otros actores sociales sobre el caso de cianobacterias. Hubo publicaciones en prensa alternativa, declaraciones de organizaciones ambientalistas y también actos públicos de diferentes organismos del Estado.

La problemática que se indaga es cómo se construye a través de los medios *lo decible* y *lo pensable*,⁶ en este caso en el campo de crisis socioambientales. Buscamos identificar los presupuestos colectivos, lugares comunes y patrones léxico-gramaticales que construyen un discurso ambiental hegemónico en Uruguay en relación con los discursos científicos sobre esta temática. Este discurso hegemónico construido en parte desde la prensa tiene una posición de influencia y prestigio a nivel social, al establecer ciertos significados como sentidos comunes.

En nuestro caso, exploramos qué discursos construyó la prensa uruguaya sobre este conflicto ambiental y qué discursos científicos se visibilizan o invisibilizan en la representación de conflictos socioambientales en la prensa.

Las explicaciones y argumentos que se utilizan para darle sentido a la crisis de las cianobacterias también encuadran el acontecimiento particular en un universo que lo define como similar a otros casos y distinto de otros. Además, en la prensa se seleccionan actores sociales como fuentes autorizadas para definir y explicar el fenómeno.

Estudios sobre la representación de conflictos socioambientales en la prensa han mostrado su importancia en la formación de opinión pública y en la visibilidad social de temas ambientales.⁷ Nuestra investigación aborda críticamente la relación entre las prácticas discursivas de legitimación a través del discurso científico y las representaciones de este problema socioambiental construida en los medios de prensa.

EL CASO DE LAS CIANOBACTERIAS EN URUGUAY EN 2019

En este trabajo exploramos pues el discurso de la prensa uruguaya sobre la crisis socioambiental de las floraciones excepcionales de cianobacterias en 2019 para entender cómo se disputan sus sentidos y se construye un sentido social de este acontecimiento utilizando el discurso científico como fuente. Las preguntas que guían nuestro trabajo son: ¿cómo se representa la crisis socioambiental de las cianobacterias en los medios de prensa en Uruguay? ¿Qué papel tiene el discurso científico en la construcción de encuadres interpretativos de esta crisis socioambiental?

6 Marc Angenot, *El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010.

7 Carmen Dyrell, «Discourses around climate change in Brazilian newspapers: 2003-2013», *Discourse & Communication*, 13/2, 2019, pp. 149-171.

El corpus fue construido haciendo una selección de artículos en los medios de prensa uruguayos de alta circulación que estaban registrados en el Instituto Verificador de Circulaciones⁸ (*El País*, *El Observador*, *La Diaria*, *El Pueblo* (Salto), *El Telégrafo* (Paysandú), *Brecha* y *Búsqueda*). Se hizo una búsqueda en los archivos digitales de estos medios de las notas publicadas entre enero y marzo de 2019, registrando concordancias entre la palabra cianobacterias con las siguientes: agrotóxicos, agroquímicos, cambio climático, calentamiento global, turismo, productores, agronegocios, medio ambiente, agricultura, costa, playas.

La tabla 1 muestra la cantidad de artículos que se publicaron tratando esta crisis (N = 202) y la prominencia que tuvo la noticia en los medios de prensa de acuerdo con las portadas que se dedicaron al tema (N = 24).

TABLA 1. NOTICIAS Y PORTADAS SOBRE CIANOBACTERIAS POR MEDIO DE PRENSA ENTRE ENERO Y MARZO 2019

MEDIOS DE PRENSA	PORTADAS	NOTICIAS
<i>El País</i>	15	87
<i>La Diaria</i>	3	25
<i>El Observador</i>	3	62
<i>El Telégrafo</i>	2	7
<i>Brecha</i>	1	7
<i>Búsqueda</i>	0	13
<i>El Pueblo</i>	0	1
Total	24	202

Fuente: elaboración propia.

En la tabla 2, se observa el porcentaje de noticias relacionadas al tema por medio, de acuerdo con el número total de noticias que conforman el corpus. Entre los medios que dieron más relevancia al tema, de acuerdo con la cobertura en términos de cantidad de noticias destinadas a la crisis, se destacan los diarios *El País* y *El Observador*.

8 El Instituto Verificador de Circulaciones (IVC) es una organización argentina creada en 1946 que respalda las cifras de circulación de los medios asociados. <https://www.ivc.org.ar> Esta referencia da transparencia y garantiza que los datos de circulación reportados por los medios sean basados en datos empíricos de una auditoría externa.

TABLA 2. PORCENTAJE DE NOTICIAS SOBRE CIANOBACTERIAS
POR MEDIO ENTRE ENERO-MARZO 2019

MEDIOS DE PRENSA	PORCENTAJE DE NOTICIAS (%)
<i>El País</i>	43,07
<i>El Observador</i>	30,69
<i>La Diaria</i>	12,38
<i>Búsqueda</i>	6,44
<i>Brecha</i>	3,47
<i>El Telégrafo</i>	3,47
<i>El Pueblo</i>	0,50
Total	100,00

Fuente: elaboración propia.

Este *corpus* se analizó de manera cualitativa y cuantitativa. Para este trabajo, seleccionamos artículos de los medios de prensa en los cuales hicimos un análisis detallado de las representaciones y las evaluaciones de la crisis utilizando herramientas de la teoría sistémica funcional⁹ y sociosemiótica.¹⁰ Además, se analizaron los encuadres y las fuentes intertextuales mediante los que se presenta la información en el total del corpus del diario *El Observador*.¹¹ Los resultados del análisis fueron interpretados usando teorías sociales pro-

9 M. A. K. Halliday, *An Introduction to Functional Grammar*, Londres, Edward Arnold, 1994; J. R. Martin y P. R. R. White, *The Language of Evaluation*, Nueva York, Palgrave, 2005; Monika Bednarek, *Evaluation in Media Discourse. Analysis of a Newspaper Corpus*, Londres, Continuum, 2006.

10 Theo Van Leeuwen, *Discourse and Practice. New Tools for Critical Discourse Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 2008. Charles Bazerman, «Intertextuality: How Texts Rely on Other Texts», en Charles Bazerman y Paul Prior (eds.), *What Writing Does and How It Does It*, Hillsdale, Erlbaum, 2004, pp. 83-96; Norman Fairclough, *Analysing Discourse*, Londres, Routledge, 2003; William Gamson y André Modigliani, «Media discourse and public opinion on nuclear power: a constructionist approach», *The American Journal of Sociology*, 95, 1989, pp. 1-37; Erving Goffman, *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*. Cambridge, MA, Harvard University Press, 1975.

11 El diario *El Observador* (<https://www.elobservador.com.uy>) fue fundado en 1991. Sus dueños incluyen capitales nacionales y extranjeros. Se autodenomina como de ideología alineada con el liberalismo económico. De acuerdo con datos publicados por el Instituto de Verificación de Circulación, en 2019 el periódico tuvo una baja en sus ventas, por lo que pasó a publicar de forma exclusivamente digital poco después de elaborado este corpus, a excepción de los sábados en que mantiene su edición impresa. Aun así, las suscripciones digitales y los seguidores en redes sociales lo hacen, según Observa.com, uno de los medios de mayor circulación a nivel nacional junto con *El País* y *La Diaria*.

venientes de estudios sobre la comunicación y conflictos socioambientales¹² para intentar explicar cómo los medios de prensa contribuyen a la producción social del sentido de esta crisis. Finalmente, se plantean conclusiones preliminares en torno a la interacción de la prensa en la relación entre el discurso científico y el poder.

REPRESENTACIONES DE LA CRISIS DE CIANOBACTERIAS DE 2019 EN LOS MEDIOS DE PRENSA URUGUAYOS

Los resultados preliminares indican que existe una evaluación mayormente negativa de la situación a nivel sanitario y de gestión. Se representan las cianobacterias utilizando términos científicos (*eutrofización*) e imágenes coloquiales (*yerba mate*). Los artículos utilizan diversas fuentes como voces autorizadas para definir la situación: científicos, funcionarias/os de intendencias, funcionarias de salud, funcionarios de ministerios y organismos de manejo del agua. Los encuadres focalizan la atención en el cambio climático, los fenómenos meteorológicos, el modelo productivo y la mala gestión como marcos interpretativos que permiten comprender este fenómeno de aumento y expansión de las cianobacterias en las costas del país.

TABLA 3. ENCUADRES EXPLICATIVOS DE LA CRISIS DE CIANOBACTERIAS EN 2019

NOMBRE DEL ENCUADRE	PARTICIPANTES RELACIONADOS CON EL INCIDENTE		DECISIONES O SOLUCIONES SELECCIONADAS
	Agentes	Receptores	
Evento climático/naturaleza	Naturaleza	Población/turistas, Operadores turísticos	Observar y limpiar
Modelo productivo	Agronegocio/productores	Población/turistas, Operadores turísticos	Limitar agroquímicos
Gestión	Autoridades gubernamentales	Técnicos y funcionarios	Monitorear

Fuente: elaboración propia.

12 Boykoff, «The cultural politics of climate change discourse in UK tabloids», *op. cit.*; Arjen E. Buijs, Bas J.M. Arts, Birgit H.M. Elands y Jaap Lengkeek, «Beyond environmental frames: the social representation and cultural resonance of nature in conflicts over a Dutch Woodland», *Geoforum*, 42/3, 2011, pp. 329-341; María Liliana Córdoba, «Espacio público y mediatización: aportes para un abordaje sociopolítico», *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, 11/21, 2015, pp. 58-67; Gesa Luedecke y Max Boykoff, «Environment and the media», *The International Encyclopedia of Geography*, Nueva York, John Wiley & Sons, 2017.

Estos encuadres a veces coexisten en un mismo texto periodístico, generando una compleja explicación que no identifica una causa predominante para el fenómeno. Por ejemplo, este extracto de una noticia en el diario *El Observador* muestra las características descritas arriba:¹³

Expertos explican cuál es la clave de la **bacteria** que se acumula como '**yerba mate dispersa**' en las costas, que tiene su génesis en la producción agrícola [encuadre modelo productivo]. La aparición de cianobacterias es un fenómeno cíclico que se produce todos los veranos [encuadre naturaleza], aseguran los expertos. En las playas de Montevideo, **las manchas verdes como si fueran 'yerba mate dispersa'** flotan en el agua y se acumulan en la arena desde el año 2000 por lo menos, cuando la Dirección Nacional de Medio Ambiente (Dinama) empezó a monitorearlas [encuadre gestión] (*El Observador*, 1/2/2019).

La combinación de diferentes encuadres que hacen los medios de prensa permite matizar y limitar el peso de discursos de expertos abriendo lugar a otras posibles explicaciones. Las justificaciones que emergen en este corpus incluyen las siguientes: 1) que el caudal —y por lo tanto la polución asociada— de la Cuenca del Plata proviene de países vecinos; 2) que la intensificación de las temperaturas y las lluvias asociadas al cambio climático y la presencia del fenómeno de El Niño habrían favorecido el amplio transporte de las floraciones de cianobacterias, y 3) que la principal causa de las floraciones serían los aportes de nutrientes provenientes de la producción agropecuaria y efluentes de saneamiento de ciudades, con una ponderación diferencial de una u otra fuente en diferentes colectivos científicos.

El tratamiento de este tema en las noticias tiene un estilo sensacionalista en el que se resalta el riesgo a la salud y la incertidumbre como señales de peligro.

El contacto con la **floración de cianobacterias** tiene efectos tóxicos leves, moderados y graves para la salud, según la Comisión Administradora del Río Uruguay: picazón, ardor, náuseas, irritación de mucosas, oídos, nariz y ojos; malestar digestivo, vómitos, diarrea, alergia, mareos; hemorragia hepática, insuficiencia renal, insuficiencia respiratoria y neumonía. Por ejemplo, en 2015 una familia argentina se zambulló en el mar en la playa Carrasco, y a las horas cuatro de sus integrantes tuvieron diarrea, entre ellos una bebé de 20 meses. Cinco días después, cuando retornaron a su país, la niña quedó internada en el Hospital Italiano de Buenos Aires porque el hígado dejó de funcionar (*El Observador*, 1/2/2019).

13 Los diferentes tipos de subrayado codifican distintos encuadres.

Este foco en la evaluación del riesgo y la ejemplificación a través de un caso emblemático hace que llame más la atención esta noticia. La construcción de eventos cotidianos, como ir a la playa, convirtiéndolos en experiencias extraordinarias constituyen una de las características del sensacionalismo.¹⁴ La desfamiliarización o hacer extraordinario lo ordinario es una estrategia del discurso sensacionalista de la prensa usada para captar la atención de la audiencia y conseguir lectores. En este caso, el ir a la playa se transforma en un escenario de riesgos exagerados por la inclusión de un listado detallado de los diferentes efectos tóxicos de las cianobacterias. De esta manera, el fenómeno se convierte en un riesgo a la salud de la población, poniendo el centro de la noticia en generar preocupación o miedo no en explicar las causas y posibles respuestas de este fenómeno. Por ejemplo, el uso de metáforas como *yerba mate* para referirse a las cianobacterias utilizan un símbolo de lo cotidiano, familiar y positivo para referirse a algo inusual, desconocido y peligroso. Ya que como se ilustra en la anécdota de la familia de turistas el contacto con esta sustancia aparentemente inofensiva causa riesgo de vida en todes, incluyendo una bebé. Esta tendencia de la prensa a la sensacionalización ocurre junto con una focalización en la crisis, no en sus causas o sus explicaciones, la cual puede comprobarse también en la selección de marcos interpretativos que tienden a una representación abstracta donde es difícil identificar agentes y potenciales respuestas al problema.

DISCURSO CIENTÍFICO SOBRE CIANOBACTERIAS EN URUGUAY

El discurso de la ciencia sobre cianobacterias busca describir, comprender y explicar el fenómeno con el fin de contribuir a su solución. Sin embargo, la ciencia no es una sola e inclusive dentro de una misma disciplina existen disensos y diferencias a nivel de teorías y prácticas de construcción del conocimiento favorecidas por diferentes comunidades científicas.

En un informe de la Ianas y Unesco (2019) sobre la calidad del agua en las Américas, en el resumen del capítulo destinado a Uruguay escrito por 47 científicos y científicas nacionales se explica la situación general de las aguas en nuestro territorio de la siguiente manera:

In Uruguay, the effects of increased production and agricultural productivity have begun to be noticed in the quality of water resources, modifying the

14 Katarzyna Molek-Kozakowska, «Towards a pragma-linguistic framework for the study of sensationalism in news headlines», *Discourse & Communication*, 7/2, 2013, pp. 173-197.

traditional social perception. The great challenge is to reconcile the economic development model with water resource conservation, mainly through the implementation of proper regulations, based on scientific development and technical innovation.¹⁵

El incremento en las actividades relacionadas con la agricultura intensiva, la silvicultura y la lechería se identifican como las principales causas de la eutrofización y el deterioro de la calidad del agua de ríos en el Uruguay y el mundo.¹⁶ Una de las principales consecuencias de la eutrofización es la aparición de floraciones tóxicas de cianobacterias.¹⁷ De acuerdo con los estudios científicos recientes sobre el episodio de 2019 en Uruguay, se sugiere que la intensificación de actividades agrícolas y ganaderas junto con los crecientes efectos del cambio climático, como el aumento de temperaturas y precipitaciones, resultarán en un incremento de situaciones de eutrofización y deterioro de la calidad del agua en Uruguay.¹⁸ Los análisis de la composición genética de las cianobacterias muestran que en esa instancia tenían un origen común. Entre las causas de estas floraciones se encuentran las grandes lluvias en la zona del río Uruguay cerca del embalse Salto Grande producidas por el fenómeno de El Niño. En la cuenca del Río Negro también hubo un mayor número

15 «En Uruguay, los efectos del aumento de la producción y la productividad agrícola han comenzado a notarse en la calidad de los recursos hídricos, modificando la percepción social tradicional. El gran desafío es conciliar el modelo de desarrollo económico con la conservación de los recursos hídricos, principalmente a través de la implementación de regulaciones adecuadas, basadas en el desarrollo científico y la innovación técnica». Jimena Alonso *et al.*, «Water quality in Uruguay: current status and challenges», en IANAS-UNESCO, *Water Quality in the Americas: Risks and Opportunities*, Ciudad de México, IANAS, 2019, p. 561.

16 *Ibid.*; Luis Aubriot, Lucía Delbene, Signe Haakonsson, Andrea Somma, Federica Hirsch y Sylvia Bonilla, «Evolución de la eutrofización en el Río Santa Lucía: influencia de la intensificación productiva y perspectivas», *Innotec*, 14, 2017, pp. 7-17; Carla Kruk, Ana Martínez, Gabriela Martínez de la Escalera, Romina Trinchin, Gastón Manta, Ángel Manuel Segura, Claudia Piccini, Beatriz Brena, Graciela Fabiano, Macarena Pérez, Lourdes Gabito, Ignacio Alcántara y Beatriz Yannicelli, «Floración excepcional de cianobacterias tóxicas en la costa de Uruguay, verano 2019», *Revista del Laboratorio Tecnológico del Uruguay* 18, 2019, pp. 36-68.

17 Sylvia Bonilla, Signe Haakonsson, Andrea Somma, Ana Gravier, Anamar Britos, Leticia Vidal, Lizet de León, Beatriz Brena, Macarena Pérez, Claudia Piccini, Gabriela Martínez de la Escalera, Guillermo Chalar, Mauricio González-Piana, Fátima Martigani y Luis Aubriot, «Cianobacterias y cianotoxinas en ecosistemas límnicos de Uruguay», *Innotec*, 10, 2015, pp. 9-22.

18 Luis Aubriot, Bernardo Zabaleta, Facundo Bordet, Daniel Sienra, Jimena Risso, Marcel Achkar y Andrea Somma, «Assessing the origin of a massive cyanobacterial Bloom in the Río de la Plata (2019): Towards an early warning system», *Water Research*, 181, 2020. <https://doi.org/10.1016/j.watres.2020.115944>; Carla Kruk *et al.*, «Floración excepcional de cianobacterias tóxicas en la costa de Uruguay, verano 2019», *op. cit.*

de precipitaciones, las condiciones meteorológicas hicieron que la descarga quedara más cercana a la costa uruguaya. Según los especialistas, el aumento de presencia de fósforo en el agua es un factor clave para la ocurrencia de floraciones de cianobacterias, así como la construcción de embalses y reservas de agua.¹⁹ Un control de la contaminación de fuentes difusas provenientes de la agricultura y la ganadería intensivas, en particular el fósforo y nitrógeno, es necesarios para conservar y regenerar calidad del agua.

Desde las ciencias relacionadas con la agronomía, existe una explicación diferente de este fenómeno que resalta su multicausalidad y focaliza en aspectos relacionados con el cambio climático.²⁰ Sin embargo, cuando se consideran las causas relacionadas con las actividades agropecuarias como explicaciones principales de esta crisis se tiende a minimizar la importancia del modelo productivo, poniendo el centro en buenas prácticas de manejo de agroquímicos y en los planes de suelo como forma de mitigación de daños al ambiente. También se mencionan otros tipos de contaminación como posibles fuentes de nutrientes, como son los problemas de saneamiento y el tratamiento de residuos. Los voceros en los medios tienden a ser técnicos que representan a empresas privadas u organizaciones empresariales. Los saberes que se ponen en circulación son los de quienes tienen conocimiento del medio a través de su práctica profesional, no de investigación en estos problemas.

La crisis ambiental cuestiona los saberes dominantes en las ciencias agrarias que favorecen modelos de producción basados en el monocultivo, la intensificación de la producción y tecnologías que deterioran los ecosistemas. Es importante resaltar que existe otra corriente dentro de las ciencias agrarias que promueve modelos alternativos de producción como la agroecología, que incorporan aspectos culturales, ecológicos y sociales a sus modelos y teorías.

Entendemos entonces que dentro de la comunidad científica en Uruguay existen diferentes marcos interpretativos y explicaciones del fenómeno de las cianobacterias.

19 Jimena Alonso *et al.*, «Water quality in Uruguay: current status and challenges», *op. cit.*

20 Andrés Beretta-Blanco y Leónidas Carrasco-Letelier, «Relevant factors in the eutrophication of the Uruguay River and the Río Negro», *Science of the Total Environment*, 761, 2021, 143299.

EL PODER Y LOS SABERES CIENTÍFICOS:
CUANDO LOS ASTROS NO SE ALINEAN

Un análisis detallado de la representación social de la crisis de cianobacterias en el medio de prensa *El Observador* sirve como ilustración de las formas en que interactúan la ciencia y el poder en los medios. Este medio de prensa representa intereses económicos y por lo tanto su construcción del evento está filtrada por esos intereses.

De un total de 62 noticias publicadas en *El Observador* entre enero y marzo de 2019 la mayoría presenta un encuadre de gestión o de naturaleza. El encuadre productivo emerge principalmente durante principios de febrero y marzo. En la tabla 4 se muestran las proporciones de los diferentes encuadres en el *corpus*.

TABLA 4. TOTAL «ENCUADRE NATURALEZA», TOTAL «ENCUADRE GESTIÓN», TOTAL «ENCUADRE MODELO PRODUCTIVO»

ENCUADRE NATURALEZA	ENCUADRE GESTIÓN
45	46

Fuente: elaboración propia.

En general el encuadre de modelo productivo ocurre junto con el de naturaleza por lo cual tiende a mitigarse la fuerza de esta explicación, ya que se sitúa el caso en el contexto de cambio climático o de prácticas regionales que desplazan la responsabilidad por estas prácticas de producción a otras zonas, como Argentina, Brasil y Paraguay.

Si se logran revertir los problemas de contaminación, cambio climático, invasión masiva de plásticos en los cursos de agua, erosión, pérdida de biodiversidad, caída en la población de polinizadores, será porque se aplica más ciencia, no usando palabras despectivas hacia quienes trabajan la tierra, o hacen cualquier otra actividad noble, honesta y sacrificada como la que hacen los agricultores y ganaderos de estas tierras. El agua limpia es un deseo y una necesidad para el 100 % de los habitantes y por lo tanto dividir con términos despectivos es algo que no contribuye a solucionar el problema (*El Observador*, Blasina, 23/2/2019).

En este periódico se observa que la voz de la ciencia aparece con frecuencia como saber legítimo para explicar un fenómeno inusual. La mayor parte de las fuentes citadas incluyen a científicos que provienen de las ciencias biológicas; en particular hay tres nombres que aparecen citados y que se convierten en iconos de esa posición social. Estos investigadores de la Facultad de Ciencias

de la Udelar pertenecen al Departamento de Limnología y de Ecología; incluyen un grado 5 y dos grados 2 (todos varones). Por otro lado, las citas a fuentes provenientes de las ciencias agrarias son muchas menos y corresponden a personas que tienen cargos de gestión, no investigadores universitarios. Algo que distingue a este grupo es que el diario tiene una columna de análisis y opinión en la que uno de sus representantes produce artículos donde se priorizan encuadres que niegan la centralidad del modelo productivo y promueven una visión multidimensional del problema, que focaliza en causas antrópicas relacionadas con otros aspectos como el cambio climático, el tratamiento de residuos y el uso apropiado de tecnologías.

En este sentido, este medio de prensa utiliza estrategias contradictorias que por un lado refuerzan el valor social del conocimiento científico, pero por otro limitan la legitimidad de sus representaciones. Las explicaciones que se favorecen podrían estar motivadas por sus intereses editoriales en mantener el *statu quo* del modelo productivo dominante²¹ o por cuestiones relacionadas con la forma de producción de las noticias que tienden a reutilizar material y citar a las mismas fuentes por facilidad de contactos. Se usa la voz científica como voz autorizada en la construcción de saberes, pero al mismo tiempo se pone en el trasfondo la explicación del fenómeno que focaliza el problema en la forma de producción intensiva que caracteriza a las actividades agropecuarias.

ALGUNAS CONCLUSIONES PRELIMINARES

Comprender problemas socioambientales como los que se relacionan con la crisis de floraciones de cianobacterias en 2019 requiere poner en diálogo e integrar diferentes tipos de representaciones sociales y conocimiento científico. El papel de los medios de prensa como espacio de interacción de diferentes saberes y agente constructor de marcos interpretativos que definen la situación abre posibles respuestas y formas de darles sentido a conflictos socioambientales. Los medios de prensa combinan conocimiento general con nuevo conocimiento de eventos proveniente de saberes expertos como el de los científicos.²² Además, utilizan el saber científico como estrategia argumentativa para sostener explicaciones que no solo se basan en datos, sino que también responden a intereses e ideologías del medio.

21 Por ejemplo, Eduardo Blasina, el autor de esta nota de la cual se extrae el ejemplo 3 tiene una columna en el periódico, es agrónomo y director de una consultora de desarrollo de agnegocios en Uruguay.

22 Teun van Dijk, «Knowledge and news», *Revista Canaria de Estudios Ingleses*, 49, 2004, pp. 71-86.

Este papel de los medios como mediadores del conocimiento científico también resalta la importancia de las prácticas profesionales y del conocimiento que tienen los periodistas de acontecimientos o fenómenos «nuevos» como el de las cianobacterias. Al no existir una formación específica o condiciones laborales que permitan a quienes escriben estas noticias profundizar y especializarse en estas temáticas se tiende a hacer un abordaje superficial o que reduce el fenómeno a un par de factores o explicaciones conocidas.

La mediación del discurso científico en los medios ocurre a través de prácticas profesionales mediante las que se producen las noticias, atravesadas por intereses e ideologías del medio. A nivel público estas construcciones ponen en circulación ciertas representaciones de la realidad y silencian otras. Por ejemplo, al focalizar en los aspectos climatológicos o de gestión por sobre los del modelo productivo se evade un debate público sobre las causas antrópicas de problemas ambientales. ¿Qué recepción se habilita o se cierra mediante estas mediaciones del discurso científico?

Existe una interrelación entre el mundo material y el simbólico doblemente realizada en la mediación del conocimiento científico en los medios de prensa. Como se observó en este caso, las estrategias de construcción de las noticias sobre la crisis socioambiental de floraciones de cianobacterias implican una selección de fuentes y opciones de representación de los sucesos y los actores involucrados que son usados para legitimar ciertas respuestas ante estos problemas. El desplazamiento y la mitigación de la importancia del modelo productivo como principal factor explicativo del aumento de las cianobacterias muestra cómo se utiliza la diferencia en el discurso científico como estrategia para relativizar argumentos que explican las crisis socioambientales como consecuencia de la acción humana en el ambiente.

Los medios marcan el discurso público sobre estas temáticas poniendo o no el tema en la agenda y también encuadrándolo dentro de un tipo u otro de explicaciones. En este caso de las cianobacterias en Uruguay se observó que el tema fue central para los medios locales, ya que recibió mucha cobertura por un período extenso. Sin embargo, al no haber consenso en la comunidad científica local sobre las causas y explicaciones del fenómeno, los encuadres favorecidos por los medios de prensa minimizan el conocimiento hegemónico dentro de la comunidad científica, favoreciendo explicaciones generales y abstractas provenientes de abordajes técnicos o tecnológicos centrados en la crítica de la gestión del gobierno que responden a intereses económicos e ideologías políticas. Además, algo que se observa es que también influyen en esta mediación del discurso científico las condiciones de precariedad

laboral de los periodistas hoy,²³ que limitan el tiempo y los recursos disponibles para investigar en profundidad y especializarse en ciertas temáticas. Este tipo de explicaciones no son solo importantes en términos de cómo se construye el conocimiento social sobre estas problemáticas, sino también porque el proceso de construcción de significado colectivo media nuestras acciones sociales y políticas.

La forma de reportar el nivel de consenso sobre el conocimiento científico y de presentar información que está políticamente polarizada puede afectar la confianza y la credibilidad de la información presentada.²⁴ Consideramos que en el contexto actual de crisis socioambiental es importante continuar investigando cómo circula el discurso científico en los medios locales y qué efectos/recepción tiene esta mediación de la prensa en cómo el público comprende y usa la información para dar respuestas sociales a estos problemas.

23 Informes sobre la percepción de periodistas a nivel global marcan que las condiciones laborales precarias son la norma para cerca de la mitad de quienes cubren ciencias (Martin W. Bauer, Susan Howard, Yulye Jessica Romo Ramos, Luisa Massarani y Luis Amorim, *Global science journalism report: working conditions & practices, professional ethos and future expectations*, Londres, Science and Development Network, 2013). Para los periodistas latinoamericanos, la seguridad laboral era su principal preocupación. La situación profesional en Uruguay se ha documentado en informes de la consultora Cifra para la Asociación de la Prensa Uruguaya (APU) (2012) sobre condiciones del ejercicio de profesionales de la comunicación en Uruguay enfocados en las diferencias de género (*Las condiciones del ejercicio profesional de mujeres y hombres de los medios de comunicación*. CIFRA, APU y ONU Mujeres, 2012). En la formación en periodismo científico, comenzó una especialización en comunicación científica en la Udelar en 2022.

24 Teresa A. Myers, Edward Maibach, Ellen Peters y Anthony Leiserowitz, «Simple Messages Help Set the Record Straight about Scientific Agreement on Human-Caused Climate Change: The Results of Two Experiments», *PLoS ONE*, 10/3, 2015, e0120985.

SECCIÓN 3

INSTITUCIONES

CIENCIAS DE GOBIERNO Y GOBIERNO CIENTÍFICO: EL LIBERALISMO CONSERVADOR Y LA INSTITUCIÓN ACADÉMICA DE LAS CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS EN ESPAÑA (1857-1868)

ELODIE RICHARD

CNRS, Laboratoire interdisciplinaire d'études
sur les réflexivités - Fonds Yan Thomas

En la segunda mitad del siglo XIX, dio comienzo un proceso internacional de institucionalización de ciencias llamadas *sociales*, estrechamente vinculadas a la reforma política.¹ En España, tomó la forma institucional de una Real Academia de ciencias morales y políticas, creada en 1857, siguiendo el modelo francés. Esta consagración académica de las ciencias de gobierno fue obra de un partido liberal conservador en un período posrevolucionario. La creación de esta institución plantea una serie de interrogantes para la historia de la ciencia y la historia política. La primera refiere a la definición del propio término *ciencias morales y políticas*, una rama del saber ya desaparecida, sustituida a finales del siglo XIX por las ciencias sociales. La segunda atañe a la permanencia de un modelo institucional, casi un siglo después del momento académico de la Ilustración, cuando las reales academias, que se convierten en «nacionales», pasan a formar parte del campo de la incipiente instrucción pública.

El estudio de la Academia de ciencias morales y políticas permite responder a estas preguntas. La historia de las instituciones ha sido a menudo criticada, sospechada de reproducir la historia acrítica y celebratoria que las instituciones producen de sí mismas, o de limitarse a un relato monográfico, descriptivo,

¹ Peter Wagner, Björn Wittrock y Richard Whitley (eds.), *Discourses on Society: The Shaping of the Social Science Disciplines*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1991.

que no alcanzaría más que la superficie de lo social. Sin embargo, las instituciones científicas proporcionan, por su permanencia y producción documental, los datos e instrumentos metodológicos de una historia social de la ciencia y de la teoría política. A partir de un estudio de caso, este capítulo presenta una reflexión sobre la articulación entre ciencia y política, así como una propuesta metodológica para el estudio de las instituciones científicas.² Se centra en una institución a la que es imposible atribuir un carácter exclusivamente científico o político. La Academia es una institución bifronte, tanto por su estatus (fundación real y centro científico) como por su campo de especialización (las ciencias políticas). El estudio del sentido de su creación, de su composición y producción intelectual, de los mecanismos de legitimación científica, de sus funciones de censura y de asesoramiento, permite identificar los objetos y la epistemología de las ciencias morales y políticas, así como su afinidad con la ideología liberal. También permite comprender las formas que toman las relaciones entre ciencia y poder político en un sistema de liberalismo moderado, en el que antiguas formas de fomento de la actividad científica vienen a apoyar un proyecto moderno de racionalización del gobierno.

EL MODELO FRANCÉS DE LAS REALES ACADEMIAS

El 30 de setiembre de 1857, la reina Isabel II decretó la creación, prevista por la Ley Moyano de instrucción pública,³ de una Real Academia de ciencias morales y políticas de «categoría equivalente» a las que se fundaron desde el siglo XVIII, en el marco de una política monárquica *ilustrada* de desarrollo de las ciencias y las artes: las reales academias de la Lengua (1713), la Historia (1738), las Bellas artes (1744) y las Ciencias exactas, físicas y naturales (1847).⁴ La nueva dinastía borbónica estableció así en España un nuevo tipo de institución científica que se había desarrollado en Francia y Europa desde el siglo XVII.⁵ Las reales academias nacieron del reconocimiento oficial de las sociedades de hombres de letras, creadas según el modelo de los cenáculos humanistas del Renacimiento,

2 Elodie Richard, *L'esprit des lois. Droit et sciences sociales à l'Académie royale des sciences morales et politiques d'Espagne (1857-1923)*, tesis doctoral, Université de Paris 1-Sorbonne, 2008.

3 «Ley Moyano», del 9 de setiembre de 1857.

4 Eva Velasco Moreno, «Nuevas instituciones de sociabilidad, las academias de finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII», *Cuadernos Dieciochistas*, 1, 2000, pp. 39-55.

5 James E. McClellan, «L'Académie royale des sciences», en Christian Jacob (ed.), *Les lieux de savoir*, t. 1: *Espaces et Communautés*, París, Albin Michel, 2007, pp. 716-735.

y que tomaron su nombre de la antigüedad griega.⁶ Concebidas explícitamente como una antítesis de la universidad escolástica, las academias se definían como un lugar de intercambio entre especialistas, escritores o artistas, y no como un lugar de enseñanza dependiente de la Iglesia. En adelante, bajo la protección del monarca y con el estatus de fundaciones reales, se convirtieron en órganos del Estado, instrumentos de un programa monárquico de fomento de la actividad científica y de una política de prestigio.⁷

En Francia, las academias sobrevivieron a la Revolución. Disueltas en 1793 por la *Convention nationale*, que las consideraba como un símbolo del absolutismo, fueron reconstituidas en 1795 dentro del *Institut national des sciences et des arts*, destinado a reunir todas las clases del conocimiento: las ciencias físicas y matemáticas, las ciencias morales y políticas, y la literatura y las bellas artes.⁸ Fruto de la reforma de la instrucción pública propuesta por el marqués de Condorcet en 1792, el Instituto elevó la teoría social y política a la categoría de ciencia,⁹ un reconocimiento oficial que se le había negado bajo el Antiguo Régimen.¹⁰ Suprimida por Napoleón en 1803, la segunda clase renació en 1832, dos años después de una revolución liberal, como academia de ciencias morales y políticas, modelo directo de su homóloga española.¹¹

6 El término proviene del nombre del jardín (*Akadêmos*) donde enseñaba Platón. Carlos Levy, «Les académies antiques», en Marc Deramaix, Perrine Galand-Hallyn, Ginette Vagenheim y Jean Vignes (eds.), *Les académies dans l'Europe humaniste, Idéaux et pratiques*, Ginebra, Droz, 2008, p. 13.

7 Roger Hahn, *Anatomy of a scientific institution: Paris Academy of Sciences, 1666-1803*, Berkeley, Los Angeles y Londres, University of California Press, 1971, pp. 1-34.

8 Martin S. Staum, «The Class of Moral and Political Sciences, 1795-1803», *French Historical Studies*, 11/3, 1980, pp. 371-397.

9 Johann Heilbron, *Naissance de la sociologie*, Marseille, Agone, 2006, pp. 153-156.

10 Corinne Delmas, *Instituer des savoirs d'Etat. L'Académie des sciences morales et politiques au XIX^e siècle*, París, L'Harmattan, 2006, pp. 40-44.

11 Sophie-Anne Leterrier, *L'institution des sciences morales (1795-1850)*, París, L'Harmattan, 1995, pp. 59-71.

DE LA ILUSTRACIÓN AL LIBERALISMO: LA INSTITUCIÓN DE LAS CIENCIAS DEL GOBIERNO

En España, desde la revolución de 1808, la institución de una academia de ciencias morales y políticas formaba parte del programa de los liberales, que retoman el proyecto de Condorcet.¹² En la década de 1840, los liberales moderados (conservadores), decidieron revivir este modelo institucional del antiguo régimen, pero adaptándolo a los objetivos del liberalismo, con la publicidad de sus trabajos y la promoción de la ciencia nacional.¹³ Dos academias, una dedicada a las ciencias exactas, físicas y naturales (1847) y otra a las ciencias morales y políticas (1857), concebidas como complementarias, completaban el sistema académico.

La adopción de este modelo institucional se explica por razones tanto científicas como políticas. Tradicionalmente concebidas como lugares de producción de conocimiento, al contrario de las universidades, dedicadas a su transmisión, las academias pretendían romper el aislamiento de los sabios, para que pudieran compartir sus conocimientos mediante discusiones orales.¹⁴ A diferencia de los centros docentes, en los que la jerarquía entre maestro y alumno creaba una asimetría en el intercambio de ideas, las academias se componían de personas cuyas competencias y legitimidad equivalentes hacían posible el debate científico. De hecho, su reglamento afirma la igualdad de los académicos, «sin más distinción que la antigüedad».¹⁵ Eran espacios de discusión relativamente más libres que la universidad, cuyas enseñanzas seguían siendo supervisadas por el Estado y debían respetar la monarquía y el dogma católico.

La adopción de la forma institucional académica también refleja una opción política. De hecho, existían otros modelos, como lo muestra la creación de la National Association for the Promotion of Social Science en Inglaterra en ese mismo año.¹⁶ Esta asociación compartía la misma concepción unificada de la ciencia y del gobierno, pero se diferenciaba de la Academia por su estatus, que le valió la calificación de *outdoor parliament*. En lo jurídico, la

12 José Luis Peset Reig, Mariano Peset Reig, «Las Universidades españolas del siglo XIX y las ciencias», *Ayer*, 7, 1992, pp. 22-24.

13 Real decreto del 25 febrero de 1847.

14 Françoise Waquet, *Parler comme un livre. L'oralité et le savoir (XVI-XX^e siècles)*, París, Albin Michel, 2003, pp. 113-114.

15 *Reglamento interior de la Real academia de ciencias morales y políticas*, Madrid, 1885, art. 35.

16 Lawrence Goldman, «The Social Science Association, 1857-1886: A Context for Mid-Victorian Liberalism», *The English Historical Review*, vol. 101, n.º 398, 1986, pp. 95-134.

Academia española era una corporación estatal sostenida con fondos públicos, dependiente del Estado.¹⁷ Su dotación inicial (80.000 reales) corresponde aproximadamente al salario anual de cinco profesores universitarios (Ley Moyano). En 1866 se instaló de forma definitiva en la Casa de los Lujanes, una residencia aristocrática construida en el siglo xv en la madrileña Plaza de la Villa,¹⁸ formando parte de la geografía urbana del poder político. Este estatus refleja también una concepción diferente del progreso científico, concebido, por parte de los fundadores de las asociaciones de promoción de las ciencias, tal como la *Social Science Association*, como el fruto endógeno de la cooperación de los especialistas, mientras que el modelo académico otorga un papel central al Estado como agente del desarrollo científico.

EL FOMENTO, UNA CONCEPCIÓN LIBERAL-CONSERVADORA DEL GOBIERNO DE LA CIENCIA

La creación de la Academia forma parte del programa liberal de reforma educativa y de modernización del Estado, iniciado en la década de 1830.¹⁹ Procede de una reforma de la instrucción pública que completa el sistema de establecimientos de enseñanza con instituciones científicas y culturales (academias, bibliotecas, archivos y museos).²⁰ De hecho, para los liberales, la educación pública abarcaba todos los medios que podían favorecer la formación de los ciudadanos y el progreso científico y político. Como instituciones nacionales, las academias coronaban un sistema científico y pedagógico centralizado y jerarquizado, y lo representaban a escala internacional, en contacto directo con instituciones extranjeras de rango equivalente, con un sistema de corresponsales. Se ubicaban en la capital y obligaban a sus miembros a residir en ella.²¹

La Ley Moyano supuso también la culminación del desarrollo, iniciado en 1836, de la enseñanza superior de las ciencias del gobierno (economía, derecho público y administrativo), destinadas a la formación de los agentes

17 *Reglamento Interior de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 1885, art. 1.º.

18 Salustiano del Campo, Juan Velardes Fuentes, «Real Academia de Ciencias Morales y Políticas», en *Las reales academias del Instituto de España*, Joaquín Calvo-Sotelo ed., Madrid, Instituto de España, 1992, pp. 296-300.

19 Juan Pro, *La construcción del Estado en España. Una historia del siglo XIX*, Madrid, Alianza, 2019.

20 Antonio Viñao Frago, *Política y educación en los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1982.

21 Virgilio Pinto Crespo, «Madrid capitale de l'Etat: établissements d'assistance, scientifiques et culturels au XIX^e siècle», en *Capitales culturelles, capitales symboliques. Paris et les expériences européennes*, Christophe Charle y Daniel Roche eds., París, Editions de la Sorbonne, 2002, p. 258.

del Estado y a la racionalización del gobierno por la ciencia.²² Desde 1855, las academias y universidades dependían del Ministerio de Fomento. Las amplias atribuciones de este ministerio, que desde 1851 abarcaba la administración de Agricultura, Comercio, Educación y Obras Públicas, muestra la importancia que los liberales concedían a la ciencia en el proceso de modernización.²³ En efecto, el «fomento» representa un modelo de desarrollo, basado en el impulso y el control del Estado, pero también señala una concepción global del progreso, que no separa la prosperidad económica, la educación de los ciudadanos y el buen gobierno.

UN CONTEXTO POSREVOLUCIONARIO (1857)

Si bien la creación de la Academia respondía al programa científico del liberalismo histórico, también correspondía a una coyuntura política. Formaba parte de una serie de medidas políticas reaccionarias, adoptadas por un gobierno moderado que volvía al poder tras la revolución de 1854 y dos años de gobierno progresista.²⁴ Como en el resto de Europa, el liberalismo español, surgido del proceso de aprobación de la Constitución de Cádiz (1812), se dividió en dos tendencias desde la década de 1830, cuando la lucha contra el carlismo llevó a la monarquía, aliada con los liberales, por el camino del constitucionalismo.²⁵ La franja progresista se mantuvo fiel al principio doceañista²⁶ de la soberanía nacional y defendió la ampliación de las libertades políticas y económicas. La corriente moderada, en cambio, defendía el principio de la soberanía compartida entre la reina y las cortes, el carácter católico del Estado y el control de la economía.

En 1854, tras diez años de hegemonía política, los moderados fueron derrocados por *La Vicalvarada*, suerte de réplica de las revoluciones liberales de 1848.²⁷ Fue una época de gran difusión de las ideas democráticas y socialistas, debido al reconocimiento de la libertad de prensa y a la entrada de diputados demócratas en el Parlamento. Cuando volvieron al poder en 1856, los

22 Mariano Peset y José Luis Peset, *La universidad española (siglo XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal*, Madrid, Taurus, 1974, pp. 292-301.

23 Juan Pro, *op. cit.*, p. 387.

24 Isabel Burdiel, *Isabel II, una biografía*, 1830-1904, Madrid, Taurus, pp. 488-575.

25 María Cruz Romeo Mateo, «Lenguaje y política del nuevo liberalismo: moderados y progresistas, 1834-1845», *Ayer*, 29, 1998, pp. 37-62.

26 Inspirado por la Constitución de Cádiz, de 1812.

27 José Ramón de Urquijo Goita, *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, CSIC, 1984, pp. 8 y 189-193.

moderados restauraron el orden anterior a la revolución y aprobaron una ley de imprenta que puso fin a la libertad de publicación.²⁸ La creación de la academia puede entenderse como una respuesta a la crisis de 1854, achacada por los moderados a la expresión de teorías radicales, consideradas como disolventes. En primer lugar, pretendía restablecer el prestigio de la monarquía, cuestionado por los revolucionarios, atribuyendo un papel consultivo a una institución real, que recordaba la obra modernizadora de los borbones. Dedicada a «mejorar las leyes y las instituciones», se concebía como una especie de consejo, es decir la forma más mínima de control del poder real.²⁹ También se le encomendó una misión ideológica, la de mitigar «los riesgos de la oculta y constante predicación de las nuevas teorías del comunismo entre las clases menesterosas y poco ilustradas», difundiendo «sabias doctrinas» sobre las instituciones más criticadas: la monarquía, la familia y la propiedad.³⁰ Para contener la difusión de las ideas radicales se recurría a dos modos de control de las ideas: la censura y la difusión de una ortodoxia doctrinal en materia política. En un sistema liberal donde la primera nunca puede ser total, la disipación de las ideas socialistas implicaba la promoción de autores que las refutaran. La academia, como órgano científico oficial, garantizaba la validez científica y política de sus obras.

El procedimiento de selección de los primeros miembros de la academia combinaba la cooptación con el control inicial del reclutamiento por parte del ejecutivo.³¹ Permitted al gobierno definir la composición y, por tanto, la línea ideológica del cuerpo. Además, hasta 1864, la Reina tenía derecho a nombrar su presidente, lo que contradecía la norma de su elección por los propios académicos. Los primeros académicos eran principalmente hombres de Estado, vinculados al régimen. Entre los nombrados se encontraban cuatro ministros del gobierno, el presidente del Tribunal Supremo, el regente de la Audiencia de Madrid, catedráticos de la Universidad Central, miembros de otras academias reales, de los grandes consejos de la Monarquía y el arzobispo de Toledo. El gobierno aseguró el predominio del partido moderado: veintidós de los primeros treinta y seis académicos provenían de este parti-

28 Juan Ignacio Marcuello Benedicto, «La libertad de imprenta y su marco legal en la España liberal», *Ayer*, 34, 1999, pp. 65-91.

29 Marqués de Pidal, «Discurso de contestación», *Discursos pronunciados el 19 diciembre de 1858 con motivo de la inauguración de la Real Academia*, Madrid, 1859, p. 40.

30 *Ibid.*, p. 54.

31 La mitad de sus miembros son nombrados por real decreto y se encargan de elegir a los demás académicos. Real Decreto de 30 de setiembre de 1857, *Resúmen Histórico de la Academia*, 1862, p. 5.

do y la reina Isabel II nombró a su líder, Pedro José Pidal, como presidente de la academia. Los progresistas estaban en minoría (cuatro en 1857) y los demócratas quedaban excluidos. Esta composición manifestaba la voluntad de los liberales conservadores de asegurarse el monopolio de la definición de las doctrinas políticas legítimas y, sobre todo, de descartar cualquier discusión sobre la forma monárquica del régimen.

Si observamos la carrera política anterior de los académicos, encontramos actores del primer constitucionalismo español, que sufrieron la represión y el exilio bajo el reinado de Fernando VII, lucharon contra los carlistas, entraron en las primeras instituciones representativas y contribuyeron al establecimiento de un derecho liberal. La Academia representaba así también una forma de consagración de los fundadores del Estado moderno. Identificaba las ciencias morales y políticas con el liberalismo como proyecto político, protegiéndolas dentro del santuario académico, tras un período de crisis política.

CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS, CIENCIAS DEL HOMBRE Y DEL GOBIERNO

Las ciencias morales y políticas son una de las manifestaciones del proyecto Ilustrado de establecer una ciencia del hombre.³² En 1848, el académico de la historia Antonio Cavanilles recordaba que su objeto era «el hombre en sí mismo o constituido en sociedad, [...] enseñándole a conocer su naturaleza y su fin, a comprender su historia y sus leyes, a perfeccionar sus regímenes y a mejorar su condición».³³ El estudio de la academia también permite entender lo que hace la unidad de estas ciencias, que agrupan varias disciplinas científicas³⁴ gracias a su estructura multidisciplinaria. Nos ofrece además elementos de objetivación de este contenido: los perfiles científicos de los académicos y sus temas de investigación.³⁵

32 Martin S. Staum, *op. cit.* p. 371. Jean-Luc Chappey, «De la science de l'homme aux sciences humaines: enjeux politiques d'une configuration du savoir (1770-1808)», *Revue d'histoire des sciences humaines*, 15, 2006, pp. 43-68.

33 Nota manuscrita, Archivo Antonio Cavanilles, Academia de la Historia. Opúsculos publicados por la ASMP, Archivo Cavanilles, legajo 41 y legajo 52, Academias.

34 Está dividida en tres secciones: «filosofía e historia», «moral, derecho, educación e instrucción pública», y «política, economía, administración».

35 Elodie Richard, «The Royal Academy of moral and political sciences and the emergence of social sciences in Spain (1857-1923)», *Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales*, 31, 2015, pp. 35-78. <http://revistas.uned.es/index.php/empiria>

La llegada de un nuevo académico suponía un procedimiento muy ritualizado, que consistía en una elección en sesión ordinaria y una recepción pública. Por tanto, las fuentes biográficas son en gran medida producidas por este tipo de instituciones, que celebran a sus miembros mediante discursos de recepción, biografías y obituarios. Estos documentos revelan los elementos claves de su legitimidad científica y el tipo de conocimientos incorporados a través de ellos a la institución. Entre los miembros de la academia se encuentran catedráticos de derecho, economía política, hacienda e higiene pública (disciplina médica entonces asociada al estudio de la miseria y el crimen), así como miembros de la Academia de la Historia. Incorpora conocimientos prácticos de gobierno, jurisprudencia, administración y diplomacia (tres cuartos de los académicos formaron parte de las cortes al menos una vez), así como de teología, mediante la elección de eclesiásticos.

La clasificación temática de las obras académicas publicadas en este período, después de ser colectivamente aprobadas por un voto,³⁶ confirma la importancia del derecho político y la economía política, disciplinas vinculadas a la modernidad económica y al advenimiento del Estado liberal. Sin embargo, por su dimensión especulativa y crítica, las ciencias morales y políticas se diferencian de las ciencias camerales, destinadas a la formación de los agentes del Estado en las técnicas administrativas.³⁷ En efecto, nacieron en el marco de la crítica fisiocrática de las teorías mercantilistas y del proyecto cívico de la Revolución Francesa.³⁸ Su dimensión crítica proviene de su arraigo en el derecho natural, considerado como anterior y superior al derecho positivo, contenido en las leyes y costumbres. Su objeto no es tanto el «hombre» como sus «acciones». Estudian el comportamiento humano en cuanto es regulado por las inclinaciones (pasiones, intereses, necesidades) y por la ley, siendo el hombre considerado como un ser moral, que se diferencia de las demás criaturas en que obedece las normas.³⁹ En la medida en que se supone que estas reglas están depositadas en la conciencia de todo ser razonable, las ciencias morales y políticas son ciencias deductivas, espiritualistas y prescriptivas. Se interesan

36 Estatutos art. 43, *Discursos pronunciados el 19 diciembre de 1858 con motivo de la instauración de la Real Academia*, Madrid, 1859.

37 Keith Tribe, «Cameralism and the Science of Government», *The Journal of Modern History*, 56/2, 1884, pp. 263-284.

38 Dominique Damamme, «Entre science et politique. La première science sociale», *Politix*, 29, 1995, pp. 5-30.

39 Peter Wagner, «Certainty and order, Liberty and contingency. The birth of social sciences as Empirical Political Philosophy», en *The Rise of the Social Sciences and the formation of modernity: Conceptual change in context, 1750-1850*, Johan Heilbron, Lars Magnusson y Björn Wittrock eds., Nueva York, Springer, 1998, p. 241.

por el origen y la evolución de las asociaciones humanas (la familia, el Estado), que consideran desde una perspectiva histórica, rechazando la ficción jusnaturalista del contrato social.

EL CONSEJO Y LA CENSURA

La definición de las ciencias morales y políticas como ciencias «sobre» y «para» el gobierno obliga a enfocar la Academia como una institución política además de científica. El gobierno moderado que la instituyó le encargó establecer una doctrina destinada a orientar la labor legislativa. Para ello, le asignó una función consultiva para el poder ejecutivo y una misión ideológica de defensa de la doctrina política oficial. En contra de lo que cabría esperar, dado el peso del partido moderado en la institución y el control ejercido por el gobierno, cumplió sus tareas con relativa independencia. En una época muy conservadora, marcada por la condena del liberalismo moderno por parte del papa Pío IX (1864) y el retraimiento de los progresistas de las Cortes, la Academia siguió siendo una institución relativamente pluralista, cuando el Parlamento había dejado de serlo.⁴⁰ La relativa autonomía de la institución también se deriva del estatus y la estatura de los académicos. El nombramiento vitalicio y sus destacados cargos políticos en el Estado les garantizaban cierta libertad de expresión. Los colocaba en una posición de colaboración y no de subordinación al Gobierno.⁴¹ Los progresistas, minoritarios, pero activos, consiguieron imponer un verdadero debate colectivo sobre cuestiones económicas y sociales, políticamente controvertidas, en especial en lo que respecta al papel del Estado en la vida social y económica.

La primera función política de la academia era la protección oficial de las obras de ciencias morales y políticas en un contexto liberal donde los grandes problemas sociales y políticos «no quedan circunscritos como antes al estrecho gabinete de los sabios [...], sino que han entrado en la discusión pública, se propagan con gran rapidez, agitan los ánimos, conmueven las masas, y son a veces una alarma para los Gobiernos y un peligro para los Estados».⁴² Sus publicaciones y premios anuales estaban destinados a rectificar las «doctrinas antisociales». También se encargaba de evaluar las obras cuyos autores solicitaban al Estado ayudas para la publicación y la compra de ejemplares para las bibliotecas públicas. A partir de 1864, con la integración de los académicos en

40 Ángel Bahamonde y Jesús A. Martínez, *Historia de España*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 353-356.

41 Entre 1858 y 1868, todos los gobiernos incluían al menos un miembro de la Academia de ciencias morales y políticas. Eran seis en el gobierno formado por el general Narváez en 1864.

42 Real Academia de ciencias morales y políticas, *Resumen de sus actas y discursos*, 1862, p. 7.

el jurado encargado de calificar los delitos de prensa participó más directamente en el sistema de censura, reforzado por los moderados para responder al creciente cuestionamiento de la monarquía y a la difusión de una iconografía pornográfica destinada a desacreditar a la reina.⁴³ La academia consideraba que la discusión de los actos de poder era una necesidad y un derecho en los gobiernos libres, en la que representaba una barrera contra el despotismo, así como un medio para educar al pueblo.⁴⁴ Pero a diferencia de los radicales, que defendían una libertad de expresión absoluta, salvo en los casos de calumnias contra los individuos, los liberales conservadores consideraban que esta libertad de expresión solo debía ejercerse respetando los fundamentos de la constitución política y la moral religiosa.

ASESORAMIENTO Y PREPARACIÓN LEGISLATIVA

Además de esta misión ideológica, la academia participaba en la preparación de las reformas legislativas mediante debates y recopilación de datos, gracias a sus propias encuestas y los premios que estimulaban la investigación.⁴⁵ También asesoró al Gobierno, contestando a sus consultas con informes, que a veces se presentaban como verdaderos proyectos de ley alternativos.⁴⁶ Estas consultas debían ayudar al gobierno a tomar decisiones apoyándose en una opinión recogida con anterioridad y al margen de las instituciones políticas. También permitían elaborar argumentos para defenderlas, gracias a un dictamen científico, por lo tanto considerado calificado y, sobre todo, neutral. Estos argumentos podían utilizarse durante los debates parlamentarios y convertir la consulta a la Academia en un elemento de la preparación legislativa. En 1867, un decreto del general Narváez reforzó la intervención académica en el proceso legislativo, al otorgar a los presidentes de las academias la posibilidad de ser nombrado comisario del gobierno ante la legislatura.⁴⁷ Esta medida antiliberal reconocía una función legislativa a una institución no representativa y dependiente del ejecutivo. Reflejaba el acercamiento entre moderados y

43 Isabel Burdiel, *op. cit.*, p.795.

44 José Lorenzo Figueroa, *La libertad de pensar y el catolicismo*, Madrid, Biblioteca Universal Económica, 1868, pp. 81-87, obra recomendada por la Academia.

45 Maurice Crosland y Antonio Gálvez, «The emergence of Research Grants within the Prize System of the French Academy of Science, 1795-1914», *Social Studies of Science*, 19/1, 1989, pp. 71-100.

46 *Informe sobre la reforma de las leyes de inquilinato y los medios de contener el aumento desproporcionado de los alquileres de edificios* (1863).

47 Real Decreto, 21 de noviembre de 1867.

tradicionalistas (neocatólicos), que querían reducir el Parlamento a un papel consultivo y confiar la elaboración de las leyes a los consejos reales que formaban, según ellos, dentro del gobierno, un elemento aristocrático capaz de contener las tendencias democráticas de las sociedades modernas.⁴⁸

En 1860, el gobierno encargó a la academia⁴⁹ el examen de una propuesta del actor Julián Romea para crear un teatro subvencionado por el Estado que, siguiendo el modelo de la *Comédie Française*, «solo ponga en escena obras de verdadero mérito; que estimule a escribirlas». ⁵⁰ El informe académico es una fuente interesante para entender las posiciones ideológicas de la institución sobre la censura y la protección del Estado. También arroja luz sobre la forma en que la Academia interviene en el proceso legislativo más allá de sus competencias consultivas, haciendo proposiciones. Los académicos no cuestionaron el principio de la censura previa para las obras teatrales. Ejercida por un tribunal de censores encargado de velar por la conformidad de la obra representada con la religión, las leyes y las buenas costumbres,⁵¹ esta censura se consideraba aún más necesaria que la de los libros, ya que las obras dramáticas llegan a un público popular, «se difunden con la rapidez de la palabra», y «provocan emociones que tienen mayor energía por ser colectivas y comunicables». ⁵² La cuestión de la protección estatal se planteaba a partir del criterio de la utilidad pública y del *Informe sobre espectáculos* de Jovellanos (1790), que defendía la subvención del teatro con fondos públicos. Figura central de la Ilustración española, Jovellanos vio en el teatro un posible instrumento de instrucción, y se negó a abandonarlo a «la codicia de los empresarios y a la ignorancia de los poetastros y comediantes». ⁵³ Al contrario, la academia consideró injusta una protección que imponía una contribución fiscal en beneficio exclusivo de los espectadores madrileños. También la consideró innecesaria: siendo el teatro una *industria libre*, el Estado no debería pronunciarse sobre el mérito de los actores, ni tampoco establecer una literatura oficial. Su intervención tenía que limitarse a ofrecer pensiones a los actores mayores de edad y a preservar el repertorio clásico que se hundiría

48 José Ramón Urquijo Goita, «La representación desde el antiliberalismo», *Ayer*, 61, 2006, pp. 185-186.

49 Real Orden, 27 de febrero de 1860.

50 «Informe sobre la influencia del teatro en las costumbres públicas y la protección que le puede dispensar el Estado», 1860, *Memorias de la Real Academia de ciencias morales y políticas*, T. 1, 1879 (2.ª ed.), p. 229.

51 Fernando Doménech Rico, Emilio Peral Vega (eds.), *Historia del teatro español*, T. II, *Del siglo XVIII a la época actual*, Madrid, Gredos, 2003, pp. 1805-1809.

52 «Informe sobre la influencia del teatro en las costumbres públicas y la protección que le puede dispensar el Estado», *op. cit.*, p. 257.

53 *Ibid.*, p. 256.

en el olvido si se abandonara a los caprichos del público y al gusto de la mayoría. Sin embargo, propuso basar esta protección en un concurso anual, que correspondía tanto a la tradición académica como a la lógica liberal de emulación y reconocimiento del mérito.

El estudio de los primeros años de la Real Academia española de ciencias morales y políticas nos ha permitido captar el modo de relación entre ciencia y política impulsada por el liberalismo conservador de mediados del siglo XIX. Está situada entre dos épocas políticas y científicas. Hereda la forma institucional y el modo de funcionamiento de las academias del antiguo régimen, basado en el intercambio oral entre especialistas debidamente seleccionados. Pero también se sitúa en la continuidad de los proyectos reformistas de la Ilustración, de la búsqueda conjunta del progreso científico y del buen gobierno. Los moderados perpetuaron el modelo de las academias reales, ya que encajaba bien con su concepción elitista del gobierno y de la ciencia. Formaba parte de su proyecto de modernización conservadora del Estado, de fomento estatal del desarrollo científico. La creación de la academia fue una respuesta al desarrollo de una alternativa liberal democrática en los años 1850. Hizo de la doctrina moderada una verdad científica, celebró los padres fundadores del Estado liberal, *academizando* ciencias potencialmente críticas. La epistemología de las ciencias morales y políticas, deductivas y normativas, coincidía con esta concepción dogmática de las ideas políticas. Las funciones políticas e ideológicas de la Academia reflejan la desconfianza de los moderados hacia las instituciones representativas, su preferencia por las comisiones técnicas, concebidas a la vez como un consejo del ejecutivo y como un órgano de censura. Pero la academia no dejaba de ser una institución científica, liberal y moderna. Complemento positivo de la censura, también representaba su vertiente liberal, basado no en la prohibición, sino en la difusión de una teoría política oficial. Al igual que su modelo francés, debe su creación a una ley de reforma de la enseñanza pública, lo que la distingue de las academias del antiguo régimen, círculos de eruditos eximido de la obligación de instruir. Sin embargo, la instrucción pública debe entenderse en el sentido muy amplio que le daban los liberales de la época, como un sistema que abarcaba, mucho más allá de la educación escolar, los instrumentos de información de un amplio público de ciudadanos expuestos, en un régimen de libertades, a la difusión de doctrinas políticas consideradas heterodoxas.

LA FRONTERA CIENTÍFICA Y EL ENTIERRO DE UN PERRO: CIENCIA, EXPEDICIONES Y POLÍTICA EN LA ARGENTINA DE LA DÉCADA DE 1880

IRINA PODGORNÝ

Conicet-Archivo Histórico del Museo de La Plata

La Argentina de las últimas décadas del siglo XIX fue testigo del establecimiento de varias instituciones científicas y universitarias cuyo futuro parecía asegurado por la naturaleza pródiga del país donde nacían. Las iniciativas promovidas y financiadas por el Estado nacional o provincial, tales como el Departamento de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires (1865) y la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba (1873), convivían con asociaciones privadas como la Sociedad Científica (1872) y el Instituto Geográfico Argentino (1879), ambas con sede en la ciudad de Buenos Aires.

Surgían con entusiasmo, y en sus discursos de inauguración se celebraba el porvenir de una ciencia ligada a los viajes de exploración del territorio para relevar los recursos existentes. Se festejaba, además, que, de la mano de los ingenieros, los geólogos y los naturalistas, el país iría por la senda del progreso.¹

En este marco, el químico alemán Adolf Doering (1848-1925), presidente interino de la Academia Nacional de Ciencias, le sugirió a Julio A. Roca (1843-1914), ministro de Guerra del gobierno de Nicolás Avellaneda (1837-1885), que se formara una comisión científica agregada al Estado Mayor General de la

1 Véase José Babini, *Historia de las ciencias en la Argentina*, Buenos Aires, Solar, 1986; Horacio Camacho, *Las Ciencias Naturales en la Universidad de Buenos Aires. Estudio Histórico*, Buenos Aires, Eudeba, 1971. Cf. Irina Podgorný, *Florentino Ameghino & Hermanos. Empresa argentina de paleontología ilimitada*, Buenos Aires, Edhasa, 2021; Ead. y María Margaret Lopes, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina*, Ciudad de México, Limusa, 2008 (Segunda edición: Rosario, Prohistoria, 2014).

expedición al Río Negro, que quedó conformada por el botánico Pablo Lorentz (1835-1881), Gustavo Niederlein (1858-1924), ayudante de botánica y Federico Schulz, preparador en zoología y el mismo Doering, todos retratados en el cuadro alegórico de Juan Manuel Blanes que se exhibe en el Museo Histórico Nacional (Buenos Aires). Ninguno de ellos había llegado al país precedido por su fama: se trataba de profesionales de esa línea de graduados a los que se les dificultaba acceder al empleo universitario en su país de origen y, por lo tanto, dispuestos a emigrar a la búsqueda de mejores aires o de un trampolín hacia un futuro en Europa u otro continente. Algunos dejaron Córdoba a los pocos años, otros vivieron en Argentina hasta su muerte, pero ninguno se escapó de los conflictos internos ni de aprender que, para sobrevivir a las crisis locales, había que dominar —además del castellano—, el lenguaje del clientelismo para negociar salarios, continuidades laborales, presupuestos, publicaciones y proyectos. Tanto fue su empeño que dieron clase a los argentinos y, con esas herramientas, se armaron de paciencia y de conocidos para obrar en las antecámaras de los ministerios, de las gobernaciones o en las oficinas del Congreso. La marcha de las instituciones, lejos de una política de Estado, era una cuestión de favores personales y así lo entendieron.

Por eso, cuando se empezó a organizar la expedición al Río Negro vieron allí un pasaporte al futuro, una posible alianza de la ciencia con los oficiales del ejército y los políticos en ascenso en la escena nacional: Doering imaginaba que, con este gesto, los empleados de la Academia de Córdoba adquirirían un lugar prominente como asesores del gobierno. No era para menos: mediante esta expedición militar —conocida como Conquista del Desierto llevada a cabo entre abril y junio de 1879— se quería resolver

... una cuestión antigua y a la vez de cada día, cual era la de asegurar a las provincias ganaderas de Buenos Aires, Córdoba, San Luis y Mendoza, limítrofes de la Pampa y del indio, un horizonte definido, una raya militar, una «frontera científica», en fin, como la que los ingleses buscan hoy mismo, según la expresión famosa de Disraeli, a sus posesiones de la India, mediante la sangrienta guerra con el emir de Cabul.²

2 Benjamín Vicuña Mackenna, «La conquista del Río Negro por los argentinos», *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 2, 1881, p. 34. La «frontera científica» también es una publicación de William Patrick Andrew (1806-1887): «Our Scientific Frontier» (Londres, W.H. Allen, 1880, <https://www.loc.gov/item/23001619/>), editada hacia el final de la segunda guerra anglo-afgana (1878-1880) como un análisis de este tema, escrito para influir en el debate británico sobre los términos de la paz. El autor era el presidente de la Compañía de Ferrocarriles de Scinde, Punjab y Delhi, un experto en logística y transporte en la India y a lo largo de sus fronteras. El libro contiene capítulos sobre la frontera noroeste, la historia, la geografía

Esta frase, utilizada en una nota del político e historiador chileno Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886) aparecida originalmente en *El Nuevo Ferrocarril* de Santiago de Chile y extractada en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, retomaba el concepto de *frontera científica*. Le pertenecía al primer ministro británico Benjamin Disraeli, lord Beaconsfield (1804-1881), quien en diciembre de 1878 lo había usado en un debate parlamentario para designar el tipo de frontera que debía establecerse entre la India británica (actual Pakistán) y Afganistán.³ Según Disraeli, una frontera definida científicamente podría ser ocupada y defendida de acuerdo con los requisitos de la ciencia de la estrategia militar, en contraposición a la frontera existente, que se había formado mediante un patrón aleatorio de expansión a través de acuerdos y anexiones. La diferencia entre el número de hombres requeridos para la defensa de una y otra sería considerable, y para ello se pensaba apelar a los objetos naturales, pero, como refiere Kerry Goettlich, la opinión militar estaba dividida en cuanto a si se podían ahorrar gastos simplemente «colocando a nuestras espaldas una cordillera de 100 millas de ancho, de 13.000 a 17.000 pies de altura, y plagada de montañeros turbulentos e infieles». De hecho, una frontera montañosa «es la peor y más peligrosa línea a defender. No solo hay que proteger los pasos principales... hay que vigilar y bloquear todos los caminos de herradura, e incluso a pie, por los que podría pasar la infantería para tomar las guarniciones en la retaguardia». Así, el modelo —real o ficticio— para definir las fronteras sudamericanas retomaba —sin discutirlos— los tópicos contemporáneos de la expansión británica, o, por lo menos, las frases que Disraeli había popularizado. Por supuesto que no era exactamente lo mismo, aunque, en ambos casos, se apelaba a la ciencia más como figura retórica que a las prácticas de la geografía académica o de las tecnologías cartográficas más modernas.⁴

En Argentina, los discursos equiparaban el avance del territorio clasificado y relevado topográficamente con la expansión de una frontera segura para la inversión de capitales. Se trataba, en la definición de la expedición, de ocupar un territorio habitado no por pueblos a liberar o a modernizar, sino por enemigos a eliminar o a desplazar hacia el sur. Definido como mera naturaleza, el

y la economía de Afganistán, las tribus fronterizas independientes, los pasos de montaña, las probables rutas de invasión desde Afganistán hacia la India y los «Powindahs, o soldados-mercaderes de Afganistán». Tres apéndices cubren los atrincheramientos de Sherpur que formaban parte de la defensa de Kabul, los ferrocarriles de Bolan y Khyber (ninguno de los cuales se construyó hasta después del período analizado), y el transporte por ferrocarril de tropas, caballos, armas y material de guerra en la India.

3 House of Lords Debate, 10 de diciembre de 1878, p. 514.

4 Véase Kerry Goettlich, *From frontiers to borders: the origins and consequences of linear borders in international politics*, Londres, London School of Economics, 2019 (Tesis de doctorado), p. 158.

territorio debía ser evaluado en sus riquezas zoológicas, botánicas y geológicas, barriendo con sus pobladores e ignorando su historia.

Sin embargo, las expectativas de Doering no se cumplirían y esto, más allá de la alegoría de Blanes, por distintos motivos. Primero, los científicos señalaron que el «paso rápido por aquellas regiones», resultante del carácter punitivo de la campaña, creaba una condición desfavorable para analizar con detenimiento la naturaleza conquistada. A ello se sumaba que la especialización de las disciplinas del siglo XIX no se reflejaba en la composición de la comisión científica: algunos de los sabios alemanes convocados para la expedición hubieron de resolver problemas ajenos a su campo de trabajo, retomando temas archivados desde sus años de estudiantes universitarios. Los informes, como el de Doering sobre geología,⁵ se demoraron varios años, lo que dio lugar a reproches de los colegas de Buenos Aires.

Las instituciones científicas de Córdoba actuaban, además, como puerta de acceso para la exploración de los territorios del noroeste de la República. La universidad y la academia, poseedoras de gabinetes y museos integrados a la enseñanza de las ciencias, se habían vuelto una escala necesaria para adentrarse en la geología y la naturaleza del norte. Sin embargo, el papel de Córdoba como centro científico nacional y como nudo estratégico desde donde se organizarían las exploraciones del país distaba mucho de contar con el apoyo general. Contrariamente a lo que podría creerse y a las expectativas generadas por la expedición al Río Negro, los fondos nacionales para solventar el trabajo científico se mostraban esquivos. Sin ir más lejos, el dinero necesario para los viajes de exploración de los profesores —una de las misiones por la que habían sido contratados y traídos al país desde Prusia y otros estados alemanes— era objeto de interminables negociaciones y de largas disputas en las Cámaras. Casi diez años después de la creación de la Academia Nacional de Ciencias, los gastos necesarios para fomentar las expediciones caían bajo la rúbrica de *eventuales* de los presupuestos de varios ministerios de la nación, sujetos a la voluntad y a los tratos entre los profesores y sus protectores políticos circunstanciales. Tal situación intentó remediarse en diciembre de 1881 y de ello trata la sección que sigue en este ensayo.

5 Adolf Doering, «Geología», *Informe oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia)*, Buenos Aires, Ostwald y Martínez, 1881.

EL ENTIERRO DE UN PERRO (Y DE UN PRESUPUESTO)

El 13 de diciembre de 1881 la Cámara de Diputados de la Nación discutió la posibilidad de definir un fondo estable para las exploraciones de la Academia de Ciencias. El abogado Estanislao Zeballos (1854-1923), en su juventud promotor de los estudios americanistas y de la Sociedad Científica y, en esos años, diputado por Buenos Aires, defendía, junto con el diputado por Córdoba, la regularización de la administración de esos viajes. Para ello proponía fijar en el presupuesto nacional una partida de quinientos pesos fuertes mensuales. Las discusiones surgieron de inmediato: a varios legisladores les pareció «un monto de viáticos» excesivamente alto para profesores con «un sueldo ya bastante crecido, á punto de ser el mayor de todos» y con disponibilidad de tiempo solo en sus vacaciones. Zeballos retrucaba:

No es partida para viático. Es para la adquisición de elementos de movilidad, gastos de peones, etcétera [...] cuando se trata de hacer una expedición científica, no se puede pagar a tanto la legua. Citaré un ejemplo al respecto. Se trata de hacer un viaje á las provincias del Norte, donde hay grandes minas del centro de los Incas. Hay que hacer una exploración verdaderamente científica, coleccionando objetos, encajonándolos, ocupando peones, etcétera.⁶

Los defensores del proyecto insistían en las características del trabajo de campo como la causa principal del alto costo de las exploraciones, estimado en «ocho a diez mil duros al año». El éxito de una expedición científica —recordaban los diputados defensores de un presupuesto para ellas— residía en el recorrido de dos trayectos: el de los científicos hacia el campo y el de las piedras, fósiles y herbarios recolectados hacia los gabinetes de la ciudad. Estos senderos inhóspitos se trazaban mediante elementos banales, pero costosos: una buena recua de mulas, víveres en abundancia, cajones, sogas, mantas y clavos. Los mismos diputados subrayaban la ausencia en las provincias del interior de los «beneficios de la viabilidad fácil» del ferrocarril o de los confortables carruajes, y señalaban que las cargas transportadas por las mulas encarecían e incomodaban los posibles viajes por comarcas despobladas.

En el bando opositor al proyecto se disentía con esta imagen del país, cuestionando la comparación entre la exploración de los paisajes argentinos y la de los desiertos de África o el Polo Sur. Los diputados protestaban: «No, señor Presidente, se va a viajar por las poblaciones del interior de la República, donde hay carruajes y donde hay otras comodidades. Estos viajeros han de ir a exami-

6 *Diario de la Cámara de Diputados de la Nación*, Sesión del 13 de diciembre de 1881, pp. 1289-1290.

nar nuestras sierras y nuestros campos por caminos fáciles, abiertos en todas direcciones. No han de atravesar desiertos, no han de tener que hacer grandes gastos». ⁷ En este punto se recordaban los catorce mil pesos fuertes del costo del viaje del Dr. Lorentz a Catamarca y Tucumán y los cuatro pesos gastados en el «entierro del perro», frase que refería a una historia de la década anterior que no todos los presentes conocían: el perro de Lorentz había muerto durante la estadía del botánico en la ciudad de Catamarca, quien, aparentemente, lo había echado a la calle en el cajón de la basura, hecho que le valió la recriminación del inspector municipal. Este obligó a Lorentz a enterrar al animal fuera de la ciudad, servicio por el cual su informe de gastos reportaba cuatro pesos fuertes, una suma sospechosamente alta que despertó el escándalo en Buenos Aires, aun en los círculos de la sociedad científica. El *entierro del perro* servía para acusar a los científicos y a los políticos del bando contrario: mientras los primeros estarían abusando de los fondos públicos, los segundos favorecerían a determinados individuos proponiendo proyectos innecesarios y exagerando el estado salvaje del país. Los promotores del presupuesto fijo para los viajes se defendían de esta acusación tácita argumentando:

No son viajes ideados para favorecer a los catedráticos ni para darles ocupación. Es todo lo contrario. Habiendo la necesidad de fomentar el estudio de ciertas ciencias en el país, el Gobierno se ve en la necesidad imprescindible de iniciar esas exploraciones [...] en vez de mandar buscar, con este objeto, hombres competentes a Europa, quiere encomendar el trabajo a los sabios existentes en el país, que lo hacen sin exigir sobresueldo de ninguna especie. ⁸

Dotar a las ciencias de un presupuesto se teñía de sospechas de clientelismo, llevando a la curiosa conclusión de que, si los profesores querían hacer ciencia, deberían contentarse con su sueldo. Para algunos, los viajes de exploración se asociaban a meras transacciones para favorecer a determinados individuos; sospecha que lograba sobrevivir gracias a la personalización de los proyectos científicos y a que las instituciones e iniciativas muy raramente se aprobaban en abstracto para «el bien de la Nación», ⁹ sino, por el contrario, como premio a los méritos de sus promotores.

Más aun, en la sala del Congreso se hallaba el ministro de Instrucción Pública, de quien dependían la Academia y la Universidad de Córdoba. Indagado sobre su opinión acerca de los gastos necesarios para este tipo de viajes, mos-

7 Diario de la Cámara de Diputados de la Nación, Sesión del 13 de diciembre de 1881, pp. 1289-1290.

8 *Ibid.*

9 *Ibid.*

traba desconocimiento y cierto desinterés: como hasta ese momento otros ministerios se habían encargado de ello, el ministro nada sabía y devolvía la pregunta a la Cámara, aduciendo que los legisladores podrían calcular el presupuesto de los viajes sin su ayuda.

Sin dudas, el diputado Zeballos era quien mejor conocía los altos costos de los viajes de exploración: había pagado con fondos propios su excursión al país de los araucanos y promovido varias expediciones a través de la Sociedad Científica y el Instituto Geográfico Argentino. Paradójicamente, al organizar una conferencia del general Conrado Villegas (1841-1884) en el Instituto Geográfico pocos meses antes del debate, había favorecido y avalado la opinión contraria entre los diputados. En julio de 1881, Villegas ostentó la rentabilidad de las expediciones por él comandadas. Tras reconocer entre su público a varios diputados de la nación, Villegas había concluido:

La expedición, señores —me dirijo principalmente a los señores diputados— no ha costado a la Nación un solo centavo. Se ha llevado a cabo con los medios de movilidad de que disponía la División. No se le dio un solo caballo, una sola mula [...] Solo se han perdido 187 caballos y 183 mulas, que al precio que paga el Gobierno solo importan poco más de \$ 8000. Y hemos entregado a la Nación, después de pagados esos ocho mil pesos fuertes, la cantidad de \$ 28,517-12, de lo tomado a los indios. Dos meses se ha mantenido la División con las haciendas que a estos les tomamos. A los proveedores no los hemos visto. No nos han dado una sola cabeza de ganado.¹⁰

Este tipo de disquisición, sobre una expedición calificada por el propio Zeballos de *geográfica-militar*, dejaba en mal lugar a las expediciones como las de los profesores de Córdoba, generadoras de gastos, pero no de ganancias inmediatas. Los argumentos de Villegas construían una falacia sobre la ausencia de costos gracias a la *disponibilidad* de los recursos estatales y del botín de guerra.

En las expediciones de los científicos, en cambio, aunque era factible recurrir a la caza, no se podía despojar a los pobladores locales de sus alimentos o ganado como ocurría en las expediciones militares contra los indios. Los profesores tenían que llevar sus vituallas desde la ciudad o pagar para evitar la reacción hostil de quienes los hospedaban o guiaban. En efecto, en más de una oportunidad el trabajo de campo se hacía oneroso por factores vinculados con la diplomacia necesaria para mediar entre los sabios de paso y los habi-

10 Conrado Villegas, «Conferencia. Sesión extraordinaria celebrada el 29 de julio de 1881», *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, 2, 1881, p. 46.

tantes del lugar. Como ejemplo valgan el entierro del perro y el pago por la destrucción de la reserva de chicha de una casa a raíz de un temblor de tierra, desencadenado, según los lugareños, por el enojo del cerro ante la presencia de los profesores. Desde esta perspectiva, el entierro del perro remite no tanto al abuso de dinero público, sino al tipo de negociación que se establece entre el científico y los pobladores e informantes locales, quienes, lejos de presentarse como meros objetos, controlan la posibilidad de adentrarse en esos espacios desconocidos por los visitantes de la ciudad.

Las cosas llegarían a castaño oscuro en 1884, cuando al organizarse la expedición militar al Chaco se designó otra comisión científica, esta vez descartando de plano a los alemanes de Córdoba y nombrando responsable de esta a Leopoldo Arnaud (1853-1931), un impostor español que se hizo pasar por un antiguo compañero de Stanley, el explorador de África, y como profesor de Historia Natural en La Habana. Ardió Troya y, finalmente, reconocido el carácter de farsante del Sr. Arnaud —que estaba en el Chaco haciendo el trabajo encargado por el Ministerio de Guerra— se envió una segunda expedición integrada por otros científicos enemistados con Adolfo Doering. Mientras Arnaud continuaba su marcha a paso vivo con las columnas punitivas y se adjudicaba el descubrimiento de petróleo en Salta, el segundo grupo quedaba varado en Formosa porque nunca se le proveyó del barco necesario para recorrer la zona. Arnaud publicó su informe de viaje repleto de «mentiras de Perogrullo», mientras que, de los verdaderos científicos, nunca salió nada. En ambos casos, pagó el Ministerio de Guerra.¹¹

Un panorama que dista mucho de mostrar algún tipo de plan maestro que vinculara los dispositivos de la exploración científica con el dominio minucioso del territorio. El entierro del perro y el contrato de Arnaud exhiben, por un lado, la oposición de más de la mitad de la Cámara al proyecto de regularizar el sostén de las exploraciones de la academia; por otro, desnuda la desarticulación de las iniciativas apoyadas por los distintos ministerios de la nación y, por último, evidencia los diversos diagnósticos sobre el estado del país. Y por sobre todas las cosas, expone la sujeción del trabajo de los científicos a múltiples, diversas y agotadoras negociaciones donde, como en Londres, se apela a la ciencia, pero, en el fondo, da lo mismo si el que la hace es un embustero, un químico puesto a geólogo o Stanley que, en una vuelta del destino —quién sabe— a lo mejor quedó enredado en un bajo del Pilcomayo.

11 Véase Irina Podgorny, «Mentiras de Perogrullo. Las expediciones al Chaco de Leopoldo Arnaud y de Eduardo L. Holmberg (Argentina, 1884-1885)», en *Aproximación a lo local y lo global*, Gisela Mateos y Edna Suárez eds., Ciudad de México, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, 2016, pp. 21-52

PRÁCTICAS EVALUATIVAS EN LAS UNIVERSIDADES PÚBLICAS ARGENTINAS

FABIANA BEKERMAN

Conicet, Instituto de Ciencias Humanas,
Sociales y Ambientales, Universidad Nacional de Cuyo,
Centro de Estudios de la Circulación
del Conocimiento científico

La principal herramienta de estímulo y evaluación de las actividades de investigación en las universidades argentinas de gestión pública es el Programa de Incentivos a los Docentes-investigadores (Proince), creado en 1993 y puesto en marcha en 1994. Desde ese momento hasta la actualidad el programa abrió sus convocatorias en seis oportunidades y su aplicación durante estos casi treinta años ha ido instalando una cultura evaluativa en las universidades. El programa consiste en un sistema de evaluación de las trayectorias de los docentes que desarrollan tareas de investigación y se someten a una evaluación de sus antecedentes y producción, denominado *categorización*, que es paralelo al sistema de concursos y cuyo resultado es la asignación de una categoría de investigación que va desde la I hasta la V, siendo la I la categoría superior. Para cada categoría se establecen requisitos cualitativos y cuantitativos (plasmados en una grilla de puntajes para las diferentes unidades de evaluación).

La estructura del Proince está conformada por una Comisión Nacional de Categorización (CNC) y Comisiones Regionales de Categorización (CRC) que suman siete en total abarcando las universidades de las distintas regiones del país. Cada CRC conforma comités disciplinarios integrados por docentes con categoría I o II quienes efectivamente evalúan a los postulantes para ingresar o promover en el sistema. Estos Comités deben estar conformados por una mayoría disciplinaria y extrarregional y además deben incluir un par evaluador extradisciplinario.

La obtención de la categoría está asociada al cobro de un incentivo económico, que en los inicios del programa representaba el 40 % del salario docente, pero hoy ha perdido totalmente su poder adquisitivo. A pesar de esto, los docentes mantienen su interés en participar del programa, es decir, aun cuando dejó de distribuir salario sigue distribuyendo capital simbólico, así como la posibilidad de acceder a otras posiciones y otros recursos materiales, como dirigir proyectos, formar parte del banco de evaluadores, etc.

En el marco del Centro de Estudios de la Circulación del Conocimiento (CECC) de la Universidad Nacional de Cuyo hicimos un estudio sobre el Proince cuyo principal objetivo fue comprender la dinámica del trabajo en los comités de pares durante el proceso concreto de evaluación y categorización, es decir, la práctica evaluativa *in situ*. Nuestro objeto de estudio fue la última categorización, que se abrió en 2014 y luego se extendió hasta 2015; las evaluaciones se efectuaron entre 2016 y 2018, aunque aún quedan casos sin resolver. El estudio estuvo diseñado sobre la base de dos vías de acceso: a) un análisis histórico-estructural del programa, su estructura organizativa, su morfología, la distribución estadística de los docentes incentivados y los cambios en los criterios de evaluación y en las normativas, y b) la observación participante durante el proceso de evaluación en los comités evaluadores de todas las regionales, que fue complementada con más de setenta entrevistas a los evaluadores y presidentes de las comisiones regionales.

En este breve trabajo presentamos una apretada síntesis de los principales hallazgos de esa investigación,¹ comenzando por una caracterización del espacio científico-universitario argentino para analizar, luego, las especificidades de la evaluación en el Proince.

PARTICULARIDADES DEL ESPACIO CIENTÍFICO UNIVERSITARIO ARGENTINO

El marco institucional para el desarrollo de las actividades de investigación en Argentina es predominantemente público, ya que el sistema está conformado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), agencia pública autónoma con una carrera de investigación a tiempo completo y presupuesto propio, y un conjunto de más de cincuenta universidades nacio-

1 El estudio completo está condensado en: Fernanda Beigel y Fabiana Bekerman (ed.), *Culturas evaluativas. Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a Docentes-Investigadores en Argentina (1993-2018)*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Clacso-IEC/Conadu, 2019. Disponible en: <https://www.clacso.org/culturas-evaluativas/>

nales públicas con una fuerte tradición de autonomía institucional y autarquía. El sistema se completa con otros organismos científicos y un conjunto de más de cuarenta universidades privadas. En 2019, la red de universidades públicas fue responsable del 22 % del gasto nacional invertido en actividades científicas y tecnológicas en los distintos sectores de ejecución, y los organismos públicos —entre los cuales está el Conicet— absorbieron el 39 % de esa inversión. Para el mismo año, del total de investigadores y becarios dedicados a las actividades científicas en todo el país, el 63 % pertenecían a las universidades públicas y el 15 % a organismos públicos de ciencia.² De manera que las universidades nacionales y el Conicet constituyen los dos pilares centrales del sistema científico nacional.³

Otra característica estructural del espacio científico argentino⁴ es la existencia de una brecha entre las universidades y el Conicet que se agudizó durante la última dictadura civil-militar (1976-1983), cuando se produjo una transferencia de recursos presupuestarios desde las universidades hacia el Conicet. Además, el Consejo recibió un cuantioso préstamo otorgado por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) que le permitió expandirse, creando más de cien institutos de investigación bajo su órbita, pero desvinculados de la investigación en las universidades. Paralelamente, el ámbito universitario sufrió un profundo desfinanciamiento. Como consecuencia, se produjo una brecha entre ambas instituciones y un debilitamiento de las actividades de investigación en el espacio universitario.⁵ Este hecho se tradujo en una tensión entre investigación y docencia que se manifiesta aún hoy en varios aspectos como, por ejemplo, en que la docencia no es obligatoria para los investigadores del Conicet y la investigación no es determinante para el ingreso o promoción en la carrera docente ni en los concursos de la mayoría de las universidades.

Así, a nivel nacional, se fue instalando históricamente una doble vía para la construcción de prestigio, dos culturas evaluativas que coexisten mostrando tensiones y conflictos, dos carreras científicas que fueron forjando perfiles

2 MinCyT, Indicadores de I+D Argentina 2019, 2021. <https://www.argentina.gob.ar/ciencia/indicadorescti/indicadores-de-id-argentina-2019>

3 Federico Vasen, «Las políticas científicas de las Universidades nacionales argentinas en el sistema científico nacional», *Ciencia, docencia y tecnología*, 46, 2013, pp. 9-32.

4 Para ampliar sobre las características estructurales del campo científico-universitario ver: Fernanda Beigel, Osvaldo Gallardo y Fabiana Bekerman, «Institutional expansion and scientific development in the periphery. The structural heterogeneity of Argentina's academic field (1983-2015)», *Minerva. A Review of Science, Learning and Policy*, 56/3, 2018, pp. 305-331. Disponible en: <https://doi.org/10.1007/s11024-017-9340-2>

5 Fabiana Bekerman, *La investigación científica argentina en dictadura. Transferencias y desplazamientos de recursos (1974-1983)*, Mendoza, Ediunc, 2018.

diferentes de producción y circulación de conocimiento con base en capitales disímiles. Uno, nutrido del prestigio científico internacional, reconocido nacionalmente, que se obtiene al ser parte de una institución como el Conicet y la acumulación de capital social vinculado a relaciones con equipos de investigación reconocidos, la participación en comisiones asesoras, revistas científicas, asociaciones académicas, y cuya carrera depende de una competencia nacional sujeta a los criterios del sistema académico mundial, tales como publicar en revistas indexadas, de preferencia en inglés y en circuitos mainstream, medidas según su factor de impacto y los rankings. Otro, basado en un prestigio académico local, institucionalmente reconocido, nutrido de saberes propios de la cultura universitaria y de otro tipo de capital social (relaciones con el poder universitario, participación en comités y redes universitarias), cuya carrera está regida por reglas de cada universidad y depende de la trayectoria docente, la participación en la gestión institucional y, en menor medida, de la investigación o las publicaciones que pueden ser en español y en revistas no indexadas.⁶ Estos perfiles detentan capitales poco transferibles: un investigador formado de Conicet que se postula en el Proince pero no tiene los requisitos docentes exigidos (cargo regular o interino con más de tres años de antigüedad) podría quedar excluido de la categoría III (y en consecuencia quedaría inhabilitado para dirigir proyectos de investigación en la universidad), al tiempo que un docente con categoría alta en el Proince (debido a su abultada trayectoria en docencia y con publicaciones en revistas locales o no indexadas) seguramente no accedería a la carrera de investigador en el Conicet.

A pesar de esta heterogeneidad, el campo científico-universitario también presenta una marcada integración dado que la gran mayoría de los y las investigadoras del Conicet tiene lugar de trabajo y cargo docente en una universidad, con lo cual esos *oficios* opuestos conviven en el mismo ámbito. Además, ambos perfiles participan de la clasificación nacional del Proince y comparten espacios en las más altas categorías. Efectivamente, los comités evaluadores del Programa están integrados por docentes categorizados I y II, muchos de los cuales son también investigadores formados del Conicet.

6 Fernanda Beigel, «Científicos Periféricos, entre Ariel y Calibán. Saberes Institucionales y Circuitos de Consagración en Argentina: Las Publicaciones de los Investigadores del Conicet», *DADOS – Revista de Ciências Sociais*, 60/3, 2017, pp. 825-865.

EVALUACIÓN EN EL PROINCE

En su versión inicial de 1993, el programa buscaba instalar un sistema de evaluación análogo al del Conicet. El decreto fundacional contemplaba un mecanismo de equivalencia automática de las categorías del Conicet a las del Proince: a los investigadores Superiores y Principales se les adjudicaba la categoría A, a Independientes y Adjuntos sin director la B, en tanto la C correspondía a los Adjuntos con director y asistentes, y la D a los becarios. Sin embargo, este mecanismo fue considerado inaceptable por el Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) con el argumento de que vulneraba la autonomía universitaria, y a raíz de esa resistencia en 1997 se creó una nueva versión del programa con la creación del Primer Manual de Procedimientos⁷ que introdujo varias modificaciones: reemplazó las categorías preexistentes y la categorización automática por el establecimiento de cinco categorías que regirían en adelante (desde la I hasta la V), e incorporó requisitos cualitativos (establecidos para cada categoría, como límite de edad, tipo y antigüedad del cargo docente, trayectoria de investigación, etc.) y condiciones cuantitativas (volcadas en una grilla de evaluación con puntajes para cada una de las unidades de evaluación y además un puntaje mínimo total para acceder a cada una de las categorías).

El Manual de Procedimientos fue modificado en otras oportunidades (2003, 2008, 2014 y 2015), pero el funcionamiento general del programa y las instancias decisorias han mantenido una organización de tipo jerárquico que ha permanecido relativamente estable. La estructura asume tres niveles: una CNC, siete CRC que aglutinan las universidades nacionales de todas las regiones del país, y los comités evaluadores (CE) integrados por docentes investigadores con categoría I y II, tantos como sean necesarios en función de la cantidad de postulaciones, y atendiendo a dos criterios: la composición multidisciplinaria (debe haber una mayoría disciplinaria y una minoría extradisciplinaria) y regional (más de la mitad de sus miembros deben ser externos a la región).

La dinámica de la evaluación en el Proince asume características *sui generis* que no se ajustan estrictamente a lo que la literatura disponible define como evaluación por pares. Si bien algunos elementos están presentes, durante nuestras observaciones en los comités evaluadores advertimos ciertas diferencias: 1) los pares que evalúan no son expertos en la temática o línea disciplinaria, sino que pertenecen a grandes áreas disciplinarias; 2) el reglamento exige la presencia de un componente extradisciplinario que, sin pertenecer siquiera al mismo entorno académico, evalúa y asigna los puntajes junto a los

7 Resolución n.º 2307/1997, Ministerio de Cultura y Educación. Boletín Oficial de la República Argentina n.º 28804, 30 de diciembre de 1997.

pares disciplinarios; 3) el anonimato se ve alterado porque el sistema establecido es de *un solo ciego*, es decir, el evaluador conoce el nombre del postulante y no al revés, lo cual puede alterar el juicio sobre todo cuando la persona evaluada representa una autoridad en la disciplina, y 4) los/las evaluadoras no tienen acceso a los contenidos completos de las publicaciones ni tienen manera de evaluar los avances cognitivos o epistemológicos.

Estos elementos sumados a otras particularidades del proceso evaluativo —como los tiempos disponibles para evaluar una cantidad determinada de carpetas (generalmente tres o cuatro días durante los cuales se evalúan más de cuarenta postulaciones diarias)—, la existencia de puntajes máximos y mínimos y la imposibilidad de agregar información complementaria— complejizan el uso de la Grilla de puntajes y contribuyen a desplegar una suerte de rutinización de los procesos de evaluación en los que los y las evaluadoras van aplicando el instrumento sin suficiente flexibilidad ni información para poder incorporar particularidades disciplinarias ni institucionales o plantear una valoración global del trabajo del postulante. Estos elementos van definiendo un tipo de evaluación más cercana a lo burocrático-administrativo que cognitivo-epistemológico, aunque de todas maneras siempre interviene un elemento interpretativo que diferencia la evaluación de un acto meramente mecánico de asignación de puntajes.

Aún con falencias o limitaciones, las prácticas evaluativas en el Proince han ido configurando una cultura evaluativa propia que fue adquiriendo carácter normativo, instituyéndose como orientadora de las prácticas, tanto de las y los evaluadores con relación a cuáles ítems deben priorizar como de quienes se postulan sobre cuáles aspectos de sus trayectorias académicas potenciar. En definitiva, podríamos pensar la instancia evaluativa como un espacio de legitimación de cierto prestigio, en el sentido de cómo esa cultura evaluativa va fortaleciendo determinados aspectos de la grilla de evaluación y, con ello, vigoriza ciertos perfiles de docentes-investigadores y no otros.

El uso de la grilla de evaluación con puntajes máximos para cada uno de los ítems que se evalúan ordena y orienta el proceso de evaluación, pero, al mismo tiempo, lo constriñe y limita. Como consecuencia, el escaso margen de autonomía para asignar los puntajes se transforma en un espacio de conflicto en el que evaluadores y evaluadoras ponen en juego sus orígenes disciplinarios e institucionales, su currículum oculto, sus propias ideas sobre cómo evaluar. En definitiva, la legitimidad del juicio científico no es objetiva en el sentido que es resultado de valoraciones individuales que están atravesadas por factores cognitivos, pero también por factores extra cognitivos como la identidad social de los evaluadores, sus subjetividades y emocionalidad, sus identidades y trayectorias intelectuales y sociales, su impronta disciplinaria, sus autoper-

cepciones, sus definiciones de excelencia y sus propias trayectorias.⁸ Además, intervienen saberes institucionales y disposiciones largamente estructuradas en institutos, cátedras, departamentos, equipos de investigación, es decir, un *habitus* en tanto internalización de un oficio⁹ que va forjando determinada cultura evaluativa.

En ese sentido, nos preguntábamos qué tipo de prestigio fue forjando el Proince y cuáles son los perfiles académicos que el programa legitima y promueve. Nuestra aproximación empírica nos ha permitido construir analíticamente cuatro perfiles de docentes-investigadores que conviven en el espacio del Proince. Aquellos que denominamos *docentes puros*, dedicados a tareas netamente docentes, cuyas trayectorias se diferencian de quienes desarrollan tareas de gestión, los *docentes-gestores* que, si bien en los inicios del programa obtenían beneficios derivados de un puntaje alto en este ítem, han ido perdiendo su valoración y actualmente no son quienes alcanzan las categorías más altas. Otro perfil está constituido sobre la base de las trayectorias más orientadas a la investigación, en general coincidente con docentes que tienen cargos en otros organismos científicos y que hemos denominado *docentes Conicet*, y, finalmente, los *docentes investigadores* con un perfil dedicado a la *transferencia*.

El poder de consagración del capital simbólico que distribuye el Proince depende, en gran medida, de la acumulación y anclaje de otros capitales (científicos o de poder universitario, entre otros) en los perfiles de los/las docentes postulantes. Así, por ejemplo, los docentes investigadores *puros* fortalecen su posición a partir de los ítems de la grilla vinculados a la docencia, tales como *formación de recursos humanos, producción en docencia, extensión o transferencia*. Los perfiles de docentes «gestores» sobreviven en el sistema sobre la base de *cargos ejecutivos* en las universidades. Opuesto a ambos, encontramos el perfil de *docentes investigadores del Conicet*, que también son puros en el sentido de que van construyendo su prestigio y accediendo a las jerarquías del programa con base en la *producción científica*, pero con ciertos límites dados por sus cargos docentes, generalmente de dedicación simple, y en muchos casos de jefes de trabajos prácticos o adscriptos *ad honorem*. Los docentes con perfil de transferencia han sido recientemente estimulados dado que el puntaje asignado a estas actividades en la grilla sufrió un aumento en la última modificación del Manual de Procedimientos.

8 Michèle Lamont, *How professors think: inside the curious world of academic judgment*, Boston, Harvard University Press, 2009 [1957].

9 Pierre Bourdieu, *Homo academicus*, París, Minuit, 1984; Id., «El campo científico», *Redes-Revista de Estudios Sociales de la Ciencia del Centro de Estudios e Investigaciones de la Universidad Nacional de Quilmes*, 1/2, 1994, pp. 131-160.

Los resultados de nuestras observaciones indican que el proceso de evaluación del programa de incentivos valoriza principalmente la formación de recursos humanos, la producción científica y la transferencia, reforzando el perfil docente-investigador «puro». Si bien este disputa con los otros perfiles, el propio programa tiende a otorgarles las categorías máximas. En efecto, la formación de recursos humanos (o su intercambiable: la acreditación de una trayectoria en investigación de doce u ocho años, según sea para la categoría I o II respectivamente) tiene un peso fundamental asumiendo el mayor puntaje otorgado en la grilla (360).

REFLEXIONES FINALES

La génesis del Proince, única herramienta de estímulo y evaluación de la investigación en las universidades nacionales argentinas, formó parte de una tendencia global conocida como «Estado evaluador» y en sus inicios fue planteado con el objetivo de instaurar mecanismos externos de evaluación para estimular la investigación en las universidades (aunque también como un procedimiento para mejorar las remuneraciones de parte de sus docentes) y se instaló en simultáneo con otros sistemas similares en países latinoamericanos. Sin embargo, nuestro estudio demostró que se fue configurando como un modelo original y no como una simple aplicación de un modelo foráneo. Esto estuvo fuertemente marcado por el rol ejercido por el CIN tanto en el diseño como en la implementación del programa. Por eso, a pesar de las resistencias iniciales, la docencia universitaria se volcó en masa a la categorización: en 1994 se postularon 14.727 docentes y en la última categorización fueron más de 23.000.

Al inicio, el Proince funcionó como resultado de su alto impacto en el salario docente, pero el incentivo perdió completamente su poder adquisitivo y hoy no representa virtualmente nada en términos monetarios. A pesar de esto, esta cultura evaluativa está legitimada, extendida y aceptada en todas las universidades nacionales. Esto ocurre porque el sistema de evaluación es percibido como garante del principio meritocrático de las categorías, porque distribuye capital simbólico, es decir, sirve como estímulo para la jerarquización del profesorado —de hecho, nuestras entrevistas y observaciones demuestran que el estímulo de los docentes que buscan ingresar o recategorizarse en el Proince está basado en la búsqueda de reconocimiento académico—, pero también porque está ligado a su carácter habilitante para dirigir proyectos de investigación acreditados por las universidades, dirigir tesis, formar parte de comités evaluadores y jurados, así como del propio proceso de categorización

(recuérdese que solo los docentes investigadores con categorías i o ii pueden formar parte de los comités de pares).

Desde sus inicios y durante sus años de vigencia, el Proince ha ido forjando un tipo particular de prestigio, ha distribuido capital simbólico, y nuestro estudio advirtió que ha otorgado las categorías máximas a quienes tienen abultadas trayectorias docentes (y, lógicamente, llevan a cabo algo de investigación porque es un requisito del programa). En ese sentido, la grilla de puntajes otorga el puntaje máximo a la formación de recursos humanos, y los docentes investigadores puros fortalecen su posición con base en ese y en otros ítems también vinculados a la docencia, tales como producción en docencia, extensión o transferencia. Pero también sobreviven los docentes gestores, los docentes investigadores del Conicet y los docentes con un perfil orientado a la transferencia. En suma, podemos decir que la evaluación en el Proince tiende a ser permeable a la diversidad de estilos de producción y circulación: conviven y alcanzan la categoría solicitada tanto el físico que publica solo en revistas mainstream como el científico social que publica libros solo en español. Además, esa cultura evaluativa se ha extendido a todas las universidades de gestión pública y se ha adaptado a distintos estilos institucionales de investigación.

En definitiva, podemos pensar que el Proince aplica un instrumento que tiende a ser conservador o reproductivo porque contribuye a profundizar las jerarquías existentes (fortaleciendo los perfiles de docentes puros), pero a la vez es abarcador y solidario porque distribuye los recursos entre variados y diversos perfiles de docentes investigadores siendo especialmente permeable a las asimetrías institucionales y regionales del campo científico-universitario.

DOS ENSAYOS DE NUEVA INSTITUCIONALIDAD CIENTÍFICA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX EN URUGUAY (1961-1986)

LUCAS D'AVENIA

Universidad de la República, FHCE -AGU

MARÍA EUGENIA JUNG

Universidad de la República, AGU

«A la ciencia [...] no la hacen los gobiernos, no las hacen las políticas públicas, ni siquiera las hacen las instituciones. A la ciencia la hacen los científicos».¹ Estas palabras del ministro de Educación y Cultura uruguayo Pablo da Silveira al entregar el Gran Premio Nacional de Ciencias en 2021 muestran la persistencia de concepciones individualistas de la actividad científica, algo que la historia de las ciencias y los estudios sociales de la actividad científica una y otra vez han rebatido. En contraste con el ministro, el beneficiario del premio, el bioquímico Rafael Radi, al reconstruir algunos hitos de su carrera científica, se refirió a la importancia de las instituciones señalando su *orgullo* por pertenecer a la primera generación de investigadores formados en el área de biología del Programa de Desarrollo de las Ciencias Básicas (Pedeciba), lo que le permitió iniciar una trayectoria científica cuando culminaba su formación como médico.²

Esta breve anécdota sirve como puntapié inicial a este trabajo que asume una perspectiva en la que las instituciones constituyen una dimensión central de la actividad científica y se interroga por los procesos de creación de nueva institucionalidad en este campo en Uruguay en la segunda mitad del siglo xx.

1 Ver: <https://www.youtube.com/watch?v=492hzEvortE>

2 Ver: <https://www.youtube.com/watch?v=K5QT61JCIOY>

Para ello, revisa dos procesos significativos: la instalación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicyt) en 1961 y la creación del Pedeciba a mediados de la década de 1980. El ejercicio que proponemos toma la forma de una comparación de dos hitos relevantes al tiempo que permite ensayar una mirada de mediana duración. Como veremos, las coyunturas en que se produjeron las innovaciones son muy importantes para entender la concreción de estas iniciativas, así como los resultados divergentes de ambos procesos. El análisis pone especial foco en las dinámicas que se producen entre actores del ámbito académico y del ámbito político en cada uno de los contextos estudiados. Argumentamos que, para el caso uruguayo en este período, es imprescindible dar cuenta del papel de la Universidad de la República (Udelar) que, si bien no fue el actor excluyente en los procesos estudiados fue clave tanto por su peso como por las funciones que concentró. En ese sentido, consideramos no solo la dinámica entre *universitarios* y *políticos*, sino también las tensiones internas de una institución heterogénea. Por último, señalamos la necesidad de profundizar en una mirada más amplia sobre el período que incorpore otros eventos, al tiempo que considere continuidades y procesos de acumulación que las coyunturas de cambio no necesariamente iluminan bien.

LOS AVATARES DE LA CREACIÓN DEL CONICYT, 1961-1966

En diciembre de 1961 el Poder Ejecutivo incluía en su proyecto de rendición de cuentas dos artículos que estipulaban el establecimiento del Conicyt, un organismo central de coordinación y fomento de la ciencia que quedaría bajo la órbita del entonces Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, que estaría integrado por once miembros, siete designados por el Poder Ejecutivo y cuatro por la Udelar.³

La iniciativa no era una novedad y mucho menos una innovación del Partido Nacional que por primera vez, tras casi cien años de predominio del Partido Colorado, asumía el gobierno nacional. Formaba parte de un clima de época marcado por la confianza en las posibilidades de la ciencia como factor de desarrollo, una confianza que las teorías de la modernización y los desarrollismos en boga en los años cincuenta y sesenta contribuyeron a acrecentar. De hecho, en estas décadas se crearon en distintos países latinoamericanos, bajo el auspicio de organismos internacionales, una serie de instituciones de este calibre en línea con similares experiencias en el mundo.

3 Ley n.º 13.032, 7 de diciembre de 1961 y decreto reglamentario, 1.º de marzo de 1962. Caja 4, carpeta 14, en Archivo Óscar J. Maggiolo, AGU.

Asimismo, el proyecto reconocía antecedentes en los reclamos que al respecto venía haciendo buena parte de la todavía incipiente comunidad académica y científica representada por la Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia (AUPC), una asociación creada luego de la Primera Conferencia de Expertos Científicos de América Latina, organizada por Unesco y el Gobierno uruguayo, que tuvo lugar en Montevideo en 1948 y que funcionó hasta 1958.⁴ Dentro de la Udelar esta corriente tuvo expresión en un puñado de docentes y estudiantes reformistas, llamados así por su apelación al legado de la reforma de la Universidad de Córdoba de 1918, que bregaron por la consagración de la autonomía y del cogobierno, el desarrollo de la investigación científica en relación con la enseñanza y una mayor inserción de la institución en la sociedad. Este programa se sintetizó en la propuesta que la Udelar discutió bajo el liderazgo de su rector Óscar Maggiolo en 1967 y que no llegó a concretarse.

Pero, ante todo, la iniciativa de crear el Conicyt expresaba la voluntad del nuevo gobierno del Partido Nacional, por un lado, de marcar un perfil propio en relación con los anteriores gobiernos colorados y, por otro, de captar las ayudas económicas prometidas a través de los programas de asistencia del Gobierno de Estados Unidos como parte de su ofensiva para frenar el impacto de la Revolución Cubana en un contexto local de crisis económica y restricción presupuestal. Las derivas de la Guerra Fría, entonces en su punto más álgido, y el giro conservador del gobierno en un momento de crisis económica aguda, de descontento e incremento de la protesta social, afectaron severamente el vínculo entre las autoridades universitarias y el Poder Ejecutivo. En parte debido a la creciente incidencia del movimiento estudiantil —movilizado y en proceso de radicalización— en sus órganos de conducción, la Udelar se sumó a la corriente de oposición a las políticas de liberalización económica y de contención de la protesta del gobierno y, por tanto, se fue distanciando cada vez más de buena parte del sistema político.

No es de extrañar entonces que el Conicyt generara un profundo rechazo en la Udelar, derivando en un duro y dilatado enfrentamiento entre sus autoridades y el Poder Ejecutivo. Las primeras impugnaron el contenido de una ley que no sintonizaba con —o no tomaba en cuenta— anteriores proyectos promovidos en esa dirección por la AUPC en 1948 y 1956, y que ponían, entre otros aspectos, especial cuidado en garantizar la participación y la autonomía de los científicos en un eventual organismo coordinador. También objetaron la forma en que fue presentado y aprobado el proyecto al marginar a la Udelar del diseño inicial. Los universitarios consideraron que el Poder Ejecutivo estaba

4 María Laura Martínez, «La Asociación Uruguaya para el progreso de la ciencia», *Galileo*, v. 23, 2.ª época, 2001, pp. 17-34.

retaceando facultades propias de la institución, consagradas por la Ley Orgánica y la Constitución, en el desarrollo y promoción de la investigación.⁵

La profundización de la crisis social y de la polarización política signó la disputa entre el gobierno y la Udelar, que fue tomando un cariz y un tono cada vez más politizado. Esto se observa en los cuestionamientos que desde tendencias conservadoras se hicieron al exclusivismo de la Udelar en el ámbito de la educación superior, así como a su intervención en otras áreas, que había sido naturalizada como parte de las funciones que esta había asumido desde su fundación en 1849. Así, por ejemplo, a finales de 1960 y durante buena parte del año siguiente sectores conservadores del Partido Nacional y de la Iglesia católica lanzaron una vasta campaña para crear una universidad privada y católica con el propósito de eliminar el monopolio de la universidad pública a la vez de neutralizar la incidencia de las izquierdas en ella.⁶ En paralelo, el proyecto de Conicyt ambientó otra discusión cuando sectores conservadores del partido gobernante sostuvieron que esta institución debía restringirse a su función de enseñanza y que la investigación debía correr por carriles separados, una posición que reafirmaba la orientación profesionalista y que tenía su correlato al interior de la casa de estudios.⁷ Más allá de las hostilidades del gobierno y de los grupos de la derecha partidaria, la postura de la Udelar también ponía en evidencia las resistencias de una diversidad de actores universitarios para contemplar la posibilidad de que aquella formara parte de un sistema científico más amplio y con mayor diversidad institucional.

Aun así y pese al rechazo universitario, el Conicyt empezó a funcionar en marzo de 1962. Desde el vamos, este vio limitadas sus posibilidades de acción por la falta de recursos financieros. Para llevar adelante las funciones que la ley le había encomendado, no alcanzaba con el presupuesto de un millón de pesos que le había asignado el Poder Ejecutivo. Por ende, se vio obligado a buscar fuentes alternativas de financiamiento sin demasiado éxito. En esta primera etapa no contó con los representantes universitarios que recién se sumarían dos años más tarde, en junio de 1964, luego de intensos debates en el

5 *Gaceta de la Universidad*, n.º 19, diciembre de 1961, p. 5. «La investigación escamoteada» (editorial), Declaración de la Comisión de Investigación Científica de la Universidad en: *Distribuidos*, 989/61, 19 de diciembre de 1961, AGU y Óscar Maggiolo sobre el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, 1966. Caja 4, Carpeta 17, Archivo Maggiolo, AGU.

6 Proyecto de Ley de Enseñanza Libre que finalmente no se concretó. *Actas del CNG*, acta n.º 260, 4 de abril de 1961. AGN, Montevideo. María Eugenia Jung, «Derechas partidarias y católicos conservadores en pos de una universidad privada y católica en Uruguay, 1961-1966», *Revista de Historia da UEG*, 10/2, 2021, e122010.

7 *El País*, 5 de diciembre de 1959, p. 5 y Consejo Nacional de Gobierno, *Actas CNG*. Actas 340 a 342. 7-14 de diciembre de 1961.

Consejo Directivo Central y la Asamblea General del Claustro entre un grupo de docentes proclive a la incorporación de los delegados universitarios, y otro, mayormente representado por el orden estudiantil, que se negaba en rotundo a esa posibilidad.⁸

La incorporación de la delegación universitaria en 1964 no supuso mayores cambios en la situación que atravesaba el consejo. Esta incorporación tampoco provocó resquemores, sino todo lo contrario, con los representantes del Poder Ejecutivo, en su mayoría destacados profesionales y universitarios que compatibilizaban la docencia universitaria, la investigación, el ejercicio privado de su profesión y que, en ocasiones, se desempeñaban como técnicos o asesores del Estado. Completada la conformación del Conicyt, se intensificaron los contactos con Unesco y otros organismos internacionales como la Organización de Estados Americanos (OEA), así como con distintos organismos gubernamentales para conseguir recursos que permitieran financiar proyectos de investigación y apuntalar la carrera de investigación.⁹

La escasez endémica de dinero y la extrema dependencia del poder Ejecutivo para ejecutarlo y acceder a fuentes alternativas de financiamiento rápidamente plantearon fricciones entre el consejo— que incluía a los delegados universitarios y del Poder Ejecutivo— y el ministro de Instrucción Pública de la época, el historiador Juan Pivel Devoto. La situación explotó en 1966 cuando, tras un fuerte enfrentamiento que incluyó un intercambio de notas muy duras en tono y contenido, el Conicyt en pleno presentó su renuncia.¹⁰ Podría pensarse que las restricciones impuestas a la aclamada autonomía de la ciencia frente al poder político terminaron por unificar las posiciones de científicos y universitarios, trascendiendo las afinidades político-partidarias y las discrepancias iniciales al momento de crearse el Conicyt. También es probable que esto no hubiera sido así de haber contado este organismo técnico con los recursos necesarios para llevar a cabo los planes que se había marcado. Lo cierto es que aún para quienes inicialmente vieron en el Conicyt una oportunidad, los problemas señalados terminaron cancelando sus posibilidades de transformarse en un activo promotor de la actividad científica a nivel nacio-

8 *Actas CDC*, 20 de noviembre de 1961, pp. 1814-1815; 14 de diciembre de 1961, pp. 1-16; 7 de diciembre de 1961, pp. 1-15; 23 de abril de 1963, p. 9; 24 de abril de 1963, pp. 425-433; 8 de junio de 1964, pp. 649-652.

9 Ver *Actas del Conicyt*, 15 de febrero y 8 de marzo de 1963. Caja 266, carpeta 941. *Colección Pivel Devoto*, AGN.

10 «Nota del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas al señor ministro de Instrucción Pública, don Juan E. Pivel Devoto», 18 de abril de 1966, caja 133, carpeta 421. Caja 133, carpeta 421 y Carta de renuncia, 4 de mayo de 1966, caja 133, carpeta 421, *Colección Pivel Devoto*, AGN, Montevideo.

nal. Para los llamados reformistas universitarios, el desenlace fue una profecía autocumplida.

Si se repasan las discusiones universitarias entre los científicos y el Poder Ejecutivo y las propias del Conicyt, se observa que los asuntos centrales de polémica giraron en torno a la autonomía de la Udelar y de la ciencia —a veces planteadas de forma separada y otras como una misma cosa—, el lugar del poder Ejecutivo en la definición de la política científica y en su ejecución, las agendas de investigación —¿ciencia aplicada o ciencia básica?—, el papel de la Udelar en la dirección de la institucionalidad científica y el lugar que la ciencia debía ocupar en ella o la procedencia de los financiamientos. Es claro que el Conicyt estuvo lejos de contribuir a laudar estos debates, pese a lo cual se mantuvo en funcionamiento, aunque con poca relevancia y escasas realizaciones en materia científica.

LA CREACIÓN DEL PEDECIBA: PIEZA CLAVE DEL SISTEMA CIENTÍFICO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO

Tras once años de dictadura, a poco más de un año de instalado el primer gobierno democrático, en octubre de 1986 se firmó un convenio entre el Ministerio de Educación y Cultura y la Udelar que formalizó la creación del Pedeciba.¹¹ Se trató de un programa de fomento de la investigación que terminó siendo una de las principales iniciativas de la segunda mitad del siglo xx para la consolidación del sistema científico profesionalizado en las disciplinas denominadas como ciencias básicas, que incluyó inicialmente biología, química, física, matemática e informática. A más de tres décadas de su instalación, el Pedeciba sigue jugando un papel relevante en la institucionalidad del sistema científico uruguayo; bajo su órbita funcionan los principales programas de formación de posgrado en las áreas de conocimiento en las que actúa.

El Pedeciba se propuso como un programa de duración acotada, que operaría a través de instituciones existentes —en especial la Udelar—, es decir que estrictamente no implicó la creación de una nueva institución. El principal foco de actuación fue el apoyo a la formación de posgrado, aunque también se generaron apoyos financieros a grupos y laboratorios, y a actividades de movilidad internacional, entre otras. La débil situación del sistema científico y la impor-

11 «Convenio para el desarrollo de las ciencias básicas»: <https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/14276/1/188%20-%20Convenio%20Ministerio%20de%20Educacion%20y%20Cultura%20Octubre%20860001.pdf>

tancia que cobró la formación de investigadores en ese contexto, volvieron al Pedeciba una pieza clave de la institucionalidad científica nacional.

Como bien han reconstruido las investigaciones que se ocuparon del surgimiento del Pedeciba, las conversaciones y contactos que dieron origen al programa se remontan a 1983 y 1984.¹² En ese período, con el fin de la dictadura en un horizonte relativamente próximo, algunos funcionarios de organismos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) radicados en el país iniciaron conversaciones con investigadores, primero del campo de la biología, que luego se amplió a las otras áreas que terminarían involucradas.¹³ Se trataba de funcionarios uruguayos y extranjeros de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco, por sus siglas en inglés) y el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), en algunos casos con vínculos con la comunidad universitaria local a la que habían pertenecido. Esta iniciativa puede incorporarse a una serie de tentativas de promover la investigación científica desde organismos internacionales que habían tenido oficinas regionales en Montevideo. En el contexto de la dictadura estas iniciativas no habían logrado dar frutos. En ese sentido, un ambicioso proyecto que iba a contar con financiamiento y asesoramiento técnico del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) para fortalecer diversas áreas de la Udelar, especialmente la conformación de núcleos de investigación y formación de investigadores, se había frustrado. En buena medida esto ocurrió por la mala acogida de estas ideas por parte de las autoridades interventoras que no tuvieron una política científica nacional ni universitaria, a dificultades internas en la propia Udelar, así como a la debilidad general que tenía la actividad científica uruguaya que había sufrido la persecución de contingentes importantes de universitarios tras el golpe de Estado.¹⁴

12 Adriana Chiancone, *La definición de políticas públicas en una situación de transición política: el caso del Pedeciba en Uruguay*, Buenos Aires, Deutscher Akademischer Austauschdienst, 1996, y Adriana Barreiro, *La formación de recursos humanos para investigación en el Uruguay a partir de la experiencia del Pedeciba*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1997. Hay una profusa correspondencia de investigadores del área matemática disponible en el Archivo José Luis Massera, caja «Pedeciba Matemáticas», AGU.

13 Hacia mediados de 1984 se involucraron en ese proceso, por ejemplo, algunos matemáticos uruguayos que residían en el exterior (carta de Mario Wschebor, Enrique Cabaña y Jorge Lewowicz a Gonzalo Pérez, Caracas, 9 de julio de 1984, caja 33, Archivo Mario Wschebor, AGU).

14 Fondo Udelar-BID, AGU. Sobre las dificultades de implementación del programa, ver Expediente 914/83, Serie «Oficinas Centrales (período de la intervención)», AGU. Para una visión panorámica sobre la intervención de la Udelar, ver Vania Markarian, «La universidad intervenida. Cambios y permanencias de la educación superior uruguaya durante la última dictadura (1973-1984)», *Cuadernos Chilenos de Historia de la Educación*, 4, 2015, pp. 121-152.

El Pedeciba quebró esa tendencia de esfuerzos fallidos, en la que se podría incluir el propio Conicyt en el período anterior a la dictadura, así como las dificultades para llevar adelante transformaciones estructurales dentro de la Udelar, tal como se propuso la conducción universitaria en los años sesenta.¹⁵ Su surgimiento parece haberse visto favorecido por la nueva coyuntura de la transición democrática y por contar con una base firme de intercambios con integrantes de la comunidad académica. Tanto los funcionarios de los organismos internacionales como los investigadores que participaron del proceso consideraban que estaban trabajando para una propuesta a ser implementada por el nuevo gobierno democrático, en un contexto en el que se empezaban a discutir las políticas que en distintas áreas este aplicaría una vez electo. En muchos casos esto se produjo bajo una lógica de convergencia y grandes acuerdos nacionales en el heterogéneo arco opositor al régimen, ya sea a nivel del sistema político o de otros actores sociales.

A lo largo del período que va desde finales de 1983 hasta finales de 1986 se tejó una densa trama entre lo que se reconocía como *comunidad científica* uruguaya. Si primero estuvo involucrado un grupo de biólogos que trabajaban en el Instituto de Investigaciones Biológicas Clemente Estable (IIBCE) —uno de los pocos núcleos de investigación que mantuvo actividades durante la dictadura—, paulatinamente se incorporaron investigadores de otras áreas y científicos radicados en el exterior del país que también venían discutiendo la necesidad de contar con una política científica nacional.¹⁶ El Pedeciba ofreció un marco para la reinserción de un número importante de esos científicos, al tiempo que se benefició del capital que estos habían acumulado en el exterior en términos de experiencia profesional, formación e inserción internacional. Esto implicaba una amalgama de posiciones muy heterogéneas ya que las áreas de conocimiento involucradas eran muy variadas y su cultivo en el país

15 Sobre la propuesta de reestructuración interna de la Udelar que se discutió en 1967 y que se vio frustrada, ver: María Eugenia Jung, María Laura Martínez y Pablo Paroli (eds.), *50 años del Plan Maggiolo. Historia, testimonios y perspectivas actuales*, Montevideo, Universidad de la República, 2018.

16 En los archivos privados de José Luis Massera y de Mario Wschebor (AGU) hay testimonio de una profusa red de científicos uruguayos que trabajaban fuera del país y que intercambiaron sobre los desafíos futuros del sistema científico uruguayo, junto con los avatares políticos. En los últimos meses del régimen estos intercambios incorporaron la preocupación por la concreción del Pedeciba en sus aspectos más prácticos, pero los intercambios sobre la necesidad de una política científica nacional son previos. Ver carta de M. Wschebor desde Caracas a matemáticos y otros investigadores, 8 de diciembre de 1980, caja 33, Archivo Mario Wschebor, AGU.

había tenido trayectorias muy disímiles, antes y durante la dictadura.¹⁷ La peculiar coyuntura y la oportunidad de obtener recursos para impulsar acciones con efecto en el conjunto del sistema habrían facilitado los acuerdos.

Los organismos internacionales que intervinieron jugaron un papel clave, facilitando el protagonismo de los investigadores y dando cobijo institucional al armado de la propuesta todavía en tiempos de dictadura civil-militar.¹⁸ También ofrecieron condiciones materiales mediante la inyección de recursos, a través del pnud, de los acuerdos entre el bid y el Conicyt o de los apoyos de la Comunidad Económica Europea para el regreso de exiliados. Es elocuente la aceptación que terminó teniendo en el ámbito académico —y en particular en la Udelar— este financiamiento, ya sea por la confianza que generó el diseño institucional finalmente acordado, que permitiría conservar la independencia académica mediante un directorio con representación del gobierno, de la Udelar y de los propios investigadores, o por el aprendizaje que habían implicado las experiencias del período inmediatamente anterior en otros contextos, provocando un giro en las resistencias que este tipo de financiamiento había despertado sobre todo desde finales de la década de 1960.¹⁹

Desde un comienzo, debido al contexto autoritario, la iniciativa difícilmente iba a convertirse en un programa de apoyo a la Udelar. La universidad, en ese momento intervenida por el régimen dictatorial, estaba lejos de ser considerada un ámbito propicio para fomentar la profesionalización de la investigación científica. De todos modos, hacia 1985 era inevitable que un programa de estas características no involucrara a la universidad, que sería la responsable de expedir los títulos de posgrado. Así, en mayo de 1985 la Udelar se incorporó institucionalmente a la comisión que terminó de elaborar la propuesta, no sin discutir en detalle las formas de participación y evaluar las posibilidades de incidencia de la institución en el nuevo programa. En ese contexto convivieron la preocupación por la autonomía para la construcción de las agendas de investigación que no debería estar condicionada por el financiamiento externo —algo que quedó establecido de forma expresa en el convenio que formalizó el Pedeciba—, con llamados a la apertura y a la colaboración con otros organismos responsables de planificar y llevar adelante actividades de investigación, así como con el gobierno. Este proceso no estuvo exento de

17 Un diagnóstico somero de cada área se encuentra en el «Documento de Asistencia Preparatoria» del Pedeciba, noviembre de 1984 a mayo de 1985 (PNUD y Unesco), caja 33, Archivo Mario Wschebor, AGU.

18 Adriana Chiancone, *op. cit.* y Adriana Barreiro, *op. cit.*

19 Vania Markarian, *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*, Montevideo, Debate, 2020.

tensiones entre autoridades universitarias y delegados gubernamentales, así como también dentro de los órganos de decisión de la Udelar.²⁰ Si bien esta última ya no era formalmente la única institución de educación superior, aún operaba en términos de cuasi monopolio, en especial en ciencias básicas donde las universidades privadas, entonces muy incipientes, no eran actores de relieve. Además, no debería despreciarse la sensación de estar concretando una promesa incumplida del período anterior al golpe de Estado, con relación a profesionalizar e impulsar la investigación científica en la Udelar. En esa línea, en el período inmediatamente posterior a la reapertura democrática se concretaron algunos cambios importantes como la creación de la Facultad de Ciencias en 1990, abandonando las ideas de reestructuración global de la institución que había promovido el Plan Maggiolo y recurriendo a la posibilidad de crear nuevas facultades, algo que también ocurrió en las ciencias sociales. Además, en esos años la Udelar reconfiguró el organismo central a cargo de impulsar la investigación científica, que desarrolló actividades de política científica al interior de la institución en volumen considerable y en todas las áreas de conocimiento.²¹

Como se señaló, una iniciativa que tenía un carácter contingente devino en una pieza fundamental del sistema científico uruguayo posterior a la dictadura. El primer acuerdo con el PNUD era por tres años, pero recibió renovaciones periódicas tras evaluaciones positivas. Entre 1987 y 1990 el financiamiento fue fundamentalmente compartido entre el Gobierno nacional y el PNUD que aportaron US\$ 1.292.627 y US\$ 1.072.231 cada uno. En 1995 la Ley de Presupuesto Nacional incluyó al Pedeciba como un programa con financiamiento permanente, lo que acompañó un incremento en la participación del financiamiento nacional que entre 1995 y 1997 estuvo en el entorno de un millón de dólares por año.²² En estos años, el Pedeciba, manteniendo el diseño institucional acordado en el contexto de la transición, acompañó el crecimiento sostenido de la actividad científica uruguayana en diversas disciplinas hasta la actualidad.

20 *Actas del CDC*, por ejemplo: 14 y 21 de mayo de 1985, AGU.

21 Judith Sutz y Mariela Bianco (coord.), *Veinte años de políticas de investigación en la Universidad de la República: aciertos, dudas y aprendizajes*, Montevideo, CSIC, Universidad de la República-Ediciones Trilce, 2014.

22 Informes de evaluación del Pedeciba, Caja 15, Archivo Roberto Caldeyro Barcia, AGU y Caja 21, Archivo Jorge Ares Pons, AGU.

REFLEXIONES FINALES

Sin perjuicio de que en los procesos descritos participó una variedad de actores y grupos políticos, sociales y académicos, es claro que el sistema político, especialmente el Poder Ejecutivo, y la Udelar constituyeron los protagonistas centrales tanto en el diseño como en las instancias de negociación y la posterior materialización de estas institucionalidades. El relacionamiento entre ellos signó su disímil derrotero y sus respectivos éxitos o fracasos. Este predominio del gobierno nacional y de la Udelar obedece a una serie de rasgos peculiares de la realidad uruguaya.

Por un lado, el país no contaba con un empresariado dispuesto a invertir en esta área, a diferencia de otros casos de la región y, en mucha mayor medida, en relación con el contexto europeo o estadounidense. En particular, los industriales, pertenecientes al sector más dinámico, históricamente habían apostado a la incorporación de tecnología importada. La actividad industrial, además, en los años sesenta había empezado su declive debido al agotamiento del modelo de sustitución de importaciones que empezó a hacerse evidente desde mediados de la década anterior. En los años ochenta ese declive se había convertido en franca retracción.

Por otro lado, no había otros actores dentro del Estado, como por ejemplo las Fuerzas Armadas, con capacidad para involucrarse en áreas de ciencia y tecnología tal como había ocurrido en otros países de la región. Así, por ejemplo, en Argentina y Brasil la colaboración entre Fuerzas Armadas y científicos durante los años cuarenta y cincuenta fue relevante para la instalación de comisiones de energía atómica y con ello para el desarrollo e institucionalización de la investigación sobre energía nuclear. En Brasil, además, las Fuerzas Armadas constituyeron un actor clave en varias áreas estratégicas.²³ En contraste, en Uruguay, cualquier iniciativa de desarrollo de un sistema científico-tecnológico dependía fuertemente de la acción y, sobre todo, de los dineros del Estado. Vale decir que, aunque hubo antecedentes de acciones gubernamentales en el área de ciencia y tecnología en distintos momentos del siglo xx, en ningún caso cuajaron en —o formaron parte de— políticas estatales robustas y sostenidas y, por tanto, tampoco se construyó un entramado institucional fuerte para llevarlas adelante.

23 Javier R. Fernández, «El surgimiento de las comisiones de energía atómica en Argentina y Brasil (1945-1956)», *ea*, 2/3, 2011, disponible en: www.ea-journal.com y Rodrigo Patto Sá Motta, *As Universidades e o Regime Militar: cultura política brasileira e modernização autoritária*, Rio de Janeiro, Zahar, 2014.

Otro rasgo peculiar es la inexistencia de un sistema de educación superior diversificado en un conjunto de instituciones públicas y privadas, una situación inédita en América Latina. Esto provocó que la única universidad del país, fundada en 1849 como parte del entramado estatal, cogobernada y de libre acceso, concentrara múltiples y variadas funciones. Así, y pese al marcado énfasis en la formación de los profesionales liberales, desde mediados de siglo xx dentro de la Udelar se desarrollaron espacios dedicados al cultivo de la ciencia básica o aplicada por impulso de un puñado de docentes de distintas disciplinas, fundamentalmente la medicina y la ingeniería. Fuera de la Udelar funcionaron a lo largo del período núcleos dispersos bajo la órbita de algunos ministerios entre los que destacó el entonces Instituto de Investigaciones Biológicas, fundado en 1927 y dirigido por el maestro y biólogo Clemente Estable. Asimismo, con excepciones como la de Estable, quien era autodidacta, los investigadores que trabajaban en estos espacios eran egresados de la Udelar y en ocasiones cumplían tareas docentes en esta institución. El iibce, como dijimos, logró mantener sus actividades con relativa autonomía durante el período dictatorial, cuando la investigación decayó en el ámbito universitario y una buena parte de sus académicos debió abandonar sus cargos.

Aun así, el grueso de la producción de conocimiento original que se hacía en el país históricamente se generaba en el marco de la Udelar. A pesar de los cuestionamientos a su monopolio en los años sesenta y luego de que en los ochenta este se viera erosionado con el decreto que habilitó la instalación de universidades privadas, la Udelar continuó siendo un actor preponderante y decisivo para la planificación y ejecución de cualquier iniciativa en este terreno. Estos rasgos singulares hicieron que en ella existieran reticencias a la pérdida de su monopolio y a pensarse inserta en un sistema educativo y científico en el que participaran otras instituciones públicas o privadas.

Por otra parte, los grados de compromiso de lo que podríamos llamar de manera laxa y provisoria una *comunidad científica uruguaya* —la *generación reformista* de los sesenta o los científicos que hicieron carreras en el exterior y que en algunos casos articularon con quienes se quedaron en el país en los setenta y ochenta— fue distinta en cada uno de los procesos y, en cierta medida, también condicionó los desarrollos de cada una de estas institucionalidades. Si la iniciativa del Conicyt estuvo subordinada a la dinámica política del Poder Ejecutivo (y de un ministro en particular), sin consulta e involucramiento de los científicos o de los universitarios, la creación y puesta en marcha del Pedeciba se percibió como un logro propio por parte de los científicos y académicos que participaron desde su gestación y contribuyeron a la consolidación y expansión del programa.

En esta interrelación de diversos actores cabe destacar el papel que tuvieron los organismos internacionales, aunque con distintos niveles de involucramiento. Aun cuando la Unesco alentó la creación de un organismo centralizado en ciencia y tecnología como el Conicyt, su apoyo concreto no pasó de algún asesoramiento técnico puntual, no hubo un flujo de recursos sustantivo ni una intervención política decisiva. En cambio, para la instauración del Pedeciba, ya sea por la disponibilidad efectiva de recursos que se habría concretado más claramente en los ochenta, pero también por otras funciones de naturaleza política, los organismos internacionales (la Unesco, el PNUD o el BID) fueron una pieza clave.

En la consideración de los diferentes derroteros que tuvieron el Conicyt y el Pedeciba, las muy diferentes coyunturas políticas determinaron las condiciones de posibilidad de ambos procesos. Las tensiones entre la Udelar y el Poder Ejecutivo en los primeros años de la década de 1960 son relevantes para comprender las dificultades que tuvo el Conicyt para convertirse en un actor significativo en el campo científico. En cambio, las conversaciones en torno a lo que luego fue el Pedeciba parecen haberse beneficiado del clima de convergencia del arco opositor a la dictadura en los primeros meses de 1985.

Además de tratarse de coyunturas políticas muy distintas, el tiempo que separa uno y otro evento marca diferencias en las condiciones en que se encontraban los actores del campo científico. Las banderas que un puñado de universitarios reformistas levantaban como forma de completar el proceso de reforma que se había conquistado con la Ley Orgánica de la Universidad en 1958 se habían convertido en un conjunto de demandas de parte de individuos y grupos que habían vivido experiencias migratorias que, pese a su carácter generalmente forzado, fueron la oportunidad de transnacionalización y profesionalización de carreras.

Por último, cabe plantearse la posibilidad de ir más allá de la comparación entre dos hitos como la que aquí ensayamos y abordar una cronología más amplia. Esto supondría la incorporación de otros eventos sobre los que sería necesario avanzar aún más en nuestro conocimiento, especialmente sobre el período de la dictadura, lo que implica preguntarse, en línea con los estudios para otros casos nacionales, por la existencia de iniciativas de modernización autoritaria.²⁴ Una mirada de más largo plazo nos permitiría con seguridad observar procesos de acumulación más amplios y también otros cortes o rup-

24 Rodrigo Patto Sá Motta, *op. cit.*, y Fabiana Bekerman, «Modernización conservadora: la investigación científica durante el último gobierno militar en Argentina», en *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)*, Fernanda Beigel ed., Buenos Aires, Biblos, 2010, pp. 207-232.

turas. El tratamiento de un arco temporal mayor requeriría atender la dinámica entre actores pertenecientes al campo político y al campo académico y las dinámicas internas de cada uno de esos ámbitos, tal como fue esbozado en el análisis de los casos aquí tratados. Con esto reafirmamos la importancia de considerar las particularidades y las interacciones entre estos espacios para comprender los procesos de creación institucional, una dimensión fundamental de la práctica científica.

SECCIÓN 4

LA ESCALA GLOBAL

ST. LOUIS 1904, UN CONGRESO
POR LA «UNIDAD DEL CONOCIMIENTO HUMANO»:
¿OBRA UNIVERSAL, PROYECTO ESTADOUNIDENSE
O IMPERIALISMO ALEMÁN?

WOLF FEUERHAHN

CNRS, Centre Alexandre Koyré

En materia de política de las ciencias, la cuestión de las escalas es fundamental. Quisiera mostrar aquí, en primer lugar, que tales empresas, incluso las que se proclaman más universalistas, no dejan de estar arraigadas en contextos singulares y a veces muy situados. También me gustaría aprovechar esta breve presentación para profundizar en una cuestión que me interesa mucho, la del lenguaje elegido por los actores para describir su trabajo. Cuando hable de *empresa universal*, de *intercambios internacionales* o de *ciencia estadounidense* o *alemana* me referiré esencialmente a la calificación propuesta por los actores. Trataré de superponer lo menos posible mis propias categorías a las de los actores.

A principios del siglo xx, la organización de congresos científicos internacionales era una costumbre establecida en el mundo académico. Aunque solo había aparecido cincuenta años antes, esta nueva forma de comunicación científica se extendió con mucha rapidez. Mientras que entre 1850 y 1854 solo hubo dos sesiones, en el período 1900-1904 se organizaron 71 sesiones.¹ Dos

1 Datos estadísticos tomados de: Anne Rasmussen, *L'internationale scientifique (1890-1914)*, tesis doctoral, París, EHESS, 1995, p. 30. El desarrollo de los congresos científicos internacionales se inscribe en un movimiento general de aumento de los congresos internacionales de todo tipo (11 % de los 3716 congresos internacionales realizados entre 1850 y 1914 fueron científicos (véase Anne Rasmussen, *L'internationale scientifique*, p. 23).

razones contradictorias contribuyen a este desarrollo exponencial: el mandato de que la ciencia es solo universal se traduce inmediatamente, en el siglo de las nacionalidades, en términos de competencia entre naciones. Cada nación pretende ser la mejor encarnación de lo universal. Esta competencia internacional por el monopolio de lo universal se manifestó, en particular, en las exposiciones universales que, nacidas al mismo tiempo que los congresos, trataron de combinar con bastante rapidez la exposición de las producciones materiales del arte y la industria con la de las ideas. Los «congresos oficiales» aparecieron por primera vez en el marco de la exposición universal organizada en Viena en 1873.² En aquel momento solo había cinco, de los cuales solo uno era científico. Pero en París, en 1889, 69 congresos, entre ellos 24 científicos, formaron parte oficialmente de la Exposición Universal.³

Si se considera que las exposiciones universales son un buen criterio para situar una capital mundial del conocimiento en el globo, París era la favorita en 1890. El 40 % de las exposiciones universales se celebraron allí. Londres, que acogió a la mitad, llega en segundo lugar. En general, Europa acogió el 80 % de ellas; solo las exposiciones de Filadelfia (1876) y Melbourne (1880) se celebraron en otros continentes. Durante la década de 1880, las autoridades estadounidenses quisieron aprovechar la celebración del cuarto centenario del «descubrimiento» del continente por Cristóbal Colón para hacer valer la creciente importancia de Estados Unidos en los campos de la ciencia y la tecnología. Entre las cinco ciudades candidatas, Minneapolis, Washington D. C. y Saint Louis quedaron rápidamente reducidas a la condición de figurantes frente a dos ciudades de más de un millón de habitantes, Nueva York y Chicago, que contaron con el férreo apoyo de los poderes financieros locales.⁴ Chicago finalmente ganó y se puso a competir con las exposiciones europeas. El proyecto de construir una torre más alta que la construida por Eiffel para la Exposición de

- 2 Brigitte Schroeder-Gudehus y Anne Rasmussen, *Les fastes du progrès. Le guide des expositions universelles 1851-1992*, París, Flammarion, 1992, p. 18. Véase también: Howard J. Rogers, «The History of the Congress», en *Congress of Arts and Science. Universal Exposition, St. Louis, 1904*, Howard J. Rogers ed., Boston y Nueva York, Houghton, Mifflin and Company, 1905, vol. 1 (pp. 1-44), p. 2; y para París: Anne Rasmussen, «Les Congrès internationaux liés aux Expositions universelles de Paris (1867-1900)», *Mil neuf cent. Cahiers Georges Sorel. Revue d'histoire intellectuelle*, 7, 1989, pp. 23-44.
- 3 Esta contabilidad, establecida a partir de: Brigitte Schroeder-Gudehus, Anne Rasmussen, *op. cit.*, está naturalmente sujeta a variaciones en función de lo que se considere como «científico».
- 4 Robert W. Rydell, *All the World's a Fair. Visions of Empire at American International Expositions, 1876-1916*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1984, pp. 41-43. En 1890, además de esas dos ciudades candidatas, la tercera ciudad estadounidense que superaba el millón de habitantes era Filadelfia, que había recibido una exposición universal en 1876.

París de 1889 fracasó, pero la rueda gigante, la *court of honor*, el edificio de Bellas artes y el sistema de transporte construido en estilo neoclásico pretendían resaltar el carácter monumental de la ciudad. Las «aldeas nativas» también pretendían hacer olvidar el esplendor colonial de París.⁵ La *World's Columbian Exposition*, que atrajo a más de 27 millones de visitantes, fue un gran éxito.⁶ Y los 55 congresos oficiales, siete de ellos científicos, contribuyeron a la visibilidad internacional de la ciencia estadounidense. La rivalidad entre las ciudades organizadoras se estructuró cada vez más en torno a algunos indicadores: la superficie de la exposición, las realizaciones arquitectónicas hechas para la ocasión, pero también el número de congresos organizados. En esta carrera de récords, la Exposición de París de 1900 puso el listón muy alto. Hubo 127 congresos, incluidos 32 científicos.

Las autoridades de Saint Louis se propusieron, sin embargo, aprovechar el centenario de la adquisición de Luisiana (1803) para tomarse la revancha respecto de Chicago, organizar una exposición universal y añadirle congresos científicos. Pero ¿cómo hacer frente al gigantismo de los logros anteriores? ¿Era posible evitar el ridículo? Los organizadores apostaron por repensar la forma y la finalidad de los congresos científicos oficiales de las exposiciones universales para transformar las debilidades objetivas de Saint Louis en fortalezas.

«UN NUEVO TIPO DE CONGRESO»⁷

En 1900, la ciudad de Saint Louis, con sus 575.000 habitantes, era incomparablemente más pequeña que las metrópolis que habían acogido las últimas exposiciones universales. Para no parecer inferiores, los organizadores de la Louisiana Purchase Exposition eligieron un recinto dos veces más grande que el de Chicago; su «exposición etnológica» era aun mayor, y la «reserva filipina» incluía nada menos que doce mil nativos. Los ocho edificios principales adoptaron la estética neoclásica monumental que tanto había impresionado a los visitantes de Chicago. Por último, siguiendo la iniciativa parisina de 1900, Saint Louis unió su exposición a la organización de los terceros Juegos Olímpicos de la era moderna.⁸ Tras siete meses de apertura al público (desde el 30

5 Robert W. Rydell, John E. Findling y Kimberly D. Pelle, *Fair America. World's Fairs in the United States*, Washington y Londres, Smithsonian Institution Press, 2000, pp. 30-44.

6 Brigitte Schroeder-Gudehus y Anne Rasmussen, *op. cit.*, p. 121.

7 Hugo Münsterberg, «Der Internationale Gelehrtenkongress», p. 563.

8 La organización de esos juegos olímpicos se había atribuido inicialmente a Chicago. Véase C. R. Barnett, «St. Louis 1904: the Games of the 3rd Olympiad», en *Historical Dictionary of the*

de abril hasta el 1.º de diciembre de 1904), los organizadores podían estar orgullosos de haber acogido a unos veinte millones de visitantes, alcanzando así una puntuación honorable, aunque inferior a la de Chicago.⁹

Pero los promotores de los congresos no ignoraban que la ciudad de Saint Louis tenía desventajas particulares en el ámbito científico. En comparación con Chicago o París, parecía difícil estar a la altura, tal como se indicaba, *a posteriori*, en el primero de los ocho volúmenes de actas: «Su reciente crecimiento, su tradición académica reducida al mínimo, la gran distancia que la separaba de los antiguos centros del saber, incluidos los del Nuevo Mundo, la apatía de los pueblos del este y las ansiedades europeas con respecto al clima».¹⁰ Esto no presagiaba nada bueno.

Para paliar estas debilidades, Frederick J. V. Skiff, director de las exposiciones, y el profesor de filosofía de Harvard, Hugo Münsterberg (1863-1916), se basaron en las críticas a los congresos celebrados en Chicago y París, según el relato retrospectivo del director de la exposición, Howard J. Rogers.¹¹ F. Skiff fue el primero en defender que «los trabajos del congreso deben ser algo más que una serie de reuniones independientes y sin relación entre sí».¹² Münsterberg retomará esta crítica de forma sistemática, ridiculizando la fórmula utilizada hasta entonces:

... el esquema tradicional de los congresos de las exposiciones universales consiste en una larga lista de reuniones sin conexión entre ellas con un largo programa de ponencias sin conexión entre sí. Soy plenamente consciente de que un patrón tan rutinario [...] no requiere casi ninguna preparación. Pero, ya en la última exposición de París, prevaleció el sentimiento de que tal disposición era en general inútil, carente de valor para la ciencia y de toda razón de ser.¹³

Frente a la simple yuxtaposición de congresos cuyo vínculo con la exposición y con los demás congresos era puramente accidental, Münsterberg pro-

Modern Olympic Movement, J. E. Findling y K. D. Pelle eds., Westport, CN, Greenwood Press, 2004, pp. 18-25.

9 Robert W. Rydell, John E. Findling & Kimberly D. Pelle (eds.), *op. cit.*, pp. 52-57.

10 Hugo Münsterberg, «The Scientific Plan of the Congress», en *Congress of Arts and Science. Universal Exposition, St. Louis, 1904*, Howard J. Rogers ed., Boston y Nueva York, Houghton, Mifflin and Company, 1905, vol. 1 (pp. 85-134), pp. 87-88.

11 Howard J. Rogers, «The History of the Congress», p. 5.

12 *Ibid.*, p. 5.

13 Carta del otoño de 1902 dirigida a los organizadores de la exposición universal, publicada en Hugo Münsterberg, «The St. Louis Congress», p. 673.

mueve una solución opuesta: en lugar de presentar investigaciones especializadas, había que sacar a la luz la unidad del pensamiento; en lugar de construir un programa desprovisto de propósito global y sin ningún vínculo con la ocasión que lo originó, Münsterberg propone organizar un encuentro provisto de una misión que solo podría cumplirse si el mundo entero participaba.¹⁴

De hecho, esta reforma de la práctica congresual se presentó más bien como la aplicación de su verdadera naturaleza. Lo que había existido hasta entonces se asemejaba más a un «catálogo académico» cuya combinación de lecciones era una cuestión de azar, una serie de trabajos que habrían producido los académicos sin la existencia de los congresos y que «en el mejor de los casos aparecerían unas semanas después en sus revistas profesionales».¹⁵ Para subsanar todos estos defectos de lo que él llamaba —para subrayar mejor la novedad de su propuesta— *branch-congresses*,¹⁶ Münsterberg redujo su proyecto a una sola línea:

Todos estos requisitos pueden satisfacerse con un solo cambio: en lugar de cien congresos sin relación entre sí, tengamos un solo congreso, un congreso con cien secciones ciertamente, pero un solo congreso; y demos a este único congreso el propósito definido de trabajar por la unidad del conocimiento humano. Démosle la misión, en esta época de trabajo especializado y disperso, de hacer consciente al mundo de que la idea de la unidad de la verdad está demasiado descuidada.¹⁷

Unidad: esta es la palabra clave de la propuesta de Münsterberg: un único congreso que trabajara por la unidad del conocimiento humano, cuya misión fuese recordar que la verdad es una. Una obra de síntesis semejante requería la presencia en un mismo lugar y en un mismo momento de investigadores de todas las nacionalidades¹⁸ que trabajaran en todos los campos del conocimiento.

Las autoridades de Saint Louis llegaron así a afirmar que «la exposición y el congreso son términos correlativos. El primero se centra en los productos visibles del cerebro y la mano humanos; el congreso es la encarnación literaria

14 Hugo Münsterberg, «The St. Louis Congress», p. 673.

15 *Ibid.*, pp. 674, 682.

16 Hugo Münsterberg, «The Scientific Plan», p. 88.

17 Carta del otoño de 1902 dirigida a los organizadores de la exposición universal, publicada en Hugo Münsterberg, «The St. Louis Congress», pp. 673-674.

18 El objetivo era «reunir al mundo entero» (*ibid.*, p. 673), «sin límites relacionados con fronteras nacionales o pertenencias raciales» (Howard J. Rogers, «The History of the Congress», p. 26).

de sus actividades». ¹⁹ La separación del congreso y la exposición como del alma y el cuerpo sería aún más absurda en este caso, ya que «ninguna exposición ha sido más adecuada como base para un congreso de ideas que la de Saint Louis. El ideal de la exposición [...] era su influencia educativa». ²⁰

«A REAL SYSTEM»

Para estar a la altura de una regeneración semejante de la idea de congreso, se adoptó como tema unificador las relaciones internas entre las ciencias. Esto permitía evitar cualquier impresión de yuxtaposición e hizo que la reunión de académicos de todo el mundo fuera una condición necesaria de la empresa.

Para enfatizar la necesidad de dicho congreso, Münsterberg lo planteó como respuesta a una «exigencia de correlación» propia de la época. ²¹

Si su ideal unificador lo lleva a reconocer que solo «el pensamiento gigantesco de un solo genio» podría llevar a cabo la «gran visión sintética para la que nuestro tiempo parece estar maduro», el centenar de conferencias del congreso tendrían, sin embargo, la vocación de preparar el advenimiento de tal genio promoviendo «la conciencia entre las ciencias de nuestro tiempo de que forman un todo». ²²

Quedaba, sin embargo, elaborar un plan para el congreso que estuviera a la altura de estas elevadas exigencias. En un gesto que compite explícitamente con Aristóteles, Bacon, Comte y Spencer, ²³ Münsterberg propone entonces un nuevo sistema de ciencias que fuese el único capaz de responder al «idealismo que viene». ²⁴ Su novedad residía en su capacidad para superar las posiciones unilaterales que, según él, habían estructurado el pensamiento erudito del siglo XIX desde el declive del hegelianismo.

Münsterberg defiende la irreductibilidad del mundo de los valores al mundo de los fenómenos. Nuestra vida histórica solo puede expresarse adecuadamente si consideramos que tiene «un significado (*meaning*), que es una intención (*purpose*) que queremos comprender, y esto considerando no sus causas y efectos, sino interpretando sus objetivos y midiendo sus ideales». ²⁵

19 Howard J. Rogers, «The History of the Congress», p. 1.

20 *Ibid.*, p. 3.

21 *Ibid.*, p. 93: «the demand for correlation».

22 *Ibid.*, p. 93.

23 Hugo Münsterberg, «The St. Louis Congress», p. 675.

24 *Ibid.*, p. 676.

25 *Ibid.*, p. 677.

Esta distinción entre intenciones y fenómenos lo lleva a distinguir, dentro del conocimiento teórico, las «ciencias de las intenciones» (*sciences of purposes*) de las «ciencias de los fenómenos» (*sciences of phenomena*). Entre las primeras, las «ciencias normativas» se ocupan de las intenciones colectivas y las «ciencias históricas», de las intenciones individuales; entre las segundas, las «ciencias físicas» estudian los objetos que son posibles para cualquier sujeto y las «ciencias psicológicas» explican los fenómenos que interesan a un solo individuo. A estas cuatro «ciencias teóricas» se añaden tres «ciencias prácticas»: las que tienen por objeto el bienestar material (las ciencias utilitarias), las que buscan armonizar los intereses humanos (las ciencias normativas) y, por último, las que tienen por objeto su perfeccionamiento (las ciencias culturales); siete ciencias que formarán las siete divisiones del congreso.²⁶ El árbol de las ciencias de Münsterberg se ramificará entonces a partir de estas ramas iniciales mediante dicotomías sucesivas. De lo más general a lo más particular, el programa del congreso incluirá así siete divisiones, 24 departamentos y 128 secciones. Cada sección, fuera sobre la filosofía de la religión, las matemáticas aplicadas o la administración colonial, se organizaría de la misma manera: un presidente (*chairman*) daría la palabra a dos oradores: el primero trataría de las concepciones y los métodos fundamentales del campo en cuestión, y el segundo de sus progresos desde la adquisición de Luisiana (1803). El *speaker* de las «divisiones» y el *chairman* son sistemáticamente representantes del mundo académico estadounidense, especialistas en el campo en cuestión, de manera de mostrar su creciente importancia. Esta arquitectura lógica se reflejaba en la organización temporal del congreso: el lunes 19 de setiembre por la tarde, todos los académicos fueron recibidos por los organizadores del congreso, el martes por la mañana, cada división se reunió por separado, y el martes por la tarde fue el turno de cada departamento. Del miércoles al sábado, el debate se desarrolló en las secciones. En cada uno de estos niveles, los debates versaban sobre la unidad de la ciencia, sus principales divisiones o secciones. En una especie de apoteosis, para evitar la impresión de dispersión que podían causar las reuniones de las secciones, la unidad iba a ser recordada por última vez el domingo 25 de setiembre, cuando se convocó a todos los congresistas a reunirse no para un servicio religioso, sino para escuchar las dos últimas secciones que trataban de la influencia religiosa personal y luego social.²⁷ Esta inmensa empresa, muestra de los «esfuerzos más profundos y las energías más secretas

26 *Normative science, historical science, physical science, mental science, utilitarian sciences, social regulation, social culture.*

27 Howard J. Rogers, «The History of the Congress», pp. 50, 77-80.

de nuestro tiempo»,²⁸ fue el modelo de un nuevo tipo de congreso que ya no debía ser una pálida sombra de lo que habían sido, sino la «coronación» de las exposiciones universales.²⁹

A pesar de todos estos esfuerzos, la convivencia entre la exposición y el congreso fue difícil. El tren que circulaba por la exposición pasaba junto a dos de las salas de conferencias e impedía que los participantes se escucharan entre sí.³⁰ En general, «el bullicio de una feria mundial es el peor escenario posible para este tipo de intercambio de ideas». ³¹ Por ello, la existencia material del congreso era en última instancia menos importante para los organizadores que la huella que iba a dejar. Para convertirse en una «nueva fuerza de civilización»,³² para conservar el «espíritu de la exposición»³³ «mucho después de que sus monumentos hayan desaparecido»,³⁴ no hay nada como un libro. La publicación de las actas del congreso (en ocho volúmenes finalmente) debía constituir un verdadero «monumento gigantesco del pensamiento moderno». ³⁵ Además, Münsterberg insistió en que este libro no debía adoptar la forma de una «gran enciclopedia» que, al igual que las bibliotecas, yuxtapusiera unos conocimientos con otros, sino que debía ser un «verdadero sistema»³⁶ que hiciera hincapié en la necesidad de establecer vínculos entre los conocimientos. Concebido desde un punto de vista lógico, el congreso redescubre así, en forma escrita, su naturaleza original, liberada de lo que Münsterberg percibía como las restricciones de la realidad,³⁷ restricciones que, sin embargo, había limitado al máximo: «¡se

28 Hugo Münsterberg, «The St. Louis Congress», p. 675.

29 Hugo Münsterberg, «The Scientific Plan», p. 86; Howard J. Rogers, «The History of the Congress», p. 35.

30 Howard J. Rogers, «The History of the Congress», p. 19.

31 Hugo Münsterberg, «The Scientific Plan», p. 87.

32 Hugo Münsterberg, «The St. Louis Congress», p. 682.

33 Howard J. Rogers, «The History of the Congress», p. 43.

34 *Ibid.*, p. 3.

35 Hugo Münsterberg, «The St. Louis Congress», p. 682.

36 *Ibid.*, p. 674.

37 Hugo Münsterberg, «The Scientific Plan», p. 131: «the concentration of these hundreds of addresses into a few days made it in any case impossible to listen to more than to a small fraction; these volumes will bring at last all speakers to coordinated effectiveness; and while one hall suffered from bad acoustics, another from bad ventilation, and a third from the passing of the intermural trains, here at least is an audience in which nothing will disturb the sensitive nerves of the willing follower». Howard J. Rogers estima como máximo en 1/16° la cantidad de ponencias que un auditor podía escuchar (Howard J. Rogers, «The History of the Congress», p. 20).

evitaron en su mayor parte las discusiones improvisadas para no perjudicar el cierre interno del conjunto de la obra!».³⁸

¿LO UNIVERSAL DESDE UN PUNTO DE VISTA ALEMÁN?

La concepción libresca y *a priori* que está en la base de esta redefinición de los congresos internacionales fue criticada muy pronto. En 1903, el filósofo John Dewey reaccionó y denunció la supuesta universalidad del plan en la revista *Science*. Detrás de una arquitectura supuestamente lógica, Dewey veía actuar «un esquema característico de una escuela muy particular de pensamiento filosófico» y cuestionaba la legitimidad de fundar un congreso internacional de las artes y las ciencias sobre «una idea intelectual sectaria que representa una lógica particular *a priori*». ³⁹ Lo que está en juego es tanto más importante cuanto que, según él, no es solo científico, sino también político, ya que ese enfoque pondría en peligro el carácter democrático de la vida científica contemporánea.⁴⁰

En el trasfondo de esta crítica al teoricismo de Münsterberg, está el rechazo del comité organizador al proyecto elaborado por un colega de Dewey en la Universidad de Chicago: Albion W. Small. Small quería presentar no la interpretación erudita del progreso del conocimiento, sino la interpretación erudita del progreso de la civilización en general.

El proyecto de Small no fue aceptado. La principal crítica de Small al proyecto de Münsterberg —la de ser una «ilusión escolástica»⁴¹— retomó una de las consignas fundacionales del movimiento pragmatista. Para él, como para Dewey, son «los intereses humanos y no las categorías lógicas los que hacen el mundo».⁴²

Detrás de esta crítica, está la denuncia de una dominación alemana.

38 Hugo Münsterberg, «Der Internationale Gelehrtenkongress», p. 568.

39 John Dewey, «The St. Louis Congress of Arts and Science», *Science*, New Series, vol. 18, Aug. 28, 1903 (pp. 275-278), p. 277.

40 *Ibid.*

41 Carta de Small a Münsterberg fechada el 3 de febrero de 1903, cit. en A. W. Coats, «American Scholarship Comes of Age: The Louisiana Purchase Exposition 1904», *Journal of the History of Ideas*, 22/3, 1961, p. 406.

42 Carta de Small a Nicholas M. Butler fechada el 17 de febrero de 1903, cit. en *ibid.*, p. 407.

TABLA 1. NACIONALIDAD DE LOS *SPEAKERS* EN EL INTERNATIONAL CONGRESS OF ARTS AND SCIENCE (1904) SEGÚN EL PROGRAMA DEL 15 DE SETIEMBRE DE 1904
(CON EXCEPCIÓN DE LOS *SPEAKERS* DE LAS «DIVISIONES», QUE ERAN TODOS ORIGINARIOS DE ESTADOS UNIDOS)

Número total de <i>speakers</i>	293
Estados Unidos	192
Alemania	34
Gran Bretaña	21
Francia	18
Austria-Hungría	9
Canadá	5
Italia	4
Japón	3
Bélgica	2
Dinamarca	2
Países Bajos	2
Suiza	2
Suecia	1
México	1
Rusia	1

Fuente: Programa del 15/09/1904 (International Congress of Arts and Science. Universal Exposition, St. Louis, Sept. 19-25, 1904. Programme and List of speakers, St Louis, Published for the International Congress of Arts and Science, 1904.)

Llama la atención el peso de la delegación alemana en el congreso de Saint Louis. De los 105 ponentes (*speakers*)⁴³ extranjeros, 34 eran alemanes, a los que les sigue el Reino Unido, con 21 oradores, y luego Francia, con 18. En términos porcentuales, los alemanes representan casi un tercio de los extranjeros (32 %).⁴⁴ Esta importancia numérica fue vista por las otras naciones como una dominación. Los archivos del Ministerio de Instrucción Pública francés dan

⁴³ Se excluyen aquí de la contabilización las intervenciones cortas (*ten minute speakers*).

⁴⁴ A decir verdad, de remitirse al primer bosquejo del programa (diciembre de 1903), el peso de los alemanes habría debido ser mucho mayor (aproximadamente 47 % de los extranjeros). Véase «The Congress of Arts and Science of the St. Louis Exposition», *Science*, New Series, vol. 18, n.º 467, 1903, pp. 764-766. Se puede seguir la parte respectiva de las naciones consultando también las versiones del programa del congreso del 1.º de junio y del 15 de setiembre de 1904: *International Congress of Arts and Science. Universal Exposition, St. Louis, Sept. 19-25, 1904. Programm and List of speakers*, St Louis, Published for the International Congress of Arts and Science, 1904 (pp. 33 y 50).

testimonio de los esfuerzos del comisario general de Francia para combatir la supremacía de los alemanes.

Varios textos de Münsterberg apoyan la idea de que estaba organizando esta dominación alemana. En un libro publicado en alemán justo antes del congreso y destinado a presentar a los alemanes «el estadounidense actual», afirma que a través de este congreso se trata de atribuir «la parte del león» a sus compatriotas.⁴⁵ También puede sorprender descubrir que fue el propio Münsterberg quien escribió la parte dedicada al congreso en el informe de las autoridades alemanas sobre la exposición de Saint Louis; un texto en el que se alegraba de que «ningún otro país extranjero estuviera representado por un mayor número de oradores oficiales».⁴⁶

De hecho, Münsterberg no solo fue un académico, sino también un activo promotor de las relaciones germanoestadounidenses.

Münsterberg mantenía buenas relaciones con Theodore Roosevelt, entonces vicepresidente de Estados Unidos.⁴⁷ Cuando el hermano del emperador Guillermo II, el príncipe Heinrich, hizo su Gira de la Buena Voluntad (*Good-Will-Tour*) en 1902, fue Münsterberg quien lo recibió en Harvard.⁴⁸ También fue uno de los fundadores del Germanic Museum de Harvard, creado en esa ocasión y cuyo propósito era difundir la cultura alemana en Estados Unidos.

MÜNSTERBERG, UN INMIGRANTE ORGANIZADOR DE CONGRESOS, O CÓMO HACER DE LA NECESIDAD VIRTUD

En la respuesta que publica a las críticas de Dewey, Münsterberg justifica su plan remitiendo a dos de sus producciones recientes: un grueso volumen publicado en alemán en 1900: los *Grundzüge der Psychologie* y un resumen en inglés que publicó en la revista que dirigía en Harvard.⁴⁹ En estos textos, propone un

45 Hugo Münsterberg, *Die Amerikaner*, Berlin, Ernst Siegfried Mittler und Sohn, 1904, pp. III, VII.

46 *Amtlicher Bericht über die Weltausstellung in St. Louis 1904*, erstattet vom Reichskommissar, Berlin, Gedruckt in der Reichsdruckerei, 1906, p. 563.

47 Margaret Münsterberg, *Hugo Münsterberg. His life and work*, Nueva York y Londres, D. Appleton and Co., 1922, pp. 80-82.

48 *Ibid.*, pp. 83-86.

49 Hugo Münsterberg, «The International Congress of Arts and Sciences», *Science*, New Series, 18, 1903 (pp. 559-563), p. 560. *Id.*, *Grundzüge der Psychologie, Band 1: Allgemeiner Teil: die Prinzipien der Psychologie*, Leipzig, Johann Ambrosius Barth, 1900; *Id.* «The position of psychology in the system of knowledge», *The Psychological Review. Series of Monograph Supplements*, vol. IV, (whole No. 17), 1903 (Harvard Psychological Studies volume 1 edited by Hugo Münsterberg), pp. 641-656.

gigantesco árbol de las ciencias, del que el plan del congreso recoge lo esencial. El Congreso de las Artes y las Ciencias es, pues, mucho más que una respuesta incidental a una demanda contingente: Münsterberg se comprometió a fondo con ella y la convirtió en el vehículo para la adopción internacional de su pensamiento clasificatorio. Por tanto, la trayectoria de Münsterberg debería proporcionar las claves para entender lo que está en juego.

Quienes se han interesado por esta figura de la ciencia, hoy olvidada, tienen dificultades para clasificarla: alemán afincado en Estados Unidos, psicólogo formado al comienzo en la escuela de Wilhelm Wundt, pero también filósofo idealista cercano a los neokantianos de Baden, promotor de la psicotecnia, fue finalmente uno de los primeros analistas del cine.

Con el apoyo de W. James, Münsterberg se convirtió en profesor de psicología en Harvard en 1897, situación que vivió como un exilio forzoso. Durante esos años buscó constantemente una cátedra en Alemania, en una época en la que Estados Unidos le parecía la periferia de la ciencia mundial.

No obstante, en Estados Unidos se buscaba ganar importancia internacional en especial a través de este congreso. W. James, quien llevó a Münsterberg, se opuso al programa del congreso, que erigía a la filosofía como la disciplina reina que determinaba el lugar de los saberes:

El programa del congreso de Münsterberg me parece, por ejemplo, un puro disparate [...], una suerte de servicio religioso en honor de la capilla de la filosofía profesional con sus facultades, departamentos y secciones, su etiqueta mutua, sus cargos a ocupar [...]. El congreso M-g parece ser la expresión perfectamente inevitable del sistema de sus *Grundzüge*, una construcción artificial para hacer inalienable la autoridad de los profesores, sin importar las locuras que puedan proferir, como si la mente burocrática fuera la fina flor de la revelación de la naturaleza por sí misma. Es obvio que una diferencia como esa entre M-g y yo es una espléndida expresión de pragmatismo. Yo quiero un mundo anárquico, M-g uno burocrático, y cada uno apela a la «naturaleza» para apoyarlo.⁵⁰

James hace de las opciones de Münsterberg la herencia de un rasgo nacional: «la avidez alemana por las distinciones, un rasgo nada democrático para un estadounidense y que se parece al vasallaje inglés».⁵¹ En respuesta tanto a

50 Cit. en Francesca Bordogna, *William James at the Boundaries*, Chicago, Chicago University Press, 2008, p. 249.

51 Carta de James a Münsterberg, fechada el 3 de agosto de 1901, en *The Correspondence of William James*, I. K. Skrupskelis y E. M. Berkeley eds., vol. 9, Charlottesville, Londres, University Press of Virginia, p. 525, cit. en Francesca Bordogna, *William James at the Boundaries*, p. 249.

Dewey como a James, Münsterberg critica el proyecto pragmatista y revela así sus opciones políticas. Para él, el anarquismo de James, al igual que la «libertad democrática» alabada por Dewey, solo alimentaría el «especialismo» que denunciaba.⁵² Incluso se ve a sí mismo como un defensor de los estadounidenses contra los prejuicios de los europeos.⁵³ Optar por el plan de Small habría reforzado la imagen de los europeos de que los estadounidenses eran incapaces de practicar la ciencia por la ciencia.

CONCLUSIÓN

El proyecto arquitectónico del congreso es el resultado del traslado a Estados Unidos de la renovación del magisterio filosófico a través del «neo-idealismo» de Baden, en el que Münsterberg se inscribe explícitamente. Por ello, no es inocente que la filosofía se sitúe a la cabeza del congreso (primera en la sección A de las «ciencias normativas») y erija el dualismo gnoseológico entre la ciencia de los fenómenos y la ciencia de las intenciones, característico de este movimiento, en una norma universal de clasificación de las ciencias.

El químico y teórico del energetismo Wilhelm Ostwald nos ofrece una visión oblicua de este congreso. En su *Autobiografía*, recuerda las circunstancias de su invitación. Encargado en el verano de 1903 de visitar a los posibles invitados alemanes, Münsterberg se había reunido con Ostwald. Este último se burló de Münsterberg. Para él, Münsterberg «participaba enteramente en el movimiento filosófico alemán, donde se había unido al grupo idealista de Alemania del Sur bajo la dirección de Windelband, grupo que, mediante un trabajo consciente e implacable, pretendía conquistar todas las cátedras filosóficas de Alemania».⁵⁴ Recordando la oposición de este grupo a los positivistas de Leipzig,⁵⁵ a los que consideraba pertenecer, Ostwald imagina que Münsterberg debió verse obligado a darle un lugar especial en el congreso, ya que no era el encargado de hablar de química física, sino, en la sección de fi-

52 Hugo Münsterberg, «The International Congress», p. 561.

53 Margaret Münsterberg, *Hugo Münsterberg*, p. 103.

54 Wilhelm Ostwald, *Lebenslinien – Eine Selbstbiographie*, nach der Ausgabe von 1926/27 überarbeitet und kommentiert von Karl Hansel, Stuttgart, Leipzig, Verlag der Sächsischen Akademie der Wissenschaften zu Leipzig, in Kommission bei S. Hirzel, 2003, p. 341.

55 Roger Chickering, «Das Leipziger 'Positivisten-Kränzchen' um die Jahrhundertwende », en *Kultur und Kulturwissenschaften um 1900 II: Idealismus und Positivismus*, Gangolf Hübinger, Rüdiger vom Bruch y Friedrich Wilhelm Graf eds., Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1997, pp. 227-245.

losofía, de método de la ciencia.⁵⁶ Se encargaría, en efecto, de «la misma tarea que había presidido la organización de la reunión».⁵⁷ Su solución se inspiró explícitamente en la jerarquía comtiana de las ciencias. Desde 1880, en Alemania, el sistema de Augusto Comte había sido denunciado sobre todo por su carácter pedante y abstracto, y era objeto de rechazo por parte de los filósofos neo-idealistas. Para Ostwald, era una forma de tirar una piedra en el estanque, de cuestionar la propia legitimidad del congreso, e implícitamente de indicar que el pensamiento alemán no podía limitarse al neoidealismo de Baden y que el positivismo de Leipzig seguía vivo.

El congreso de Saint Louis y su grandioso proyecto de refundación de la práctica congresual fue el resultado un tanto inesperado de la implantación, a finales del siglo XIX, de un mandarín de Friburgo en un contexto estadounidense.

Traducción: Rafael Mandressi

⁵⁶ Wilhelm Ostwald, *Lebenslinien*, p. 341.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 350. Al inicio, Riehl y Windelband debían precederlo en la sección lógica («The Congress of Arts and Science of the St. Louis Exposition», p. 764). Sobre las razones personales de Windelband que lo obligan a renunciar, véase Klaus Christian Köhnke, «Sinn für Institutionen. Mitteilungen aus Wilhelm Windelbands Heidelberger Zeit (1903-1915)», en *Heidelberg im Schnittpunkt intellektueller Kreise*, Hubert Treiber y Karol Sauerland eds., Opladen, Westdeutscher Verlag, 1995 (pp. 32-69), pp. 50-52. Se reproduce allí la carta de Windelband a Münsterberg.

DESTINOS ALTERNATIVOS Y SOLIDARIDADES DE LA SALUD Y LA MEDICINA EN LOS ALBORES DE LA GUERRA FRÍA LATINOAMERICANA

ANNE-EMANUELLE BIRN

University of Toronto

En mayo de 1944, Emilio Frugoni, poeta, profesor, exsenador y fundador del Partido Socialista uruguayo, llegó a Moscú como primer embajador de su país en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) en ocho años.¹ Iba acompañado de su secretario personal y de un agregado científico, el Dr. Lauro Cruz Goyenola, quien había sido activo en la creación del Frente Popular en la década anterior y colaborador del *Diario Popular* junto a comunistas e independientes. Además de la atención personal del anciano Frugoni, el médico estaba encargado de estudiar la organización de la sanidad y el sistema de investigación científica soviéticos. Su misión resultó difícil y este otrora «verdadero creyente» se desilusionó. Habiendo pasado solo seis meses en Moscú, Cruz Goyenola renunció repentinamente a su puesto a finales de octubre y regresó a Montevideo.

Esta experiencia podría haber culminado en una tranquila decepción de no ser por un factor crucial: como muchos visitantes a la URSS en los años treinta y cuarenta, Cruz Goyenola escribió un libro sobre sus viajes. Sin embargo, en contraste con las reflexiones admirativas de la mayoría de los visitantes —y violando las normas diplomáticas de discreción— Cruz Goyenola escribió una diatriba, *Rusia por dentro*.²

1 Ver Emilio Frugoni, *De Montevideo a Moscú*, Buenos Aires, Claridad, 1945.

2 Lauro Cruz Goyenola, *Rusia por dentro*, Apuntes, 5a ed., Montevideo, Universo, 1946.

Publicado por primera vez en marzo de 1946, este relato sumamente crítico de la medicina y la sociedad soviéticas fue reeditado casi una docena de veces en Uruguay y Argentina durante los dos años siguientes —el libro fue publicado en Buenos Aires luego de que una decisión presidencial bloqueara su publicación en Uruguay—. El texto encendió una furiosa polémica entre intelectuales, políticos, periodistas y otros lectores.³ Se sucedieron decenas de acalorados ataques y contraofensivas en forma de panfletos, artículos periodísticos y libros, así como innumerables discusiones en los cafés de ambas orillas del Río de la Plata.

La persistencia de los debates en torno a *Rusia por dentro* sugiere que los conflictos que signaron el advenimiento de la Guerra Fría repercutieron con rapidez a través del continente y que los latinoamericanos (incluyendo a los expertos en salud) se preocupaban por delinear su propio curso en el mundo de posguerra. No era sorprendente que los intelectuales y políticos latinoamericanos fijaran posiciones frente a las potencias mundiales y sus políticas: tenían una larga experiencia en la definición preventiva y adaptativa de sus posturas. En ese contexto, *Rusia por dentro* proporcionó una plataforma eficaz para que los uruguayos deliberaran sobre la posición y la orientación del país en la emergente Guerra Fría. Los polemistas estaban equipados para no favorecer ni rechazar a Estados Unidos o la URSS, sino para considerar los pros y los contras de las divergentes lealtades políticas, evaluar los posibles benefactores y socios comerciales, y luego decidir sobre los ejemplos de Estado de bienestar, de salud, medicina y ciencia que les parecieran más auspiciosos.

Estas profundas deliberaciones en Uruguay y en toda la región fueron favorecidas por la amplitud de las relaciones políticas, culturales y científicas existentes entre los países latinoamericanos. Esto fue evidente, por ejemplo, en los sucesivos congresos y organizaciones latinoamericanas y panamericanas sobre estos asuntos, a pesar de las interrupciones debidas a tensiones, conflictos y guerras directas. Por supuesto que estos países también mantuvieron estrechos vínculos con las principales potencias mundiales (imperiales). Además de las conexiones remanentes de origen colonial con Portugal y España, estas relaciones eran fuertes con Gran Bretaña, Francia y Alemania en lo económico, político y cultural, con Francia, Alemania y los países escandinavos en los ámbitos médicos y científicos y con Estados Unidos, dados sus tentáculos políticos, económicos, sociales, médicos y tecnológicos cada vez mayores. A principios del siglo xx, las relaciones médicas y sanitarias entre América Latina y este país

3 Véase, por ejemplo, «¿Cuánto vale la Mentira de Cruz Goyenola? Madre Rusia versus Rusia por dentro», *Justicia*, Montevideo, 24 de mayo de 1946.

tuvieron su máxima expresión a través de las actividades de la Fundación Rockefeller (RF) y de la Organización Panamericana de la Salud (OPS).

En la década de 1920 apareció un nuevo punto de referencia para las áreas comerciales, políticas y científicas: la URSS, que se caracterizó por ser el primer lugar donde se construyó un Estado socialista. La salud pública y la medicina no estaban separadas del modelo soviético, sino que eran parte integral del sistema socialista y sus políticas sociales. Por supuesto, así como los estadounidenses y otros occidentales analizaron y caricaturizaron el planteo social soviético antes y durante la Guerra Fría, es esencial subrayar el contraste entre la imagen ideal del sistema de salud pública proyectada por los soviéticos para el consumo externo y su implementación y administración reales dentro del país. Esta distinción queda ilustrada por las percepciones idealistas o críticas de los observadores y visitantes, como las retratadas en *Rusia por dentro*.

En resumen, a través de estos diversos entramados —que implicaron intercambios de expertos, conferencias y patrocinio de investigaciones— los médicos, científicos y reformadores sociales latinoamericanos no se limitaron a digerir las ideas y enfoques europeos, norteamericanos o soviéticos. Los debatieron con furia, forjaron sus propias variantes adaptadas a los problemas nacionales y las proyectaron internacionalmente a lo largo de la Guerra Fría.

UNA MIRADA HISTORIOGRÁFICA A LA SALUD Y LA MEDICINA EN LA GUERRA FRÍA LATINOAMERICANA

Durante cuatro décadas y media, la Guerra Fría fue el factor central de la política y la sociedad a escala global. Dominó la política exterior y guió los desarrollos internos de los diferentes países en la industria, la economía, las ciencias y la educación, mientras impregnaba la vida cultural de Estados Unidos y la Unión Soviética y sus respectivos bloques, con repercusiones globales. El conflicto entre las dos superpotencias fue un factor fundamental en la configuración del destino político y médico de América Latina en la era posterior a la Segunda Guerra Mundial. Las guerras de posiciones y la desconfianza entre los bloques liderados por cada potencia se desarrollaron de forma especialmente contenciosa en esta región, tradicionalmente considerada el *patio trasero* de Estados Unidos. Para entonces, la mayoría de los países latinoamericanos era independiente desde hacía más de un siglo y muchos estaban bien insertos en la escena internacional. Esto se manifestó en las decisiones de los líderes médicos y sanitarios sobre a cuáles extranjeros invitar y cómo involucrarlos en la creación de instituciones, la profesionalización, la investigación, la formación y el diseño de políticas. Al hacerlo, estos actores latinoamericanos enfrentaron subrepticia y explícitamente a las superpotencias.

Después de la Segunda Guerra Mundial, varios países latinoamericanos desempeñaron un papel influyente en el establecimiento y la administración de organismos clave de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), entre ellos la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco, por sus siglas en inglés).⁴ Esto marcó la continuación de una larga tradición de compromiso en los círculos científicos y profesionales internacionales, ahora bajo un orden mundial transformado. Fuera del ámbito formal de estos organismos, muchos se mantuvieron como «observadores» o estuvieron en los márgenes del Movimiento de los No Alineados de los países del Tercer Mundo hasta las décadas de 1970 y 1980.

Por otra parte, el período de la Guerra Fría se cruzó con la acelerada construcción del Estado sanitario y médico en América Latina, lo que supuso también un creciente compromiso con las iniciativas sanitarias internacionales. Existe una floreciente y dinámica bibliografía sobre las campañas contra enfermedades, las agencias de salud pública, la organización de los servicios sanitarios, la investigación médica, el control de la población y otros elementos de política sanitaria, así como sobre la medicina social y los movimientos por la salud y la justicia social en toda la región.⁵ Los enfrentamientos propios de la Guerra Fría, sin embargo, han sido mayormente omitidos en esta historiografía. En los pocos casos en los que han recibido atención, han funcionado como telón de fondo general o como herramienta retórica para los debates sobre los esfuerzos sanitarios internacionales sobre todo influenciados por

- 4 Heloisa Maria Bertol Domingues y Patrick Petitjean, «International Science, Brazil and Diplomacy in Unesco (1946-50)», *Science, Technology and Society*, 9/1, 2004, pp. 29-50; Marcos Chor Maio, «O Contraponto Paulista: Florestan Fernandes, Oracy Nogueira e o Projeto Unesco de Relações Raciais», *Antíteses*, 7:13, 2014, p. 10-39; Marcos Chor Maio y Magali Romero Sá, «Ciência na Periferia: A Unesco, a Proposta de Criação do Instituto Internacional da Hileia Amazonica e as Origens do Inpa», *História Ciências Saúde-Manguinhos*, 6, 2000, pp. 975-1017.
- 5 Diego Armus, «Disease in the Historiography of Modern Latin America», in *Disease in the History of Modern Latin America: From Malaria to AIDS*, ed. Diego Armus, Durham, Duke University Press, 2003, pp. 1-24; Anne-Emanuelle Birn y Raúl Necochea López, «Footprints on the Future: Looking Forward to Latin American Medical History in the Twenty-First Century», *Hispanic American Historical Review*, 91/3, 2011, p. 503-27; Eric Carter, «Social Medicine and International Expert Networks in Latin America, 1930-1945», *Global Public Health*, 14, 2019, pp. 791-802; Mariola Espinosa, «Globalizing the History of Disease: Medicine, and Public Health in Latin America», *Isis*, 104/4, 2013, p. 798-806; Edmundo Granda, «Algunas Reflexiones a los Veinticuatro años de la ALAMES», *Medicina Social* 3/2, 2008, pp. 217-225; Raúl Necochea López, «Gambling on the Protestants: The Pathfinder Fund and Birth Control in Peru, 1958-1965», *Bulletin of the History of Medicine*, 88/2, 2014, pp. 344-371; Débora Tajer, «Latin American Social Medicine: Roots, Development during the 1990s, and Current Challenges», *American Journal of Public Health*, 93/12, 2003, pp. 2023-2027.

Estados Unidos.⁶ Sin embargo, hay indicios de otros ejes de involucramiento en los conflictos globales. Por poner solo un ejemplo, tras la revolución, Cuba se volvió hacia Checoslovaquia —el país del bloque socialista con los mejores indicadores sanitarios— como ejemplo de planificación sanitaria centralizada y administración descentralizada de la prestación de servicios.⁷

Tomados en su conjunto, estos factores hacen muy útil y convincente un estudio regional de la salud y la medicina durante la Guerra Fría en América Latina. Las similitudes y diferencias entre los distintos escenarios influyeron en los patrones de compromiso internacional a medida que se desarrollaba el conflicto global. El contrapunto entre los rasgos comunes y las peculiaridades locales añade una rica capa de complejidad a las dinámicas registradas en otras partes del mundo. El conocimiento actual y los debates en torno a la Guerra Fría señalan claramente la importancia de estudiar su influencia en ámbitos como la elaboración de políticas sanitarias, la medicina, la educación médica y la salud pública en la región. Sin embargo, la aplicación del prisma de la Guerra Fría a ese campo ha sido prácticamente ignorada por los académicos. De hecho, los historiadores de la medicina han recurrido con frecuencia a los estereotipos de los flirteos de la izquierda latinoamericana con los rígidos y autoritarios planteamientos soviéticos. Al hacerlo, han restado importancia a los reales intercambios de los actores médicos con sus homólogos del bloque socialista.⁸ A modo de ejemplo, una dimensión que sigue siendo poco estudiada es la interacción de América Latina con China, incluso después de que el conflicto se convirtiera en tripolar en la década de 1960. Esto es así a pesar del amplio interés latinoamericano por las transformaciones revolucionarias de China, como atestiguan las visitas de prominentes líderes izquierdistas vinculados al ámbito de la salud, como Salvador Allende en 1954 y Javier Torres-Goitia en 1959.⁹

Para contextualizar mejor estas cuestiones, importa destacar, en primer lugar, la periodización de la Guerra Fría, a menudo subvalorada. Esto es significativo incluso si se examinan únicamente las relaciones entre las superpotencias, por no mencionar el desarrollo de los acontecimientos en regiones y

6 Marcos Cueto, «International Health, the Early Cold War and Latin America», *Canadian Bulletin of Medical History*, 25/1, 2008, pp. 17-41.

7 Ross Danielson, *Cuban Medicine*, New Brunswick, Transaction, 1979.

8 Este es también el caso de la mayoría de los trabajos sobre la historia de la medicina y la Guerra Fría a nivel mundial. Véase, por ejemplo, Erez Manela, «A Pox on Your Narrative: Writing Disease Control into Cold War History», *Diplomatic History*, 34/2, 2010, pp. 299-323.

9 Eduardo Ruilova, *China Popular en América Latina*, Quito, ILDIS, 1978; Javier Torres-Goitia Torres, «Visión Médica y Sanitaria de China», *Boletín Médico*, 3/28, 1959, pp. 21-25.

escenarios particulares. La Guerra Fría fue una época en extremo compleja y cambiante, con subperíodos marcados por tensiones crecientes y decrecientes. No obstante, muchos estudiosos, incluso de la historia de América Latina y de la historia de la medicina, siguen tratando el período como algo uniforme y no prestan suficiente atención a estos matices.

Un ejemplo de las formas en que la dinámica de la Guerra Fría se manifestó en la medicina y la salud pública es el de las respuestas latinoamericanas a la salida de gran parte del bloque soviético de la oms desde finales de los años cuarenta hasta mediados de los cincuenta.¹⁰ Otro remite al apoyo de un conjunto dispar de gobiernos —desde los sandinistas de Nicaragua hasta la dictadura argentina— a la transformación de la sanidad internacional de las campañas técnicas contra enfermedades a un enfoque comunitario de atención primaria e integrada de salud. Esta reorientación, articulada en la famosa Conferencia Internacional oms-Unicef sobre Atención Primaria de Salud de 1978, celebrada en Alma-Ata, Kazajstán, URSS, y aplaudida por cuestionar las estructuras asimétricas de poder y el reduccionismo biomédico, tuvo una acogida desigual. Parcialmente atendida por los regímenes autoritarios de la región, la visión de Alma-Ata fue criticada desde la izquierda por ofrecer una atención sanitaria «primitiva» para los pobres. No obstante, en algunos países, como Perú, iniciativas como la de los «médicos descalzos» de China llamaron la atención de los responsables de políticas sanitarias como una forma económica de actuar en las zonas rurales en un momento en que la cooperación bilateral china estaba floreciendo a través de lazos diplomáticos y de organizaciones como el Instituto Cultural Peruano-Chino, lanzado en 1968.¹¹ La atención sutil a la periodización también cambia la forma de pensar sobre cómo y cuándo importa la política global y cuándo pasa a un segundo plano frente a los desarrollos nacionales.

10 Véase Marcos Cueto, Theodore M. Brown y Elizabeth Fee, *The World Health Organization: A History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019.

11 Richard Garfield y Glen Williams, *Health Care in Nicaragua: Primary Care Under Changing Regimes*, Nueva York, Oxford University Press, 1992; Mario Testa, «¿Atención Primaria o Primitiva? de Salud», en *Pensar en Salud*, Buenos Aires, Organización Panamericana de la Salud, 1989, pp. 125-137; Fernando Carbone y Yely Palomino, «La Atención Primaria en Salud: La Experiencia Peruana», *Revista Peruana de Ginecología y Obstetricia*, 64/3, 2018, pp. 367-373; Carla Tamagno y Norma Velásquez, «Dinámicas de las Asociaciones Chinas en Perú: Hacia una Caracterización y Tipología», *Migración y Desarrollo*, 14/26, 2016, pp. 145-166.

UNA PREHISTORIA CRUCIAL

Antes de entrar en el período de la Guerra Fría, es necesario explorar el período anterior y las tan olvidadas como importantes conexiones (sanitarias) soviético-latinoamericanas de los años veinte a los cuarenta. Como han demostrado los historiadores de la medicina, la salud pública y la ciencia en los primeros años de la URSS, la Revolución Bolchevique dio lugar a una centralización a gran escala de los servicios sociales, la financiación de la investigación, la formación y las regulaciones, con el Estado como principal o único patrocinador de la nueva arquitectura institucional en estos y otros muchos campos.¹² No se trató, empero, simplemente de una empresa acometida desde arriba y de una revisión institucional. Tras las terribles pérdidas humanas de la Primera Guerra Mundial y de la pandemia de gripe, y en medio de la violencia, el caos y la hambruna de la Guerra Civil, la recién nacida URSS fue testigo de la aparición de una gran cantidad de nuevos actores con ideas novedosas sobre cómo podría organizarse una sociedad revolucionaria en ámbitos tan variados como la biología, la literatura y la alfabetización, la vivienda y la salud laboral.¹³ La curiosidad por estos esfuerzos recorrió el mundo, alentada por el nuevo régimen soviético.¹⁴ Casi inmediatamente después de la revolución, la salud pública fue desplegada por los funcionarios oficiales como una herramienta de diplomacia, con el doble objetivo de aprender de otros países y mostrar los avances nacionales.¹⁵ La intensa atención europea y estadounidense

12 Nikolai Kremmentsov, «Promises, Realities, and Legacies of the Bolshevik Revolution, 1917-2017», *American Journal of Public Health*, 107/11, 2017, pp. 1693-1694; Tricia Starks, *The Body Soviet: Propaganda, Hygiene and the Revolutionary State*, Madison, University of Wisconsin Press, 2008.

13 Nikolai Kremmentsov, *Revolutionary Experiments: The Quest for Immortality in Bolshevik Science and Fiction*, Nueva York, Oxford University Press, 2013; Richard Stites, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.

14 Michael David-Fox, *Showcasing the Great Experiment: Cultural Diplomacy and Western Visitors to the Soviet Union, 1921-1941*, Nueva York, Oxford University Press, 2012; Esyllt Jones, *Radical Medicine: The International Origins of Socialized Health Care in Canada*, Winnipeg, ARP, 2019; Susan Gross Solomon, «Perils of Unconstrained Enthusiasm: John Kingsbury, Soviet Public Health, and 1930s America», en *Comrades in Health: U.S. Health Internationalists, Abroad and at Home*, eds. Anne-Emanuelle Birn y Theodore M. Brown, New Brunswick, Rutgers University Press, 2013, pp. 45-64; Susan Gross Solomon y Nikolai Kremenstov, «Giving and Taking across Borders: The Rockefeller Foundation and Russia, 1919-1928», *Minerva*, 39/3, 2001, pp. 265-298; Henry E. Sigerist, *Socialized Medicine in the Soviet Union*, New Work, Norton, 1937; Brigitte Studer, «Voyage en URSS et Son 'Retour'», *Le Mouvement Social*, 4/205, 2003, pp. 3-8.

15 Susan Gross Solomon, «Thinking Internationally, Acting Locally: Soviet Public Health as Cultural Diplomacy in the 1920s», en *Russian and Soviet Health Care from an International Perspective:*

fue compartida en otras partes del mundo, incluso en el sur de Asia, entre los florecientes movimientos anticoloniales, y también en América Latina.¹⁶

Quizá ningún otro país se mostró más atento que México, cuya propia revolución fue anterior a la bolchevique, pero cuyas aspiraciones de transformación nacional tenían un alcance más limitado. En cuanto a la organización de la salud pública, las autoridades mexicanas empezaron a ponerse en contacto con sus homólogos soviéticos casi desde el momento en que se establecieron las relaciones diplomáticas en 1924. Tenían especial interés en intercambiar publicaciones e información sobre educación sanitaria.¹⁷ Este intercambio parece haber continuado de manera constante. A mediados de la década de 1930 un manual del Departamento de Salud Pública para la higiene rural recomendaba que cada departamento de salud abasteciera su biblioteca con dieciséis textos, incluyendo dos de la URSS.¹⁸ Sin embargo, aunque los médicos y funcionarios sanitarios mexicanos mantenían una correspondencia frecuente con sus colegas soviéticos, probablemente estaban demasiado preocupados por los asuntos locales como para hacer *turismo médico*.

Además, a partir de 1921 y durante tres décadas, la Junta de Salud Internacional de la RF organizó un ambicioso programa de cooperación en materia de salud pública con campañas de control de enfermedades, organización de la salud rural y formación de becarios, todo lo cual pretendía orientar a las autoridades y al personal sanitario mexicano hacia su vecino del norte.¹⁹ México utilizó su relación con la URSS para ampliar sus alianzas y reforzar su posición frente a Estados Unidos. Esta potencia lanzaba periódicamente acusaciones de que el bolchevismo estaba implantándose en ese país y presionaba a sus autoridades para que rompieran los lazos diplomáticos con la URSS. México, por su parte, esperó a que Estados Unidos «suavizara su postura» hacia el progra-

Comparing Professions, Practice and Gender, 1880-1960, ed. Susan Grant, Cham, Palgrave Macmillan, 2017, pp. 193-216.

16 Véase el número especial de *Historia Crítica*, 64, 2017, <https://revistas.uniandes.edu.co/toc/histcrit/64>.

17 L. R. Ochoa al presidente del Departamento de Higiene y Salubridad en Rusia, 20 de enero de 1924, Archivo Estatal de la Federación Rusa (Gosudarstvennyi arkhiv Rossiiskoi federatsii-garf), carpeta a482, expediente 35, afair 57, lista 21.

18 Departamento de Salubridad Pública, Oficina Central de Higiene Rural y de Servicios Sanitarios en los Estados y Territorios, «Organización y funcionamiento de los servicios sanitarios en los estados y territorios», febrero de 1936, Ciudad de México, instructivo 10.

19 Anne-Emanuelle Birn, *Marriage of Convenience: Rockefeller International Health and Revolutionary Mexico*, Rochester, University of Rochester Press, 2006.

ma revolucionario y prohibió al Partido Comunista en 1929.²⁰ Al año siguiente, rompió relaciones con la Unión Soviética debido a denuncias de actividades subversivas. En la década de 1930, la administración de Lázaro Cárdenas, por lo demás de tendencia izquierdista, se negó a restablecer las relaciones diplomáticas con Moscú.²¹ Aun así, la redistribución de la tierra, la política laboral y social y los esfuerzos de construcción del Estado de la época de Cárdenas proporcionan una visión útil de los vínculos médicos soviético-mexicanos. La plataforma de Cárdenas de 1934 —centrada en su Plan Sexenal— se hacía eco de los planes quinquenales de Stalin lanzados en 1928. Un pilar central del plan del presidente mexicano era la educación pública, que incluía la ampliación del acceso a la formación profesional. En 1936 se fundó el Instituto Politécnico Nacional de México con una misión similar a la de las *rabfak* soviéticas (escuelas de trabajadores): preparar a los trabajadores que carecían de educación formal para ingresar en la universidad. Este Instituto Politécnico no tardó en dedicarse a la formación de trabajadores sanitarios rurales.

La resonancia con los enfoques soviéticos de la salud y la medicina se abrió paso en la política también a través de otros canales. Cárdenas llevó a Ciudad de México como sus arquitectos de salud pública al grupo de médicos radicales *nicolaitas* (llamados así por su base institucional en la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo en Morelia, Michoacán). Los nicolaitas, que dirigían el Departamento de Salud Pública cuando Cárdenas era gobernador de Michoacán y tenían opiniones que iban desde el humanismo hasta el socialismo, ayudaron a elaborar dos políticas claves de este período. La primera fue un plan para establecer servicios médicos y sociales integrados en los ejidos tradicionales (acuerdos de propiedad colectiva) no muy diferentes a los servicios médicos desarrollados en las granjas colectivizadas soviéticas en la década de 1930.²² La segunda consistía en subsanar la escasez de personal médico en las zonas rurales mediante un nuevo requisito de servicio social. Aunque estos programas reivindicaron múltiples inspiradores, el más destacado fue el doc-

20 Spenser, Daniela, *Impossible Triangle: Mexico, Soviet Russia, and the United States in the 1920s*, Durham, Duke University Press, 1999, contraportada.

21 Cole Blasier, *The Giant's Rival: The USSR and Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1987, p. 23.

22 Marina A. Gadnitskaia y Tatyana A. Samsonenko, «Meditsinskoe Obsluzhivanie v Povsednevnosti Lolkhoznoi Derevni 1930-kh gg», *Vlast'* 5, 2017, p. 192-97; Tatyana A. Samsonenko, «Staffing and Efficiency of Medical Personnel in Rural Healthcare Institutions of Don, Kuban and Stavropol Territories in the 1930s», *European Journal of Social and Human Sciences*, 4/4, 2014, pp. 216-20; Tatyana A. Samsonenko, *Kollektivizatsiia i Zdravookhranenie na Iuge Rossii 1930-kh gg*, Novocherkassks, IURGTU, 2011.

tor nicolaita Enrique Arreguín Vélez, que había estudiado los planteamientos sanitarios rurales soviéticos a través de correspondencia y publicaciones.²³

En última instancia, el encuentro mexicano-soviético en materia de salud pública se vio obstaculizado por el eterno temor de Estados Unidos a un bastión bolchevique en México y por la postura y las maniobras diplomáticas de ese país. Sin duda, la RF desempeñó un papel central en este sentido. A lo largo de las décadas de 1920 y 1930, los observadores de la fundación compararon repetidamente a México con la Unión Soviética en términos de consignas tales como «socialización de la salud», «tierra e industria», «educación de masas» y «reconstrucción». Aunque décadas de programas de la RF ayudaron a «desplazar» las influencias soviéticas en el ámbito de la salud, las relaciones soviético-mexicanas se recuperaron, aunque modestamente, en la década de 1950 a través de intercambios farmacéuticos y culturales.²⁴

Más allá de México, el siglo xx fue testigo de la aparición en muchos países latinoamericanos de una serie de partidos y regímenes que se hacían eco o interactuaban con sus homólogos socialdemócratas y populistas de Europa Occidental, encabezando el desarrollo de los modernos estados de salud y bienestar.²⁵ Por otro lado, hubo implicaciones significativas para la salud y el bienestar social en los dinámicos partidos políticos comunistas y socialistas de América Latina y las coaliciones de frentes populares. Muchos de ellos estaban motivados por la Segunda Internacional y su sucesora soviética, la Comintern, y se inspiraron en las políticas sociales de la URSS aplicadas tras la revolución bolchevique.

Aun así, solo unos pocos países latinoamericanos establecieron vínculos diplomáticos con la URSS en la década de 1920. No obstante, hubo correspondencia, publicaciones de estadísticas sanitarias y sociales comparativas e intercambio de publicaciones oficiales y materiales académicos en una serie de

23 Ana María Kapelusz-Poppi, «Physician Activists and the Development of Rural Health in Postrevolutionary Mexico», *Radical History Review*, 80, 2001, pp. 35-50; Claudia Agostoni, «Médicos Rurales y Medicina Social en el México Posrevolucionario (1920-1940)», *Historia Mexicana*, 63/2, 2013, pp. 745-801.

24 Gabriela Soto Laveaga, «Cold War Mexico in a Time of 'Wonder Drugs'», en *Peripheral Nerve: Health and Medicine in Cold War Latin America*, eds. Anne-Emanuelle Birn y Raúl Necochea López, Durham, Duke University Press, 2020, p. 86-106. Véase también Renata Keller, *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015; Vanni Pettinà, «¡Bienvenido Mr. Mikoyan! Tacos y Tractores a la Sombra del Acercamiento Soviético-Mexicano, 1958-1964», *Historia Mexicana*, 66/2, 2016, pp. 793-852.

25 Véase, por ejemplo, Karina Ramacciotti, *La política sanitaria del peronismo*, Buenos Aires, Biblos, 2009.

campos.²⁶ Además, a partir de la década de 1930, diversos médicos y promotores latinoamericanos del bienestar social —que visualizaban la utopía del Estado de bienestar soviético como un modelo para las reformas nacionales— estaban deseosos de presenciar los amplios logros de la política social de la URSS de primera mano. Por lo que sabemos, en las décadas de 1930 y 1940 hubo al menos dos docenas de visitantes médicos a la URSS procedentes de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Cuba, El Salvador, México, Perú, Uruguay y Venezuela (y probablemente de otros lugares). Estas experiencias se incrementaron después de la Segunda Guerra Mundial. En su mayor parte, se trató de visitas focalizadas de varias semanas a Moscú, Leningrado, Kiev y otras grandes ciudades. Ya durante la Guerra Fría se multiplicaron los intercambios con observadores simpatizantes, cuando no adherentes comunistas, como un grupo de médicos brasileños y argentinos que recorrió las instalaciones sanitarias de Moscú, Leningrado y Stalingrado a principios de los años cincuenta.²⁷

Desde la década de 1930 hasta la de 1970, hubo múltiples variantes nacionales de medicina social que se inspiraron en los modelos de atención europeos y soviéticos, al tiempo que diseñaron enfoques *sui generis* para combinar la prevención y la terapéutica. Los libros y artículos de divulgación que los visitantes latinoamericanos de entreguerras y principios de la posguerra escribieron sobre los servicios de salud pública, las facultades de medicina y los institutos de investigación soviéticos, como *Rusia por dentro*, formaron parte de animados debates nacionales y regionales sobre cómo dar forma a las políticas e instituciones locales e internacionales. Otros conductos de estos lazos que atravesaron el período de entreguerras y la posguerra fueron los refugiados sanitarios y médicos de la Guerra Civil española, muchos de los cuales pasaron varios años en la Unión Soviética antes de emigrar a América Latina.²⁸ Después de la

26 Por ejemplo, el Instituto Internacional Americano para la Protección de la Infancia con sede en Uruguay (fundado en 1927) y su Boletín mantuvieron una vibrante correspondencia e intercambio de revistas con sus homólogos soviéticos. Véase Anne-Emanuelle Birn, «Little Agenda-Setters: Uruguay's International American Institute for the Protection of Childhood and Rights Approaches to Child Health, 1920s-1940s», *Journal of Social History of Medicine and Health* (en chino), 2/2, 2017, pp. 3-38.

27 Milton Lobato y Reinaldo Machado, *Médicos Brasileiros na U.R.S.S.: Impressões de Viagem e Aspectos da Medicina Soviética*, Río de Janeiro, Vitória, 1955; Raul Ribeiro da Silva, *A Rússia Vista por um Médico Brasileiro*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, [1953?]. Para Chile, véase Benjamín Viel, *La medicina socializada y su aplicación en Gran Bretaña, Unión Soviética y Chile*, Santiago, Editorial Universidad de Chile, 1961.

28 Miguel Marco Igual, «Los médicos republicanos españoles exiliados en la Unión Soviética», *Medicina & Historia*, 1, 2009, pp. 1-16; Miguel Marco Igual, «Las neurociencias y los desvaríos de la época soviética: los médicos republicanos españoles, testigos de excepción», *Revista de Neurología*, 53/4, 2011, pp. 233-244; Florencio Villa Landa, «Mi Vida», colección personal de

Segunda Guerra Mundial, la curiosa mirada latinoamericana hacia la URSS se vio complicada y limitada por las exigencias de la Guerra Fría, especialmente cuando los países latinoamericanos se estaban posicionando en el nuevo orden mundial.²⁹ Aun así, esta curiosidad persistió, como atestiguan las bibliotecas de las facultades de medicina de toda la región, el compromiso ecléctico y no doctrinal con los expertos en psiquiatría pavloviana soviética en Cuba y el amplio interés latinoamericano (de las mujeres) por los métodos soviéticos de psicoprofilaxis del «parto sin dolor».³⁰

En suma, los desarrollos médico-científicos y la organización sanitaria soviéticos y socialistas estaban firmemente en el «radar» de América Latina en vísperas de la Guerra Fría, así como durante su transcurso, ya sea en términos elogiosos, como lo expresó la mayoría de los visitantes latinoamericanos de la época, o en términos de denuncia, como escribió el desencantado Cruz Goyenola.³¹ Es imposible entender, pues, los flujos y reflujos de la salud y la medicina en la América Latina de la Guerra Fría, o el conjunto de agentes e interlocutores implicados, sin estas varias décadas de curiosidad, intercambio y debates internos en torno a las percepciones (y realidades) de la visión proyectada por la URSS de su sociedad, y de la salud y la medicina en ella.

Florencio Villa Landa, pp. 491-515; Glennys Young, «To Russia with 'Spain': Spanish Exiles in the USSR and the Longue Durée of Soviet History», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 15/2, 2014, pp. 395-419.

29 Nestor de Holanda, *Como Seria o Brasil Socialista?*, Río de Janeiro, Editora Civilização Brasileira, 1963; Tobias Rupprecht, «Globalisation and Internationalism beyond the North Atlantic: Soviet-Brazilian Encounters and Interactions during the Cold War», en *Internationalism, Imperialism and the Formation of the Contemporary World: The Pasts of the Present*, eds. Miguel Bandeira Jerónimo y José Pedro Monteiro, Cham, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 327-352.

30 Véase Jennifer Lynn Lambe, «Revolutionizing Cuban Psychiatry: The Freud Wars, 1955-1970», en *Peripheral Nerve*, cit. pp. 158-184; Mario G. Miranda, *La Educación y Servicios Médicos en la Unión Soviética*, San José, Universidad de Costa Rica, 1964; A. N. Shabanov, *La Enseñanza Médica en la Unión Soviética*, La Habana, Páginas, 1947. Véanse también los cientos de libros médicos y de salud pública en lengua rusa, en su mayoría de la época soviética, descritos en Facultad de Medicina, *Ediciones Soviéticas de Medicina expuestas en la Facultad de Medicina de la Universidad de la República. Reseña de los Libros en Idioma Ruso*, Montevideo, Uruguay, 1959. Los métodos de psicoprofilaxis (y sin fármacos) para el parto de Velovsky y Nikolayev que se difundieron en Occidente en la década de 1950 (y de los que se apropiaron los médicos franceses Lamaze y Vellay) llegaron a América Latina de forma más directa. Una traducción al español del libro *Parto sin Dolor* de Velovsky fue un éxito de ventas en toda América Latina en los años cincuenta y sesenta. Véase también Paula A. Michaels, *Lamaze: An International History*, Nueva York, Oxford University Press, 2014.

31 Michael David-Fox, *Showcasing the Great Experiment: Cultural Diplomacy and Western Visitors to the Soviet Union, 1921-1941*, Nueva York, Oxford University Press, 2012.

UN NUEVO ENFOQUE DE LA SALUD Y LA MEDICINA EN LA AMÉRICA LATINA DE LA GUERRA FRÍA

La exploración en profundidad de las relaciones e interacciones antes referidas ofrece un panorama complejo de alternativas para una serie de actores latinoamericanos. También son cruciales los múltiples encuadres de la época de la Guerra Fría sobre la raza y lo indígena, que en algunos ámbitos se remontan a la asociación entre ruralidad y «atraso», mientras que en otros se asocian a las luchas socialistas por la justicia económica. En ese contexto, la educación médica y la transmisión de conocimientos entre los expertos en salud y el público se destacaron como «intervenciones» especialmente polémicas. A veces, las tensiones se producían entre diferentes actores estadounidenses que operaban en América Latina. En la Bolivia revolucionaria de los años cincuenta, por ejemplo, la RF se resistía a apoyar a las facultades de medicina percibidas como infiltradas por el comunismo porque temía las represalias en una época de «acoso a los rojos» por parte del Congreso estadounidense. Al mismo tiempo, el Departamento de Estado de Estados Unidos se comprometía con las facultades de medicina izquierdistas de Bolivia, precisamente con la intención de socavar la influencia comunista.³²

Sin embargo, muchos científicos y profesionales de la salud latinoamericanos sin afinidades ideológicas particulares estaban deseosos de explorar la medicina soviética a la par que los desarrollos estadounidenses. A su vez, varias administraciones latinoamericanas trataron de hacer jugar a los soviéticos y a los estadounidenses unos contra otros mientras perseguían intereses internos de construcción del Estado de bienestar y sanitario. Esta contraposición se reflejó también en la solidaridad de los profesionales de la salud y en la cooperación sanitaria oficial entre los países latinoamericanos, como medio de fomentar objetivos mutuos de construcción del Estado, el socialismo, la soberanía o evitar la intervención ajena. Un conjunto de dirigentes sanitarios latinoamericanos recurrió de buena gana a la cooperación soviética, y a veces a la china, sobre todo cuando los acuerdos bilaterales con países del Tercer Mundo proliferaron en los años sesenta como vías alternativas para las relaciones comerciales, la formación y el apoyo a la infraestructura médica. Estos acuerdos no solo implicaban a Cuba (y más tarde a la Nicaragua sandinista), sino también a países que no eran de tendencia socialista, como México (en el ámbito del equipamiento médico), Perú (en cuanto a medicamentos) y hasta las dictaduras de derecha de Argentina, Brasil y Chile.

32 Nicole Pacino, «National Politics and Scientific Pursuits: Medical Education and the Strategic Value of Science in Postrevolutionary Bolivia», en *Peripheral Nerve*, cit. pp. 55-85.

Por supuesto, esta variedad de experiencias trazadas desde el mundo de la salud y la medicina, tuvieron muchas capas de significado y repercusiones durante y luego de la Guerra Fría. A pesar de la pesada mano de Estados Unidos, América Latina mantuvo persistentes luchas para romper con los regímenes represivos y buscar, con mayor o menor éxito, alternativas a la globalización neoliberal. Las iniciativas sanitarias de la época de la Guerra Fría fueron, por tanto, forjadoras de destinos, ya que permitieron a los actores sanitarios latinoamericanos posicionarse de forma favorable y distintiva en el orden posterior a la Segunda Guerra Mundial, además de amplificar sus voces de forma más amplia. Más aún, las solidaridades alternativas que a menudo fueron una necesidad en los años de la Guerra Fría se convirtieron en una oportunidad en la etapa posterior.

Este capítulo es una adaptación reducida
de Anne-Emanuelle Birn, «Alternative Destinies
and Solidarities for Health and Medicine
in Latin America before and during the Cold War»,
en *Peripheral Nerve: Health and Medicine
in Cold War Latin America*,
editado por Anne-Emanuelle Birn
y Raúl Necochea López, Durham, Duke University Press,
2020, pp. 1-28.

Traducción: Vania Markarian y Rafael Mandressi.

NOMBRAR Y TRADUCIR: REDES Y ORGANIZACIONES MUNDIALES DE LA MATEMÁTICA EN EL SIGLO XX

MICHAEL J. BARANY
University of Edinburgh

INTRODUCCIÓN: UNA DISCULPA Y SU HISTORIOGRAFÍA

En la academia multinacional y multilingüe de hoy, las presentaciones y discusiones a menudo comienzan con una disculpa ritual. Lo siento, no estoy presentando en mi mejor idioma. Lamento que mi acento no esté claro. Perdón por modismos erróneos y circunloquios incómodos. Discúlpennme, porque mis pensamientos y mis palabras están en diferentes esferas. Estas disculpas son recordatorios de la heterogeneidad de las comunidades lingüísticas y académicas, aunque estemos de acuerdo en hablar aquí la *misma lengua*.

Por mi parte, quiero reconocer que normalmente no necesito pedir esta disculpa ritual. Tengo el privilegio de trabajar en un mundo académico que casi siempre se adapta a mi idioma más cómodo, incluso cuando trabajo con fuentes no inglesas y colegas no anglófonos. Puedo investigar e interactuar con colegas de todo el mundo debido a un desarrollo histórico muy reciente, la hegemonía del Global English.

El Global English tiene una gramática y un vocabulario diferentes de los diversos ingleses locales que aprendí cuando era niño y estudiante en Estados Unidos o con los que enseño hoy en Escocia. Pero puedo comunicarme en Global English sin mucho esfuerzo, mientras que aquellos que no crecieron con el inglés tuvieron que trabajar duro para aprenderlo y todavía están a menudo en desventaja lingüística al usarlo.

La hegemonía del inglés global tiene raíces a principios del siglo xx,¹ pero es principalmente el resultado de nuevos enredos entre la ciencia, la geopolítica y la financiación militar-industrial después de la Segunda Guerra Mundial. La traducción y la publicación son actividades costosas. Una avalancha de apoyo financiero directo e indirecto para la traducción y publicación en entornos anglófonos, en especial en Estados Unidos, convirtió al inglés en un idioma dominante de información científica. El inglés se convirtió en prácticamente obligatorio incluso para los científicos que no hablaban inglés o no trabajaban con colaboradores anglófonos.

Hay tres dimensiones conectadas que quiero destacar para la historiografía de la política de la ciencia. En primer lugar, el lenguaje está incrustado en las instituciones y es fundamental para la creación de comunidades y de la actividad científica organizada. En segundo lugar, el lenguaje está integrado en las infraestructuras. Estas dan una dimensión material a las características sociales y organizativas de la comunicación.

En tercer lugar, la traducción nunca se termina. Los actores históricos traducían constantemente entre idiomas, instituciones e infraestructuras. Se traduce en medio de condiciones de desigualdad y hegemonía. La traducción reduce algunas diferencias, pero articula otras. Debemos por lo tanto entender la traducción como un producto de y una respuesta a la heterogeneidad, pero también como una fuente de heterogeneidad.

LA HETEROGENEIDAD COMO PERSPECTIVA CRÍTICA

Para hacer hincapié en la persistencia de la heterogeneidad, me ha parecido útil utilizar la idea de *heterolingual address*, del teórico cultural Naoki Sakai, para examinar la política y la traducción en la historia de la ciencia. Sakai estudió la historia del idioma japonés y la identidad cultural japonesa.² Argumenta que ambos fueron coproducidos a través de la traducción. La lengua nacional y la subjetividad política nacional provienen de las interacciones entre comunidades lingüísticas heterogéneas y el difícil trabajo de comunicarse a través de la heterogeneidad.

Sakai distingue entre dirigirse *homolingüemente* y *heterolingüemente*. El discurso homolingüe asume la unicidad de modismos separados y la normalidad

1 Michael D. Gordin, *Scientific Babel: How Science Was Done Before and After Global English*, Chicago, The University of Chicago Press, 2015.

2 Naoki Sakai, *Translation and Subjectivity: On «Japan» and Cultural Nationalism*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1997.

del entendimiento entre comunicadores dentro de una sola lengua. Aquí, la traducción es un puente entre sistemas separados y coherentes de discurso. Por el contrario, el discurso heterolingüe considera normal la incompreensión. La comunicación y la comprensión siempre se basan en la traducción, que incluye la creación de límites entre idiomas, así como el movimiento entre idiomas.

La observación clave es que la heterogeneidad no impide el entendimiento, o, al menos, no solo lo impide. De hecho, la heterogeneidad es a menudo una condición para la comprensión. Este fue con certeza el caso la primera vez que hablé sobre mi investigación en castellano, a una audiencia sobre todo lusófona en el Museu de Astronomia e Ciências Afins, en Río de Janeiro, en 2014. El castellano era un idioma difícil tanto para mí como (igualmente, pero diferentemente) para mi público, pero funcionaba como un compromiso (o pivote) heterogéneo y parcial que nos permitía entendernos de manera funcional.

En la historia de las matemáticas, la distinción de Sakai se puede aplicar tanto a las lenguas nacionales como a los marcos matemáticos o conceptuales. Ambos son, respectivamente, en teoría, discursos muy homolingües. Las matemáticas se definen por la coherencia y unicidad de sus regímenes discursivos, y la posibilidad de comprensión absoluta. La afirmación ampliamente suscrita de que las matemáticas dan un lenguaje universal ha ocupado un lugar destacado en los argumentos matemáticos, filosóficos y políticos, así como en sus intersecciones.

Sin embargo, históricamente, tiendo a ver mucha más evidencia del discurso heterolingüe en matemáticas. Prestar atención a la traducción y la incompreensión enriquece los relatos históricos de los y las matemáticos, así como de las ideas matemáticas.³ A menudo, los dominios de los modismos nacionales y matemáticos se mezclan. Por ejemplo, he argumentado que los movimientos de vernacularización en el siglo xvi implicaban la traducción simultánea de conceptos nacional-lingüísticos y matemáticos, y de medios de representación.⁴ Esto se ejemplifica en el libro de Leonard y Thomas Digges, el *Pantometria* de 1571, un tratado geométrico de dos matemáticos ingleses (padre e hijo) comprometidos con la creación de una geometría inglesa. Esta geometría sería conceptual y prácticamente distintiva, no solo distinta en su idioma. La

3 Michael Barany, «Integration by Parts: Wordplay, Abuses of Language, and Modern Mathematical Theory on the Move», *Historical Studies in the Natural Sciences*, 48/3, 2018, pp. 259-299; Id., «Organizational Practice in the Heterolingual Archive [Práctica organizacional no arquivo heterolingual]», *Em Construção: arquivos de epistemologia histórica e estudos de ciência*, 7, 2020, pp. 19-27.

4 Michael Barany, «Translating Euclid's Diagrams into English, 1551-1571», en *Philosophical Aspects of Symbolic Reasoning in Early Modern Mathematics*, Albrecht Heeffer y Maarten Van Dyck eds., Londres, College Publications, 2010, pp. 125-163.

intención explícita de los autores era que su libro motivara a los matemáticos extranjeros a aprender el idioma nacional en el que escribieron el libro.

He utilizado esta perspectiva para explicar la globalización de las matemáticas en el siglo xx. Antes de mediados del siglo xx, era inusual que los matemáticos esperaran que su trabajo y sus redes intelectuales se extendieran a múltiples continentes. Esta escala multicontinental se volvió rápidamente normal en la segunda mitad del siglo xx, bastante tarde en comparación con otras ciencias.⁵ Se basó en los cambios institucionales y de infraestructura que comenzaron en la década de 1920 y, al igual que el *Global English*, se aceleraron después de la Segunda Guerra Mundial. Las fundaciones filantrópicas, las sociedades matemáticas nacionales e internacionales y los patrocinadores gubernamentales y militares contribuyeron a nuevas redes que permitieron a los matemáticos establecer vínculos entre continentes.

Estas redes producían coherencia y conexión a través de la adaptación y traducción heterogéneas. En el resto de este capítulo, daré cuatro breves ejemplos de dicha adaptación y traducción. Me centraré en los nombres personales, un aspecto del lenguaje que a menudo no se considera que necesite traducción, al menos cuando se trata del mismo alfabeto. Sin embargo, vistos heterolingüemente, estos nombres son parte de complejos más grandes de traducción que ayudan a explicar las matemáticas mundiales. Precisamente porque no parecen requerir traducción, las transformaciones de los nombres propios pueden dar una visión especial de la construcción heterogénea de comunidades científicas que atraviesan geografías e idiomas.

NOMBRES BUROCRÁTICOS

El primer ejemplo es el nombre de Harry Milton Miller, un oficial de la Fundación Rockefeller. O mejor, sus tres nombres.⁶ Miller fue el intermediario principal de los proyectos de la Fundación Rockefeller en las ciencias naturales (incluidas las matemáticas) en América del Sur a mediados del siglo xx. Esto implicó traducir entre diferentes contextos de investigación matemática y diferentes experiencias y expectativas de los investigadores matemáticos.

5 Michael Barany, *Distributions in Postwar Mathematics*, tesis doctoral, Princeton University, 2016.

6 Michael Barany, «The Officer's Three Names: the formal, familiar, and bureaucratic in the transnational history of scientific fellowships», en *How Knowledge Moves: Writing the Transnational History of Science and Technology*, John Krige ed., Chicago, The University of Chicago Press, 2019, pp. 254-280.

También implicaba traducir entre las condiciones políticas y diplomáticas, así como las circunstancias institucionales para las finanzas y los viajes.

Comparando los registros de Miller en los archivos de Rockefeller con materiales en otros lugares —papeles conservados por matemáticos, burócratas, y otros en archivos, de Nueva York a Montevideo— se pueden ver tres nombres personales distintos. El «Señor Miller» (en castellano como *señor* o *Sr.* o en inglés como *Mr.* u ocasionalmente *Dr.* con referencia a su doctorado en parasitología) interactúa oficialmente con científicos e instituciones y establece relaciones formales. Esas relaciones requerían traducirse, por ejemplo, entre diferentes pautas de carrera en diferentes contextos nacionales. Estas traducciones permitieron a Miller evaluar los antecedentes y las perspectivas de los candidatos a becas y predecir los posibles efectos de una beca. Era necesario hacerlos legibles para los financiadores, universidades, gobiernos y otros que no compartían un lenguaje institucional común. Miller también tradujo, por ejemplo, entre las formas académicas de evaluación y las utilizadas en filantropía.⁷

Esta traducción utilizó información obtenida por Dusty, el nombre que Miller usó para recopilar información informal y confidencial. Por sus viajes extensivos, Miller cultivó una amplia red de contactos informales que podían asesorarlo sobre las personas y los sistemas que necesitaba evaluar y con los que debía interactuar para su trabajo. Científicos bien conectados como Walter Hill en Montevideo le dieron a Miller acceso a conocimiento local irremplazable, así como una compañía amigable para viajes largos en aras de recopilar información y establecer más contactos en regiones de interés. Como Dusty, Miller separó algunas interacciones en registros que invitaban a una mayor divulgación y confianza. Dusty también aparece cuando Miller encontró obstáculos en las relaciones formales e intentó encontrar soluciones alternativas, por ejemplo, cuando se le negaba una visa. Mientras el Señor Miller escribía peticiones oficiales, Dusty buscaba favores y estrategias detrás de escena.

HMM es el nombre burocrático —lo que he llamado un *burónimo* (*bureaunym*)— de Miller en el papeleo interno de la Fundación Rockefeller. Se puede ver HMM marcado en documentos que Miller leyó o anotó, y utilizado como una referencia taquigráfica a los documentos que describen los viajes de Miller u otras actividades. Este burónimo conecta los componentes de la infraestructura institucional de los que Miller dependía para administrar y evaluar proyectos y becas. Por ejemplo, HMM rastrea los informes de becarios actuales, anteriores y futuros y mantiene redes de información para la administración de becas. HMM subraya

7 Michael Barany, «Rockefeller Bureaucracy and Circumknowing Science in the Mid-Twentieth Century», *International Journal for History Culture and Modernity*, 7, 2019, pp. 779-796.

el papel de la lectura y la compilación como mecanismos de creación de redes internacionales.

Esta división permitió a Miller actuar como si los diferentes contextos nacionales e institucionales fueran fundamentalmente compatibles (una perspectiva homolingüe) mientras ocultaba la labor personal de reconciliar sus incompatibilidades (vistas desde una perspectiva heterolingüe). La multiplicación de nombres fue, para Miller y la Fundación Rockefeller, un medio de homogeneización. Dividiendo su nombre en diferentes contextos y registros, Miller manejó cómo las diferencias y distinciones podían afectar aspectos separados de sus programas. Su traducción entre instituciones, naciones y continentes dependía de minimizar estos obstáculos y fricciones.

NOMBRES EXTRANJEROS

Uno de los primeros becarios de Miller (el segundo en matemáticas de Uruguay, después de su colega Rafael Laguardia) fue José Luis Massera. He investigado la historia de la beca Rockefeller de Massera desde la perspectiva de los archivos de la Fundación Rockefeller, el archivo personal de Massera en la Universidad de la República en Montevideo, y su archivo secreto con la Oficina Federal de Investigación de los Estados Unidos. En estos lugares diversos, he encontrado perspectivas muy diferentes de cada colección.⁸ El nombre de Massera permanece relativamente estable en la historia de su beca y su carrera, pero el significado de su nombre y sus asociaciones es en consecuencia heterogéneo. Esto vale también para los nombres encontrados por Massera.

El nombre de Massera pasó a Miller como becario prospectivo a través del conjunto informal de recomendaciones e informes de Miller. Las fuentes de información de Miller fueron principalmente Walter Hill (como información informal comunicada a Dusty y al Señor Miller) y el matemático estadounidense Marshall Stone (en forma de informe transmitido a la Fundación Rockefeller y anotado por HMM). Esos informes lo llevaron a Miller a imaginar a un matemático serio y talentoso. No lo prepararon para un matemático que también era una figura política comprometida en el Partido Comunista de Uruguay.

8 Michael Barany, «Fellow Travelers and Traveling Fellows: The intercontinental shaping of modern mathematics in mid-twentieth century Latin America», *Historical Studies in the Natural Sciences*, 46/5, 2016, pp. 669-709; Barany, «The Officer's Three Names», *op. cit.* Cf. Vania Markarian (ed.), *Un Pensamiento Libre: Cartas de José Luis Massera*, Montevideo: Archivo General, Universidad de la República, 2005; Vania Markarian, «José Luis Massera, matemático uruguayo: un intelectual comunista en tiempos de Guerra Fría», *Políticas de la Memoria*, 15, 2014, pp. 215-224.

La filiación política de Massera fue una consideración menor para sus patrocinadores matemáticos y filantrópicos, pero una consideración importante para los gobiernos que regularon su capacidad para viajar. Estos asuntos políticos tenían otro significado para los funcionarios de seguridad nacional en Estados Unidos, que intentaron (fracasando a menudo) dar sentido al itinerario de Massera durante su beca. Para ellos, un nombre extranjero en combinación con una ideología considerada peligrosa y un programa matemático incomprensible fue un desafío interpretativo multivalente de significado incierto. Cada uno de ellos requería diferentes redes de comunicación para identificar y gestionar las implicaciones del comunismo de Massera.

Otras infraestructuras y sus nombres asociados produjeron diferentes significados para los planes matemáticos de Massera. Estos planes se basaban en una nueva infraestructura bibliográfica, *Mathematical Reviews*, inaugurada en 1940 como una alternativa estadounidense a un proyecto alemán para visibilizar la literatura matemática mundial en tiempo real. Del lado de Massera, *Mathematical Reviews* le ofreció un mecanismo para identificar las universidades estadounidenses y los mentores prospectivos para su beca. Estos existían solo como nombres descontextualizados, con indicaciones mínimas de geografía, estilo de curso, u otros factores de interés para un matemático visitante. La información limitada llevó a malentendidos significativos en la geografía, así como en la selección de mentores, lo que requirió cambios a mitad de la beca en el itinerario de Massera. Por ejemplo, Massera supuso incorrectamente que Los Ángeles y San Francisco estaban cerca una de otra, pero no se dio cuenta de que New Jersey y Nueva York estaban mucho más cerca.

Más adelante en la carrera de Massera, su conocimiento del ruso lo convirtió en un valioso contribuyente a *Mathematical Reviews*. Para un lector de esa revista, no había indicios de que Massera el matemático revisara artículos rusos porque Massera el comunista había aprendido el idioma. Los dos modos de su nombre personal habían colapsado en un único modo de comunicación técnica. Aún más tarde, el encarcelamiento político de Massera reintrodujo la dimensión política de su nombre matemático, y lo convirtió en un símbolo notable de la solidaridad internacional para muchos colegas en el mundo.

NOMBRES FAMOSOS

Uno de los principales matemáticos defensores de la liberación de Massera después de 1975 fue el francés Laurent Schwartz. Schwartz se encontró por primera vez con Massera cuando el francés era una estrella en ascenso de las matemáticas internacionales y el primer «misionero» en matemáticas de la

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco, por sus siglas en inglés) en América del Sur, en 1952.⁹ La misión principal de Schwartz era en Río de Janeiro, pero también visitó Montevideo, donde la Unesco tenía su sede sudamericana. Debido a las conexiones de Massera y Laguardia con Estados Unidos (financiado por la Fundación Rockefeller), Montevideo ya era considerado un centro creciente de investigación matemática, menos necesitado de una misión a largo plazo, pero capaz de beneficiarse de una breve visita del famoso Schwartz.

Schwartz ascendió con rapidez a la celebridad matemática después de la Segunda Guerra Mundial. Su ascenso se debió a la defensa de matemáticos mayores que lo vieron como un líder potencial para un mundo reconstruido de cooperación internacional en matemáticas.¹⁰ En 1950, impresionó a matemáticos de muchas naciones, incluidos muchos de América del Sur, en el primer Congreso Internacional de Matemáticos de posguerra (o primero de la Guerra Fría), en Estados Unidos. Como trotskista, inicialmente el gobierno estadounidense le negó una visa, y su asistencia al Congreso estuvo en duda hasta muy tarde. Este obstáculo para visitar Estados Unidos, sin embargo, acrecentó el interés de matemáticos de otros países para llevar a Schwartz a visitarlos. Después de su misión en Río de Janeiro de 1952, Schwartz regresó varias veces a América del Sur, donde se convirtió en un símbolo carismático de estimulantes teorías y métodos modernos para los investigadores que buscaban conexiones con una comunidad internacional.

En mi análisis de la carrera de Schwartz, he llegado a creer que se convirtió en un icono exitoso de las matemáticas modernas al representar muchas cosas diferentes para muchas personas diferentes. Como matemático puro o matemático aplicado, como joven o moderno, como idealista o activista, Schwartz representaba una heterogeneidad de personajes que podían corresponder a una heterogeneidad de contextos intelectuales, institucionales y políticos.¹¹ Schwartz se convirtió también en un icono al tener una teoría que simultáneamente significaba muchas cosas diferentes para muchas personas diferentes.¹² Su teoría era atractiva por muchas razones (a veces contradictorias)

9 Michael Barany, «Traveling Fellows», *op. cit.*

10 Michael Barany, Anne-Sandrine Paumier y Jesper Lützen, «From Nancy to Copenhagen to the World: The internationalization of Laurent Schwartz and his theory of distributions», *Historia Mathematica*, 44/4, 2017, pp. 367-394.

11 Sobre la historia de la *persona* académica en las matemáticas modernas, véase Michael Barany, «A Young Man's Game: Youth, gender, play, and power in the personae of mid-twentieth century global mathematics», en *Gender, Embodiment, and the History of the Scholarly Personae: Incarnations and Contestations*, Kirsti Niskanen y Michael Barany eds., Palgrave, 2021, pp. 21-54.

12 Michael Barany, «Integration by Parts», *op. cit.*

en diferentes lugares y para diferentes públicos. Como en los casos de Miller y Massera, el nombre de Schwartz proveía un centro o pivote de traducción entre estas representaciones y perspectivas heterogéneas. Del mismo modo, la terminología de su teoría era un pivote por la variedad de interlocutores que hizo que su teoría fuera significativa e importante.

La teoría de Schwartz es particularmente interesante como la primera de un matemático hasta entonces desconocido en obtener una comunidad de recursos incluyendo varios continentes en su primera década. De hecho, la teoría de Schwartz tenía usuarios en cada continente habitado entre su invención en 1946 y alrededor de 1960. No fue la universalidad de la teoría de Schwartz lo que hizo posible esta diseminación. Por el contrario, fue la traducción entre idiomas, conceptos, instituciones, y sistemas de reconocimiento y aclamación que facilitaron una geografía tan amplia en un lapso tan corto.

En 1954, refiriéndose a jóvenes matemáticos que habían adoptado con entusiasmo la teoría de Schwartz, el matemático senior Julio Rey Pastor decía en Argentina: «De igual modo que he visto a algunos jóvenes “bourbakistas” [...] también los entusiastas de la teoría de Lorenzo Schwartz, al llegar tras varias topologías y pseudotopologías a la definición de bipolo exclaman gozosos: ¡Por fin sabemos qué es un bipolo!».¹³ Aquí, Pastor traduce el nombre de Schwartz como *Lorenzo*, al tiempo que comenta sobre ciertas traducciones conceptuales que reconocía como transformadoras (aun cuando las considerara innecesarias). Estos actos de domesticación y alienación nomenclatural definieron cómo las personas y las ideas viajaban a través de nuevas redes.

NOMBRES IMAGINARIOS

La palabra *bourbakistas* se refiere en la cita de Pastor a un colectivo radical de matemáticos franceses (incluyendo a Schwartz) que publicaban bajo el nombre de Nicolas Bourbaki. Bourbaki tenía un origen imaginario de Europa del Este y un compromiso con el humor y el rigor que atraía especialmente a los jóvenes matemáticos de todo el mundo.¹⁴ Bourbaki es un ejemplo de cómo un nombre famoso puede ser una fuente de comunión cultural en diversos con-

13 Julio Rey Pastor, «La Matemática Moderna en Latino América», en *Segundo Symposium sobre algunos problemas matemáticos que se están estudiando en Latino América*, Villavicencio-Mendoza, 21-25 julio 1954, Montevideo, Centro de Cooperación Científica de la UNESCO para América Latina, pp. 9-30 (15-16).

14 Michael Barany, «The Mathematical Pranksters Behind Nicolas Bourbaki», *JSTOR Daily*, 24 March 2021: <https://daily.jstor.org/the-mathematical-pranksters-behind-nicolas-bourbaki/>

textos académicos y políticos, sin necesitar ser el nombre de una persona real. Un solo nombre prestó una cobertura flexible para múltiples narrativas y propuestas, incluidas las posturas radicales que habrían sido difíciles de sostener sin tal seudónimo.¹⁵

La mayoría de las historias sobre Bourbaki se centran en el contexto francés, donde nació la leyenda y donde se formuló gran parte de las matemáticas y la filosofía de Bourbaki.¹⁶ Pero he encontrado en la investigación acerca de este grupo en todo el mundo que la identificación y los usos de Bourbaki están mucho más fragmentados de lo que sugiere esta historiografía francesa. Esta fragmentación se extiende a las categorías de identidad invocadas para Bourbaki, más allá de un nombre o un colectivo. Por ejemplo, la Fundación Rockefeller identifica a Bourbaki como una unidad de investigación corporativa, mientras que Pastor ve a Bourbaki más como una facción política. Tales traducciones hicieron que las operaciones y la influencia de Bourbaki fueran legibles para los interlocutores con diferentes expectativas y marcos.

Con el nombre de Bourbaki, un colectivo de matemáticos dio una representación inusual del papel de las organizaciones en las matemáticas modernas. Las organizaciones eran responsables del apoyo financiero y material de la investigación matemática. También proporcionaron apoyo social y de infraestructura para las interacciones que hicieron posibles nuevos conceptos y entendimientos. Estas organizaciones tenían nombres, identidades e incluso personalidades que se podían ver en el trabajo que producían. En este sentido, Bourbaki cristalizó un fenómeno mucho más amplio en la transformación organizativa de la investigación matemática.

Bourbaki fue un nombre que dio lugar a más nombres. Los admiradores de la empresa Bourbaki crearon sus propios seudónimos: E. S. Pondiczery en Princeton, Blanche Descartes en Cambridge y otros. Estos seudónimos circulaban en un mundo matemático donde cada vez más interacciones entre personas tenían lugar en papel, entre nombres y palabras en lugar de cuerpos y pizarras. Este mundo dependía de extender la confianza y el reconocimiento a personas lejanas con nombres desconocidos. Los seudónimos explotaron esta confianza, pero también mostraron el potencial de esta confianza para permitir nuevas formas de comunidad e identidad.

De esta manera, el nombre y proyecto de Bourbaki tuvo un importante papel simbólico e institucional en América del Sur a mediados del siglo XX.

15 Michael Barany, «Impersonation and personification in mid-twentieth century mathematics», *History of Science*, 58/4, 2020, pp. 417-436.

16 Véase la bibliografía de Liliane Beaulieu, https://iecl.univ-lorraine.fr/files/2021/04/Liliane_beaulieu_biblio_bourbaki_20210427.pdf.

Bourbaki representaba ambiciones para la modernidad y una perspectiva mundial. El nombre también representaba las formas de confianza y solidaridad que hicieron posible que los matemáticos sudamericanos participaran en redes que cruzaban el mundo. La posibilidad de transmitir nombres o matemáticas sin que parezca requerir una traducción sustancial se basa en prácticas heterogéneas de acomodar y homogeneizar la participación de contextos diversos. El significado de los nombres reales o imaginarios cambia a medida que viajan por todo el mundo y toman forma en contextos respectivos, sujetos a traducciones abiertas y sutiles.

CONCLUSIONES

Observar la transformación mundial de las matemáticas modernas como resultado de la traducción heterolingüe es recordar el papel persistente de la heterogeneidad en la producción de ideas, identidades e instituciones comunes. Las organizaciones mundiales definidas a mediados del siglo XX dependían de una traducción heterogénea para tener en cuenta y minimizar una amplia variedad de diferencias. Estos actos de traducción son visibles en los nombres personales de matemáticos y burócratas que navegaron estas circunstancias de mundialización.

Pienso que el papel de la incompreensión en estas historias merece un mayor énfasis. La figura del matemático estadounidense Marshall Stone lo ilustra bien. Stone fue el fundador de la Unión Matemática Internacional en su restablecimiento en la segunda posguerra, después de que una desafortunada predecesora de 1920 no sobreviviera más allá de la década de 1930. Stone fue un visitante habitual de América del Sur, y uno de los primeros en identificar a Massera ante Miller como un matemático prometedor digno de la financiación de la Fundación Rockefeller. Fue un importante defensor de Schwartz y promotor de Bourbaki y sus matemáticas.

Pero no fueron solo la visión y el ingenio de Stone los que permitieron su éxito como organizador de matemáticas internacionales y mundiales. Fue la ignorancia de Stone de las condiciones políticas de los viajes internacionales lo que complicó enormemente la estadía de Massera en Estados Unidos. Fue el error de cálculo de Stone con respecto a los procedimientos diplomáticos lo que causó que la visa de Schwartz fuera denegada para el Congreso Internacional de Matemáticos de 1950. Fue el malentendido de Stone sobre las expectativas internacionales lo que cambió drásticamente sus planes para la Unión Matemática Internacional, requiriendo un papel mucho mayor para los matemáticos sudamericanos de lo planeado. Para explicar la forma y el

funcionamiento de la forma específica de las matemáticas internacionales y globales que surgieron a mediados del siglo xx, se debe considerar cómo la heterogeneidad causó grandes lapsus y malentendidos y también cómo la heterogeneidad ofreció un camino a través de estos obstáculos aparentes.

La peculiaridad de las redes científicas mundiales y la escala global de la ciencia moderna, en contraste con los supuestos del universalismo, llama a prestar atención a la base material y política de los vínculos parciales y vacilantes entre las personas y los lugares que son genuinamente difíciles de conectar. Incluso los nombres personales fueron objeto de una traducción heterogénea, lo que refleja la propia heterogeneidad en la constitución de la subjetividad científica en contextos transformados. Destacaría el papel en esta historia de la generosidad, la solidaridad, y la incomprensión en constituir redes tan precarias como transcendentales.

EPÍLOGO

ENTRE CIENCIA Y POLÍTICA: ESBOZO DE UNA INSATISFACCIÓN DOCUMENTADA

RAFAEL MANDRESSI
VANIA MARKARIAN

«We are such stuff as dreams are made on», afirma Próspero en *La Tempestad* de William Shakespeare (acto IV, escena 1): «estamos hechos de la misma materia que los sueños». He ahí dos versos célebres, ciertamente evocadores, cuya eficacia poética reside fundamentalmente en que no se dice de qué materia están hechos los sueños. El asunto queda pues abierto, tanto para los espectadores del palacio de Whitehall en 1611, como para quienes han escuchado esos versos proferidos en escena o los han leído a lo largo de los últimos cuatro siglos.

¿De qué materia está hecha la historia? Tal vez haya quien no tenga inconveniente en aceptar que es también la de los sueños. Sea. Pongámosle, empero, algo de concreción a esta idea, recurriendo a la analogía que establece Michel de Certeau entre el historiador y lo que en el Río de la Plata llamaríamos bichicome, linyera o, aún más precisamente quizá, hurgador, quien «al extraer de la basura los restos de comida o de ropa, convierte a esos objetos [...] en el sueño de la casa a la que jamás entrará, de las comidas y de las intimidades que nunca conocerá». Así, pues, «el pordiosero, etnólogo en potencia, se inventa mundos a los que nunca entrará. Lo que resucita no es más que un sueño». El historiador, según Certeau, «hace lo mismo con los restos que recaba en los archivos o en los documentos: reconstruye un mundo que nunca conocerá», y pasa así «entre los muertos, robándoles palabras» que, en última instancia, hablan de una «ausencia».¹

1 Michel de Certeau, *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, 2007, pp. 101-102. La edición original en francés, póstuma, data de 1987, y

¿Qué relación tienen estas consideraciones con el libro que aquí concluye? Más de una. La primera y obvia es que se trata de un libro de historia, cuyos capítulos lidian por lo tanto con esa ausencia irremediable de la que habla Certeau, sirviéndose de los rastros que «los muertos» han dejado como materia para los «sueños». La caracterización de la historia como disciplina onírica no es sin duda la que abrazaría la mayoría de quienes ejercemos la profesión, a pesar de lo mucho que ha sido escrito acerca de la «imaginación histórica». En muchos sentidos, les asistiría razón, aunque de todos modos convenga meditar algunos de los términos que Pedro Calderón de la Barca emplea en un par de versos de *La vida es sueño* (1635): «¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción», antes de concluir, como es sabido, que «los sueños, sueños son». Dejemos de lado la palabra *ilusión*. Si bien *ficción* aún resuena en los debates historiográficos que abrió, hace ya cincuenta años, el llamado *linguistic turn*,² la alusión más interesante en esos versos de Calderón es a la *sombra*. Más allá de lo que se piense acerca de la relación entre historia y literatura —es decir la ficción—, parece difícil sostener que no se trata de trabajar con *sombras*, esto es, negociar a brazo partido con la ausencia, habérselas con la alteridad que engendra la distancia en el tiempo —mucho o poca, al caso tanto da— y, en archivística pulsión, andar molestando a los muertos para «robarles palabras», entre otras cosas.

En todo caso, si la historia fuese sueño no lo sería con las connotaciones de vanidad que sugieren los versos de Calderón. La ensoñación histórica es la ocupación de un espacio que los rastros y los muertos dejan libre, pero que al mismo tiempo limitan y encuadran: no cualquier sueño es de recibo, todo sueño puede ser controlado, no se trata de soñar antojadizamente. «La firmeza, la solidez de los puntos en los que se engancha nuestro sueño, y el rigor del control al que le sometemos —en una palabra, la crítica histórica— es lo que da valor a nuestra profesión», decía Georges Duby en una de las conversaciones con Guy Lardreau recogidas en *Diálogo sobre la historia*.³ Las palabras de los muertos —en ocasiones también sus números y sus imágenes—, que permiten entrever acciones, voluntades, modos de existencia, situaciones y visiones del mundo, necesitan ser a la vez respetadas y traducidas. Respetadas en su singularidad, en la historicidad que no es aceptable arrebatárles, y traduci-

recoge textos de diversas épocas en la producción de Certeau, fallecido en 1986. El fragmento citado pertenece a «Historia y estructura», publicado originalmente en 1970.

2 En esa materia no puede obviarse, en cuanto respecta a la historia, la obra de Hayden White, *Metahistory. The historical imagination in 19th century Europe*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1973; tr. esp.: *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

3 Madrid, Alianza, 1988, p. 50 (1ª edición en francés: París, Flammarion, 1980).

das, sin embargo, para hacerlas inteligibles para nuestros contemporáneos. El equilibrio entre ambas operaciones es delicado e inestable, y es allí donde anidan no solo los desafíos del método, sino también los del lugar hermenéutico donde el historiador se instala. ¿Desde dónde se observa? ¿Con qué supuestos, con qué instrumentos, con qué preguntas? ¿Con qué bibliotecas auestas y en diálogo con quién? ¿Qué rastros del pasado «pone aparte», para usar otra feliz expresión de Certeau?

PERSPECTIVAS DESDE EL NUEVO MUNDO

Por obra de las inserciones institucionales y las trayectorias académicas de sus convocantes, en este libro los diálogos son euroamericanos, y las bibliotecas de quienes se sumaron a la conversación tienen zonas de intersección, pero están lejos de coincidir por entero. Es buena cosa, no porque dé lugar a alguna suerte de complementariedad, sino porque aporta su cuota de pluralismo historiográfico. Ese pluralismo es a su vez inseparable de la variedad lingüística: los idiomas representados en las referencias bibliográficas —mayormente el español, el inglés y el francés— expresan tradiciones y trayectorias intelectuales diferentes, tributarias de sus propias historias y su propio «provincialismo» epistémico, que solo puede contrarrestarse por medio de empresas colectivas donde se admita de buen grado que las provincias ajenas invadan la propia.

Vayamos ahora al lugar desde dónde se observa. No en balde las «perspectivas desde el viejo mundo» propuestas por Antonella Romano, con las que se abre este volumen, escriben «viejo mundo» con minúsculas. La alusión es tanto cronológica como político-geográfica. Se trata del mundo «moderno», más aun, alto-moderno, visto desde un enfoque que busca poner en crisis, aunque no de manera ingenua, complaciente ni simplista, el eurocentrismo que durante mucho tiempo dominó las interpretaciones de ese período y de otros. No basta, en efecto —volvamos a la metáfora—, con «provincializar Europa»,⁴ ni alcanza con la invocación de un improbable *global South*, cuyas latitudes, para empezar, son cuando menos anómalas, es decir más políticas que estrictamente geográficas (Australia, que por algo así se llama, no estaría incluida, por ejemplo).⁵

4 Se alude aquí, obviamente, a Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000. Tr. esp.: *Al margen de Europa: pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, Barcelona, Tusquets, 2008.

5 En muchos aspectos, ese «Sur global» tiene cierto aire de familia con la ya añeja categoría de «Tercer mundo», acuñada por el economista y demógrafo francés Alfred Sauvy en una

Si se ha tenido a bien leer los textos que anteceden, no hay puntos cardinales que valgan para ordenar de una vez y para siempre las dinámicas y las asimetrías en el campo relativamente restringido que nos propusimos explorar, esto es, el de las relaciones entre política y ciencias. ¿Existe una visión *sureña* o *meridional* del asunto? ¿Un lugar periférico desde donde las cosas se ven de otro modo? Sí, por cierto, aunque esa visión no sea ni desde un *Sur* poco menos que abstracto e invertebrado, ni desde una periferia homogénea y congelada en tal condición, lo cual supondría centros igualmente pétreos, tan exentos de contradicciones como ahistóricos, es decir ajenos a los procesos que los instauran tanto como los desplazan.

¿Cuáles podrían ser entonces las perspectivas (conservemos las minúsculas) desde el «nuevo mundo»? Sin duda no las que pretendieren establecer una distribución simple y esquemática entre dos espacios demarcados únicamente por la dominación y la univocidad, pero sí las que admitieran las recurrentes desigualdades geopolíticas del globo.⁶ Los capítulos de este libro, comenzando por el de la propia Antonella Romano y culminando con el de Emanuelle Birn, muestran realidades mucho más complejas, como las que analizan también José Pardo Tomás para la Nueva España del siglo *xvi*, o Wolf Feuerhahn y Michael Barany para los inicios y la segunda mitad del siglo *xx* respectivamente. El «nuevo mundo», cualesquiera sean por lo demás sus propios meridianos y septentriones, no admite soluciones de continuidad con el «viejo». Antes bien, uno y otro se determinan de manera recíproca, conectada, las más de las veces desigual, contradictoria y conflictiva. Así como la dimensión creativa de la resistencia no es ni mucho menos una novedad historiográfica,⁷ tampoco lo es

nota publicada por el semanario *L'Observateur* el 14 de agosto de 1952: «Trois mondes, une planète» (p. 5). De hecho, la creación del sintagma «*global South*» tampoco es novedosa (data de finales de la década de 1960), si bien la generalización de su uso es más reciente.

- 6 De hecho, poco hay de nuevo en esto, enfatizado ya desde 1940 por Fernando Ortiz, retomado entre otros por Ángel Rama. Del primero, véase en particular *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* [1940], Barcelona, Ariel, 1973; Cf. Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América latina* [1982], Montevideo, Arca-Fundación Ángel Rama, 1989.
- 7 Véase la nota anterior, y baste mencionar, por añadidura, en cuanto atañe por ejemplo al mundo andino, el ya clásico libro de Nathan Wachtel, *La vision des vaincus. Les Indiens du Pérou devant la conquête espagnole, 1530-1570*, París, Gallimard, 1971 (tr. esp.: *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española, 1530-1570*, Madrid, Alianza, 1976). La idea de «aculturación» manejada por Wachtel ha envejecido, por cierto, pero no la atención prestada a la reciprocidad de los intercambios, asunto abordado tempranamente, como fue dicho, por Fernando Ortiz, quien prefería referirse, en una postura crítica frente al culturalismo de la antropología estadounidense, a la «transculturación». Cf. Serge Gruzinski, *La Colonisation de l'imaginaire: Sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, xvi^e-xviii^e siècle*, París, Gallimard, 1988; tr. esp., corregida y aumentada respecto de la primera edición francesa: *La colonización de lo*

la idea correlativa de espacios de transacción en los que se urden y tramitan apropiaciones de saberes y de prácticas, negociadas a veces bajo coacción y marcadas por las tácticas para eludirla.

Dicho esto, importa dar un paso más, rizar un poco más el bucle e interrogarse, a la luz de esas conexiones densas y problemáticas entre *nuevos* y *viejos* mundos, sobre la propia situación de quienes participamos hoy en empresas intelectuales cuyo propósito es ofrecer algún tipo de inteligibilidad sobre fenómenos y procesos sociales, culturales y políticos del pasado. Digámoslo así: ¿cómo sacar partido de la acumulación historiográfica para procesar, reflexivamente, las preguntas sobre el *lugar* desde donde pensamos y nos expresamos? Una respuesta, con seguridad obvia, pero no trivial, es que ni bien se adopta un punto de vista descentrado, Europa deja de ser la de siempre. Ya no se parece a sí misma, no es el mero epítome de la modernidad colonizadora, cuna y féretro de una potentísima cultura devorada por sus propias metástasis, hogar sucio de una civilización que también es barbarie. Ese retrato que ensalza y denigra a la vez satisface a muchos, tanto en la propia Europa como en América. Es cómodo, caramba. Pero las cosas son más complicadas. Tanto, que no basta con el expediente de desplazar la mirada: una perspectiva desde el «nuevo mundo», en efecto, no garantiza por sí sola inflexiones significativas respecto del eurocentrismo, no proporciona necesariamente contrapuntos aptos para desarticularlo; antes bien, a menudo lo refuerza, al asumirse como una voz que se alza desde los márgenes. He ahí lo que conviene tanto evitar como examinar: evitar la institución de la propia mirada como marginal, y examinar las maneras según las cuales se instituye históricamente la mirada que se identifica a sí misma como subalterna.

La discusión a fondo de estos asuntos excede con mucho los alcances de este libro, pero mencionarlos permite encuadrar su vocación, que privilegia, por lo pronto, el carácter situado de los objetos y fenómenos a estudio. Situado, esto es, vinculado de manera específica a una situación, que a su vez remite a un sitio, en el sentido más amplio de la palabra. La historia puede ser así científicamente decepcionante, en tanto reconoce la fecundación de sus asuntos por el lugar y la contingencia y no necesariamente se aviene a disponer su oferta de inteligibilidad según esquemas generales y transponibles en el tiempo y el espacio. Ello daría pie a la apertura de otras discusiones, sobre la (in)commensurabilidad y la (dis)continuidad, entre otras, en las que tampoco es posible internarse aquí, ni siquiera a título de revisión sucinta de la literatura historiográfica al respecto.

Valga, sin embargo, en este volumen y en lo que refiere a la condición situada de los análisis, el ensayo de Irina Podgorny sobre la Argentina de las expediciones científicas tardo-decimonónicas, tan incomprensibles fuera de su «situación» como las contrastantes operaciones de construcción institucional científica en el Uruguay de la segunda mitad del siglo xx, estudiadas por Lucas d'Avenia y María Eugenia Jung. Otro tanto ocurre con la España académico-política del siglo xix (Elodie Richard), así como con las coyunturas que en el Uruguay contemporáneo puntúan las trayectorias sociopolíticas de la diversidad sexual (Diego Sempol) o la producción de discursos mediáticos en materia ambiental (Mariana Achugar, Gelsi Ausserbauer y Judy Gutiérrez). Situado es también, casi por antonomasia y en escalas espaciales múltiples, el papel de los médicos vinculados al contexto curial en la España de Felipe II, insertos a la vez en el horizonte imperial de la monarquía universal hispánica y en las tareas concretas de organización de los lugares físicos donde esa misma monarquía pretende absorber el saber del mundo (Elisa Andretta). La Francia del siglo xvii, restañando a duras penas las heridas de las guerras de religión, lidia menos con las vastedades geográficas que con las irrupciones de lo sobrenatural, donde las pericias médicas inciden, a largo plazo, en la redistribución del saber y el poder (Rafael Mandressi). Incluso las *lecciones* a extraer de la pandemia de covid-19 (Diego Armus) son *situadas*: lo son en el tiempo —un presente dilatado— y también intelectualmente, en tanto interpelación que atañe, hoy, a la historia y a las ciencias sociales.

CIENCIAS, HISTORIA Y POLÍTICA

Este es, como ha quedado dicho, un libro de historia. Si se quisiera especificar aún más un casillero donde ubicarlo, se trata de un libro de historia de las ciencias. Ese casillero, no obstante, hace tiempo que ha dejado de ser del todo confortable. Convendría, en primer lugar, ampliar la etiqueta, y hacer referencia a la historia de las ciencias, la medicina y las tecnologías, cuyo desarrollo en las últimas cuatro o cinco décadas ha sido irrigado no solo por la historia social, cultural, intelectual, material, global, de las instituciones y del libro, entre otras, sino por el conjunto de las humanidades y las ciencias sociales. Esa realidad historiográfica plural en cuanto a sus vecindades disciplinarias está presente, en la medida de lo que este volumen ha podido reunir, en los capítulos que lo componen. No obstante, es oportuno señalar al respecto que el diálogo entre historia y ciencias políticas deja que desear y que este libro, de forma paradójica, no contribuye mayormente a subsanar ese déficit. Teniendo por una vez la palabra, aprovechemos para echarle la culpa a una ciencia política

preocupada, ante todo, por ser *ciencia*, lo cual parece implicar, en muchos casos, un uso meramente instrumental y presentista de la historia, a saber, el aderezo de sus análisis con la consabida *profundidad histórica*, que consiste, de hecho, en aplanar el pasado para convertirlo en preámbulo, antecedentes, prolegómenos, contexto, pero no alteridad. Este proceder no es privativo de las ciencias políticas, por cierto; abunda también en otras ciencias sociales, donde el tiempo como productor de singularidad radical y la vocación de hacer *ciencia* se dan al parecer de bruces, como solía considerarse en el siglo XIX.

A distancia de esa concepción y de ese tipo de usos de la historia, se sitúa, en cambio, lo que corresponde propiamente a una historia política que presta atención a las (micro)estrategias —situadas, una vez más— de construcción y de distribución del poder, así como a la dinámica compleja de las relaciones de fuerza en contextos sociales e institucionales determinados. Una historia que, cuando se cruza con la de las ciencias, conduce a interrogar en conjunto el saber y el poder,⁸ esto es, los circuitos de coproducción de conocimiento y de decisión, el sistema de interacciones en el que se insertan las ciencias como actividad social con capacidad de acción e interlocución políticas, y la economía de sus mediaciones —las trayectorias de la palabra experta, por ejemplo, en los círculos variados y más o menos restringidos que atraviesa, así como su función al intervenir en la esfera pública—. He ahí, en resumidas cuentas, las preguntas a las que obedece esta operación intelectual y, al fin, editorial, emprendida bajo el signo de la pandemia de COVID-19, pretexto y motor de producir, con ello, historia.

Resta evocar los supuestos que vertebran la empresa; algunos de ellos habrán podido advertirse en los párrafos anteriores. Afirmemos ahora redondamente el que tal vez revista mayor importancia, ya que, en cierto modo, envuelve y significa todo lo demás: la historización radical, vale decir la lectura del «diario del sábado»,⁹ que no el del lunes. O, por decirlo de otro modo,

8 Resulta prácticamente obvio, por no decir automático, que evocar la relación entre saber y poder conduzca a remitir a la obra de Michel Foucault. Es injusto y problemático, sin embargo, que los análisis foucauldianos absorban el asunto. Baste mencionar, en esa materia y en ocasiones en abierta discordancia con los planteos de Foucault, los trabajos del historiador de la medicina (también francés) Jacques Léonard (véase, en particular, *La médecine entre les pouvoirs et les savoirs: histoire intellectuelle et politique de la médecine française au XIX^e siècle*, París, Aubier-Montaigne, 1981); se podrá degustar la discreta y elegante demolición de *Vigilar y castigar* (1975) por parte de Léonard en «L'historien et le philosophe», *Annales historiques de la Révolution française*, 49/2, 1977, pp. 163-181 (reimpreso en la colección póstuma de escritos de Léonard, *Médecins, malades et société dans la France du XIX^e siècle*, París, Sciences en situation, 1992, pp. 197-215).

9 Véase Vania Markarian, «El Congreso por la Libertad de la Cultura fue parte del campo cultural de las izquierdas», entrevista con Aníbal Corti, *Brecha*, 23 de diciembre de 2020.

un agnosticismo metodológico que decide, voluntariamente pues, esforzarse por ignorar el resultado del partido a la hora de analizarlo. Nada *estaba escrito* (¿dónde, por lo demás?), ni el curso ulterior de los acontecimientos era inexorable. Cada situación tiene su futuro, por cierto, pero ello no significa que sea el único posible: sin admitir la indeterminación relativa de los procesos históricos, la inteligencia del pasado queda renga, con seguridad miope, y quizá también sorda. Renga, porque camina con su pie hábil en el presente; miope, en tanto los contornos de lo que el tiempo instaure como específico se vuelven borrosos; sorda, por último, porque hay voces que no se escuchan, descartadas en virtud de su extrañeza, ya que se han vuelto inaudibles a fuerza de parecer incomprensibles. Voces de epidemia como las que Pardo Tomás trae a la superficie colonial de la Nueva España, voces endemoniadas que los médicos del siglo xvii procuran descifrar, o voces capaces de hacer mutar las identidades, tal como lo muestra Barany respecto de las comunidades matemáticas del siglo xx. Y así. También es cierto, sin embargo, a riesgo de parecer siempre insatisfechos, que anida en este esfuerzo colectivo el deseo de reconocer algunas estructuras más estables, algunas recurrencias identificables, un anhelo que la historiografía contemporánea no parece terminar de resolver, pero que en su pasado tuvo sus momentos de preponderancia.

Va de suyo que en ninguno de estos diálogos, preguntas, enfoques y supuestos este libro acaricia veleidad alguna de ser inaugural: se inscribe, antes bien, en un cúmulo de trabajos centrados en las aristas políticas del saber — las más de las veces de manera expresa y articulada, otras veces a la manera del Monsieur Jourdain de Molière, que hablaba en prosa sin saberlo—. ¹⁰ Se admitirá, sin embargo, que a la hora de cerrar el volumen hagamos hincapié, a título de exhortación, en el interés de ampliar el espacio de las *políticas de la ciencia* en las agendas de investigación, en especial en el ámbito académico uruguayo. Digámoslo así: entendidas como programa historiográfico, las *políticas de la ciencia* merecen mejor suerte institucional que la que han tenido hasta el presente. Es más, un observatorio uruguayo en la materia es un horizonte deseable, en particular si se lo considera como un lugar desde donde abonar las perspectivas desde el nuevo mundo en el enfoque esbozado algunos párrafos más arriba. En otras palabras, un observatorio en el estricto sentido de punto desde donde observar, y no la arena intramuros donde el avestruz historiográfico hunde su cabeza en indagaciones umbilicales.

¹⁰ Se nos dispensará de ofrecer referencias al respecto, cuya lista lejos está de caber en una nota. Varios de esos trabajos, por lo demás, han sido citados en los capítulos que componen el libro y están recogidos en la bibliografía final.

Marginal por construcción, que no necesariamente por naturaleza (aunque a veces se lo presume por antonomasia), ese observatorio uruguayo puede por ello mismo ser apto para revisitar, por ejemplo, el papel de los saberes científicos y técnicos en las conexiones atlánticas euroamericanas entre la modernidad tardía y la contemporaneidad incipiente,¹¹ así como también puede ser útil a la hora de interrogar a distancia otros espacios, que implican a su vez otras duraciones, por completo ajenas a las existencias lábiles de lo uruguayo —u oriental—: Banda, Provincia, República. Nada impide, por ejemplo, que el Estado da India portugués en Asia, los circuitos filipino-novohispanos del imperio español (el Galeón de Manila) y ni que hablar los de la trata esclavista, sean observados desde Montevideo, incluso como si se tratase de historia local.¹² Lo local, al fin y al cabo, no existe en sí mismo: es tan solo una escala, una decisión acerca de dónde poner el ojo, a veces en apariencia evidente, otras veces inesperada, siempre conectada con otras. Los saberes, indisolubles de sus coordenadas sociopolíticas de producción y de uso, también se despliegan según geografías que importa desagregar e integrar a la vez: las «políticas de la ciencia» conducen o pueden conducir a conectar Montevideo con Santiago y Lima (triangulando quizá con Cádiz),¹³ con Manila y Acapulco, con Río de Janeiro, Lisboa y eventualmente Goa, quizá con Asunción y con seguridad con Córdoba, también con París, Madrid, Londres y Berlín, con Nueva York y Chicago, además de la obvia Buenos Aires.¹⁴

El asunto no es, entiéndase bien, multiplicar los nodos ni forzar las conexiones de manera de forjar artificialmente una suerte de Montevideo global ni, menos aún, abrazar el desvarío de una «historia mundial» de Uruguay a la manera de las que han sido elucubradas en algunos contextos académi-

11 Nótese al respecto, por ejemplo, el desarrollo entre 2021 y 2023 de un proyecto adoptado por el programa francés *ECOS-Sud* sobre «Saberes del Estado en el Río de la Plata y circulaciones transatlánticas: ideas, prácticas y actores (siglos XVIII-XX)», que reúne investigadores y doctorando/as de la EHESS de París y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República. Cf. el coloquio internacional «Saberes, ciencias, técnicas y construcción del Estado en Iberoamérica, 1790-1870», organizado por Annick Lempérière y Clément Thibaud en París entre el 29 y el 31 de enero de 2015, reseñado por el propio Thibaud en el *Bulletin français d'études andines*, 44/1, 2015, pp. 161-163.

12 No hace falta decir que en el caso del esclavismo lo es propiamente.

13 Véase Mariana Labarca, «Los libros de medicina en el Chile del siglo XVIII: tipologías, propietarios y dinámicas de circulación», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 47/2, 2020, pp. 345-371.

14 Véase, por ejemplo, Miguel de Asúa, *La ciencia de mayo: la cultura científica en el Río de la Plata, 1800-1820*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.

co-editoriales europeos.¹⁵ Nada de eso. Se trata de otra cosa, aparentemente más modesta y quizá obvia, pero en realidad más sustancial, que consiste en afirmar la necesidad de hacer respirar las historias concebibles y realizables de las ciencias fuera de un recinto delimitado por fronteras nacionales y por cierta idea de «lo nuestro», que, aun sin definir con claridad a quiénes abarca ese *nosotros*, da a esas historias un tono cuasi patrimonial —cosas que, quién sabe por qué, *nos* pertenecen—.

No es este un alarido crítico —o sí, pero no indiscriminado, ya que sería injusto—, sino una toma de partido contra el confinamiento en la escala nacional. Es una profesión de fe, una posición, obviamente debatible, que bien podría traducirse, a modo de ilustración, en un puñado de preguntas concretas sobre una publicación relativamente reciente: ¿qué hacer, por ejemplo, con el *Diario de historia natural* de Dámaso Larrañaga, elevado en 2015 al bronce —siempre sin bruñir, empero— de la colección ministerial Clásicos Uruguayos? ¿Qué significa *historia natural* en las dos primeras décadas del siglo XIX? ¿Cómo se insertan Larrañaga y su diario en una historia de las ciencias que dialogue con la dimensión política del saber naturalista? ¿Qué referencias, qué lecturas, directas o indirectas, antiguas o contemporáneas, nutren las observaciones, los modos de escribir y de describir de Larrañaga? ¿Qué historias naturales tuvo a disposición? ¿Cómo el comercio de libros puso a su alcance obras capaces de fungir como modelos de organización y escritura? ¿Qué introduce en la historia natural —si algo introduce— la visión de un eclesiástico católico contradictoriamente inmerso en las turbulencias independentistas del Cono sur de América? Y, por último, ¿qué hay de *uruguayo* en ese *clásico*? ¿Qué importa más en esa operación editorial, el presbítero patrio o la historia natural?

He ahí cuestiones, por no decir cuestionamientos, que sería esclarecedor integrar a la hora de estudiar la historicidad política de las producciones científicas de prohombres del saber en el remoto sureste americano, como este cura a menudo encajonado en disquisiciones de tipo borgiano sobre «el tema

15 En Francia, particularmente, donde a iniciativa y bajo la dirección del medievalista y profesor en el Collège de France Patrick Boucheron la editorial Le Seuil publicó, en 2017, una *Histoire mondiale de la France* a la que contribuyeron 122 colaboradores. La empresa fue penosamente emulada en Italia, donde, pocos meses después, bajo la dirección de Andrea Giardina, con la colaboración de Emmanuel Betta, Maria Pia Donato y Amedeo Feniello, se publicó *Storia mondiale dell'Italia* (Roma, Laterza, 2017). Al año siguiente, la misma editorial Laterza publicaba además una *Storia mondiale della Sicilia* dirigida por Giuseppe Barone, así como, en 2021, una *Storia mondiale degli ebrei*, que no es sino la traducción de la *Histoire des Juifs* dirigida por Pierre Savy, publicada por las Presses Universitaires de France en 2020. Las «historias mundiales» no han dejado de multiplicarse: a modo de ejemplo adicional, Cataluña tiene la suya desde 2018 (Barcelona, Edicions 62), dirigida por Borja de Riquer y escrita en catalán, faltaba más, puesto que es mundial.

del traidor y del héroe», entre Patria Vieja y autoridades cisplatinas. Su historia natural está ahí, a disposición, para ser interrogada en la coyuntura de la provincia Oriental, pero también desde fuera, y quizá comparada con lo que ofrecen, aun cronológicamente a distancia, otros escritos, como la *Argentina y conquista del Río de la Plata* de Martín del Barco Centenera (Lisboa, 1602), el diario de viaje al Río de la Plata de Hendrik Ottsen (Amsterdam, 1603) o, décadas después, el *Account of a voyage up the river de la Plata*, de Ascarate du Biscay (Londres, 1698), además de los informes de los naturalistas franceses de los siglos XVIII y XIX, entre otros.¹⁶

LA MATERIA DE LOS SUEÑOS

Dejemos empero en suspenso a Dámaso Larrañaga y sus escritos naturalistas, cuya mención solo viene a cuento aquí como invitación a servirse, por ejemplo, de una celebridad provincial como terreno donde explorar las vías posibles que conduzcan, precisamente, a perforar el provincialismo. Ejercicios similares de imaginación historiográfica podrían aplicarse al esfuerzo panamericano de salud perinatólogica que Roberto Caldeyro se empeñó en instalar en el piso 16 del Hospital de Clínicas al fin de los agitados años setenta o a la informada insatisfacción académica que llevó a José Luis Massera a dejar a los matemáticos de la costa oeste por los más afamados emigrantes europeos del este de Estados Unidos en los albores de la Guerra Fría.

Para concluir, volvamos más bien al comienzo. Repetirse no es reprochable, sobre todo si se trata de insistir en lo esencial: en todos los intentos por trazar y comprender los itinerarios históricos de las sociedades en relación con los saberes que producen, consumen, transforman, intercambian, descartan y traducen, hay (siempre habrá) huecos e intersticios, todos ellos librados, si de historia profesional se trata, a la elaboración de conjeturas metódicamente controladas. En el pasado, en suma, hay baldíos que solo pueden ser poblados por alguna suerte de sueños. Existen los que produce la ficción pura, el ejercicio libre de hilar imaginaciones y saturar con ellas el espacio de lo conjeturable, fijándolo en formas y significados cuyo éxito depende de los poderes de la escritura. También existen los sueños despiertos de historiadores e historiadoras que, a diferencia del Próspero de Shakespeare dicen expresamente de qué materia están hechos. Navegando en el mar de las fuentes (archivos, impresos, imágenes), esos profesionales saben, además, desmintiendo a Cal-

16 Véase por ejemplo Yves Laissus (ed.), *Les Naturalistes français en Amérique du Sud, XVI^e-XIX^e siècles*, París, CTHS, 2005.

derón de la Barca, que los sueños no siempre «sueños son». Se trata para ellos de caminar en el filo de la cornisa, siguiendo las huellas de lo que fue o ha sido, husmeando, circunspectos, en los restos del pretérito y produciendo, al mismo tiempo, ensoñaciones firmes capaces de narrarlo, tejiendo así el espesor de los tiempos y dándole un sentido a la vez plausible y controlable.

He ahí la textura —el tejido— de la labor historiográfica, que vale por supuesto para la historia de las ciencias, de los saberes, de la medicina, de la tecnología. Nada significativo distingue la historia a secas de esas historias que, como otras, se singularizan por sus objetos; por lo demás, valga la gruesa redundancia, no son sino historia —aunque a veces elijan llamarla *epistemología histórica*, como en el Instituto Max Planck de Berlín—. ¹⁷ En esa «historia historiadora» de las ciencias ¹⁸ hay relaciones de fuerza, dinero, intereses, carreras a construir, malentendidos, disputas, patronazgos, instituciones e institucionalizaciones, solidaridades intelectuales mezcladas con afinidades personales, circuitos editoriales que también son comerciales, y así. Carne y sangre, en suma. Sociedad y suciedad, para citar a Quino en boca de Mafalda —¿o acaso hay sociedad sin suciedades que no esté sencillamente muerta?—.

De esas «suciedades», del anclaje del saber en las coordenadas sociopolíticas que lo hacen posible, lo legitiman y lo vuelven operativo trata este libro, a título por cierto modesto y parcial, aunque hasta cierto punto programático en cuanto refiere a la historiografía uruguaya. Sin ser virgen, el terreno de entrecruzamiento de la historia de las ciencias con la historia política, la historia social y la historia intelectual aparece, en Uruguay, escasamente habitado por

17 Max-Planck-Institut für Wissenschaftsgeschichte (MPIWG). El sintagma «epistemología histórica», que remite en el fondo a una historia filosófica de las ciencias, pertenece fundamentalmente a una tradición francesa que nadie ha encarnado mejor que Georges Canguilhem, médico y filósofo, eslabón fundamental en una cadena que une, de una mitad a la otra del siglo xx, a Gaston Bachelard con Michel Foucault, por citar solo un triángulo de celebridades. Las versiones berlinesas (o chicago-germánicas) del asunto, promovidas, por ejemplo, por Hans-Jörg Rheinberger o Lorraine Daston, si bien no abrevan más que accesoriamente en esas aguas francesas, no están exentas de tentaciones filosóficas cuyo principal deleite es conceptualizar, en ocasiones tostándose al sol de un internalismo bien temperado.

18 La fórmula, bastante más eufónica en su versión original en italiano («una storia storica»), pertenece no obstante al francés Jacques Roger y data de 1984, con la publicación de «Per una storia storica delle scienze» en el *Giornale critico della Filosofia Italiana* (anno LXIII [LXV], fac. 3, pp. 285-314). El texto fue recogido posteriormente, en traducción francesa, en una colección de textos de Roger publicada algunos años después de su fallecimiento en 1990: «Pour une histoire historienne des sciences», en *Id.*, *Pour une histoire des sciences à part entière*, París, Albin Michel, 1995, pp. 45-73. Las perspectivas esbozadas por Jacques Roger en la primera mitad de los años ochenta han envejecido, por cierto, pero no así el sentido general de su alegato. Sobre Roger, véase la introducción de Claude Blanckaert al volumen citado: «Raison humaine et principe d'historicité: lecture de Jacques Roger», pp. 9-42.

obras y esfuerzos recientes.¹⁹ De contribuir a poblarlo se trata, dándole en esto la derecha, al menos en la elección de las palabras, al Próspero de *La tempestad*: el asunto es, en definitiva, unificar los sueños y la materia, esto es, fundar empíricamente una pretensión de veracidad, siempre asintótica, o, apelando esta vez a Calderón, perseguir la «sombra» y, aún sin darle del todo alcance, disiparla en parte, arrojando algo de luz.

- 19 Véase, en la producción historiográfica de los últimos años, Nicolás Duffau, *Historia de la locura en el Uruguay (1860-1911). Alienados, médicos y representaciones sobre la enfermedad mental*, Montevideo, Universidad de la República, 2019; Vania Markarian, *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*, Montevideo, Debate, 2020. Cf. María Laura Martínez, Amílcar Davyt y Adriana Chiancone, *Políticas científicas, tecnológicas y de innovación en el Uruguay contemporáneo, 1911-2011*, Montevideo, Agencia Nacional de Investigación e Innovación, 2012. Tras la obra Arturo Ardao y, sobre todo, de Blanca París de Oddone y Juan Antonio Oddone en la segunda mitad del siglo xx, otros trabajos se han focalizado en historias institucionales, en particular referidas a la Universidad de la República; véase, de Blanca París de Oddone, *La Universidad de la República en la formación de nuestra conciencia liberal*, Montevideo, Universidad de la República, 1958, y *La Universidad de la República desde la crisis a la intervención, 1958-1973*, Montevideo, Universidad de la República, 2010; Cf. Ead. y Juan Antonio Oddone, *Historia de la Universidad de Montevideo: La universidad vieja, 1849-1885*, Montevideo, Universidad de la República, 1963, y *La universidad uruguaya entre el militarismo y la crisis, 1885-1958*, Montevideo, Universidad de la República, 1971; entre la producción más reciente, véase, por ejemplo, Esther Ruiz et al., *Memorias de una profesión silenciosa: Historia de la ingeniería en Uruguay*, Montevideo, Universidad de la República-Facultad de Ingeniería, 1997; Ead. (ed.), *Una poderosa máquina opuesta a la ignorancia: 100 años de la Facultad de Agronomía*, Montevideo, Universidad de la República-Facultad de Agronomía, 2007; María Laura Martínez, *75 primeros años en la formación de los ingenieros nacionales: Historia de la Facultad de Ingeniería, 1885-1960*, Montevideo, Facultad de Ingeniería de la Universidad de la República, 2014. En otro registro, se ha prestado atención a trayectorias individuales, ya sea en una perspectiva biográfica más o menos clásica o asentada en la edición, estudio y presentación de materiales documentales conservados en el Archivo General de la Universidad (AGU). Véanse, entre otras publicaciones de los tres últimos lustros, Vania Markarian (ed.), *Un pensamiento libre: Cartas de José Luis Massera*, Montevideo, AGU, Universidad de la República, 2005; Alcides Beretta, Roberto Caldeyro Barcia: *El mandato de una vocación*, Montevideo, Ediciones Trilce-Pedeciba, 2006; Vania Markarian (ed.), *Don Julio: Documentos del Archivo Ricaldoni*, Montevideo, AGU, Universidad de la República, 2007; Martha Inchausti (ed.), *Una vida dedicada a la matemática: Documentos del Archivo Laguardia*, Montevideo, AGU, Universidad de la República, 2007; Roberto Markarian y Ernesto Mordecki (ed.), *José Luis Massera: Ciencia y compromiso social*, Montevideo, Orbe-Pedeciba, 2010; Vania Markarian (ed.), *Universidad, investigación y compromiso: Documentos del Archivo Maggiolo*, Montevideo, AGU, Universidad de la República, 2010; María Laura Martínez (ed.), *Mario H.: Documentos del Archivo Otero*, Montevideo, AGU, Universidad de la República, 2020. La historia de la medicina, por último, merece una mención aparte, por cuanto ostenta una vitalidad editorial análoga a la que puede constatararse en otros contextos, pero que en Uruguay aparece aún más ampliamente dominada por una producción corporativa, esto es, por una historiografía no profesional, sino médica. Al margen del libro de Nicolás Duffau citado más arriba, pueden citarse en ese campo los tres volúmenes de José Pedro Barrán, *Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos* (Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1992-1995).

He ahí el pasado, remoto o reciente, indomesticable pero inteligible, sujeto a revisión, documentable e hipotético a la vez, circunscripto por las herramientas del oficio, pero aun así resbaladizo, deslizándose entre los hechos documentados y las pendientes de la interpretación. ¿Qué ciencias, qué saberes, qué técnicas o tecnologías han contribuido a crear sociedad, y cómo? El campo de estas preguntas es muy vasto, y aquí queremos —quisimos— poner a disposición un abanico de respuestas. Hay otras. Muchas. Ojalá vengan.

BIBLIOGRAFÍA

- ACUÑA-SOTO, Rodolfo *et al.*, «Megadrought and Megadeath in 16th Century Mexico», *Revista Biomédica*, 13, 2002.
- AGOSTONI, Claudia, «Médicos rurales y medicina social en el México posrevolucionario (1920-1940)», *Historia Mexicana*, 63/2, 2013, pp. 745-801.
- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, «Lecciones de un año de pandemia», *América Latina en movimiento* [en línea: <https://www.alainet.org/es/articulo/211839>], publicado el 15 de abril de 2021.
- ALBERT, Salvador Bernabéu, 1892, *el IV Centenario del Descubrimiento de América en España: coyuntura y conmemoraciones*, Madrid, CSIC, 1987.
- ALONSO, Jimena *et al.*, «Water quality in Uruguay: current status and challenges», en Ianas-Unesco, *Water Quality in the Americas: Risks and Opportunities*, Ciudad de México, Ianas, 2019.
- ANDRÉS, Gregorio de, *El cretense Nicolás de la Torre copista griego de Felipe II: biografía, documentos, copias, facsímiles*, Madrid, Artes Gráficas Benzali, 1969.
- ANDRETTA, Elisa, DESCENDRE, Romain y ROMANO, Antonella (eds.), *Un mondo di Relazioni. Giovanni Botero e i saperi nella Roma del Cinquecento*, Roma, Viella, 2021.
- ANDRETTA, Elisa y NICLOUD, Marilyn (eds.), *Être médecin à la cour, Italie, France, Espagne (XIII^e-XVIII^e siècles)*, Florencia, Sismel, 2013.
- ANDRETTA, Elisa y PARDO TOMÁS, José, «Il mondo secondo Andrés Laguna (1511?-1559): Il Dioscoride spagnolo tra storia naturale e politica», *Rivista storica italiana*, 129/2, 2017, pp. 417-456.
- ANDRETTA, Elisa y PARDO TOMÁS, José, «Books, plants, herbaria: Diego Hurtado de Mendoza and his circle in Italy (1539-1554)», *History of Science*, 58/1, 2020, pp. 3-27.
- ANDRETTA, Elisa, VALERI, Elena, VOLPINI, Paola y VISCEGLIA, Maria Antonietta (eds.), *Tramiti. Figure e strumenti della mediazione culturale nella prima età moderna*, Roma, Viella, 2015.
- ANDRETTA, Elisa y VISCEGLIA, Maria Antonietta, «I linguaggi del mondo. Religione, lingue e storia naturale: i cantieri della Biblioteca Vaticana (XV-XVI secolo)», *Rivista storica italiana*, 132/1, 2020, pp. 112-157.
- ANGENOT, Marc, *El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010.
- Annales HSS*, 2020/3-4, *Autoportrait d'une revue*, «Les échelles du monde. Pluraliser, croiser, généraliser», pp. 465-492.
- ARMUS, Diego, «Disease in the Historiography of Modern Latin America», en Diego Armus (ed.), *Disease in the History of Modern Latin America: From Malaria to AIDS*, Durham, Duke University Press, 2003, pp. 1-24.
- ASÚA, Miguel de, *La ciencia de mayo: la cultura científica en el Río de la Plata, 1800-1820*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2010.
- AUBRIOT, Luis, DELBENE, Lucía, HAAKONSSON, Signe, SOMMA, Andrea, HIRSCH, Federica y BONILLA, Sylvia, «Evolución de la eutrofización en el Río Santa Lucía: influencia de la intensificación productiva y perspectivas», *INNOTECH*, 14, 2017, pp. 7-17.
- AUBRIOT, Luis, ZABALETA, Bernardo, BORDET, Facundo, SIENRA, Daniel, RISSO, Jimena, ACHKAR, Marcel y SOMMA, Andrea, «Assessing the origin of a massive cyanobacterial Bloom in the Río de la Plata (2019): Towards an early warning system», *Water Research*, 181, 2020. <https://doi.org/10.1016/j.watres.2020.115944>

- BABINI, José, *Historia de las ciencias en la Argentina*, Buenos Aires, Solar, 1986.
- BAHAMONDE, Ángel y MARTÍNEZ, Jesús A., *Historia de España*, Madrid, Cátedra, 1998.
- BALLESTEROS-GAIBROIS, Manuel, BATAILLON, Marcel, CANEDO, R.P. et al., *La Découverte de l'Amérique, esquisse d'une synthèse, conditions historiques et conséquences culturelles*, París, J. Vrin, 1968.
- BARANY, Michael, «Translating Euclid's Diagrams into English, 1551-1571», en Albrecht Heeffer y Maarten Van Dyck (eds.), *Philosophical Aspects of Symbolic Reasoning in Early Modern Mathematics*, Londres, College Publications, 2010, pp. 125-163.
- *Distributions in Postwar Mathematics*, tesis doctoral, Princeton University, 2016.
- «Fellow Travelers and Traveling Fellows: The intercontinental shaping of modern mathematics in mid-twentieth century Latin America», *Historical Studies in the Natural Sciences*, 46/5, 2016, pp. 669-709.
- «Integration by Parts: Wordplay, Abuses of Language, and Modern Mathematical Theory on the Move», *Historical Studies in the Natural Sciences*, 48/3, 2018, pp. 259-299.
- «The Officer's Three Names: the formal, familiar, and bureaucratic in the transnational history of scientific fellowships», en John Krige (ed.), *How Knowledge Moves: Writing the Transnational History of Science and Technology*, Chicago, The University of Chicago Press, 2019, pp. 254-280.
- «Rockefeller Bureaucracy and Circumknowing Science in the Mid-Twentieth Century», *International Journal for History Culture and Modernity*, 7, 2019, pp. 779-796.
- «Organizational Practice in the Heterolingual Archive [Prática organizacional no arquivo heterolingual]», *Em Construção: arquivos de epistemologia histórica e estudos de ciência*, 7, 2020, pp. 19-27.
- «Impersonation and personification in mid-twentieth century mathematics», *History of Science*, 58/4, 2020, pp. 417-436.
- «'A Young Man's Game': Youth, gender, play, and power in the personae of mid-twentieth century global mathematics», en Kirsti Niskanen y Michael Barany (eds.), *Gender, Embodiment, and the History of the Scholarly Persona: Incarnations and Contestations*, Palgrave, 2021, pp. 21-54.
- «The Mathematical Pranksters Behind Nicolas Bourbaki», *JSTOR Daily*, 24 March 2021. Disponible en <https://daily.jstor.org/the-mathematical-pranksters-behind-nicolas-bourbaki/>
- BARANY, Michael, PAUMIER, Anne-Sandrine y LÜTZEN, Jesper «From Nancy to Copenhagen to the World: The internationalization of Laurent Schwartz and his theory of distributions», *Historia Mathematica*, 44/4, 2017, pp. 367-394.
- BARNETT, C. R., «St. Louis 1904: the Games of the 3rd Olympiad», en J. E. Findling y K. D. Pelle (eds.), *Historical Dictionary of the Modern Olympic Movement*, Westport, CN, Greenwood Press, 2004, pp. 18-25.
- BARONE, Giuseppe, *Storia mondiale della Sicilia*, Roma, Laterza, 2018.
- BARREIRO, Adriana, *La formación de recursos humanos para investigación en el Uruguay a partir de la experiencia del Pedeciba*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1997.

- BATAILLON, Marcel, «L'idée de découverte de l'Amérique chez les Espagnols du XVI^e siècle (d'après un livre récent)», *Bulletin hispanique*, LV, 1953, pp. 23-55.
- BAUER, Martin W., HOWARD, Susan, ROMO RAMOS, Yulye Jessica, MASSARANI, Luisa y AMORIM, Luis, *Global science journalism report: working conditions & practices, professional ethos and future expectations*, Londres, Science and Development Network, 2013.
- BAYCE, Rafael, *Microformas perversas de construcción de macrolegitimidad sociopolítica: el caso de los videojuegos, flippers, sus locales y usuarios*, Tesis doctoral, Instituto Universitario de Pesquisas do Rio de Janeiro, 1997.
- BAZERMAN, Charles, «Intertextuality: How Texts Rely on Other Texts», en Charles Bazerman y Paul Prior (eds.), *What Writing Does and How It Does It*, Hillsdale, Erlbaum, 2004, pp. 83-96.
- BEDNAREK, Monika, *Evaluation in Media Discourse. Analysis of a Newspaper Corpus*, Londres, Continuum, 2006.
- BEIGEL, Fernanda, «Científicos periféricos, entre Ariel y Calibán. Saberes institucionales y circuitos de consagración en argentina: las publicaciones de los investigadores del Conicet», *DADOS. Revista de Ciências Sociais*, 60/3, 2017, pp. 825-865.
- BEIGEL, Fernanda, GALLARDO, Osvaldo y BEKERMÁN, Fabiana, «Institutional expansion and scientific development in the periphery. The structural heterogeneity of Argentina's academic field (1983-2015)», *Minerva. A Review of Science, Learning and Policy*, 56/3, 2018, pp. 305-331.
- BEIGEL, Fernanda y BEKERMÁN, Fabiana (ed.), *Culturas evaluativas. Impactos y dilemas del Programa de Incentivos a Docentes-Investigadores en Argentina (1993-2018)*, Buenos Aires, Clacso-IEC/Conadu, 2019.
- BEKERMÁN, Fabiana, «Modernización conservadora: la investigación científica durante el último gobierno militar en Argentina», en Fernanda Beigel (ed.), *Autonomía y dependencia académica. Universidad e investigación científica en un circuito periférico: Chile y Argentina (1950-1980)*, Buenos Aires, Biblos, 2010, pp. 207-232.
- , *La investigación científica argentina en dictadura. Transferencias y desplazamientos de recursos (1974-1983)*, Mendoza, Ediunc, 2018.
- BERETTA CURI, Alcides, Roberto Caldeyro Barcia: *El mandato de una vocación*, Montevideo, Ediciones Trilce-Pedeciba, 2006.
- BERETTA-BLANCO, Andrés y CARRASCO-LETELIER, Leónidas, «Relevant factors in the eutrophication of the Uruguay River and the Río Negro», *Science of the Total Environment*, 761, 2021, 143299.
- BERTOL DOMINGUES, Heloisa Maria y PETITJEAN, Patrick, «International Science, Brazil and Diplomacy in Unesco (1946-50)», *Science, Technology and Society*, 9/1, 2004, pp. 29-50.
- BERTRAND, Romain (ed.), *L'Exploration du monde. Une autre histoire des Grandes Découvertes*, París, Seuil, 2019.
- BIAGIOLI, Mario, *Galileo Courtier: The Practice of Science in the Culture of Absolutism*, Chicago, The University of Chicago Press, 1993; trad. esp.: *Galileo cortesano. La práctica de la ciencia en la cultura del absolutismo*, Buenos Aires, Katz Editores, 2008.

- BIRN, Anne-Emanuelle, *Marriage of Convenience: Rockefeller International Health and Revolutionary Mexico*, Rochester, University of Rochester Press, 2006.
- «Little Agenda-Setters: Uruguay's International American Institute for the Protection of Childhood and Rights Approaches to Child Health, 1920s-1940s», *Journal of Social History of Medicine and Health*, 2/2, 2017, pp. 3-38.
- BIRN, Anne-Emanuelle y NECOCHEA LÓPEZ, Raúl, «Footprints on the Future: Looking Forward to Latin American Medical History in the Twenty-First Century», *Hispanic American Historical Review*, 91/3, 2011, pp. 503-527.
- BLASIER, Cole, *The Giant's Rival: The USSR and Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1987.
- BONILLA, Sylvia, HAAKONSSON, Signe, SOMMA, Andrea, GRAVIER, Ana, BRITOS, Anamar, VIDAL, Leticia, DE LEÓN, Lizet, BRENA, Beatriz, PÍREZ, Macarena, PICCINI, Claudia, MARTÍNEZ DE LA ESCALERA, Gabriela, CHALAR, Guillermo, GONZÁLEZ-PIANA, Mauricio, MARTIGANI, Fátima y AUBRIOT, Luis, «Cianobacterias y cianotoxinas en ecosistemas límnicos de Uruguay», *Innotec*, 10, 2015, pp. 9-22.
- BONILLA, Sylvia y AUBRIOT, Luis, «Las cianobacterias invaden las playas de nuestro país: ¿qué son estos organismos, de dónde vienen y qué podemos hacer?», Texto de divulgación. Sección Limnología, Facultad de Ciencias, Udelar, 2019. Disponible en <https://www.fcien.edu.uy/noticias/813-las-cianobacterias-invaden-las-playas-de-nuestro-pais-que-son-estos-organismos-de-donde-vienen-y-que-podemos-hacer>.
- BORDOGNA, Francesca, *William James at the Boundaries*, Chicago, Chicago University Press, 2008.
- BOUCHERON, Patrick (ed.), *Histoire mondiale de la France*, París, Seuil, 2017.
- BOUMEDIENE, Samir, *La colonisation du savoir. Une histoire des plantes médicinales du «Nouveau Monde» (1492-1750)*, Vaulx-en-Velin, Éditions des mondes à faire, 2016.
- BOURDIEU, Pierre, *Homo academicus*, París, Minuit, 1984.
- «El campo científico», *Redes-Revista de Estudios Sociales de la Ciencia del Centro de Estudios e Investigaciones de la Universidad Nacional de Quilmes*, 1/2, 1994, pp. 131-160.
- BOUREAU, Alain, *Satan hérétique. Naissance de la démonologie dans l'Occident médiéval, 1280-1330*, París, Odile Jacob, 2004.
- BOUZA, Fernando, *Imagen y propaganda. Capítulos de la historia cultural del reinado de Felipe II*, Madrid, Akal, 1998.
- BOYKOFF, Max, «The cultural politics of climate change discourse in UK tabloids», *Political Geography*, 27, 2008, pp. 549-569.
- BOYKOFF, Max, FERNÁNDEZ-REYES, Rogelio, KATZUNG, Jennifer, NACU-SCHMIDT, Ami y PEARMAN, Olivia, «The latest in a string of alarm bells about our changing climate», *MECCO Monthly Summaries*, 60, 2021.
- BRICHFEUS, Ignacio Oliver de, *Francisco Valles de Covarrubias, apellidado «el Divino»*, Madrid, A Gómez de Fuentenebro, 1866.
- BUIJS, Arjen E., ARTS, Bas J. M., ELANDS, Birgit H. M. y LENGKEEK, Jaap, «Beyond environmental frames: the social representation and cultural resonance of nature in conflicts over a Dutch Woodland», *Geoforum*, 42/3, 2011, pp. 329-341.

- BURDIEL, Isabel, *Isabel II, una biografía, 1830-1904*, Madrid, Taurus.
- CAETANO, Gerardo, «Introducción general: marco histórico y cambio político en dos décadas de democracia. De la transición democrática al gobierno de la izquierda (1985-2005)», en Gerardo Caetano (ed.), *20 años de democracia: Uruguay 1985-2005. Miradas múltiples*, Montevideo, Taurus, 2005.
- CAETANO, Gerardo y RILLA, José, *Breve historia de la dictadura*, Montevideo, CLAEH-Ediciones de la Banda Oriental, 1987.
- CAETANO, Gerardo, RILLA, José y PÉREZ, Romeo, «La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos en Partidos Políticos y sociedad», *Cuadernos del CLAEH: revista uruguaya de ciencias sociales*, 44, 1987.
- CAMACHO, Horacio, *Las Ciencias Naturales en la Universidad de Buenos Aires. Estudio Histórico*, Buenos Aires, Eudeba, 1971.
- CANIZARES-ESGUERRA, Jorge, «Iberian Science in the Renaissance: Ignored How Much Longer?», *Perspectives on Science*, 12/1, 2004, pp. 86-124.
- , *Puritan Conquistadors: Iberianizing the Atlantic, 1550-1700*, Stanford, Stanford University Press, 2006.
- , *Nature, Empire, and Nation: Explorations of the History of Science in the Iberian World*, Stanford, Stanford University Press, 2006.
- CARBONE, Fernando y PALOMINO, Yely, «La Atención Primaria en Salud: la experiencia peruana», *Revista Peruana de Ginecología y Obstetricia*, 64/3, 2018, pp. 367-373.
- CARRIÓ CATALDI, Leonardo, *Temps, science et empire Conceptions du temps au XVI^e siècle dans les monarchies ibériques*, Turnhout, Brepols, en curso de publicación.
- CARTER, Eric, «Social Medicine and International Expert Networks in Latin America, 1930-1945», *Global Public Health*, 14, 2019, pp. 791-802.
- CAVAILLÉ, Jean-Pierre, «Possession et sorcellerie en France au XVII^e siècle: d'Aix-en Provence à Auxonne», *Archives des sciences sociales des religions*, 188, 2019, pp. 141-159.
- CERTEAU, Michel de, *La Possession de Loudun*, París, Julliard-Gallimard, 1970; trad. esp.: *La posesión de Loudun*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana de México, 2012.
- , *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975; trad. esp.: *La escritura de la historia*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, 1999.
- , *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana de México, 2007.
- CHAKRABARTY, Dipesh, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 2000. trad. esp.: *Al margen de Europa: pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, Barcelona, Tusquets, 2008.
- CHAPPEY, Jean-Luc, «De la science de l'homme aux sciences humaines: enjeux politiques d'une configuration du savoir (1770-1808)», *Revue d'histoire des sciences humaines*, 15, 2006, pp. 43-68.
- CHIANCONE, Adriana, *La definición de políticas públicas en una situación de transición política: el caso del Pedeciba en Uruguay*, Buenos Aires, Deutscher Akademischer Austauschdienst, 1996.

- CHICKERING, Roger, «Das Leipziger 'Positivisten-Kränzchen' um die Jahrhundertwende», en Gangolf Hübinger, Rüdiger vom Bruch y Friedrich Wilhelm Graf (eds.), *Kultur und Kulturwissenschaften um 1900 II: Idealismus und Positivismus*, Stuttgart, Franz Steiner Verlag, 1997, pp. 227-245.
- CHOR MAIO, Marcos, «O Contraponto Paulista: Florestan Fernandes, Oracy Nogueira e o Projeto Unesco de Relações Raciais», *Antíteses*, 7/13, 2014, pp. 10-39.
- CHOR MAIO, Marcos y ROMERO SÁ, Magali, «Ciência na Periferia: A Unesco, a Proposta de Criação do Instituto Internacional da Hileia Amazonica e as Origens do Inpa», *História Ciências Saúde-Manguinhos*, 6, 2000, pp. 975-1017.
- CIFRA, *Las condiciones del ejercicio profesional de mujeres y hombres de los medios de comunicación*. Montevideo, CIFRA, APU y ONU Mujeres, 2012.
- CLARIDGET, José P., «ASEPO: una opción de lucha solidaria con las personas que viven con VIH-Sida», en *Todos contra uno. La batalla anti-Sida en Uruguay*, Tomo 1, Montevideo, La República-IDES, 1991, p. 41.
- CLARK, Stuart, *Thinking with demons: The idea of witchcraft in early modern Europe*, Oxford, Clarendon Press, 1997.
- COATS, A. W., «American Scholarship Comes of Age: The Louisiana Purchase Exposition 1904», *Journal of the History of Ideas*, 22/3, 1961, pp. 404-417.
- COMFORT, Suzannah Evans, TANDOC, Edson y GRUSZCZYNSKI, Mike, «Who is heard in climate change journalism? Sourcing patterns in climate change news in China, India, Singapore and Thailand», *Climatic Change*, 158/3-4, 2020, pp. 327-343.
- CÓRDOBA, María Liliana, «Espacio público y mediatización: aportes para un abordaje sociopolítico», *Revista Latinoamericana de Ciencias de la Comunicación*, 11/21, 2015, pp. 58-67.
- CROSLAND, Maurice y GÁLVEZ, Antonio, «The emergence of Research Grants within the Prize System of the French Academy of Science, 1795-1914», *Social Studies of Science*, 19/1, 1989, pp. 71-100.
- CUETO, Marcos, «International Health, the Early Cold War and Latin America», *Canadian Bulletin of Medical History*, 25/1, 2008, pp. 17-41.
- CUETO, Marcos, BROWN, Theodore M. y FEE, Elizabeth, *The World Health Organization: A History*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019.
- DAMAMME, Dominique, «Entre science et politique. La première science sociale», *Politix*, 29, 1995, pp. 5-30.
- DANIELSON, Ross, *Cuban Medicine*, New Brunswick, Transaction, 1979.
- DAVID-FOX, Michael, *Showcasing the Great Experiment: Cultural Diplomacy and Western Visitors to the Soviet Union, 1921-1941*, Nueva York, Oxford University Press, 2012.
- DEAR, Peter, *Revolutionizing the Sciences: European Knowledge and its Ambitions, 1500-1700*, Princeton, Princeton University Press, 2001.
- DEL CAMPO, Salustiano, FUENTES, Juan Velardes, «Real Academia de Ciencias Morales y Políticas», en Joaquín Calvo-Sotelo (ed.), *Las reales academias del Instituto de España*, Madrid, Instituto de España, 1992, pp. 296-300.

- DEL OLMO, Ismael, *Legio: posesión diabólica y exorcismo en la Europa de los siglos XVI y XVII*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2018.
- DELMAS, Corinne, *Instituer des savoirs d'Etat. L'Académie des sciences morales et politiques au XIX^e siècle*, París, L'Harmattan, 2006.
- DESCENDRE, Romain, «La 'Découverte': histoire d'une invention sémantique (premiers éléments)», en R. Descendre y J.-L. Fournel (eds.), *Langages, politique, histoire : avec Jean-Claude Zancarini*, Lyon, ENS Éditions, 2015, pp. 399-412.
- DOMÉNECH RICO, Fernando y PERAL VEGA, Emilio (eds.), *Historia del teatro español*, T. II, *Del siglo XVIII a la época actual*, Madrid, Gredos, 2003.
- DUBY, Georges, *Diálogo sobre la historia. Conversaciones con Guy Lardreau*, Madrid, Alianza, 1988.
- DUESBERG, Peter H. y YIAMOUIYANNIS, John, *AIDS: The Good News Is HIV Doesn't Cause It*, Delaware, Health Action Press, 1995.
- DYRELL, Carmen, «Discourses around climate change in Brazilian newspapers: 2003-2013», *Discourse & Communication*, 13/2, 2019, pp. 149-171.
- EISENSTEIN, Elizabeth, *The Printing Revolution in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983; trad. esp.: *La revolución de la imprenta en la edad moderna europea*, Madrid, Akal, 1994.
- ESPINOSA, Mariola, «Globalizing the History of Disease: Medicine, and Public Health in Latin America», *Isis*, 104/4, 2013, pp. 798-806.
- FACULTAD DE MEDICINA, *Ediciones Soviéticas de Medicina expuestas en la Facultad de Medicina de la Universidad de la República. Reseña de los Libros en Idioma Ruso*, Montevideo, Uruguay, 1959.
- FAIRCLOUGH, Norman, *Analysing Discourse*, Londres, Routledge, 2003.
- FANLO, Jean-Raymond, *L'Evangile du démon. La possession diabolique d'Aix-en-Provence (1610-1611)*, Ceyzérieu, Champ Vallon, 2017.
- FERBER, Sarah, *Demonic Possession and Exorcism in Early Modern France*, Londres, Routledge, 2004.
- FERNÁNDEZ, Javier R., «El surgimiento de las comisiones de energía atómica en Argentina y Brasil (1945-1956)», eä, 2/3, 2011. Disponible en www.ea-journal.com.
- FERNÁNDEZ-ARMESTRO, Felipe, *1492: the year our world began*, Nueva Delhi, Blumsbury, 2009.
- FEUERHAHN, Wolf, «Le chercheur et le discours de ses objets», *Questions de communication*, 37, 2020, pp. 217-234.
- FIELDS, Sherry L., *Pestilence and headcolds: encountering illness in colonial Mexico*, Nueva York, Columbia University Press, 2008.
- FOUCAULT, Michel, *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*, Ciudad de México, Siglo Veintiuno Editores.
- GADNITSKAIA, Marina A. y SAMSONENKO, Tatyana A., «Meditsinskoe Obsluzhivanie v Povsednevnosti Lolkhoznoi Derevni 1930-kh gg», *Vlast'* 5, 2017, pp. 192-197.
- GAMSON, William y MODIGLIANI, André, «Media discourse and public opinion on nuclear power: a constructionist approach», *The American Journal of Sociology*, 95, 1989, pp. 1-37.

- GARFIELD, Richard y WILLIAMS, Glen, *Health Care in Nicaragua: Primary Care Under Changing Regimes*, Nueva York, Oxford University Press, 1992.
- GARNOT, Benoît, *Une affaire de possession au XVII^e siècle. Les religieuses d'Auxonne (1658-1663)*, París, Imago, 2018.
- GIARDINA, Andrea (ed.), *Storia mondiale dell'Italia*, Roma, Laterza, 2017.
- GOBBI, Carina y VILLAR, Isabel, «El Sida en los medios de comunicación» en *Todos contra uno. La batalla anti-Sida en Uruguay*. Tomo 2, Montevideo, La República-IDES, 1991.
- GOETTICH, Kerry, *From frontiers to borders: the origins and consequences of linear borders in international politics*, tesis de doctorado, Londres, London School of Economics, 2019.
- GOFFMAN, Erving, *Frame Analysis: An Essay on the Organization of Experience*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1975.
- GOLDMAN, Lawrence, «The Social Science Association, 1857-1886: A Context for Mid-Victorian Liberalism», *The English Historical Review*, 101/398, 1986, pp. 95-134.
- GOMBRICH, Ernest, «Ernest Gombrich discusses the concept of cultural history with Peter Burke», *The Listener*, 90, 27th december, 1973, p. 881-883.
- GOODMAN, David C., *Power and penury: Government, technology, and science in Philip II's Spain*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.
- GORDIN, Michael D., *Scientific Babel: How Science Was Done Before and After Global English*, Chicago, The University of Chicago Press, 2015.
- GRANDA, Edmundo, «Algunas reflexiones a los veinticuatro años de la Alames», *Medicina Social*, 3/2, 2008, pp. 217-225.
- GRUZINSKI, Serge, *La Colonisation de l'imaginaire: Sociétés indigènes et occidentalisation dans le Mexique espagnol, XVI^e-XVIII^e siècle*, París, Gallimard, 1988. trad. esp., corregida y aumentada respecto de la primera edición francesa: *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español, siglos XVI-XVIII*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1991.
- GUEVARA, Sandra, *La construcción sociocultural del cocoliztli en la epidemia de 1545 a 1548 en la Nueva España*, Tesis doctoral, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 2017.
- HAHN, Roger, *Anatomy of a scientific institution: Paris Academy of Sciences, 1666-1803*, Berkeley, Los Ángeles y Londres, University of California Press, 1971.
- HALL, Alfred Rupert, *The Scientific Revolution, 1500-1800. The Formation of the Modern Scientific Attitude*, Londres, Longmans, Green & Co., 1954.
- HALLIDAY, M. A. K., *An Introduction to Functional Grammar*, Londres, Edward Arnold, 1994.
- HANSEN, Anders, «Communication, media, and environment: Towards reconnecting research on the production, content and social implications of environmental communication», *The International Communication Gazette*, 73/1-2, 2011, pp. 7-25.
- HEILBRON, Johann, *Naissance de la sociologie*, Marseille, Agone, 2006.
- HILDESHEIMER, Ernest, «Les possédées de Louviers», *Revue d'histoire de l'Église de France*, 24/105, 1938, pp. 422-457.
- HOLANDA, Nestor de, *Como Seria o Brasil Socialista?*, Río de Janeiro, Editora Civilização Brasileira, 1963.

- IGUAL, Miguel Marco, «Los médicos republicanos españoles exiliados en la Unión Soviética», *Medicina & Historia*, 1, 2009, pp. 1-16.
- «Las neurociencias y los desvaríos de la época soviética: los médicos republicanos españoles, testigos de excepción», *Revista de Neurología*, 53/4, 2011, pp. 233-244.
- INCHAUSTI, Martha (ed.), *Una vida dedicada a la matemática: Documentos del Archivo Laguardia*, Montevideo, AGU, Universidad de la República, 2007.
- JACOB, Christian (ed.), *Lieux de savoir*, t. 1, *Espaces et communautés*, París, Albin Michel, 2007.
- (ed.), *Lieux de savoir*, t. 2, *Les mains de l'intellect*, París, Albin Michel, 2011.
- JIMÉNEZ MUÑOZ, José María, *Médicos y cirujanos en «Quitaciones de Corte» (1435-1715)*, Valladolid, 1977.
- JONES, Esyllt, *Radical Medicine: The International Origins of Socialized Health Care in Canada*, Winnipeg, ARP, 2019.
- JUNG, María Eugenia, «Derechas partidarias y católicos conservadores en pos de una universidad privada y católica en Uruguay, 1961-1966», *Revista de Historia da UEG*, 10/2, 2021, e122010.
- JUNG, María Eugenia, MARTÍNEZ, María Laura y PAROLI, Pablo (eds.), *50 años del Plan Maggiolo. Historia, testimonios y perspectivas actuales*, Montevideo, Universidad de la República, 2018.
- KAPELUSZ-POPPI, Ana María, «Physician Activists and the Development of Rural Health in Postrevolutionary Mexico», *Radical History Review*, 80, 2001, pp. 35-50.
- KELLER, Renata, *Mexico's Cold War: Cuba, the United States, and the Legacy of the Mexican Revolution*, Nueva York, Cambridge University Press, 2015.
- KLEIN, Wolfram, «Los uruguayos y el medio ambiente. Una visión crítica desde 'afuera'», en *Medio Ambiente en Uruguay. Estrategias y Recursos*, Montevideo, ICD-Fesur, 1993, pp. 49-55.
- KÖHNKE, Klaus Christian, «Sinn für Institutionen. Mitteilungen aus Wilhelm Windelbands Heidelberger Zeit (1903-1915)», en Hubert Treiber y Karol Sauerland (eds.), *Heidelberg im Schnittpunkt intellektueller Kreise*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1995, pp. 32-69.
- KOYRÉ, Alexandre, *From the Closed World to the Infinite Universe*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1957; trad. esp.: *Del mundo cerrado al universo infinito*, Ciudad de México, Siglo Veintiuno Editores, 1979.
- KOYRÉ, Alexandre, *De la mystique à la science. Cours, conférences et documents, 1922-1962*, nouvelle édition revue et augmentée par Pietro Redondi, París, Éditions de l'EHESS, 2016 (1.ª ed. 1986).
- KREMENTSOV, Nikolai, «Promises, Realities, and Legacies of the Bolshevik Revolution, 1917-2017», *American Journal of Public Health*, 107/11, 2017.
- *Revolutionary Experiments: The Quest for Immortality in Bolshevik Science and Fiction*, Nueva York, Oxford University Press, 2013; Richard Stites, *Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.

- KRUK, Carla, MARTÍNEZ, Ana, MARTÍNEZ DE LA ESCALERA, Gabriela, TRINCHIN, Romina, MANTA, Gastón, SEGURA, Ángel Manuel, PICCINI, Claudia, BRENA, Beatriz, FABIANO, Graciela, PÍREZ, Macarena, GABITO, Lourdes, ALCÁNTARA, Ignacio y YANNICELLI, Beatriz, «Floración excepcional de cianobacterias tóxicas en la costa de Uruguay, verano 2019», *Revista del Laboratorio Tecnológico del Uruguay* 18, 2019, pp. 36-68.
- KUHN, Thomas S., *The Copernican Revolution. Planetary Astronomy in the Development of Western Thought*, Cambridge, Harvard University Press, 1957.
- KWIATKOWSKI, Nicolás, *Historia, progreso y ciencia. Textos e imágenes en Inglaterra, 1580-1640*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2009.
- La Revolución Rusa (octubre de 1917): impacto en Europa y América Latina*, *Historia Crítica*, 64, 2017, pp. 13-118. Disponible en <https://revistas.uniandes.edu.co/toc/historcrit/64>
- LABARCA, Mariana, «Los libros de medicina en el Chile del siglo XVIII: tipologías, propietarios y dinámicas de circulación», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 47/2, 2020, pp. 345-371.
- LAISSUS, Yves (ed.), *Les Naturalistes français en Amérique du Sud, XVI^e-XIX^e siècles*, París, CTHS, 2005.
- LAMBE, Jennifer Lynn, «Revolutionizing Cuban Psychiatry: The Freud Wars, 1955-1970», en Anne-Emanuelle Birn y Raúl Necochea López (eds.), *Peripheral Nerve: Health and Medicine in Cold War Latin America*, Durham, Duke University Press, 2020, pp. 158-184.
- LAMONT, Michèle, *How professors think: inside the curious world of academic judgment*, Boston, Harvard University Press, 2009 [1957].
- LÉONARD, Jacques, «L'historien et le philosophe», *Annales historiques de la Révolution française*, 49/2, 1977, pp. 163-181.
- , *La médecine entre les pouvoirs et les savoirs: histoire intellectuelle et politique de la médecine française au XIX^e siècle*, París, Aubier-Montaigne, 1981.
- , *Médecins, malades et société dans la France du XIX^e siècle*, París, Sciences en situation, 1992.
- LETERRIER, Sophie-Anne, *L'institution des sciences morales (1795-1850)*, París, L'Harmattan, 1995.
- LEVACK, Brian, *The Devil Within. Possession & Exorcism in the Christian West*, New Haven, Yale University Press, 2013.
- LEVY, Carlos, «Les académies antiques», en Marc Deramaix, Perrine Galand-Hallyn, Ginette Vagenheim y Jean Vignes (eds.), *Les académies dans l'Europe humaniste, Idéaux et pratiques*, Ginebra, Droz, 2008, pp. 13-22.
- LINDBERG, David C. y WESTMAN, Robert S. (eds.), *Reappraisals of the Scientific Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- LOBATO, Milton y MACHADO, Reinaldo, *Médicos Brasileiros na U.R.S.S.: Impressões de Viagem e Aspectos da Medicina Soviética*, Río de Janeiro, Vitória, 1955.
- LOMBARDI, Paolo, *Il secolo del diavolo. Esorcismi, magia e lotta sociale in Francia (1565-1662)*, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 2005.
- LÓPEZ PIÑERO, José María, «Las Controversiæ medicæ et philosophicæ (1556) de Francisco Valles y el galenismo del siglo XVI», en José María López Piñero y Francisco Calero, *Los*

- temas polémicos de la medicina renacentista: las Controversias (1556) de Francisco Valles, Madrid, CSIC, 1988, pp. 3-67.
- «Las ediciones de *Controversiarum medicarum et philosophicarum libri decem*, de Francisco Valles», en *Historia y Medicina en España. Homenaje al Profesor Luis S. Granjel*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1994, pp. 77-89.
- LÓPEZ PIÑERO, José María y PARDO TOMÁS, José, *La influencia de Francisco Hernández (1515-1587) en la constitución de la botánica y la materia médica modernas*, Valencia, Instituto de Estudios Documentales e Históricos sobre la Ciencia, Universitat de València, CSIC, 1996.
- LUEDECKE, Gesa y BOYKOFF, Max, «Environment and the media», en *The International Encyclopedia of Geography*, Nueva York, John Wiley & Sons, 2017.
- MACLEAN, Ian, *Logic, signs, and nature in the Renaissance: the case of learned medicine*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.
- *Le Monde et les hommes selon les médecins de la Renaissance*, París, CNRS Editions, 2006.
- MALVIDO, Elsa, «La epidemiología, una propuesta para explicar la despoblación americana», *Revista de Indias*, 63, 2003.
- MANDRESSI, Rafael, «Les médecins et le diable: expertises médicales dans les cas de possession démoniaque au XVII^e siècle en France», *Chrétiens et Sociétés*, 13, 2006, pp. 35-70.
- «Dire la nature. La médecine et les frontières du surnaturel (XVI^e-XVII^e siècles)», *Corpus. Revue de philosophie*, 54, 2008, pp. 141-182.
- «Les savants chez l'imprimeur: les médecins et l'entreprise éditoriale de Christophe Plantin à Anvers au XVI^e siècle», *Histoire, médecine et santé*, 11, 2017, pp. 131-152.
- *Faire corps: médecine, médecins et pouvoirs à Paris au temps de Jean Riolan fils (1600-1670)*, dossier de Habilitation à diriger des recherches, inédito, vol. 3, EHESS, diciembre de 2018.
- MANDROU, Robert, *Magistrats et sorciers en France au XVII^e siècle. Une analyse de psychologie historique*, París, Plon, 1968.
- MANDUJANO SÁNCHEZ, Angélica, CAMARILLO SOLACHE, Luis y MANDUJANO, Mario A., «Historia de las epidemias en el México antiguo. Algunos aspectos biológicos y sociales», *Casa del Tiempo*, 5, 2003.
- MANELA, Erez, «A Pox on Your Narrative: Writing Disease Control into Cold War History», *Diplomatic History*, 34/2, 2010, pp. 299-323.
- MARCUELLO BENEDICTO, Juan Ignacio, «La libertad de imprenta y su marco legal en la España liberal», *Ayer*, 34, 1999, pp. 65-91.
- MARKARIAN, Roberto y MORDECKI, Ernesto (eds.), *José Luis Massera: Ciencia y compromiso social*, Montevideo, Orbe-Pedeciba, 2010.
- MARKARIAN, Vania (ed.), *Un pensamiento libre: Cartas de José Luis Massera*, Montevideo, AGU, Universidad de la República, 2005.

- MARKARIAN, Vania (ed.), *Don Julio: Documentos del Archivo Ricaldoni*, Montevideo, AGU, Universidad de la República, 2007.
- (ed.), *Universidad, investigación y compromiso: Documentos del Archivo Maggiolo*, Montevideo, AGU, Universidad de la República, 2010.
- «José Luis Massera, matemático uruguayo: un intelectual comunista en tiempos de Guerra Fría», *Políticas de la Memoria*, 15, 2014, pp. 215-224.
- «La Universidad intervenida. Cambios y permanencias de la educación superior uruguaya durante la última dictadura (1973-1984)», *Cuadernos Chilenos de Historia de la Educación*, 4, 2015, pp. 121-152.
- *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en el Uruguay de los sesenta*, Montevideo, Debate, 2020.
- MARTIN, J. R. y WHITE P. R. R., *The Language of Evaluation*, Nueva York, Palgrave, 2005.
- MARTÍN ABAD, Julián, *La imprenta en Alcalá de Henares: 1502-1600*, vol. 3, Madrid, CSIC, 1991.
- MARTÍN FERREIRA, Ana Isabel, *El humanismo médico en la universidad de Alcalá*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones Universidad de Alcalá, 1995.
- «Humanistas, médicos y catedráticos de la Universidad de Alcalá», en J. L. García Hourcade y J. M. Moreno Yuste (eds.), *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa renacentista*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2001, pp. 271-280.
- MARTÍNEZ, María Laura, «La Asociación Uruguaya para el Progreso de la Ciencia», *Galileo*, 23, 2.^a época, 2001, pp. 17-34.
- *75 primeros años en la formación de los ingenieros nacionales: Historia de la Facultad de Ingeniería, 1885-1960*, Montevideo, Facultad de Ingeniería, Universidad de la República, 2014.
- (ed.), *Mario H.: Documentos del Archivo Otero*, Montevideo, AGU, Universidad de la República, 2020.
- MARTÍNEZ, María Laura, DAVYT, Amílcar y CHIANCONE, Adriana, *Políticas científicas, tecnológicas y de innovación en el Uruguay contemporáneo, 1911-2011*, Montevideo, ANII, 2012.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, Gerardo, *La medicina en la Nueva España, siglos XVI XVII. Consolidación de los modelos institucionales y académicos*, Ciudad de México, UNAM, 2014.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique (ed.), *Felipe II, la ciencia y la técnica*, Madrid, Actas editorial, 1999.
- MCCLELLAN, James E., «L'Académie royale des sciences», en Christian Jacob (ed.), *Les lieux de savoir*, t. 1: *Espaces et Communautés*, París, Albin Michel, 2007, pp. 716-735.
- MERÉ, Juan y BUQUET, Ana, *Un enfoque cultural de la prevención y la atención del VIH/Sida. Sistematización de las acciones y estrategias en VIH/Sida en el Uruguay desde un enfoque cultural. Informe Final*. Programa de Investigación Unesco/Onusida Estudios e Informes Serie especial, n.º 17, División de Políticas Culturales y de Diálogo Intercultural Unesco, 2003.
- MICHAELS, Paula A., *Lamaze: An International History*, Nueva York, Oxford University Press, 2014.
- MIGNOLO, Walter D., *Historias locales/diseños globales: colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Madrid, Akal, 2003.

- MIRANDA, Mario G., *La Educación y Servicios Médicos en la Unión Soviética*, San José de Costa Rica, Universidad de Costa Rica, 1964.
- MOLEK-KOZAKOWSKA, Katarzyna, «Towards a pragma-linguistic framework for the study of sensationalism in news headlines», *Discourse & Communication*, 7/2, 2013, pp. 173-197.
- MORALES SARABIA, Rosa Angélica, PARDO TOMÁS, José y SÁNCHEZ MENCHERO, Mauricio (eds.), *De la circulación del conocimiento a la inducción de la ignorancia. Culturas médicas trasatlánticas, siglos XVI y XVII*, Ciudad de México, UNAM, 2017.
- MOTTA, Rodrigo Patto Sá, *As universidades e o regime militar: cultura política brasileira e modernização autoritária*, Rio de Janeiro, Zahar, 2014.
- MÜNSTERBERG, Margaret, *Hugo Münsterberg. His life and work*, Nueva York y Londres, D. Appleton and Co., 1922.
- MYERS, Teresa A., MAIBACH, Edward, PETERS, Ellen y LEISEROWITZ, Anthony, «Simple Messages Help Set the Record Straight about Scientific Agreement on Human-Caused Climate Change: The Results of Two Experiments», *PLoS ONE*, 10/3, 2015, e0120985.
- NECOCHEA LÓPEZ, Raúl, «Gambling on the Protestants: The Pathfinder Fund and Birth Control in Peru, 1958–1965», *Bulletin of the History of Medicine*, 88/2, 2014, pp. 344-371.
- NIETO OLARTE, Mauricio, *Las máquinas del imperio y el reino de Dios. Reflexiones sobre ciencia, tecnología y religión en el mundo atlántico del siglo XVI*, Bogotá, Ediciones Uniandes, 2013.
- NUTTON, Vivian (ed.), *Medicine at the courts of Europe 1500-1837*, Londres, Routledge, 1990.
- O'GORMAN, Edmundo, *La Invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1958.
- ODDONE, Juan Antonio y PARÍS DE ODDONE, Blanca, *Historia de la Universidad de Montevideo: La universidad vieja, 1849-1885*, Montevideo, Universidad de la República, 1963.
- , *Historia de la Universidad de la República. Tomo II: la Universidad del militarismo a la crisis, 1885-1958*, Montevideo, Universidad de la República, 1971.
- ORTEGA, Eusebio y GONZÁLES, Benjamín Marcos, *Francisco Valles (el Divino): Biografía, datos bibliográficos, sus doctrinas filosóficas y método*, Madrid, Imprenta clásica española, 1914.
- ORTIZ, Fernando, *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Barcelona, Ariel, 1973 [1940].
- OSLER, Margaret J. (ed.), *Rethinking the Scientific Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.
- OSTORERO, Martine, *Le diable au sabbat : Littérature démonologique et sorcellerie (1440-1460)*, Florencia, SISMEL-Edizioni del Galuzzo, 2011.
- OSTORERO, Martine y ANHEIM, Etienne (eds.), *Médiévales*, 44, *Le diable en procès: démonologie et sorcellerie à la fin du Moyen Âge*, 2003.
- OSTORERO, Martine y VÉRONÈSE, Julien (eds.), *Penser avec les démons. Démonologues et démonologies (XIII^e-XVII^e siècles)*, Florencia, SISMEL-Edizioni del Galluzzo, 2015.
- OSTWALD, Wilhelm, *Lebenslinien – Eine Selbstbiographie*, nach der Ausgabe von 1926/27 überarbeitet und kommentiert von Karl Hansel, Stuttgart, Leipzig, Verlag der Sächsischen Akademie der Wissenschaften zu Leipzig, in Kommission bei S. Hirzel, 2003.

- PACINO, Nicole, «National Politics and Scientific Pursuits: Medical Education and the Strategic Value of Science in Postrevolutionary Bolivia», en Anne-Emanuelle Birn y Raúl Necochea López (eds.), *Peripheral Nerve: Health and Medicine in Cold War Latin America*, Durham, Duke University Press, 2020, pp. 55-85.
- PAGDEN, Anthony, *The Fall of Natural Man. The American Indian and the Origins of Comparative Ethnology* (1982), Cambridge, Cambridge University Press, 1986.
- *European Encounters with the New World. From Renaissance to Romanticism*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1993.
- PARDO TOMÁS, José, «Conversion medicine: communication and circulation of knowledge in the Franciscan convent and college of Tlatelolco, 1527-1577», *Quaderni Storici*, 48, 2013, pp. 1-21.
- «“Antiguamente vivían más sanos que ahora”. Explanations of the native mortality in the Relaciones Geográficas de Indias», en John Slater, M. Luz López-Terrada, José Pardo-Tomás (eds.), *Medical Cultures in the Early Modern Spanish Empire*, Farnham, Ashgate, 2014, pp. 41-66.
- «Médecine et histoire naturelle. Francisco Hernández au Mexique ou le médecin voyageur comme historien de la nature du Nouveau Monde, 1570-1577», *Histoire, Médecine et Santé*, 11, 2017, pp. 77-97.
- PARÍS DE ODDONE, Blanca, *La Universidad de la República en la formación de nuestra conciencia liberal*, Montevideo, Universidad de la República, 1958.
- *La Universidad de la República desde la crisis a la intervención, 1958-1973*, Montevideo, Universidad de la República, 2010.
- PARKER, Richard, *A construção da solidariedade*, Río de Janeiro, Relume Dumará, 1994.
- PEARL, Jonathan L., *The Crime of Crimes: demonology and politics in France, 1560-1620*, Waterloo, Wilfred Laurier University Press, 1999.
- PECHENY, Mario, *La Construction de l'avortement et du sida en tant que questions politiques: le cas de l'Argentine*, Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2001.
- PENNUTO, Concetta, «Francisco Valles' De Sacra Philosophia: a Medical Reading of the Bible», en *Lay Readings of the Bible in Early Modern Europe*, Leiden, Brill, 2019, pp. 235-259.
- PETTINÀ, Vanni, «¡Bienvenido Mr. Mikoyan! Tacos y Tractores a la Sombra del Acercamiento Soviético-Mexicano, 1958-1964», *Historia Mexicana*, 66/2, 2016, pp. 793-852.
- PESET, José Luis y PESET, Mariano, «Las universidades españolas del siglo XIX y las ciencias», *Ayer*, 7, 1992, pp. 19-49.
- PESET, Mariano y PESET, José Luis, *La universidad española (siglo XVIII y XIX). Despotismo ilustrado y revolución liberal*, Madrid, Taurus, 1974.
- PIMENTEL, Juan y PARDO TOMÁS, José, «And yet, we were modern. The paradoxes of Iberian science after the Grand Narratives», *History of Science*, 55/2, 2017, pp. 133-147.
- PINTO CRESPO, Virgilio, «Madrid capitale de l'Etat: établissements d'assistance, scientifiques et culturels au XIX^e siècle», en Christophe Charle y Daniel Roche (eds.), *Capitales culturelles, capitales symboliques. Paris et les expériences européennes*, Paris, Editions de la Sorbonne, 2002, pp. 271-285.

- PODGORNY, Irina, «Mentiras de Perogrullo. Las expediciones al Chaco de Leopoldo Arnaud y de Eduardo L. Holmberg (Argentina, 1884-1885)», en Gisela Mateos y Edna Suárez (eds.), *Aproximación a lo local y lo global*, Ciudad de México, Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales Vicente Lombardo Toledano, 2016, pp. 21-52.
- *Florentino Ameghino & Hermanos. Empresa argentina de paleontología ilimitada*, Buenos Aires, Edhasa, 2021.
- PODGORNY, Irina y LOPES, Maria Margaret, *El desierto en una vitrina. Museos e historia natural en la Argentina*, Ciudad de México, Limusa, 2008 (2.ª ed.: Rosario, Prohistoria, 2014).
- PORTUONDO, Maria, *Secret Science: Spanish Cosmography and the New World*, Chicago, The University of Chicago Press, 2009; trad. esp.: *Ciencia secreta: la cosmografía española y el Nuevo Mundo*, Madrid-Fráncfort, Iberoamericana-Vervuert, 2013.
- (ed.), «Iberian Science: Reflections and Studies», *History of Science*, 55/2, 2017.
- PRO, Juan, *La construcción del Estado en España, Una historia del siglo XIX*, Madrid, Alianza, 2019.
- PUERTO SARMIENTO, Francisco Javier, *La leyenda verde: naturaleza, sanidad y ciencia en la corte de Felipe II (1527-1598)*, Valladolid, Consejería de Educación y Cultura, 2003.
- RABASA, José, *De la invención de América. La historiografía española y la formación del eurocentrismo*, Ciudad de México, Universidad Iberoamericana, 1993.
- RAMA, Ángel, *Transculturación narrativa en América latina*, Montevideo, Arca-Fundación Ángel Rama, 1989 (1982).
- RAMACCIOTTI, Karina, *La política sanitaria del peronismo*, Buenos Aires, Biblos, 2009.
- RASMUSSEN, Anne, «Les Congrès internationaux liés aux Expositions universelles de Paris (1867-1900)», *Mil neuf cent. Cahiers Georges Sorel. Revue d'histoire intellectuelle*, 7, 1989, pp. 23-44.
- *L'internationale scientifique (1890-1914)*, tesis doctoral, París, EHESS, 1995.
- REDONDI, Pietro, *Galileo eretico*, Turín, Einaudi, 1983; trad. esp.: *Galileo herético*, Madrid, Alianza, 1990.
- (ed.), «Science: The Renaissance of a History», *History and Technology: An International Journal*, 4-1, 1987.
- REVEL, Jacques (ed.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Gallimard-Le Seuil, 1996.
- REY PASTOR, Julio, «La Matemática Moderna en Latino América», en *Segundo Symposium sobre algunos problemas matemáticos que se están estudiando en Latino América*, Villavicencio-Mendoza, 21-25 julio 1954, Montevideo, Centro de Cooperación Científica de la Unesco para América Latina, pp. 9-30.
- RIBEIRO DA SILVA, Raul, *A Rússia Vista por um Médico Brasileiro*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, [1953].
- RICHARD, Elodie, *L'esprit des lois. Droit et sciences sociales à l'Académie royale des sciences morales et politiques d'Espagne (1857-1923)*, tesis doctoral, Université de Paris 1-Sorbonne, 2008.
- RICHARD, Elodie, «The Royal Academy of moral and political sciences and the emergence of social sciences in Spain (1857-1923)», *Empiria. Revista de metodología de ciencias sociales*, 31, 2015, pp. 35-78.

- ROGER, Jacques, «Per una storia storica delle scienze», *Giornale critico della Filosofia Italiana*, LXIII [LXV]/3, 1984, pp. 285-314.
- *Pour une histoire des sciences à part entière*, París, Albin Michel, 1995.
- ROMEO MATEO, María Cruz, «Lenguaje y política del nuevo liberalismo: moderados y progresistas, 1834-1845», *Ayer*, 29, 1998, pp. 37-62.
- RUILOVA, Eduardo, *China Popular en América Latina*, Quito, ILDIS, 1978.
- RUIZ, Esther (ed.), *Una poderosa máquina opuesta a la ignorancia: 100 años de la Facultad de Agronomía*, Montevideo, Facultad de Agronomía, Universidad de la República, 2007.
- RUIZ, Esther, MARTÍNEZ, María Laura y DE LEÓN, Marcelo, *Memorias de una profesión silenciosa: Historia de la ingeniería en Uruguay*, Montevideo, Facultad de Ingeniería, Universidad de la República, 1997.
- RUPPRECHT, Tobias, «Globalisation and Internationalism beyond the North Atlantic: Soviet-Brazilian Encounters and Interactions during the Cold War», en Miguel Bandeira Jerónimo y José Pedro Monteiro (eds.), *Internationalism, Imperialism, and the Formation of the Contemporary World: The Pasts of the Present*, Cham, Palgrave Macmillan, 2018, pp. 327-352.
- RYDELL, Robert W., *All the World's a Fair. Visions of Empire at American International Expositions, 1876-1916*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1984.
- RYDELL, Robert W.; FINDLING, John E. y PELLE, Kimberly D. (eds.), *Fair America. World's Fairs in the United States*, Washington y Londres, Smithsonian Institution Press, 2000.
- SAKAI, Naoki, *Translation and Subjectivity: On «Japan» and Cultural Nationalism*, Minnesota, University of Minnesota Press, 1997.
- SAMSONENKO, Tatyana A., «Staffing and Efficiency of Medical Personnel in Rural Healthcare Institutions of Don, Kuban and Stavropol Territories in the 1930s», *European Journal of Social and Human Sciences*, 4/4, 2014, pp. 216-220.
- *Kollektivizatsiia i Zdravookhranenie na Iuge Rossii 1930-kh gg*, Novocherkassks, IuRGU, 2011.
- SÁNCHEZ MOLERO, José Luis Gonzalo, «Felipe II y el desarrollo de la Biblioteca Humanística de El Escorial», en *Studia Borromica: Saggi e documenti di storia religiosa e civile della prima età moderna*, 19, 2005, pp. 139-190.
- SCHROEDER-GUDEHUS, Brigitte y RASMUSSEN, Anne, *Les fastes du progrès. Le guide des expositions universelles 1851-1992*, París, Flammarion, 1992.
- SEMPOL, Diego, «De censuras y desacatos: Las disputas sobre los límites de la democracia, la crítica y lo obsceno durante la transición uruguaya (1980-1989)», *Revista del CESLA: International Latin American Studies Review*, 28, 2021, pp. 245-260.
- SEMPOL, Diego, *De los baños a la calle. Historia del movimiento Lésbico Gay Trans uruguayo 1983-2013*, Montevideo, Debate Random House, 2013.
- SHABANOV, A. N., *La Enseñanza Médica en la Unión Soviética*, La Habana, Páginas, 1947.
- SHAPIN, Steven, *The Scientific Revolution*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.
- SIGERIST, Henry E., *Socialized Medicine in the Soviet Union*, Nueva York, Norton, 1937.

- SÍVORI, Horacio, *Ativistas e peritos no movimento GLTTB-AIDS argentino. ciência e política da identidade sexual*, Tesis doctoral, Universidade Federal do Rio de Janeiro, 2007.
- SLATER, John, LÓPEZ-TERRADA, Maríaluz y PARDO TOMÁS, José, *Medical Cultures in the Early Modern Spanish Empire*, Farnham, Ashgate, 2014.
- SOLOMON, Susan Gross, «Perils of Unconstrained Enthusiasm: John Kingsbury, Soviet Public Health, and 1930s America», en Anne-Emanuelle Birn y Theodore M. Brown (eds.), *Comrades in Health: U.S. Health Internationalists, Abroad and at Home*, New Brunswick, Rutgers University Press, 2013, pp. 45-64.
- «Thinking Internationally, Acting Locally: Soviet Public Health as Cultural Diplomacy in the 1920s», en Susan Grant (ed.), *Russian and Soviet Health Care from an International Perspective: Comparing Professions, Practice and Gender, 1880-1960*, Cham, Palgrave Macmillan, 2017, pp. 193-216.
- SOLOMON, Susan Gross y KREMENSTOV, Nikolai, «Giving and Taking across Borders: The Rockefeller Foundation and Russia, 1919-1928», *Minerva*, 39/3, 2001, pp. 265-298.
- SOTO Laveaga, Gabriela, «Cold War Mexico in a Time of 'Wonder Drugs'», en Anne-Emanuelle Birn y Raúl Necochea López (eds.) *Peripheral Nerve: Health and Medicine in Cold War Latin America*, Durham, Duke University Press, 2020, pp. 86-106.
- SPENSER, Daniela, *Impossible Triangle: Mexico, Soviet Russia, and the United States in the 1920s*, Durham, Duke University Press, 1999.
- STARKS, Tricia, *The Body Soviet: Propaganda, Hygiene and the Revolutionary State*, Madison, University of Wisconsin Press, 2008.
- STAUM, Martin S., «The Class of Moral and Political Sciences, 1795-1803», *French Historical Studies*, 11/3, 1980, pp. 371-397.
- STOFFEL, Jean-François, *Bibliographie d'Alexandre Koyré*, Florencia, Olschki, 2000.
- STUDER, Brigitte, «Voyage en URSS et Son 'Retour'», *Le Mouvement Social*, 205, 2003, pp. 3-8.
- SUTZ, Judith y BIANCO, Mariela (eds.), *Veinte años de políticas de investigación en la Universidad de la República: aciertos, dudas y aprendizajes*, Montevideo, Universidad de la República-Ediciones Trilce, 2014.
- TAJER, Débora, «Latin American Social Medicine: Roots, Development during the 1990s, and Current Challenges», *American Journal of Public Health*, 93/12, 2003, pp. 2023-2027.
- TAMAGNO, Carla y VELÁSQUEZ, Norma, «Dinámicas de las Asociaciones Chinas en Perú: Hacia una Caracterización y Tipología», *Migración y Desarrollo*, 14, 26, 2016, pp. 145-166.
- TESTA, Mario, «¿Atención Primaria o Primitiva? de Salud», en *Pensar en Salud*, Buenos Aires, Organización Panamericana de la Salud, 1989, pp. 125-137.
- TORRES-GOITIA TORRES, Javier, «Visión Médica y Sanitaria de China», *Boletín Médico*, 28, 1959, pp. 21-25.
- TRIBE, Keith, «Cameralism and the Science of Government», *The Journal of Modern History*, 56/2, 1884, pp. 263-284.
- URQUIJO GOITA, José Ramón de, *La revolución de 1854 en Madrid*, Madrid, CSIC, 1984.
- «La representación desde el antiliberalismo», *Ayer*, 61, 2006, pp. 185-186.

- YOUNG, Glennys, «To Russia with 'Spain': Spanish Exiles in the USSR and the Longue Durée of Soviet History», *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 15/2, 2014, pp. 395-419.
- VAN DIJK, Teun, «Knowledge and news», *Revista Canaria de Estudios Ingleses*, 49, 2004, pp. 71-86.
- VAN LEEUWEN, Theo, *Discourse and Practice. New Tools for Critical Discourse Analysis*, Oxford, Oxford University Press, 2008.
- VASEN, Federico, «Las políticas científicas de las Universidades nacionales argentinas en el sistema científico nacional», *Ciencia, docencia y tecnología*, 46, 2013, pp. 9-32.
- VAUTIER, Stéphane (ed.), *Confession d'une sorcière. L'affaire de Louviers, 1642-1647*, Cahors, La Louve, 2015.
- VELASCO MORENO, Eva, «Nuevas instituciones de sociabilidad, las academias de finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII», *Cuadernos Dieciochistas*, 1, 2000, pp. 39-55.
- VIEL, Benjamín, *La medicina socializada y su aplicación en Gran Bretaña, Unión Soviética y Chile*, Santiago de Chile, Editorial Universidad de Chile, 1961.
- VIÑAO FRAGO, Antonio, *Política y educación en los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1982.
- WACHTEL, Nathan, *La vision des vaincus. Les Indiens du Pérou devant la conquête espagnole, 1530-1570*, París, Gallimard, 1971. trad. esp.: *Los vencidos. Los indios del Perú frente a la conquista española, 1530-1570*, Madrid, Alianza, 1976).
- WAGNER, Peter, «Certainty and order, Liberty and contingency. The birth of social sciences as Empirical Political Philosophy», en Johan Heilbron, Lars Magnusson y Björn Wittrock (eds.), *The Rise of the Social Sciences and the formation of modernity: Conceptual change in context, 1750-1850*, Nueva York, Springer, 1998, pp. 241-263.
- WAGNER, Peter, WITTROCK, Björn y WHITLEY, Richard (eds.), *Discourses on Society: The Shaping of the Social Science Disciplines*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1991.
- WAQUET, Françoise, *Parler comme un livre. L'oralité et le savoir (XVI-XX^e siècles)*, París, Albin Michel, 2003.
- WHITE, Hayden, *Metahistory. The historical imagination in 19th century Europe*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1973. trad. esp.: *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1992).
- ZAMBELLI, Paola, *Alexandre Koyré in Incognito*, Florencia, Olschki, 2016.
- ZANIER, Guido, «Il 'De Sacra Philosophia' (1587) di Francisco Valles», en *Medicina e filosofia tra '500 e '600*, Milán, Franco Angeli, 1983, pp. 20-38.



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Este libro tiene su origen en un presente que ya es pasado. Ese tiempo nuestro en el que este libro comenzó a gestarse fue el del primer *annus pestiferis* global del siglo XXI, esto es, un largo 2020 estirado por la pandemia de COVID-19 hasta acabar tragándose todo el año 2021, y más allá. Ese tiempo puso en evidencia de forma singular los vínculos entre ciencias y política o, quizá con mayor propiedad, entre conocimiento científico y poder decisional. Tanto en Uruguay como en muchas otras latitudes, esas relaciones adquirieron, en efecto, una visibilidad social desacostumbrada, y llegaron a ocupar un lugar inusualmente central en el debate público.

Sin embargo, la perspectiva de los historiadores estuvo en un comienzo ausente. Por creer que su oficio produce otro tipo de inteligibilidad, Rafael Mandressi y Vania Markarian convocaron a colegas de América Latina, Europa y América del Norte a reunirse para tratar de capturar de manera a la vez más concreta y compleja la trama donde se han anudado la esfera política y el conocimiento científico. El libro resultante de esos encuentros presenta una serie de trabajos originales que abordan diferentes aspectos de las relaciones entre ciencia y política a lo largo y ancho de cinco siglos y tres continentes: los actores y las mediaciones, las instituciones, la escala global y la propia idea de la «peste» que motivó la empresa. Es también, en nuestro medio, un llamado a pensar más atentamente los entrecruzamientos de la historia de las ciencias con la historia política, la historia social y la historia intelectual.

